

Contrato

LO QUE ESPERAS DE MI

D.J.57

... con mi propio gusto propio, en posesión de mis
... consentimiento, manifiesto, deseo y pretendo entregarme
... de... Quien será mi amo/ama, consciente y

... este contrato de sumisión, se acuerda que
... sumisa cede todos los derechos sobre su persona, y que
... amo/ama toma completa posesión del sumiso/sumisa como propio
... reclamando para sí misma su vida, su futuro; su corazón y su mente
... sumiso/sumisa acepta obedecer y someterse completamente
... amo/ama, sin límites de tiempo y espacio.

ARYAM SHIELDS

Contrato

LO QUE ESPERAS DE MI

ARYAM SHIELDS

©Aryam Shields

Bilogía Contrato. Libro 1: Lo que esperas de mí.

Diseño de portada: Isa Quintin.

Maquetación: Aryam Shields.

Edición: Flor M Urdaneta.

Primera Edición: Noviembre de 2017

ISBN-13: 978-1979238441

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación del autor, los lugares y personajes son ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo y por escrito del titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual .

A mi familia

La peor prisión, es un corazón cerrado.
Juan Pablo II

Tabla de Contenido

[Nota del Autor](#)

[Sinopsis](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Capítulo Extra](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la Autora](#)

Nota del Autor

Querido Lector:

La historia que leerás a continuación es una historia de amor. Un amor destructivo, complicado. No es un amor bonito, se trata de un amor que se construye durante el transcurso de la novela, que tiene más bajos que altos. Un amor que entrega y no juzga.

Alessandro D`Angelo no es un príncipe azul, sino un hombre reservado con miles de defectos, un pasado que lo atormenta y demonios a los que se aferra. No es un hombre tierno, es cruel, déspota y arrogante, impasible. Cuya prioridad es satisfacer su propia necesidad de control sin tener en cuenta los sentimientos de quienes le rodean.

Crear este personaje no fue fácil, fue una lucha constante entre mi yo romántico y cómo realmente es su personalidad. Muchas veces lo odié (como espero que tú lo odies).

Otras, lo amé (como espero que tú lo ames) y finalmente, me rendí y sucedió algo sorprendente: Entendí al hombre que era y acepté que como escritora doy vida a personajes que no siempre tienen que ser de mi agrado.

Alessandro lleva en mi cabeza más de cuatro años y ahora ha llegado el momento de que tú lo conozcas, que lo odies, que lo ames y que le comprendas, pero sobre todo, que desde el fondo de tu corazón le perdones y aceptes.

Aryam Shields.

Sinopsis

Para Katheryne Cortéz la vida de su hija es lo más importante y la salvará al precio que sea.

Alessandro D'Angelo es un arquitecto italiano conocido por su mal carácter. Su vida y su pasado son mundos a los que pocas personas tienen acceso.

Someterse al mundo del arquitecto es su último intento para solucionar sus problemas, pero ¿podrá salvar la vida de su hija sin entregar la suya a la oscuridad de un hombre cuyo corazón ha estado congelado por años?

Cuando un lazo te une más allá de lo imposible.

Cuando es la última opción que te queda.

Cuando ya no hay más caminos, ¿qué estarías dispuesto a sacrificar?

Prefacio

New York, 2014

Estaba decidiendo qué peinado hacerme cuando Gabriel entró al salón, lo vi mirarme con desaprobación y sentarse en uno de los sofás que adornaban la estancia. El sonido de nuestras respiraciones inundaba el lugar mientras Gabriel me daba un rictus serio a través del espejo, haciéndome sentir más nerviosa de lo que estaba.

Dejé que mis ojos abarcaran todo el espacio, intentando distraerme en otra cosa que no fuera el zumbido en mis oídos y la mirada dura de mi mejor amigo, el salón de Gab —como él lo llamaba— era amplio, constaba de dos partes; la primera, era una especie de boutique, donde estaban expuestos algunos de los diseños que él mismo creaba; la segunda parte era un mini spa, un lugar donde las mujeres iban a relajarse a un precio módico y justo.

—¿En realidad lo harás? —La voz de Gabriel me sacó de mi divagues, había estado haciéndome la misma pregunta desde esa mañana.

Di un suspiro frustrado, observando su reflejo.

—No encuentro otra opción, Gabriel, es eso o eso —solté mi cabello con desesperación, tenía el cabello demasiado liso para poder hacerme un moño alto que se viese elegante y sofisticado; y si agregábamos que, hacía un par de semanas, lo había cortado dos dedos debajo de mis hombros con el fin de vender mi larga melena dorada y así pagar la última factura del hospital, causaba que el recogido se desarmara incluso antes de atarlo. Me llené de paciencia, volviendo a tomar el peine y empezando a recogerlo.

—Hay más opciones, podemos trabajar... —Los ojos grises de mi amigo me miraron con súplica. Sabía que lo que estaba a punto de hacer era una completa locura, pero no me quedaba otra opción. Tenía que hacerlo.

—Tú, Chris y yo ya trabajamos. —Si es que podía llamar trabajo a hacer turnos de mesera en el bar del cual Gab era el estilista.

Me levanté de la silla en la que estaba sentada, dejando que mi cabello volviese a caer sobre mis hombros; me acerqué a mi amigo, colocando mis manos sobre sus hombros. Odiaba causar eso, esa mirada desolada en su rostro, esa impotencia a la que él parecía no dar mayor importancia cuando yo sabía que no era así.

Gabriel y Christian eran todo lo que yo tenía, me habían ayudado mucho desde que me había quedado sola y tenía una deuda con ellos que no pagaría jamás.

—Tú tienes tus propias responsabilidades. Antonella es mi responsabilidad. —Me giré de vuelta al espejo y tomé el estuche de maquillaje, si no podía hacer nada con el cabello, al menos me maquillaría para la ocasión. De verdad esperaba que todos esos tutoriales que había visto de *Dulce Candy* por *YouTube* sirvieran de algo... Estaba intentando que el delineado del ojo derecho quedara igual al izquierdo cuando el grito de Gabriel hizo que fracasara en el intento.

—¡Pero, mujer!... Podemos hipotecar la casa y el negocio, hacer un nuevo préstamo en el banco...

—Gab —volví a mirarlo y dejé el lápiz negro en el tocador antes de clavar mi mirada en la suya—, no

voy a permitir que arriesgues tu negocio y tu casa con una segunda hipoteca. —Sentencié. —Además, sabes que para aprobar un préstamo de la cantidad que necesito toma muchísimo tiempo y, al final, nos dirán lo de siempre. “No tenemos capacidad de endeudamiento” —imité la voz del señor Arthur, nuestro asesor bancario.

—No hay que tomar una decisión tan radical, pequeña. —Se acercó a mí.

—Y yo no puedo seguir exponiendo a Antonella.

Fijé mi mirada en él.

—Cada segundo cuenta, Gab. —Suspiré —Tú la viste hace un mes, viste lo que le costaba respirar. —Negué con mi cabeza—. Necesita esa intervención, así que, nada me hará cambiar de idea. No intentes convencerme —tomé una toallita desmaquilladora para empezar de nuevo. Una vez estuvieron parecidos, tomé el brillo labial y un poco de rubor—. ¿Cómo luzco?

—Como un conejo asustado —respondió escaneándome con la mirada de arriba abajo.

Lo miré con una ceja en alto. Era más que obvio que estaba aterrorizada, no todos los días se le entregaba la virginidad a un completo extraño.

—No lo hagas más difícil —murmuré cerrando los ojos, buscando el valor necesario para no arrepentirme, ya era bastante difícil aceptar la decisión que había tomado.

Fue el turno de Gabriel de negar con la cabeza, emitió un sonido parecido a un bufido y se levantó de su silla.

—Te ayudaré un poco, siéntate, primero hay que limpiarte esa cara. —Tomó un paño húmedo y limpió mi rostro con suavidad—. Cierra los ojos, peque —hice lo que me pidió y lo escuché escarbar entre los cajones del tocador del salón; pronto sentí cómo empezaba a aplicarme bases, polvos y rubores.

—Gab, debo irme, me están esperando —repliqué impaciente—. Haz algo sencillo.

—Lo bueno se hace esperar, Kath. Déjame encargarme de ti, ya que es lo único que puedo hacer.

Rodé mis ojos, aunque él no pudiera observarme y lo dejé maquillarme. Una vez hubo terminado, peinó mi cabello, echándome laca suficiente como para que el moño en lo alto de mi cabeza quedara estable.

—Ya puedes abrir los ojos —giró la silla, dejándome ver a la mujer que había creado.

Me observé a conciencia, completamente asombrada por el cambio. Me veía diferente, aunque el miedo corroía mis entrañas, el maquillaje me hacía ver fresca, juvenil y sofisticada... tal cual como quería. A pesar de ser suave, éste resaltaba el marrón tierra de mis ojos y, la base que me había aplicado, ocultaba cada una de mis pecas.

Aparentaba mucha más edad que mis escasos diecinueve años.

—Has quedado preciosa —dijo con voz suave—. ¿Te ha gustado?

¿Estaba preguntándomelo en serio?

Asentí y miré a Gabriel; a pesar de que una sonrisa estaba plasmada en su cara, sus ojos tenían una mueca triste.

—Gab... —Quería borrar esa mirada de culpabilidad que me regalaba, no quería que pensarán que hacía un sacrificio, no lo veía así. Antonella nunca sería un sacrificio, era el precioso ángel que mi mejor amiga me había confiado; garantizar que fuera feliz y estuviera sana sería siempre mi más placentera tarea—. Gabriel... —deslicé mis manos bajo sus hombros, apoyando mi cabeza en su pecho, dándole un abrazo con mucho cuidado, no quería estropear mi cabello y menos mi maquillaje.

—Mi niña. —Deshice el abrazo observando a Christian apoyado en el marco de la puerta con Antonella en la cintura colgada como si fuese un monito—. Vas a hacerlo. —No fue una pregunta, sin embargo, me vi asintiendo—. Estás guapísima. —Me dio una sonrisa radiante, pero conocía muy bien a Chris, no era una sincera.

—Voy a colocarme el vestido y ya regreso. —Aunque intenté sonar fuerte, mi voz se quebró. Me negaba a llorar, había tomado una decisión y llegaría hasta el final.

Caminé hacia mi habitación y saqué de mi armario el vestido azul rey tipo cóctel que había comprado hacía unas semanas atrás con lo que había quedado del dinero por la venta de mi cabello. Era en tela de gasa, corto, de corte recto y un solo hombro. La dependienta había dicho que era informal pero glamuroso. Pasé la mano por la tela y luego lo deslicé por mi cuerpo. No tenía la gran figura y tampoco era muy alta, pero el vestido parecía resaltar en mi piel. Aunque estaba algo corto, pero me sentía bien. Tomé los zapatos de tacón negros que me había comprado Isabella esa vez que nos permitimos ir de compras, cuando aún no sabíamos sobre la llegada de Antonella.

Una vez lista, salí de la habitación, resuelta a comerme el mundo.

«Ojalá no sea al revés».

—Estás preciosa, muñeca. —Christian fue el primero en verme. Sonreí a mi amigo, era extremadamente guapo, de piel canela y ojos oscuros. Lo mejor de todo, estaba completamente enamorado de Gabriel.

Antonella sonrió, batiendo sus manitos pegajosas hacia mí mientras me ofrecía su piruleta color verde. Sus negros rizos estaban sueltos y tenía un pijama de cerdito. Al verla, nadie podía imaginar lo enferma que estaba, pero la verdad era que, a sus cortos catorce meses, el corazón de Nella no era lo suficientemente fuerte para su cuerpo.

Agarré un par de paños húmedos y metí la piruleta en la boca de Chris mientras limpiaba sus manitos. La tomé de brazos de mi amigo y la apreté contra mi pecho.

—Esta noche saldré, no sé a qué hora llegue, muñequita de mi corazón. —Di un beso en su sien—. Te quedarás con los tíos, así que sé buena con ellos — Antonella colocó sus manos en mis mejillas y planté un beso en cada una de ellas antes de darle una mirada a Chris.

—Es hora de dormir, *Pitufina*^[1]. —Se la entregué y él me atrajo a su pecho, dejando un beso en mi frente.

—Pase lo que pase, respira profundo, relájate y déjate llevar... Entre más te tenses, más difícil será.

—¡Joder! ¿Te estás escuchando? —Gabriel, que había permanecido callado, se pasó la mano por el cabello, completamente enojado, antes de caminar hasta quedar un paso separado de su pareja—. ¡Ella va directo a la boca del lobo y tú le das consejos!

—¿Y qué quieres que haga?! —vociferó Christian con voz dura, pero en el tono justo para no impresionar a Antonella—. Diga lo que le diga, va a ir, no puedo hacer su decisión más difícil de lo que ya es.

—¡Es que no lo entiendes!

—Chicos, por favor, no discutan. —Me metí entre los dos—. Solo será esta noche, para mañana a esta hora, todo habrá pasado. Estaremos riéndonos de todo esto y tendremos el dinero suficiente para la operación de Nella.

—Espero que para mañana estés riendo de verdad, porque si algún imbécil te lastima... ¡demonios! No vas a vender fresitas, vas a tener sexo con alguien que no conoces.

—¡Mierda! No le des tanto ánimo, cabrón. —Nella empezó a gimotear en brazos de Chris y él la arrulló antes de acercarse a mí—. Te quiero, cariño, no deseo que hagas esto, pero lo has decidido y, haga lo que haga, no vas a cambiar de parecer. Solo recuerda porqué lo estás haciendo y, por favor, no dejes que esto arruine tu vida.

No quise decir nada, no podía. Por un lado, estaba Gabriel, cuya frustración había pasado, dándole lugar al enojo; y por otro, Chris, que intentaba disfrazar su sentimiento de culpa con “buenos deseos”

—Tengo que irme, chicos. —Tomé mi abrigo de la mesa donde lo había dejado.

La cabeza de Gabriel se levantó tan rápido como si tuviese un resorte—: Te acompañaré.

—Gab...

—Sin excusas, te espero fuera.

—Gabriel, no es necesario, yo...

—Mira, Laura Katheryne Cortéz, ¡te vas a meter a la boca del infierno! —retrocedí ante su explosión. Gabriel respiró un par de veces, llevó una mano a su frente y cerró los ojos antes de volver a hablar—. Sharon Adams es el ser más perverso que yo haya tenido el infortunio de conocer. Si no fuera porque es una buena clienta que paga lo justo y en el tiempo estipulado, te aseguro que no le daría ni el saludo. Así que nada de Gab, Gabriel o lo que sea, voy a ir contigo y es mi última palabra.

Me vi asintiendo antes de que terminara, no tenía caso pelear con él.

—Te amo, Antonella —dije dándole un nuevo beso en su cabecita antes de sonreírle a Chris.

—Hay una maratón de *Los Simpson* en *Fox*, así que estaré en la habitación mientras la *Pitufina* se duerme. ¡Suerte!

Gabriel negó con la cabeza antes de salir completamente cabreado de la casa. Respiré profundamente antes de seguirlo.

El frío de la noche me golpeó con fuerza, aun así, caminé lo más erguida que pude hasta donde Gab me esperaba.

—Lo odio cuando se comporta así, ¿cómo puede estar tranquilo y decirte eso? A veces no sé ni cómo estamos juntos, somos como el aceite y el agua.

—Chris solo está respetando mi decisión, Gab.

—Yo la respeto, pero no la comparto. —Mi amigo extendió su mano, llamando a un taxi—. ¡Es tu primera vez! Eres demasiado inocente para la mierda que vas a hacer. Temo que te lastime, Katheryne, se supone que debe ser con la persona que ames y que te ame.

—¿Sabías que del 99% de las parejas que hacen el amor solo un 15% se aman? —Lo interrumpí antes de que empezara con su diatriba poética.

—La diferencia es que tú no harás el amor, follarás, Kath, follarás con un hombre que puede llegar a ser un sádico, un fetichista, un jodido maltratador...

—Gracias por la motivación, Gabriel —bufé y extendí mi mano para llamar un taxi que se acercaba; cuando se detuvo, abrí la puerta dispuesta a subir, pero Gabriel tomó mi mano acercándose a mi oído y murmurando solo para los dos:

—No quiero ser el malo, quiero que entiendas que, si un hombre se ve en la necesidad de ser tan asqueroso como para comprar a una mujer, no es porque vaya a hacerle el amor entre rosas y miel.

Asentí porque sabía lo que estaba enfrentando. Gabriel me soltó y me subí al coche. Lo escuché decir la dirección de *The Chalets* al conductor cuando se sentó a mi lado; sin embargo, no lo miré. Afortunadamente, el local no quedaba muy lejos de nuestra casa en Brooklyn, llevaba seis meses ahí trabajando como mesera por las noches y limpiadora en la mañana, si bien la paga no era mala, cubría de manera justa los gastos de Antonella.

Mientras el conductor sorteaba el tránsito, me dediqué a mirar por la ventana. El cielo estaba nublado y Gabriel se mantenía callado. Sentía que, aunque estaba a mi lado, su mente estaba en otra parte.

Una vez el taxi se detuvo frente al edificio de ladrillos donde se ubicaba *The Chalets*, respiré profundamente mientras Gabriel entregaba un par de dólares al taxista, abrió la puerta y salió tendiéndome su mano.

—Última oportunidad de abandonar esta locura.

—No, voy a hacerlo.

Uno

El local de la señora Adams era un edificio de tres pisos, de ladrillo rojo, que ocupaba una esquina en una de las calles más concurridas de Brooklyn. Quien llegaba al local, podía observar que era un bar cualquiera, con algunas bailarinas de *pole dance*, nada fuera de lo normal...

En el segundo piso, se encontraban los reservados y, en el tercer piso... Bueno, la verdad era que nunca había ido al tercer piso, pero había escuchado a las chicas decir que en ese lugar se hacían las transacciones cuando había una fiesta de vitrina o una subasta por alguna chica.

Hoy yo sería una de ellas...

—¿Kath? —Miré a Gab—. ¿Vas a salir del auto alguna vez? —preguntó extendiéndome su mano. La tomé, saliendo del coche, y me erguí correctamente a pesar de que sentía el leve temblor en mis piernas. Erick, el hombre contratado para la seguridad del primer piso, nos abrió la puerta dándome una mirada lasciva, su sonrisa se curvó a medio lado dejándome ver sus dientes un poco amarillentos. Mi estómago se revolvió ante su repugnante postura.

—Hola, bomboncito —susurró cuando estuve junto a él—. Es una lástima que los empleados de este lugar no podamos ofertar por ti hoy —su asquerosa lengua remojó sus labios reseco—, pero ese coñito tuyo me pertenecerá algún día; quizás ahora que te rebajaste como una vil puta, puedas aceptarme esa cita que llevo pidiéndote hace tiempo.

Tragué grueso, quedando completamente petrificada. ¿En eso iba a convertirme después de esa noche?

La respuesta llegó rápidamente a mí. No, después de esa noche, no regresaría a ese lugar.

—¿Por qué demonios te quedas atrás? —Gabriel tomó mi brazo haciéndome entrar—. Sabes que a Sharon no le gusta esperar. Y tú... —señaló con su dedo a Erick—, olvídate de ella, es demasiado buena para ti.

—Es una puta como las demás —dijo con sorna.

Gabriel iba a decirle algo más, pero fue mi turno para tomarlo del brazo y obligarlo a entrar mientras escuchábamos la risa de Erick

—¡Es un imbécil! —Gabriel se paró frente a mí una vez llegamos al descanso de las escaleras, entre el primer y el segundo piso—. ¡Escúchame bien, lo que pase esta noche, no te convierte en una puta! ¡No eres una mujerzuela!

Estreché a mi amigo entre mis brazos—: Lo sé, Gabriel, esto es por Nella.

—Por Nella —repetió junto a mí—, te acompañaré hasta la oficina de Madame Sharon, hablaré con ella para que me deje estar presente en la vitrina, aunque no vaya a ofertar por nadie, estaré contigo hasta el momento que seas...

—Hasta el momento que sea vendida. —Completé por él.

—No lo digas así, no eres ganado.

Sonreí.

—Gracias, Gab.

—No, pequeña —su mano acarició mi mejilla—, gracias a ti por todo.

Sharon sonrió socarronamente al verme llegar. Estaba sentada detrás de su escritorio y un chico medio desnudo yacía a sus pies. Nunca había entrado a esa oficina, mi labor de limpieza se limitaba al primer

piso; para el segundo y el tercero, otra de las chicas se hacía cargo. Había una pared completa rodeada de pantallas, cada una transmitía algún lugar de *The Chalets*.

—Mi chica indecisa ha llegado. —Espantó al chico que estaba a sus pies y me señaló la silla frente al gran escritorio de madera—. Espero que no vengas dispuesta a echarte para atrás.

Negué con la cabeza y ella hizo un ademán para que me sentara. Lo hice y Gabriel colocó una de sus manos en mi hombro, infundiéndome el valor que estaba perdiendo.

—Este es el contrato que celebraremos tú y yo, en él, está estipulado que tengo derecho al 25% de la oferta final que hagan por ti, Katheryne.

—¿No era el 15%, Madame? —El tono de voz de Gab se mantuvo neutro; aunque yo sabía perfectamente que estaba que se lo llevaba el diablo solo por saber que Sharon había aumentado su porcentaje un 10% por encima de lo normal.

—Mi querido Gabriel, este negocio es entre Katheryne y yo. Tus diseños, sin duda alguna, son unas obras de arte, dejan a mis niñas muy sexys para sus trabajos... He aumentado el diez por ciento en el contrato de Katheryne porque esto no es una casa de caridad. —Extendió el vaso y el chico que había estado de rodillas lo rellenó con algún tipo de licor, bebió un sorbo y volvió a sonreír. Era un tipo de sonrisa rapaz. Sharon Adams podría ser comparada con una serpiente venenosa, pero era mi última opción—. Además, a nuestra vitrina de esta noche vienen varios de los hombres más importantes de este país —su mano tomó una de las mías y temblé ante el tacto—. No quiero que abandones la vitrina, Kath, eres tan hermosa pero reemplazable, muchacha. Si tú no estás, alguna de mis niñas ocupará tu lugar.

—Firmaré —escuché el gruñido de Gabriel—, pero tengo dos peticiones. —Intentaba que mi voz fuese normal, neutra, aunque por dentro estaba completamente aterrorizada.

—Solo si está dentro de mis posibilidades, niña. —Sharon se recostó en su mullido sillón y bebió de su copa, sin apartar su mirada de la mía.

—Primero, tan pronto como haya un ganador... —de repente, me sentí como un trofeo—, quiero que se deposite el dinero a la cuenta de Gabriel. —Mi amigo me miró alarmado—. Segundo, no me voy a vender por menos de medio millón de dólares. —No esperaba que ofrecieran tal cantidad por mi virtud, pero con esa cifra cubriría perfectamente la operación de mi hija y la hipoteca del apartamento de los chicos.

—Hecho —dijo Sharon con una sonrisa de triunfo—. No pienso venderte por menos de esa cantidad, muñeca, puedes firmar con total tranquilidad.

Suspiré fuertemente antes de estampar mi rúbrica en la línea señalada.

—Bien, ahora ve al vestuario. El peinado me gusta, sin duda es una obra de Gabriel, pero estás muy vestida para la vitrina.

—Antes que Kath se marche —la voz de Gab se escuchó ruda, —quisiera solicitarle, Madame, estar en la sala de vitrinas.

—¿Piensas ofertar por alguna de mis chicas? —sonrió con evidente ironía.

—Sabe perfectamente bien que soy homosexual, Madame. A no ser que haya un chico guapo entre sus ofertas, no me interesa. —Gabriel peinó su cabello en un gesto despreocupado. —Simplemente quiero estar cerca de Kath.

—Me encantaría, pero es mejor que no. Por conflictos con mis clientes, solo pueden estar las chicas en vitrina, uno de mis guardaespaldas, y las meseras que se harán cargo de los clientes, pero... por ser tú, puedo hacer algo mejor que dejarte ir a la vitrina —giró su silla señalando una pantalla, estaba en total oscuridad—. Dentro de unos minutos, esa pantalla se encenderá y ahí podrás ver y escuchar lo que suceda en el tercer piso. Es lo único que puedo hacer por ti, Gabriel, y solo porque te estimo.

Miré a Gabriel pidiéndole que aceptara. Los minutos parecieron detenerse.

—Se lo agradezco, Madame.

—Toto —miró al chico—, tráele un margarita a Gab ¿o prefieres una piña colada?

—Un tequila estaría bien, cargado y solo. —Le dio una deslumbrante sonrisa a “Toto”.

Sharon sonrió y su mirada se enfocó en mí.

—¡Todavía aquí! —Me gritó—. Ve a cambiarte, niña, en media hora empezará el festín... ¡Molly! —gritó de nuevo y una de las chicas, que solo había visto un par de veces, entró vestida con un diminuto vestido de baño de color verde—, lleva a Kath al camerino y luego a la fiesta de vitrinas. —La chica dio un asentimiento y me invitó a seguirla.

Llegamos al frente de un elevador y ella presionó el botón del piso tres.

Durante el corto trayecto, ninguna de las dos dijo alguna palabra; cosa que le agradecí, sentía como si me hubiesen colocado piedras en la garganta. El ascensor se detuvo y empezamos a caminar por un pasillo poco iluminado; con cada paso que daba, me sentía más tensionada. Imaginé que así debía sentirse un sentenciado a muerte, me aterraba el futuro, temía que el hombre que más ofertara por mí fuese un sádico, morboso o viejo verde que me obligara a hacer algo que no quería.

Por esa noche, no tendría voluntad sobre mi vida, sobre mi cuerpo. No sería más que una muñeca hinchable de carne y hueso, destinada a satisfacer los más sórdidos deseos sexuales del que fuese mi comprador.

Cerré los ojos, evocando la carita redonda de Antonella. Por ella, lo hacía por ella.

Mi pequeña había nacido con un defecto congénito en su pequeño corazón. Ella había sido un bebé azul, pero sin duda, el bebé más lindo que yo había podido tener entre mis brazos. Su mamá Isabella, mi mejor amiga, había muerto en el parto. Legalmente, yo era la madre de Antonella y mi amiga no era más que un recuerdo en mi mente y en la de los chicos. Sí, habíamos hecho un fraude, pero era eso o permitir que mi bella niña fuese una más de tantos niños que eran olvidados en los orfanatos.

—Madame ha escogido esto para ti. —Salí de mis pensamientos cuando Molly agitó un diminuto bikini color rojo, ¡era incluso más pequeño del que ella usaba! —No me mires así, chica, vas a venderte frente a un montón de hijos de puta, ¿qué esperabas, una sotana? —arqueé una ceja—. Te aconsejo que te cambies rápido... —Tuvo la intención de salir del camerino y dejarme cambiar, pero se volvió como si hubiera olvidado algo—. Ah... en esta caja hay unos zapatos; si bien los que tienes son bonitos, no son lo suficientemente altos para la vitrina, y aplícate esta —señaló un bote con crema— loción en las piernas, da un efecto escarchado en tu piel.

Abrí la caja sacando los zapatos, eran unos cinco centímetros más altos que los que usaba.

—Me caeré si uso estos —señalé la caja.

—La primera vez, yo también pensé que me caería, pero luego me acostumbré a ellos —apuntó hacia sus propios zapatos.

—¿También te vendiste en una vitrina? —pregunté insegura.

—Hace un año. Supongo que seremos buenas amigas, si no haces que me castiguen por demorarte tanto. ¡Empieza a quitarte ese vestido, por amor a Jesucristo! —Ella empezó a tirar de mi vestido.

—No volveré a este lugar... ¡Jamás! —aseguré retirando sus manos de mi ropa.

—Eso mismo dije yo, pero esto es dinero fácil, nena. Veo que eres de las puritanas... Consejo número uno: Olvídate del pudor, se hará más fácil mientras esperas que oferten por ti. Voy a dejarte sola, tienes quince minutos —observó el fino reloj de pulsera en su muñeca—. Perdón, diez. —La puerta se cerró tras ella y yo respiré profundamente.

Por Nella. Lo hacía por mi niña. Antonella valía todos los sacrificios.

Me desnudé completamente mientras recordaba el día que escogimos su nombre... la madre de Isabella era italiana, de ahí su nombre, y desde muy niña, mi amiga se había interesado en el idioma, así que desde el momento que supo que estaba embarazada había querido un nombre italiano. Decía que era el idioma más romántico del mundo, me gustaba molestarla diciéndole que el francés era el idioma del amor.

Me miré en el espejo de cuerpo completo intentando que el diminuto triángulo del bikini coincidiera

con mi pubis, mis pechos parecían querer salirse del sostén, y con mi trasero no podía hacer nada, el hilo lo dejaba completamente al descubierto.

Tocaron un par de veces la puerta y corrí a colocarme una bata de seda roja que había en una silla y el antifaz de plumas que había en el tocador, que para no variar, también era rojo.

«¿Qué fetichismo tienen con el rojo en este lugar?».

Abrí la puerta lentamente pensando encontrarme con Molly, pero era Erick el que estaba allí.

—¡Mierda! —Vi su manzana de Adán moverse de arriba a abajo—. Joder, linda, mira todo lo que ocultaban los jeans. —Si bien como camarera del local tenía un uniforme bastante ceñido, Erick nunca me había visto con él—. Te esperan en la vitrina, bomboncito. —Lamió su labio superior y movió su lengua con lascivia y vulgaridad. Crucé mis brazos sobre mi pecho ocultándome de su hambrienta y lujuriosa mirada, pero mientras caminaba hacia la puerta que debía ser el salón de vitrina, podía sentir sus ojos pegados en los globos de mi trasero. Saber que él me estaba mirando como un trozo de carne a punto de devorar hacía que me dieran arcadas.

Cuando llegué a la entrada del salón, vi a Molly esperándome. Tomó mi mano, llevándome a través de la oscura habitación que solo estaba alumbrada por un par de tenues bombillas, colocadas estratégicamente dentro de unas cajas de cristal: Las vitrinas.

Mi corazón empezó a latir frenéticamente mientras Molly me ayudaba a subir los dos escalones. Quitó mi bata de seda, dejándome solamente en bikini, abrió la urna de cristal y me invitó a dar el único paso que partiría mi vida en dos.

—Escúchame —no podía, mi corazón tronaba en mis oídos, pero estaba segura de que lo tenía atorado en mi garganta—. Eh, chica, deja de temblar. Recuerda por qué haces esto. Debes tener un motivo muy grande, aférrate a él. —Vimos a otra chica entrar a una de las urnas a mi izquierda. —Cuando Madame salga a la tarima, solo podrás ver a las chicas que se ofertarán. La sala no se enciende, así que conocerás a tu comprador cuando él vaya a buscarte al camerino donde te dejé anteriormente, ¿entendido? —Asentí — Párate derecha y no se te ocurra llorar, lo odian, lo sé por experiencia. Ya estás aquí, no puedes echarte para atrás. Buena suerte, niña.

—Kath...Katheryne.

—Emily... Molly solo entre estas paredes. —Asentí una vez más y ella cerró la urna, dejándome dentro de ella.

Miré hacia todos lados mientras cada urna fue llenándose poco a poco, diferentes tipos de chicas; la joven frente a mí parecía de descendencia coreana, y la que estaba a mi lado tenía la piel morena.

Minutos después, dos puertas se abrieron, el lugar se llenó de humo, murmullos y hielos, golpeando el cristal de las copas. No era capaz de ver a nadie; sin embargo, sabía que ellos sí podían vernos. Escuchar los susurros y las palabras grotescas que salían de sus bocas hacía que una desagradable sensación recorriera mi cuerpo y me entraran ganas de salir corriendo.

Era una tortura...

Recordé a mi niña.

Era tan pequeña cuando nació, padecía de cianosis, su piel, sus labios y uñas eran de un color azul; su respiración era tan rápida que un pequeño silbido salía de su cuerpo; de ahí el apodo de Chris, *Pitufina*. Isa no había alcanzado a conocerla, había muerto mientras le daba vida, así que tenía que hacerlo por Isabella, por Nella.

Por lo que parecieron horas, ningún hombre se acercó a las vitrinas, sabía que estaban ahí; pero todos permanecían ocultos bajo la oscuridad del salón. De un momento a otro, una luz roja iluminó tenuemente una pequeña tarima en un costado del salón. Sharon, enfundada en un vestido negro, adornado con cristales, con el cabello completamente recogido y su cuello adornado por una fina cadena se ubicó bajo la luz y se acercó al micrófono.

—Bienvenidos una vez más a nuestra cuarta vitrina del año, espero que hayan observado muy bien a

las diez chicas que estarán en exhibición el día de hoy, chicas completamente sumisas, que estarán dispuestas a cumplir su más oscura fantasía. No sé si tengo nuevos clientes esta noche, así que les explicaré cómo funciona nuestro espectáculo. A cada uno les fue entregado un número plasmado en una paleta, necesito que enciendan y verifiquen que estén en buen funcionamiento. En la pantalla a mi espalda, saldrán los valores iniciales por cada chica y cuánto será la oferta final. ¡Preparen sus celulares y billeteras, señores! Hoy, diez de ustedes se llevarán a la más dócil y servicial mujer que puedan encontrar para vivir una noche de fantasía y placer.

Tragué el nudo en mi garganta y me concentré en inhalar y exhalar lentamente.

Todas las luces en las urnas se volvieron más tenues, con excepción de la primera a la derecha, cuya luz brilló más fuerte.

—Nuestra primera chica es Tracy. ¡Da una vuelta, querida! —Ella obedeció de manera sensual y terminó lanzando un beso hacia la oscuridad. De no haber visto a la chica frente a mí temblando, podía jurar que era la única novata en esa sala—. Aunque Tracy no es virgen, está dispuesta a satisfacer sus más oscuras fantasías. —No podía observar bien a la chica; pero algo me decía que era muy guapa, quizás por los murmullos excitados de nuestro público—. Esta oferta empieza con la suma de cincuenta mil dólares. Señores, pueden ofertar...

La pantalla a espaldas de Sharon se iluminó con la suma y poco a poco los números fueron cambiando hasta llegar a doscientos veinte mil dólares. ¡Joder!

—Vendida a nuestro cliente ciento seis, puede abandonar la habitación e ir a por su chica. —La luz de la urna número uno se apagó completamente— Seguimos. —Esa vez, la antepenúltima diagonal a mí se iluminó—. Tenemos a Payton. —Me desconecté de lo que decía Sharon y me balanceé en mis pies. Escuché una sonrisita sardónica debajo de mí; pero por más que intenté, no vi nada.

Una a una, las urnas se fueron apagando y hombres fueron saliendo de la sala. Después de media hora, ahí encerrada y de pie, sentía mis piernas completamente entumecidas.

La luz de la chica coreana se encendió y todo su cuerpo convulsionó en sollozos. Las ofertas por ella continuaron aumentando en la pantalla detrás de Sharon hasta que, al final, uno de los hombres había ofrecido quinientos mil dólares por ella.

«Hombres y sus malditos fetiches».

Miré a la chica afroamericana en la urna contigua, éramos ella o yo. Respiré profundamente y cerré los ojos justo cuando mi luz empezó a brillar con intensidad. Había llegado mi momento.

Alcé mi barbilla y mi mirada se centró en Sharon... No, no en ella, sino en la pantalla tras Sharon.

—Kath es nuestra siguiente chica, es una de las más jóvenes del evento y completamente virginal, pero con muchas ansias de aprender. Kath es una chica pura de mente y cuerpo, un lienzo en blanco, preparada para satisfacer —resoplé un poco fuerte debido a los nervios—. Empezamos la oferta con cuatrocientos mil dólares —escuché murmullos bajo mis pies, un hombre dijo que no tenía nada de exótica como para ser tan costosa. Vi hombres abandonar la sala, no sabía cuántos quedaban, pero esperaba que fueran los suficientes. Si contaba con un poco de suerte, un viejo verde me compraría, uno de esos que tenían que ayudarse con la pastilla azul, tendríamos sexo al estilo misionero y no podría aguantar un segundo *round*.

La suma detrás de Sharon iba en aumento, pasando la barrera de los seiscientos mil dólares.

Cerré los ojos y di un silencioso «gracias a Dios».

La pantalla se detuvo en setecientos cincuenta mil dólares.

—Bien, creo que ya tenemos un ganador —dijo Sharon, evidentemente emocionada—. Vendida a la una, vendida a las dos... —La pantalla cambió, mostrando ochocientos veinte mil dólares y yo di un jadeo, sorprendida ante tamaña cantidad—. Parece que alguien más ofertó por Kath, tenemos ochocientos veinte mil a la una, a las dos...—La suma volvió a cambiar, esa vez, a ochocientos setenta mil dólares.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

—Parece que alguien está dispuesto a llevarse a esta niña de sangre latina esta noche. ¿Será que hay

una oferta más? A la una... a las dos.

La pantalla cambió nuevamente con la cifra de... ¡Joder! Un jodido millón de dólares.

¿Quién creería que la virtud costaba tanto?

Alguien maldijo en voz alta y estrelló su vaso contra el suelo antes de salir, dando un sonoro portazo en la puerta.

—Señor H, se lleva usted una excelente chica. —Sharon sonrió. La puerta de mi urna se abrió y di una última mirada a la chica de tez morena antes de salir del salón.

Molly me esperaba fuera, tomó mi mano y prácticamente me arrastró de vuelta al camerino.

—¡Joder! ¡Un millón de putos dólares! ¿Qué tienes en ese coño, niña? ¿Oro? ¿Es una mina con alguno de esos minerales preciosos? ¡Mierda! ¡Un millón de jodidos dólares! ¡¿Pero qué diablos haces mirándome como una idiota?! ¡Cámbiate ya! He escuchado que te compró el jodido señor H, o sea, además de que te dan una millonada por tu coño, te compra uno de los hombres más sexys de este maldito planeta. ¡Dios! Di algo, pareces un ratón a punto de ser devorado por una pitón. Un millón de dólares por follar con un tipo que es la combinación perfecta entre todos los dioses de la Antigua Grecia.

Pasé el nudo en mi garganta—: ¿Lo conoces? —musité mientras ella sacaba ropa del armario—. ¿Conoces al señor H?

—Solo de vista, viene de vez en cuando y siempre pide a Krystal, ¿has hablado con Krystal alguna vez? —dijo quitándome la parte de arriba del sostén y ayudándome a colocar un corsé.

—Nunca, soy muy tímida para relacionarme. Y aquí, a duras penas, conozco de nombre a las demás camareras del primer piso.

—Bueno, Krys te va a odiar. Dicen que el señor H deja muy buenas propinas y que es un amante generoso. Es italiano y habla mucho en su idioma natal, lo único malo que he escuchado de él... —apretó en mi espalda las tiras del corsé.

—¿Qué...?

—Lo único malo que he escuchado es que a él le va lo...—Dos golpes en la puerta nos hicieron sobresaltarnos antes que las puertas se abrieran y Gabriel entrara como alma que lleva el diablo.

—¡Nos vamos! —Me tomó de la mano jalándome hacia él—. ¡Un millón de dólares! Eso no es normal ¡¿Qué clase de loco anormal da un millón de dólares por una noche de sexo con una virgen?!

—Al parecer, yo. —Una voz grave, profunda, y con un inusual acento, se escuchó en el camerino. El señor H entró en la habitación, su postura era rígida pero desafiante. Llevaba puesto un antifaz que ocultaba la mitad de su rostro, vestía un abrigo de color negro abierto y podía notar bajo él un traje gris de tres piezas. Todo en él hacía suponer un exquisito gusto más allá del dinero que poseía. Su cabello estaba cortado al estilo militar, prácticamente rapado. Era alto, muy alto, como 1.90 metros de puro músculo y, a pesar del antifaz, podía notar que sus ojos eran verdes como dos esmeraldas. Su nariz era recta, su mandíbula era cuadrada, enmarcada por una barba en forma de candado, debidamente cuidada—. Y lo que haga con mi dinero no es incumbencia de nadie.

—Puede coger su maldito dinero y meterlo directo en donde no le da el sol. —Gabriel se envaró frente a él.

—Gab... —Lo llamé, queriendo evitar cualquier discusión.

Él colocó las manos en mi rostro.

—Pequeña...

—Vete, estaré bien. Nos vemos mañana para desayunar. —Esperaba que mis palabras transmitieran seguridad, aunque no me sintiera nada segura bajo el escrutinio del señor H.

—Ya la escuchó. —El hombre que me había comprado caminó hasta sentarse en el sofá—. Déjenos solos o me veré en la penosa obligación de llamar a uno de los guardias... o no, yo me basto solo para sacarlo de aquí. ¡Fuera! —musitó ferozmente.

—Vete, Gabriel —susurré.

Mi amigo bajó la cabeza, resignado.

—No debiste hacerlo, Kath. —Fue lo último que dijo antes de irse.

—Usted también, váyase. —El señor H señaló a Molly, que huyó como cordero cuando abren la puerta del corral—. Cierra la puerta con pestillo —ordenó.

Hice lo que me pidió y él llevó sus manos a la parte de atrás de su cabeza, soltando las tiras del antifaz, revelando su rostro...

Él era completa y absolutamente fuera de este planeta: rasgos finos y duros, boca gruesa, labios proporcionados, tal como lo había notado, nariz recta y ojos de color verde.

—Un millón de dólares —negó con la cabeza y sonrió como si se hiciera una broma para él mismo—. Quítate el corsé.

—¿Qué?

—¿Tienes problemas auditivos? Acabo de pagar un millón de dólares por ti, lo mínimo que puedes hacer es dejarme ver un poco la mercancía que acabo de comprar. —El tono de su voz, su acento, era como el hierro y el fuego, duro y abrazador.

—Olvídalo —tomó un maletín del suelo, uno que yo ni siquiera había notado, sacó un sobre color marrón y lo extendió hacia mí—. Firma ese documento. —Me dio un bolígrafo, saqué la solitaria hoja de color blanco, sin entender. —Simplemente, te comprometes a que, lo que pase aquí, solo será entre nosotros. Nunca más hablarás de ello, con nadie, ni siquiera con el impertinente que acaba de salir.

Leí lentamente y al final firmé la hoja y le entregué el sobre. Él lo guardó en el maletín.

—No acostumbro a comprar jovencitas puras y virginales, señorita Cortéz — ¿Cómo demonios...? La respuesta llegó a mi mente rápidamente: Sharon—, así que vengo a ofrecerle un negocio. Antes que nada, tengo que decirle que, si alguien se entera de lo que conversaremos usted y yo, pasará un largo y no muy divertido tiempo en la penitenciaría de mujeres. Me encargaré personalmente que su vida ahí sea un jodido infierno. ¿Entendido?

¡Joder! Su mirada se intensificó, así que asentí.

—Dilo.

—Entendí perfectamente. —Mi voz titubeó un poco.

—Eso está bien, llegué a pensar que, además de sorda, también eras muda. En fin, manejo una gran constructora a nivel internacional, la sede de Nueva York tiene algunos problemas, por los que me veré obligado a estar en este maldito país por lo menos un año —soltó el botón de su saco acomodándose aún más—. Más que un polvo de una noche o desvirgar a una jovencita, estoy buscando una mujer que se haga pasar por mi prometida ante los eventos de sociedad, eventos a los que es completamente engorroso asistir solo —cruzó la pierna a la altura de la rodilla—. Siempre que estoy en Nueva York, tomo a Krystal para liberar frustraciones, pero es una puta, la mitad de los hombres de Nueva York han pasado por su lecho, es por eso que en esta ocasión he escogido una virgen. Te pagaré la misma cantidad que he ofertado esta noche por ti, a cambio, estarás junto a mí durante los próximos trescientos sesenta y cinco días, aparentando que estás locamente enamorada de mí. Compartirás mi casa, mis cosas, pero lo más importante, compartirás mi cama.

¿Qué?

—¡No soy una puta! —Ese remedo de hombre me estaba comparando con una prostituta.

—¿Ah, ¿no? ¿Cómo se le puede llamar a una mujer que da su virginidad a cambio de dinero? —Su mano rascó su barba levemente—. Eso es lo que hace una puta, Katheryne.

—¡Escúcheme bien! ¡Ni a usted ni a nadie le importa por qué demonios estoy haciendo esto! Límitese a hacer lo que tenga que hacer. —¿De dónde había sacado tanto coraje? No lo sabía.

—Tsk, Tsk... —Chasqueó su lengua con desaprobación—. Serás una buena adquisición si es que aceptas, pero no volveré a aceptar que me retes —dijo con voz ronca—. No tienes nada que perder, al menos no tendrás que acostarte con uno y otro. Yo siempre exijo fidelidad, pero eso no quiere decir que

yo te sea fiel. Míralo por el lado amable, te estoy dando mucho más dinero del que podrías conseguir aquí en toda tu vida.

—No pienso volver a este lugar.

—Lo haga o no lo haga, no es de mi incumbencia, señorita Cortéz .

—¿Puedo hacer una pregunta? —El señor H asintió—. ¿Por qué un hombre como usted necesita contratar una persona para eso?

—Eso es algo que no debe importarte, Katheryne —frunció el ceño y me miró de manera fría—. Mira, si vas a aceptar mi propuesta, debes saber que simplemente tengo tres reglas. —Su mirada se intensificó, mandando a mi cuerpo una ola de calor. Él me hacía sentir diminuta, y no precisamente por mi estatura.

Hice una seña con mi mano para que continuara.

—Mis reglas son bastante fáciles de cumplir: la primera... —Me enseñó uno de sus dedos—, no me interesa tu vida, así que no tiene porqué importarte la mía, el hecho de que te hayas vendido como una mercancía me importa muy poco; así que, si yo quiero comprar una o tres mujeres, no debe importarte tampoco. No puedes meterte en mis asuntos —un nuevo dedo se unió al que estaba en alto—. La segunda, no me interesa que aflores sentimientos por mí; con que cumplas tu rol de prometida enamorada en la calle, y de sumisa obediente en la cama, me doy por bien servido. Ten en cuenta que yo te estoy comprando, Katheryne, soy tu señor, tu amo. Tú solo debes ser una buena dama de compañía, luego yo decidiré qué tan bueno puedo ser contigo —alzó un tercer dedo—. Tres, no reclamamos...Lo que nos lleva a la regla número uno. Detesto que se inmiscuyan en mi vida personal, en mi vida privada, tú simplemente serás un lindo adorno, un juguete para mis placeres sociales y sexuales. La última es mi regla de oro: Siempre debes estar dispuesta para mí.

La habitación se sumió en un silencio tenso, mi mente maquinaba todo lo que podría hacer con esa cantidad. Si con lo primero tenía asegurado la operación de Nella y las facturas del hospital, con el dinero que él ofrecía podía garantizar el pago de las deudas de los chicos, podría comprar mi propia casa y pagar mi carrera universitaria.

Ese hombre estaba ofreciéndome un futuro brillante a cambio de que fuese su muñeca sexual por un año.

—No soy un hombre paciente... —dijo tamborileando sus dedos en el brazo del sofá—, pero, aun así, he decidido dejarte pensar hasta mañana. —Iba a hablar, pero él me detuvo—. Antes que tomes una decisión, necesitas saber algo importante, no me va lo tradicional. ¿Has oído hablar del BDSM? —asentí. Sabía perfectamente lo que esas letras significaban, había leído un libro sobre dominantes y sumisos—. Me gusta tener el control del placer, no me considero un domine excesivo, pero tengo mis momentos efusivos. No soy tierno ni suave y, definitivamente, no soy de misioneros. ¡Detesto al personaje que ideó esa postura! Así que no solo serás mi dama de compañía, la mujer que caliente mi cama en esta horrible ciudad y la que se verá perdidamente enamorada de mí cuando estemos en público, sino que, además, serás mi sumisa y me deberás respeto, obediencia y complacencia. ¿Crees poder con todo, Katheryne? —Su mirada era oscura y tenebrosa, pero era un millón de dólares, un millón que me aseguraba un futuro tranquilo, sin presiones y, lo mejor, sin el miedo de que el padre de Antonella apareciera en cualquier momento, queriendo llevársela con él porque yo no tenía cómo mantener a la niña.

Si bien Isabella nunca había hablado del padre de mi bebé, sabía que existía. De hecho, él conocía la existencia de Antonella. Este último año había estado temerosa de que apareciera y quisiera hacer valer sus derechos. Una prueba de ADN era todo lo que necesitaba para llevarla lejos de mí, aunque Christian dijera que él no iba a aparecer nunca.

Era pensarlo y hacerlo... Pensarlo y...

—¿Dónde tengo que firmar? —Mi voz titubeó al final, aun así, erguí mi cabeza y lo miré de frente.

La sonrisa del señor H se curvó hacia el lado izquierdo de su rostro.

—Obediencia y respeto es la clave de toda buena sumisa, desafortunadamente, no tengo los documentos aquí. Pero alégrate, te dará unas horas más para que pienses mi propuesta. —Se levantó del sofá, acercándose hacia mí. Mis piernas temblaron; pero logré mantenerme erguida—. Si no estás completamente segura de poder llevarme el ritmo, entonces no firmes. Cobraré mi deuda y desapareceré de tu vida. —Tomó mi mentón con sus dedos—. Te diré que conozco una buena sumisa con tan solo observarla a los ojos, y esta noche, mientras estabas en esa vitrina, no te perdí de vista. Cada movimiento tuyo en esa urna de cristal mandaba relámpagos de placer a mi polla. —Inhalé su cálido aliento cuando los dedos que sujetaban mi mentón se deslizaron hasta mi nuca, atrayendo mi rostro al suyo—. Créeme, si no creyera que vales la pena, no hubiese dado tanto por ti.

Tragué el nuevo nudo en mi garganta. A esas alturas, toda yo era un mar de nudos—: Voy a hacerlo, firmaré su contrato y seré su sumisa por un año. A cambio, usted me dará la mitad del dinero pactado cuando firme y la mitad restante cuando termine el año.

—Buena chica. —Se alejó completamente, volviendo a sentarse en el sofá—. Ahora déjame ver lo que he comprado. ¡Desnúdate!

¡Diablos! Era la primera vez que un hombre me vería completamente desnuda.

Dos

En shock.

Si existía una palabra que podía definir mi estado y situación en ese momento era esa, me encontraba total y completamente en shock.

«Él quiere que me desnude, ¿aquí?».

Dejé que mi mirada recorriera todo el lugar, la habitación —camerino— no era muy grande, podía jurar que solo medía dos metros de largo por dos de ancho.

Mi mirada volvió donde el imponente hombre vestido de gris estaba. Su rostro era perfecto, ni una peca o cicatriz. Tenía la piel levemente aceitunada y sus ojos parecían ser más verdes cada vez que me detenía a observarlo.

Ese hombre sería el primero en poseer mi cuerpo y lo haría a cambio de dinero. ¿En qué diablos estaba pensando?

«Antonella».

El nombre de mi niña de cabellos oscuros apareció en mi mente casi inmediatamente. Lo hacía por ella, y ese debía ser mi mantra durante todo este año.

—¿Ya terminaste la revisión? —Sacó de su chaqueta, un puro y un encendedor. Con movimientos suaves, lo encendió y llevó a su boca, aspirándolo con parsimonia antes de echar su cabeza hacia atrás y soltar el humo—. Desnúdate, Kath.

—Este... yo...

—Tsk, tsk... —Chasqueó su lengua—. No me gusta que me contradigan, di una orden y, como sumisa, debes cumplir.

—No soy su sumisa —dije entre dientes.

—Pero lo serás, es mejor que entiendas ahora quién tendrá el poder en ese contrato. Yo ordeno, tú te limitas a cumplir.

—¿Vamos a hacer el amor aquí?

—No. —Un suspiro de alivio salió de mi interior—. Tú vas a follarme aquí. El tipo de acuerdo que tendremos es uno para follar, no para decirte palabras bonitas con el único fin de meterme entre tus bragas o susurrarte estupideces en el oído mientras descansamos de un orgasmo.

Tragué pesadamente mientras pensaba en cómo haríamos eso.

«¡Monta su polla como una vaquera!».

Negué con mi cabeza, no queriendo escuchar el lado depravado de mi consciencia.

La carcajada del señor H me hizo dar un salto en mi lugar.

—¿Hablas contigo misma? —Lo miré sin entender—. Acabas de susurrar: “No montaré su polla”, y no lo entiendo, eso es precisamente lo que quiero que hagas.

—Yo...

Él se levantó hasta colocarse a mi lado, recostado en el tocador del espejo, el puro quemándose entre sus dedos.

—Voy a aclararte algo, porque al parecer, aún no entiendes el concepto amo y sumisa —fumó un poco más, causándome un ataque de tos—. Lo siento —apagó el puro en el cenicero que estaba sobre la mesilla—, no hago el amor.

—¿Usted folla a lo bestia? —Me burlé.

Una sonrisa guasona adornó su rostro.

—Técnicamente... —volvió a mi lado—. Olvida todo lo que hayas visto o leído sobre ese tema, Kath,

por el bien de ambos —fijó su mirada en un punto en la pared, su expresión jovial cambió estrepitosamente—. Cúbrete —su voz fue fuerte—. Para hoy, Katheryne.

No tenía nada para cubrirme, mi ropa y abrigo no estaban ahí.

—*Maledizione*^[2] —su voz fue fría, rasposa y retumbante—. *Figlio di puttana*.^[3]

No había que ser un gran conocedor de otra lengua para saber que el señor H estaba maldiciendo.

—¿Ves allí? —señaló un lugar arriba en una de las esquinas—. Hay una maldita cámara. No me gusta que otros vean lo que me pertenece.

Joder, estaba harta de eso, de que era de él... ¡Yo era mía!

—Pagué por ti, *ragazza*^[4]... Te compré, me perteneces.

¡Joder!

Sacó su celular del bolsillo y tecleó rápidamente antes de salir de la habitación, dejándome sola.

«¿Y ahora qué?».

No pasaron ni cinco minutos cuando la puerta se abrió y el señor H entró, lanzándome una bolsa, en su mano tenía una nueva copa.

—¡Cúbrete, joder! —Saqué el abrigo que había en la bolsa. Eso iba a quedarme enorme—. Es mía, no podía mandar a mi chofer a comprar un vestido en la Quinta Avenida —murmuró con desdén—. ¿Quieres ser la causante de los pajazos de muchos? Porque apuesto que más de uno tiene su polla en la mano mientras se la bate como un maldito adolescente.

Su teléfono sonó y él apretó el puente de su nariz, dándome una mirada furibunda.

Cierto, no me había cubierto.

—Bien hecho —dijo a quien fuera que estuviese del otro lado de la línea antes de darme una mirada indescifrable—. Vamos saliendo. —El abrigo me quedaba enorme, como lo suponía; aún con los zapatos de tacón, se arrastraba, lo que me tenía más nerviosa de lo que ya estaba, se veía fino y no quería arruinarlo.

Él se acercó a pasos fuertes y decididos hasta llegar hasta mí, cerró los primeros botones y exhaló bruscamente antes de hablar.

—Siempre voy delante, Katheryne, puedes ir a mi lado, pero siempre asegúrate de ir un paso detrás de mí.

«¿Qué?».

El tipo era un maldito arrogante, ya me estaba arrepintiendo de toda esa locura. Total, si pasaba la noche con él, ya tenía el dinero de la operación de Antonella.

—¿Podemos irnos ya? ¿O quieres seguir dándole material al pervertido que vigila las cámaras? —Su voz fue inflexible.

Asentí despacio y él abrió la puerta, me coloqué justo detrás de él, pero, una vez que salimos de la habitación, me ubiqué a su lado.

Nunca detrás de él.

Sentí la mirada de varias chicas que trabajaban en el lugar, incluso las de algunos clientes. Estaba completamente cubierta, pero su mirada lasciva me hacía sentir desnuda ante todos ellos, como cuando *Cersei Lannister* realizó el Paseo de la Penitencia por las calles del *Desembarco del Rey* en la temporada cinco de *Game of Thrones*.

Pero la mirada que más me impactó fue la de Krystal, la mujer parecía querer arrancarme la cabeza con sus propios dientes. La intensidad con la que me observaba fue tal que tuve un pequeño tropiezo, adelantándome al señor H, quien me tomó del brazo y se adelantó dos pasos sobre mí.

Me di cuenta que no nos dirigíamos a la salida principal y, cuando el señor H tomó el camino hacia la puerta que daba al apestoso callejón que quedaba detrás del local, mi cuerpo se tensó.

No sería capaz de tomarme ahí... ¿O sí?

El viento me pegó por completo cuando él abrió la puerta, apreté aún más el costoso abrigo a mi

cuerpo. Un flamante auto de color plata esperaba encendido, un hombre de estatura mediana salió del carro y se apresuró en abrir la puerta para el señor H.

Observé el modelo unos segundos para saber qué tipo de auto era y lo supe de inmediato. Era un *Lexus LFA*. Me encantaba la mecánica, aunque Isabella decía que no era una profesión propia de mujeres, soñaba con ser ingeniera automotriz algún día y era una gran apasionada por los autos de lujo. Los conocía todos, sin excepción.

El señor H se internó dentro del vehículo sin cruzar una mirada con el hombre que mantenía la puerta abierta. Le di una sonrisa nerviosa cuando me acerqué a él, sin embargo, su expresión era tan dura como una roca. Cerró la puerta antes de volver a su lugar tras el volante.

—Señor...

—Calla, Riley.

—No lo sabía, le juro que inspeccioné la habitación. Yo...

—¡*Maledizione!* —Di un respingo en mi puesto—. No digas que lo sientes, solo límitate a hacer tu puto trabajo.

Tragué saliva ante su tono de voz.

Riley —como ahora sabía que se llamaba el conductor— asintió, empezando a sacar el auto del callejón, me dediqué a observar al chico gracias al vidrio del retrovisor, tenía el cabello rojizo, ojos oscuros y nariz pequeña. Deduje que no podía tener más de veinticinco años.

Una fina lluvia caía mientras el auto se deslizaba por las calles de Nueva York, había perdido la noción del tiempo; así que, no sabía a ciencia cierta qué hora era exactamente. Observando la negrura de la noche, podía decir que eran más de las tres de la madrugada, pero llovía, así que técnicamente, estaba en un coche sin saber a dónde demonios iría.

Mientras más avanzábamos, más me alejaba de mi hogar. Necesitaba desesperadamente saber a dónde me llevaría el señor H. Tenía miedo de preguntar, pero algo en mi interior —quizás la voz molesta de mi conciencia— me gritaba que tenía que preguntarle, él había estado ocupado con su celular, tecleando y maldiciendo en voz baja.

Tomé una larga respiración antes de hablar.

—¿A dónde...? —suspiré, armándome de valor. ¡Yo no era una cobarde! —. ¿A dónde vamos, señor H? —Mi tono de voz fue mucho más bajo de lo que pretendía.

Una nueva carcajada irónica por parte de él me hizo querer encogerme en el asiento.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó jocosamente, su mirada esmeralda captando cada movimiento mío.

—Perdón —me ruboricé, había estado refiriéndome a él como señor H, pero obvio ese no era su nombre. Respiré profundamente y carraspeé para que mi voz fuese clara—. En el salón, Madame lo llamó de esa manera, al igual que Molly. —Mis manos comenzaron a temblar.

—¿Molly?

—La chica que me estaba ayudando con el corsé cuando usted llegó.

—Ah, la chica hámster. —Elevé una de mis cejas—. No importa, ya que vas a ser mi sumisa.

—No he dicho que sí —dije antes de llevarme la mano a la boca, el filtro cerebro-boca se había desactivado—. No he aceptado aún.

—Estupideces.

—¿Qué?

—Serías muy estúpida si no lo hicieras...

—Señor H...

—Alessandro —dijo en voz suave—. Alessandro D'Angelo. —Había que ser muy tonto para no saber quién era el hombre, todos los medios estaban hablando del dueño de D'Angelo Building., el causante de dejar a más de doscientas familias desempleadas, alegando la crisis interna en D'Angelo Building.

«Y a ti te dio un millón de dólares».

—Tú eres el presidente de D'Angelo Building. —Mi voz tembló.

—El mismo —dijo guardando el celular en su saco—. Tú no eres norteamericana ¿verdad? —su mano tomó la mía, tirándome hacia él.

—Soy... Soy... — miraba sus ojos verdes, casi hipnóticos, sin parpadear—. De ascendencia latina. —Tragué grueso.

—Cortéz —musitó mi apellido, remarcando su extraño acento—. Bien, Katheryne Cortéz —su mano fue a mi cuello, no pude evitar tensarme—. Relájate —su voz ahora era suave, casi aterciopelada—, voy a hacer algo que he querido hacer desde que te vi en esa vitrina como cervatillo frente a los faros... —su rostro se acercó al mío y pude inhalar su olor: era brandy mezclado con menta.

—*Veramente sei bella, una bella ragazza. La mia ragazza più bella*^[5]. —No entendía lo que decía, lo que me hacía ponerme aún más nerviosa. Mi corazón palpitaba como si estuviese en una carrera. Algo en los ojos de Alessandro brilló, su lengua delineó sus labios mientras su mano apretaba fuertemente mi nuca. No quería aceptarlo, pero me estaba asustando el hecho de que no pudiera moverme—. Tres reglas: —asentí —No te muevas, no digas nada y, sobre todo, no domines. —La mano en mi cuello empujó mi cabeza hacia adelante y atrapó mis labios con los suyos en un beso fiero y demandante.

Mi primer beso.

Por un momento, me quedé completamente quieta, mis ojos abiertos observando cada detalle del rostro de Alessandro. Su lengua tocó mis labios y abrí la boca, dejándola pasar. Intenté seguirle el ritmo, recordando cada uno de los besos que había visto en mi vida, pero ninguno de ellos se parecía a lo que sentía mi cuerpo, ni siquiera podía describir lo que estaba pasando... Alessandro movió su mano y su lengua se enredó con la mía, haciéndome jadear mientras él demandaba más, más entrega, más movimiento. Su beso se tornó brutal con el paso de los segundos, sujetó mi rostro de manera contundente: lengua, labios y dientes chocaron mientras le seguía. Mis pulmones bramaban por aire, mi vientre cosquillaba y mis manos... mis manos se movieron solas de mi regazo hasta su cuello, acercándolo más a mí.

Todo se salió de control. La mano en mi cuello tensó mi cabello, separándome de él mientras gemía por el dolor, la mirada del hombre frente a mí, el hombre que hasta hacía unos segundos devoraba mis labios con total posesividad, se tornó fría.

—¡Nunca! Entiéndeme bien, ¡nunca trates de llevar el control! Ese es mi placer, Katheryne —su voz fue fuerte y afilada.

Mis ojos se abrieron asustados. ¿Dónde diablos me estaba metiendo?

Soltó mi cabello con algo de rudeza y alisó las arrugas inexistentes de su saco. Volvió a su lugar, sin darme una sola mirada, y buscó su celular entre sus ropas enfocándose completamente en él.

Si mi corazón antes latía como si estuviera en una carrera, ahora lo hacía como si me persiguiera una estampida de elefantes en un diminuto callejón sin salida. Completamente aterrorizada y con el cabello adolorido, me ubiqué al otro extremo del vehículo, di una mirada a Riley, pero él parecía en otra galaxia, o hacía la vista gorda. Volteé el rostro cuando sentí una lágrima descender por mi mejilla y la quité rápidamente mientras observaba la lluvia caer.

Más pronto de lo que imaginé, el auto se detuvo frente a una propiedad impresionante, una estructura rústica, al parecer, muy antigua, alejada de la carretera principal, surcada con un enrejado enorme y cubierta por arbustos. Era como si esa porción de tierra estuviese fuera de la ruidosa y caótica Nueva York. Un guardia abrió la reja, permitiéndonos el ingreso, donde pude observar mejor la edificación de dos plantas de color blanco hueso. Desde el beso, Alessandro se había mantenido en silencio, la tensión era como una gruesa neblina separándonos a ambos.

—Señor —Riley observó a Alessandro por el espejo retrovisor—, ¿desea que lleve el auto a la cochera o va necesitarme para ir a algún lugar?

—No voy a necesitarte por lo que resta de la noche, Riley, puedes ir a descansar. —Riley asintió antes de salir y rodear el auto hasta abrir la puerta de Alessandro. Él guardó su celular, saliendo del auto con premura mientras yo me quedaba esperando su próxima orden.

—¿Piensas quedarte toda la noche en el auto?

Negué con la cabeza mientras me obligaba a moverme. Al salir, el frío de la madrugada me hizo estremecer. Observé el lugar, pero no podía reconocer el lugar donde me hallaba.

La puerta se abrió, revelando a un chico de cabello castaño que portaba un uniforme de servicio.

—Buenas noches, señor —su voz fue baja mientras que el rictus en su rostro era serio.

—Buenas noches, Benjamín —observé al chico unos segundos, pero él no me miraba. Su boca era una sonrisa tensa que lo hacía parecer mucho mayor de lo que pensé en un comienzo. ¿Qué ahí nadie reía?

Alessandro entró a la casa y me aseguré de seguirlo para que no me llamara la atención.

Si la casa por fuera era impresionante, por dentro era majestuosa. Había un candelabro en forma de araña que colgaba en el recibidor, las escaleras eran talladas en madera; un perfecto arco separaba dos puertas, una a la izquierda y otra a la derecha, y lateral a esa última había un corredor que parecía llevarnos a otro lugar.

—Asegúrate de decirle a Sasha que quiero el desayuno mañana a las siete, huevos con tocino y tostadas, y que saque el té de frutos rojos que traje de mi último viaje a Italia —empezó a caminar en dirección a la escalera...No me moví, Alessandro se detuvo al llegar al tercer escalón—. Y necesito fruta fresca.

—Sí, señor.

—Y dile que coloque dos puestos en la mesa. Sígueme, Katheryne. —Subí la escalera tras él... siempre tras él.

La segunda planta estaba aún más iluminada que la primera. Allí, Alessandro se detuvo frente a la primera puerta marrón doble, giró los pomos, permitiéndome seguir primero.

La habitación estaba tenuemente iluminada por un ventanal de vidrio en frente y el suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra negra; podía ver un sofá en forma de L adornando el espacio. La puerta se cerró con un golpe sordo y las luces fueron encendidas rápidamente. Él pasó por mi lado, quitándose el saco y caminando hacia un pequeño bar en el rincón. Sacó una botella oscura y dejó caer licor en un vaso antes de volver y sentarse en el sofá, cruzando su pierna derecha a la altura de su rodilla.

Detallé el lugar detenidamente, era amplio, pintado de colores claros. Un arco daba a otra habitación, donde se podía observar una cama.

—Desde ahora, esta es tu habitación

—Señor, D'Angelo.

—Tsk...No hay cámaras en esta habitación, no tengo esa clase de fetiches. —Bebió de un trago el contenido de su vaso y lo dejó en la mesa baja que había enfrente—. Ahora quiero que te desnudes —su voz fue dos tonos más baja que las veces anteriores, fue una voz suave como el terciopelo—. Deseo verte, de hecho, deseo más que verte. No es necesario que hagas algún tipo de baile o alguna estupidez, solo quítate la ropa. —Respiré profundamente, llevando mis manos al abrigo, no tenía caso intentar parecer ingenua o moralista. Ese hombre me había comprado con una finalidad y era tener sexo.

La prenda resbaló por mi cuerpo, quedando a mis pies, revelando el corsé y el panti de encaje que Molly me había dado a usar en *The Chalets*.

Su mirada verde ardiente recorrió cada parte de mi cuerpo. A pesar de que podía sentir el leve temblor de mis piernas, me mantuve erguida para él, tomando aire lentamente mientras evitaba cerrar los ojos. Él se acomodó en el sofá, su avariciosa lengua mojó sus labios y una pequeña chispa recorrió mi cuerpo.

—Buena chica. Deshazte del corsé, *ragazza* —con un nudo en mi estómago, llevé mis manos hacia los lazos que estaban en mi cintura. Molly los había dejado largos, de tal manera que yo pudiese jalarlos si

tenía que quitarme la prenda yo misma. Solo bastó un poco de presión para que los lazos cedieran. Sin dejar su mirada, aflojé las tiras del corsé hasta que este acompañó al abrigo a mis pies. La imperiosa necesidad de tapar mis pechos de su mirada se intensificó al verlo reacomodarse. Mis labios temblaron ante su escrutinio, él me miraba con hambre, con el deseo saliendo de su cuerpo—. Suelta tu cabello, quítate las horquillas —levanté mis manos y solté mi cabello como él lo ordenó—. Bien, muy bien, me gustan tus pechos... son del tamaño justo —el tono de su voz era ronco—. *La mia bella ragazza*^[6] déjame ver más, quiero ver tu monte de Venus.

Una risilla tonta escapó de mis labios, quizás por lo nerviosa que me sentía, quizás porque Alessandro D'Angelo no se veía como un hombre que se refiriera a la entrepierna femenina con algo tan cursi como “monte de Venus”

—¿Te parezco gracioso? Bragas abajo, ¡ahora! —demandó, dejando de ser el hombre de voz suave.

Llevé mis manos al elástico de mis pantis, dispuesta a obedecerlo.

—No te agaches, deja que caiga solo como el resto de la ropa —hice lo que ordenó, dejando mi pubis expuesta a su codiciosa mirada—. ¡Maldición! ¿No conoces la cera? —arqueó una de sus cejas, levantándose del sofá. Terminó de desabrochar los botones de su camisa, dejándola en el suelo, y caminó hacia mí mientras soltaba el cinturón de sus pantalones. Una vez estuvimos frente a frente, su mano me atrajo a su cuerpo—. Manos arriba —subí mis manos sobre mi cabeza y Alessandro lasató con su cinturón. Respiré profundamente, el corazón me latía frenéticamente ante su cercanía—. No bajas las manos o tendré que castigarte —su mano izquierda se posó sobre mi entrepierna, acariciando con su dedo índice mi capullo de nervios—. Quiero que esta parte de tu cuerpo quede tan limpia y suave como la piel de un bebé. ¡Entendido!

—Sí, señor —sonrió y su rostro bajó hasta mi oído, soplando lentamente, haciéndome estremecer, antes de hablar:

—*Mi brucerò nel più profondo degli inferi*^[7] —susurró en italiano. Unió nuestras caderas, dejándome sentir su virilidad.

Estaba completamente duro y podía jurar que esa parte de su anatomía irradiaba fuego.

—¿Sientes lo duro que estoy? —acarició con más ahínco, sentía cómo mi cuerpo vibraba ante su roce y mordí mis labios para no emitir ni un solo sonido. No sabía si podía tocarlo, así que mantuve mis manos sobre mi cabeza con mucho esfuerzo. Abrió mis labios vaginales con sus dedos y mantuvo la caricia más íntimamente—. Ve a mi cama y espérame ahí.

La habitación de Alessandro era clara, las paredes estaban pintadas de blanco sin ninguna pintura o cuadro en ellas. Había una cama tamaño *King Size*, tallada en madera, con dosel estilo señorial, rodeada por dos mesas de noche y un sofá pegado a la pared de cristal, igual que en la habitación anterior.

Me senté sobre las sábanas de color plata, intentando no pensar en nada, preparando mi cuerpo para que se entregara sin restricciones a él. Cerré los ojos, recordando la sensación en mi piel cuando acarició mi clítoris. Uní mis piernas intentando controlar el desasosiego.

Pensé que Alessandro entraría detrás de mí, pero no apareció enseguida. Supuse que quizá había decidido tomarse un trago para controlarse, sin embargo, los minutos pasaban y él no entraba. Me sentía agotada, tanto física como emocionalmente. Y aunque sabía que mi noche aún no acababa, me recosté sobre la cama y cerré los ojos.

Solo serían unos segundos, hasta que él entrara y reclamara mi cuerpo.

Desperté la mañana siguiente un poco desorientada, sentía un posesivo brazo pegado a mi cintura, mientras algo duro me tallaba desde la espalda.

—¡Mierda! —Jadeé al recordar la noche anterior, esperaba a Alessandro y yo...

—No es una bonita manera de empezar la mañana —su suave acento contrastó con lo duro de su tono de voz, quise separarme de su posesivo abrazo, pero él tensó más el brazo que rodeaba mi cintura—. No te muevas... aún tengo que dormir un poco más si quiero empezar bien el día.

«¿Y este piensa que soy almohada?!».

Resoplé sonoramente y observé el reloj en la mesa de noche, eran casi las siete de la mañana.

—Debo ir a casa —susurré.

—Esta es tu casa ahora —dijo entre dientes.

—Tengo obligaciones. —El hombre a mi espalda se carcajeó.

—¿Me lo dices o me lo preguntas? —apretó su agarre en mí—. Manejo una empresa al borde de la ruina, si no me hago cargo, más de mil personas perderán sus empleos. Debo ir a trabajar, pero por cinco minutos más que me quede en cama, no se va acabar el mundo. —La mano que acariciaba la parte baja de mi vientre se deslizó por un camino creado por él hasta abarcar mi pecho izquierdo.

Solté un pequeño grito cuando atrapó mi pezón entre su dedo índice y pulgar, apretándolo con fuerza por unos segundos antes de soltarlo con rapidez. Presionó la palma ardiente de su mano sobre mi piel al tiempo que su erección se encajaba entre mi trasero.

—¿Va... Va... Vamos a hacerlo ahora? —pregunté completamente tensionada.

—No. —Su tono fue inflexible y luego volvió a jalar mi pezón con sus dedos, esa vez, menos brusco que antes.

—¿Te dolió? —preguntó cuando su palma volvió a abarcar mi pecho completo, haciendo rotar mi ahora erecto pezón entre su piel y la mía.

—Un poco. —Decidí ser sincera.

—¿Te gustó?

Me había asustado al comienzo, pero luego...

—¿Por qué no se cobró su deuda anoche? —Cambié el tema.

—Tienes que hacerte unos exámenes antes, *ragazza*.

—Soy virgen. —Rodé los ojos ante lo obvio.

—Eso no me garantiza nada. Me gusta sentir a mis sumisas, eso quiere decir que no uso preservativos.

—Pero...

—No uso preservativos... —musitó con voz pausada—. No hay nada mejor que la libertad, sentir piel contra piel —me giró, dejándome frente a él—. Desayunaremos juntos, irás a tu casa y pasaré por ti a medio día. No es necesario que saques nada, iremos al doctor y luego de compras.

—Pero...

—No me contradigas —tomó mi barbilla con los mismos dedos torturadores—. Complacencia y sumisión, son la clave en todo este acuerdo —se levantó de la cama, dejándome ver su espectacular, redondeado y firme trasero, sus piernas eran enormes y musculosas, pero lo que más me llamó la atención fue el tatuaje en su espalda, era enorme y tan extraño... no podía definir si era un águila, un león o alguna otra cosa—. Es un grifo —dijo aún de espaldas a mí—, una criatura mitológica, mitad águila, mitad león. En la mitología griega, son catalogados como guardianes.

Me pregunté por qué un hombre como él se tatuaría un animal como ese, un guardián.

Caminó hasta desaparecer en la habitación contigua. Estuve mirando hacia el techo por un par de minutos antes de levantarme de la cama, cubriendo mi forma desnuda y siguiéndolo, pero él no estaba en ningún lugar. El panti de encaje y el corsé que tenía puesto la noche anterior reposaban en el sofá. Me los coloqué rápidamente y luego tomé el abrigo, cubriendo mi cuerpo con él. Con la luz de la mañana iluminando la habitación, pude detallar mejor la estancia.

Fría e impersonal. Dos puertas de lo que parecía roble flanqueaban el arco que daba paso a su habitación, la de la izquierda llamó mi atención, por lo que caminé hacia ella sin siquiera pensar en lo que estaba haciendo, tomé la manija y la empujé suavemente, intentando abrirla.

—Solo yo tengo la llave. —Di un brinco en mi lugar cuando sentí la presencia de Alessandro muy cerca de mi espalda.

Me giré para encararlo, completamente avergonzada por intentar husmear en su casa, pero me quedé rígida cuando mis ojos quedaron a la altura de su cincelado pecho. Tenía los pectorales marcados —seguramente por el ejercicio—. Mi mirada siguió recorriendo su torso, perdiéndome en lo definido de sus abdominales hasta detenerse en la uve que marcaba su entrepierna cubierta por una toalla de color gris.

Alessandro colocó uno de sus dedos bajo mi barbilla, haciendo que mis ojos enfocaran los suyos, verdes ardientes, inyectados de algo que aún no podía descifrar. Se había duchado y las gotas de agua bajaban desde sus cortos cabellos, perdiéndose en su rostro.

Mi mano se levantó sola hasta colocarla sobre el pectoral izquierdo, arriba de su pezón, donde tenía una frase tatuada con letras japonesas. Él quitó mi mano rápidamente, sosteniéndola entre nuestros cuerpos.

—Pronto conocerás el contenido de esa habitación.

Observé sus manos fuertes y curtidas, sus musculosos brazos y las cicatrices en ellos. Algunas eran largas, otras circulares.

—El baño queda allá. —Señaló la puerta de la derecha.

—¿Qué significa el tatuaje en tu pecho?

—Nada que pueda importarte —el gesto serio en su rostro hizo que mi corazón se saltara un latido—. Hay todo lo necesario para que te duches, Riley ha traído ropa para ti.

Ese tipo era bipolar. Estaba bien y, al minuto, parecía querer matarte.

—Y, Katheryne, nunca vuelvas a tocarme, a no ser que yo te lo pida.

Soltó mi muñeca y caminó con pasos fuertes y seguros hacia su alcoba, lo miré unos segundos antes de dirigirme al baño.

Cuando salí del baño, las habitaciones estaban vacías. En el sofá, reposaba una bolsa de uno de los almacenes más costosos de la ciudad. Saqué los *jeans* y la sencilla camisa junto con un juego de ropa interior de color negro.

Salí de la habitación, completamente vestida, encontrándome con una menuda chica de cabellos castaños.

—Es bueno saber que le quedó bien la ropa, soy Sasha, la mucama y cocinera del señor D'Angelo. —Podía tener mi edad. —De hecho, tengo veinticinco.

¡Mierda! Tenía que dejar de pensar en voz alta.

—El señor D'Angelo la espera en el comedor, es mejor que no lo haga esperar mucho.

Asentí mientras ella se dirigía hacia la cama tirando de las cobijas para remplazarlas. Salí de la habitación mirando hacia el corredor hasta alcanzar las escaleras que me llevarían a la planta de abajo. ¿Dónde demonios estaba el comedor?

—Señorita —alcé la mirada encontrándome con el chico que nos abrió la puerta la noche anterior—, el señor la espera, sígame.

Los pisos en esa casa eran tan brillantes que podía observar mi reflejo mientras lo seguía. El chico empujó dos puertas marrones y entramos, encontrándonos con Alessandro en una actitud estoica, completamente concentrado en su celular.

—¿Te perdiste? —La burla en su voz era palpable—. Diez minutos más de lo que intuía, Katheryne.

Odio esperar —musitó sin despegar la mirada del celular—. Ben, dile a Sasha que ya puede servir el desayuno, y tú puedes sentarte, no muerdo a esta hora del día. —Me di cuenta de que no me había movido de la puerta así que caminé insegura hasta sentarme tres sillas lejos de él.

El chico se retiró, dejándonos a los dos en el gran comedor. La habitación quedó en absoluto silencio, Alessandro movía sus dedos, al parecer mandando mensajes de texto, y yo me dediqué a mirarlo a él: vestía de azul oscuro, un traje que se veía costoso; su corbata negra resaltaba ante este. Pasó la mano por su cabello y luego rascó su barba, su ceño se frunció y lanzó una maldición por lo bajo.

La puerta se abrió, dando paso a Sasha y Benjamín, que trajeron todo lo necesario para desayunar. Comí poco y en silencio, sin siquiera recibir una mirada de parte del hombre que me acompañaba. Tomé un sorbo del jugo de naranja y me quedé observándolo unos minutos. Tenía modales impecables, comía pausado y, cada tanto, se llevaba el vaso con té a los labios mientras contestaba mensajes de texto. Una vez la comida estuvo terminada, se levantó de la silla.

—Tengo que hacer una llamada, dame dos minutos. —Salió del comedor y aparté mi plato, completamente nerviosa.

Gabriel tenía que estar trepándose por las paredes.

Alessandro volvió al comedor diez minutos después, quizás menos. Cerró las puertas a su espalda y caminó hasta sentarse a mi lado.

—Quiero que comas, Katheryne, tienes que alimentarte bien para lo que tengo planeado hacer contigo. —Mi cuerpo entero se estremeció ante sus palabras—. Necesito que firmes esto —sacó un documento único de un sobre similar al de la noche anterior en *The Chalets* y lo colocó delante de mí, luego extendió un bolígrafo—. Ya que anoche no cobré mi deuda y voy a dejarte libre, tienes que firmar este pliego donde te comprometes a que estarás en el lugar en que te deje a la hora que pactemos. No te conviene huir, *ragazza*. —Algo en su amenaza me causó escalofríos—. Firma —levanté la hoja y leí rápidamente lo que estipulaba el documento; tal como me lo había explicado, era una declaración donde constataba que yo, Laura Katheryne Cortéz, estaría en el lugar donde él me dejaría y volvería con él sin ningún tipo de reticencia.

Tragué el nudo en mi garganta y firmé rápidamente, si Gab ya tenía el dinero, era mi deber cumplir mi parte.

Alessandro tomó la hoja guardándola nuevamente en el sobre antes de sacar un documento con muchas más páginas.

—Este es el contrato de sumisión, en él está estipulado cuánto voy a pagarte por tus servicios y cuánto tiempo has de quedarte conmigo. Léelo muy bien, puedo prescindir de ti cuando quiera; pero si firmas, estarás atada a mí hasta que se acabe el contrato. ¿Entendido? —Asentí—. Vamos, estoy retrasado.

Se levantó de la silla y lo seguí. Riley nos esperaba fuera en un impresionante *Mercedes* color humo. Según la *revista Motors*, la empresa alemana que lo construía solo había fabricado un par de esos modelos y estaba valorado en cuatro millones de dólares.

¡Joder!

—No te quedes atrás, Katheryne.

—Kath, puedes llamarme Kath. Es como todos lo hacen.

—Yo no soy todos, soy tu amo. Entra al auto.

Mientras Riley conducía, me dediqué a mirar por la ventana tintada. Alessandro no me prestó mucha atención, y la verdad lo prefería así. Pasó aproximadamente media hora antes que el auto entrara por la vía principal de Brooklyn. Pensé que me dejaría en *The Chalets*; pero el auto se desvió en dirección a mi casa.

—¿Cómo sabe dónde vivo? —Alessandro quitó la mirada de su celular y me lo tendió.

Lo tomé con cautela y deslicé mi dedo por la pantalla, leyendo lo que decía. Era un pequeño informe sobre mi vida. Todo estaba ahí, mi edad, mi lugar de nacimiento, el nombre de mis padres, dirección,

tipo de sangre...

—Pasaré por ti a medio día, odio esperar, así que tienes que estar lista cuando Riley venga a recogerte. Como te dije, no deberás traer nada ya que compraremos lo necesario para ti.

Asentí.

Iba a bajarme del coche cuando su mano atrapó mi muñeca.

—Se te olvida algo —su mano nuevamente tomó con fuerza la parte posterior de mi cuello—. Compláceme —dijo cerca a mis labios antes de capturarlos en un beso. Esa vez, no intenté nada, mis manos quedaron pegadas a mis rodillas. Me dejé llevar mientras sentía que mi corazón quería explotar en mi pecho. Ese hombre tenía la capacidad de hacerme olvidar que, como seres vivos, necesitábamos respirar.

Su lengua pidió acceso a mi boca y no se lo negué. Sometió a la mía a un ritmo frenético, tensando su mano en mi cuello y tirando de mi labio inferior con fuerza, pero sin lastimarme.

—Buena chica. —Lamió sus labios y soltó mi nuca antes de separarse—. Baja ahora.

Bajé del coche, no sin antes darle una mirada más, pero él volvía a centrar toda su atención en el celular.

Una vez el auto arrancó, cerré los ojos, recostándome en un poste de alumbrado público. Mis piernas se sentían de gelatina y aún podía sentir la intensidad de sus labios sobre los míos. Respiré profundamente, encaminándome hacia la puerta, justo cuando Gabriel se lanzaba a mis brazos.

—¿¡Dónde mierdas estabas?! —Me atrajo a sus brazos, abrazándome fuertemente por unos minutos antes de tomarme por los hombros, examinándome detenidamente—. ¿Estás bien? ¿Cómo te trató el señor “un millón de dólares”? ¡Habla, maldita sea, Kath!

—¡Joder! Déjala entrar primero. —Chris apareció con Antonella en su cintura. Tomé a mi niña, dándole un beso en sus cabellos, inhalando su esencia de bebé, y me adentré en la casa.

—Te lo dije...—Gab señaló a Christian—. Te dije que la había comprado un maldito bruto y que no iba a volver a ser la misma. —Gabriel me siguió sentándose a mi lado mientras mecía a Nella.

—Dinos algo, muñeca —el tono de voz de Chris era bajo, casi susurrante, y el gesto en su rostro parecía preocupado—. ¿Kath?

—Estoy bien... —aclaré mi garganta—. Estoy bien.

—¿Qué te hizo ese bruto? —preguntó Gabriel.

Alessandro no había hecho nada más que besarme, alborotar mis hormonas y volverme a besar.

—¿Cómo fue? ¿Se comportó bien? ¿Te hizo daño? ¡Habla, mujer, por amor a todo lo sagrado! —Gabriel se levantó del sofá y empezó a caminar en la instancia.

Bajé a Antonella, que se removía entre mis brazos, y ella fue hasta su caja de juguetes.

—No ha pasado nada.

—¿Nada?

—No me tocó anoche, no me forzó a nada.

—¿Entonces? Acaso es uno de esos millonarios excéntricos que no sabe cómo gastar su dinero. —Gabriel parecía confundido.

—¿Cómo es él? —preguntó Christian, mucho más relajado que Gabriel.

—Es extraño. —Recordé el acuerdo que me había hecho firmar cuando aún estábamos en *The Chalets*—. No puedo decir mucho sobre él, es demasiado hermético.

«Debo volver a su casa».

—¿Qué quieres decir con debo volver a su casa? —dijo Gabriel entre dientes.

—Dijo que tenía que hacerme unos exámenes, que luego de eso cobraría su deuda.

—Por supuesto...—bufó Gab, tomé aire una vez más antes de soltar la bomba.

—Necesito un favor de ustedes... —Fue el turno de Chris de sentarse a mi lado y tomar mis manos—. He hecho un trato con él—respiré profundamente—Va a quedarse un año y necesita una mujer que supla

sus necesidades.

—¿Y?

—Y he aceptado ser esa mujer.

—¿Que tú hiciste qué? —Gabriel gritó, haciendo que Antonella tirara los bloques que estaba armando en el suelo.

—Seré su dama de compañía por un año. —No lo miré, no pude.

—¡Di las cosas como son! Serás su puta todo un año —dijo con desdén.

—Gabriel...

—¡Y una mierda, Christian! —Nunca había visto a Gab tan enojado.

—¡No la juzgues! —Christian se levantó, enfrentando a Gab.

Últimamente su relación no estaba bien, tenían muchas discusiones. Desafortunadamente, varias de ellas eran por Antonella o por mi bienestar.

—Gab, trata de entender que...

—¡No! No puedo entenderte. ¿Qué mierdas tienes en la cabeza? ¡Estás malditamente loca! ¿Qué crees que diría Isabella si estuviese viva?

Una lágrima se deslizó por mi mejilla.

—Basta, Gabriel... —No me había dado cuenta cuan cerca estaba hasta que Christian lo apartó de mí.

—¿En qué estabas pensando?! ¡Joder! ¿Qué te hace falta aquí? ¿Cuánto te está pagando?

Me negué a responder.

—¡Contesta!

—Mucho—sorbí mi nariz—, mucho dinero. El suficiente para que Nella tenga salud y una buena educación, el suficiente como para que no pase penurias. ¡El suficiente como para que paguen la hipoteca!

—¡Estás haciendo esto por la hipoteca! —Antonella empezó a llorar y Chris fue hasta ella, sosteniéndola en sus brazos.

Me levanté, dispuesta a enfrentar a Gabriel.

—¡No siempre voy a vivir con ustedes! ¡No siempre puedo ser una carga! Necesito el dinero.

—Y por eso te convertirás en una maldita prostituta. —Ni siquiera lo pensé, mi mano impactó rápidamente en la mejilla de Gabriel.

Su rostro se giró hacia un lado y me miró con odio mientras se tocaba la mejilla.

—Me decepcionas, Katheryne Cortéz —dijo con ira antes de abandonar la sala. El fuerte ruido de la puerta nos anunció que se había ido.

Me dejé caer en el sofá, sintiéndome insegura de la decisión que había tomado. Cubrí mi rostro con mis manos y dejé que las lágrimas salieran sin control. Gabriel tenía razón, al aceptar el contrato de D'Angelo, me estaba convirtiendo en su puta.

No sé exactamente cuánto tiempo estuve con la cabeza gacha mientras lloraba, el sofá se hundió a mi lado y alcé la mirada, observando a Christian con una taza de lo que parecía té de manzanilla.

—Tómalo, está caliente —recibí la taza y sorbí mi nariz—. Olvida lo que haya dicho Gabriel.

—Tiene razón.

—No, Kath, nosotros no somos quienes para juzgarte... solo somos un par de maricones —me sonrió, dejando de salir una mueca que no creí que fuese verdadera—. Ha estado irritable desde el diagnóstico de Antonella.

—Lo sé.

—Vino con un cheque enorme ayer. Aún no puedo creer que dieron todo ese dinero por tu virtud.

—Él lo dio —llevé la taza a mis labios y bebí un sorbo—, está dispuesto a darme la misma cantidad por ser su puta un año.

—No puta, juguete sexual.

—¿Cuál es la diferencia? —Coloqué la taza en la mesa de café y Chris me abrazó.

—Mi dulce niña —acarició mis cabellos—. Puedo entender el porqué, es una gran cantidad y solucionaría muchos de tus problemas, podrás estudiar la carrera que quieres y montar esa tienda de coches que deseas. Pero ¿estás segura?

—No lo sé.

—Entonces no lo hagas.

—Acabas de enumerar todo lo que puedo hacer con ese dinero.

—¿Qué necesitas que hagamos?

—No puedo llevarme a Antonella, no quiero sacarla de su entorno y llevarla a un lugar que no conoce.

No deseo que él sepa de ella tampoco; pero si no pueden, hablaré con él. Por otra parte, me gustaría que empezaras a preparar todo para la operación. Yo vendré a verla todos los días mientras esta locura esté vigente.

—Por Nella, no tendrás que preocuparte, nos quedaremos con la muñeca con todo gusto.

Mi hija se giró para vernos y lanzó un beso a Chris con su mano, últimamente hacía mucho eso. Christian, por su parte, simulaba agarrarlo con su mano y guardarlo en el bolsillo de su camisa, cerca de su corazón, haciéndola reír.

—Gabriel...

—Gabriel va a pasar toda la mañana en la calle con su humor de mierda, luego volverá, estará parco y callado un par de días y, al final, entrará en razón y entenderá que, aunque tienes diecinueve, eres una adulta que conoce en lo que se está metiendo y que es capaz de hacerse responsable de sus decisiones. Él te ama, Kath.

—Lo sé, y sé que quizás Isa estaría muy decepcionada, pero...

—Isabella te amaba —me interrumpió—, confiaba en ti más que en su propia vida; si estuviera viva, estaría orgullosa de lo que estás dispuesta a hacer por garantizar tu futuro y el de Nella. —Sabía que él solo estaba diciendo lo que quería escuchar. —Solo voy a pedirte un favor... —asentí—, si este hombre llega a tratarte mal en algún momento, volverás a casa. No hay contrato que te obligue a hacer algo que tú no deseas. Tengo que ir al juzgado, y sabes que Gab no va a regresar por ahora.

—Yo me quedaré con Nella hasta que él venga por mí.

—Te quiero mucho, mi niña.

—Y yo a ti, Chris.

Tres

Pasé toda la mañana en casa.

Alessandro había dicho que no era necesario que empacara nada, sin embargo, tomé algunas cosas que pensé iba a necesitar.

Jugué con Nella y sus bloques mientras esperaba por Gabriel, pero para cuando el reloj marcó el medio día, aún no llegaba. Afortunadamente, Chris había resuelto temprano el caso que llevaba y estaba en casa para cuando era hora de marcharme.

—Volveré mañana —dije sin querer despedirme de mi pequeña—. Un año pasa rápido y yo vendré a verte todos los días —hundí mi nariz en sus cabellos, viendo el auto color humo desde la ventana—. Te amo, Antonella, te amo con todo mi corazón.

—¡Diablos! Ese es un tremendo coche...Venga, vete ya... —Christian tendió a Nella su biberón—. Imagino que no se presentará. —Aunque no era una pregunta, me vi a mí misma negándolo.

—Cuídala mucho —pasé mi niña a sus brazos—, yo vendré mañana a la misma hora que hoy y estaré con ella y, por favor, dile a Gabriel... —me cortó.

—Le haré entrar en razón, pequeña —su brazo atrapó mi cintura.

—Gracias —vi a Riley bajar del coche. Di un beso en la mejilla de mi hija antes de salir.

Riley alzaba la mano para tocar cuando abrí la puerta.

—El señor D'Angelo...

—Lo sé —cerré la puerta con suavidad. Si Alessandro no sabía de la existencia de Nella, no sería yo quién se lo rebelaría. Quería mantener a mi niña lo más lejos de toda esa locura.

Riley me abrió la puerta del coche y entré sin decir una palabra. Una vez el auto arrancó, Alessandro cerró la *tablet* que sostenía.

—La próxima vez que me hagas esperar... —agarró mi cabello con una mano, haciendo que mi rostro se alzara hasta acercarme a él. El suyo descendió hasta quedar a centímetros de mis labios—, tendrás una cita no tan agradable con mi látigo, Katheryne. —Se apoderó de mis labios en un beso demoníaco, fuerte y demandante que tomó todo de mí seguirle.

—Respira, maldita sea... —soltó mi cabello y obligué a mis pulmones a trabajar inhalando lentamente.

—No volverá a pasar.

—Señor, tienes que referirte a mí como tu señor.

—No volverá a pasar, señor.

—Ven aquí —me acerqué y él atrajo mi cuerpo hasta dejarme sentada sobre sus piernas. Miré de reojo a Riley—. Mírame a mí, no a Riley —tomó mi barbilla con sus dedos—. Iremos al ginecólogo y luego de allí a comprar lo que necesites para hacerte pasar por mi compañera.

Asentí.

—Bésame ahora.

Acerqué mis labios hacia los suyos y él abrió su boca en una invitación más que deliberada. Mis labios se unieron tímidos a los de él. Sus manos se aferraron a mis caderas, mientras las mías se mantuvieron en mi regazo. Supuse que Alessandro se desesperó por mi beso poco voraz, porque sentí cómo aferraba su palma abierta a mi nuca y sus labios empezaban a marcar un ritmo que me estaba

llevando al borde de un precipicio.

Mi cuerpo entero se sintió ardiente, mi sexo empezó a palpitar al punto que resultaba doloroso. Sentía que la respiración me hacía falta; sin embargo, no quería detenerme. Alessandro me besaba con hambre, como un hombre que lleva mucho tiempo sin disfrutar de un gran manjar.

Gemí, removiéndome entre sus brazos, mientras su mano, aún en mi cintura, se deslizó por la piel que quedaba descubierta entre la pretina del pantalón y mi camisa. Trazó un plano invisible en mi ombligo antes de desabrochar el botón de mis jeans con maestría y bajar el zíper tan rápido que no necesitó dejar de besarme.

Pensé que el momento había llegado, que iba a hacerme suya en el auto con Riley como un espectador invisible. Entonces, como la última vez, mordió mi labio inferior y soltó una maldición reverencial antes de soltarme.

—Hemos llegado, señor D'Angelo —la voz de Riley me hizo respirar profundamente, el corazón me latía con rapidez.

Alessandro dejó caer su cabeza hacia atrás y exhaló toscamente por la boca antes de bajarme de su regazo. Dijo algunas palabras en su idioma natal y abrió los ojos respirando con dificultad.

«¡Bien, al menos no soy la única a quien el corazón quiere salirse del pecho!».

—Espero lo hayas disfrutado, porque será la única vez que tengas el control—farfulló—. El doctor que vamos a visitar es un amigo, le diremos que eres mi compañera.

Asentí.

—Recuerda estar un paso tras de mí. —Riley abrió la puerta y Alessandro sacó unas gafas negras cubriendo las gemas verdes intensas que poseía.

Me aseguré, mientras caminábamos, de ir a su lado, nunca detrás. El viaje en el elevador fue en silencio, movía mi pie de un lado a otro sin saber qué decir o hacer...

—Dame tu mano —lo miré sin entender—. Tu mano, dámela.

El elevador se detuvo en el séptimo piso, tendí mi mano hacia Alessandro y él anudó nuestros dedos, dándome una sonrisa curvada y empezando a caminar hacia la chica que estaba en el mostrador.

—Buenas tardes —su inglés era perfecto y su acento derretía mis bragas...Eso cuando no estaba siendo un mandón y un auténtico cabrón—. Tenemos una cita con el doctor Malinov —la chica lo observó como si estuviese en frente de una alucinación divina—. ¿Está el doctor?

—¿Eh? Sí, enseguida lo anuncio —murmuró saliendo de su trance. Casi quise reírme de ella cuando, completamente nerviosa, dejó caer el teléfono. Durante todo el tiempo, Alessandro tuvo mi mano atada a la suya, mientras le daba sonrisas fulminantes a la señorita de la recepción—. El doctor lo espera en el consultorio siete.

Cuando llegamos al consultorio, la puerta estaba abierta y él entró sin preguntar.

Quedé completamente muda cuando vimos cómo el doctor que iba a atendernos estaba frente a nosotros sentado en la punta de su escritorio, besándose... ¡qué digo besándose! Estaba succionando el rostro de una chica rubia... No era que ella se estuviese quejando mucho.

Alessandro se aclaró la garganta y ambos se separaron abruptamente. La chica se giró, viéndonos, y luego limpió el lápiz labial de la boca del doctor.

—Te espero a la salida —susurró al doctor y él sonrió completamente embelesado—. Alessandro —él asintió ante ella mientras pasaba a nuestro lado—, es bueno volver a verte —miró al doctor, que aún tenía una sonrisa estúpida—. No lo retrases. —Ella salió del consultorio y Alessandro soltó mi mano para sentarse en una de las sillas desocupadas, quitó sus gafas con premura y se soltó el saco.

—Veo que aún estás con Odette.

—Por algún motivo divino, sigue a mi lado —respondió el doctor, levantándose del escritorio, tendiendo su mano hacia él. —Puede sentarse, señorita —dijo con un deje de burla, yendo detrás del escritorio y sentándose en la silla de cuero al tiempo que me sentaba al lado de Alessandro—. ¿Qué te

trae por aquí, viejo amigo?

—Necesito revise a Katheryne...—El doctor le dio una mirada extraña, como si hablaran su propio idioma—. Ella es... “especial”. —Había un deje de burla en su voz.

—¿Especial? —Fue el turno del doctor de elevar una ceja.

¿Y yo estaba pintada en la pared?

—Tú conseguiste tu chica especial —alargó su mano, tomando el portarretratos en el escritorio. Había dos niños ahí, el mayor podía tener dos o tres años y el más pequeño no más de ocho meses—, y te ha rendido el tiempo. Supongo que el más grande es Declan.

El doctor Malinov —como Alessandro lo había llamado — se acomodó en su silla y una sonrisa guasona se instaló en su rostro.

—Declan y Demian... No te veía desde hace un par de años.

—La situación de la sucursal es insostenible.

—¿Cerrarás la sucursal? Leí en la prensa que despediste a más de doscientas personas.

—No las despedí, las reubiqué... pero eso no es lo que la prensa dice. En fin, ¿vas a hacer tu trabajo y revisar a Katheryne, o pido un par de cafés y nos quedamos hablando como viejas amigas?

—Joder, no cambias... —el doctor me miró—. Pasa detrás del biombo, ponte la bata que está allí y quítate la ropa interior. —Me levanté de la silla y caminé hasta encontrarme con la bata de hospital.

—*Si ella es... especial, ¿quiere decir que has abandonado la cultura?* —escuché decir al doctor Malinov.

—*No* —respondió Alessandro, tajantemente.

—*¿Nueva sumisa?*

—*¿Recuerdas cuando te dije que debía quedarme un jodido año completo en esta maldita ciudad?* —hubo una pausa—. *Retrasé dos años tener que quedarme aquí, pero al final, el imbécil logró salirse con la suya y desangrar la empresa, por lo que deberé quedarme un año aquí. Odio las putas, y tú y yo sabemos lo que significa una sumisa, a pesar de que hayas abandonado la disciplina.*

—*Odette me satisface más que bien, D'Angelo.*

—*Sí, si ella es... ¿cómo dijiste?, “¿especial?”*

Dejé de escuchar la conversación y me desvestí, colocándome la bata hospitalaria. Podía seguir escuchando los susurros, pero todo el consultorio quedó en silencio cuando salí del biombo.

—¿Te has hecho una revisión anteriormente? —Negué.

—Soy virgen —mi voz salió baja—, nunca he estado con un chico.

Dio una ligera mirada a D'Angelo—: Está bien, siéntate en la camilla, necesito que respondas algunas preguntas.

Hice lo que me pidió sentándome en la camilla.

—¿Cuándo fue tu último ciclo menstrual?

—Hace un par de semanas.

—¿Tomas anticonceptivos?

—No.

—Imagino que quieres empezar a planificar, hay diferentes tipos de anticonceptivos, podemos intentar con pastillas.

—No —Alessandro fue inflexible—, puede olvidar alguna.

—También hay inyecciones e implantes subdérmicos, Odette usa uno de esos —observó a Alessandro—. Es bastante discreto y muy pequeño, se coloca bajo la piel del brazo y este libera pequeñas dosis de hormonas que evitan que los ovarios liberen óvulos, además de volver más espeso el moco cervical para dificultar el movimiento del espermatozoide, son un 99,5% efectivos.

Alessandro alzó una ceja.

—Ningún anticonceptivo es 100% seguro, D'Angelo —se levantó de su silla y llegó frente a mí—. Voy

a hacerte un examen pélvico, es indoloro, pero necesito que te relajes.

Asentí.

—Recuéstate y sube los pies en los estribos.

Miré a Alessandro, pero nuevamente estaba sumergido en su celular.

«Genial, gracias por el apoyo, “señor”».

Subí los pies a los estribos, inhalando fuertemente, me sentía expuesta y avergonzada mientras el doctor realizaba la revisión. Podía sentir la leve presión, pero no era dolorosa, intenté mantener mi mente en blanco, mi cuerpo relajado y mis ojos cerrados.

El doctor Malinov tocó mi pierna, quitando sus guantes, y Alessandro dejó de ver su celular unos minutos.

—Vamos a hacer una ecografía pélvica abdominal.

—No estoy embarazada, soy virgen. —Su rostro adquirió una sonrisa tranquilizadora.

—Solo quiero revisar tus órganos interiores, lo hago para descartar cualquier cosa. Baja los pies de los estribos y relájate —lo vi buscar una botella con agua en una especie de nevera de bar a un costado de su escritorio—. Bébela lo más rápido que puedas —el agua estaba fresca y la bebí rápidamente—. Recuéstate. —Colocó una cobija, cubriendo mi pubis, y subió la bata hasta dejar mi abdomen descubierto. Había acompañado a Isa en varias ocasiones cuando supimos que Nella venía en camino; así que, ya tenía una idea de cómo eran todas estas peripecias.

Malinov estaba completamente concentrado en el monitor mientras desplazaba la sonda sobre mi vientre. Un par de minutos —que se sintieron como horas— después retiró el gel y me sonrió.

—Pareces una maldita hada del bosque —la voz de Alessandro me hizo dar un pequeño brinco—, risas y flores... ¿Quién diablos eres?

—He cambiado, D'Angelo, pero sigo siendo el mismo. Katheryne...

—Kath, puede llamarme Kath.

—Kath, puedes cambiarte, no voy a hacer más exámenes.

Mientras volvía a colocarme mi ropa, fui consciente de la conversación que los hombres mantenían tras el biombo.

—*He practicado todos los exámenes, no veo ninguna alteración. Sin embargo, voy a necesitar un examen de orina y sangre, luego enviaré el frotis al laboratorio.*

—*¿Cuánto tardará eso?*

—*Por ser tú, cabrón, mañana mismo tendré los resultados.*

—*¿Tengo que agradecerte?*

—*Deberías...*

—*Tráela mañana a que se tome las muestras y hablaré con el encargado para que me los entregue inmediatamente. Después de eso, podemos colocar el implante.*

—*¿Por qué no lo haces ahora, Malinov?*

—*Porque el examen de sangre debe ser en ayunas, tipo listo. Si tanto quieres tener sexo con ella, usa un maldito preservativo.*

—*¿Sita scherzando stonzo?*^[8]

Salí del biombo y me senté al lado de Alessandro.

—Una vez el implante esté en tu cuerpo, tendrás que esperar al menos quince días antes de que pueda ser eficiente.

—*Ciò è scopare pazzesco*^[9]. —El doctor negó con la cabeza, al parecer, entendió lo que él había dicho.

—Es lo que hay, D'Angelo —rasgó una hoja de su libreta y se la tendió—. Mañana a primera hora. Un gusto conocerte, Kath.

Una vez la consulta terminó, Alessandro se notaba molesto, por lo cual centré toda mi atención en las calles de Nueva York. Cuando Riley estacionó el auto frente a la casa, él lo despachó con un ademán y me tomó del brazo, arrastrándome hacia la habitación principal sin decir una palabra. Pensé una vez más que el momento había llegado cuando lo vi quitándose la ropa con rudeza, pero una vez que estuvo desnudo, solo me tomó la mano y me guio hasta el baño.

No lo había detallado muy bien por la mañana, pero era inmenso, había optado por no usar la bañera cuando me duché para no perder tiempo. Vi a Alessandro abrir los grifos, dejando que se llenara medianamente antes de entrar a ella.

—Ven aquí —ordenó ferozmente—. Toma mi jabón y enjabóname.

Tragué en seco y tomé el frasco con gel de baño que me tendía y la esponja antes de arrodillarme frente a la espaciosa tina. Él respiró profundamente y cerró los ojos mientras yo empezaba a enjabonar sus brazos. Tomé sus manos, grandes, fuertes y suaves y enjaboné cada uno de sus dedos, sin algún sonido diferente al de nuestra respiración, la mía agitada, la de él fuerte y errática.

—Desnúdate —mi mano se detuvo al escucharlo y por varios segundos nada sucedió—. ¿No me has escuchado? Bien, he dicho desnúdate y luego entra a la bañera —abrió los ojos, sus orbes verdes mirándome tan intensamente que pareciera que fuese a fundirme con ellos—. Para hoy— puntualizó, presionando el puente de su nariz.

Dejé caer la esponja antes de comenzar a quitarme la camisa, bajo la atenta mirada de él. El sostén negro realzaba mis pechos, haciendo que se viesan mucho más proporcionados. Él lamió su labio superior mientras yo llevaba mis manos con torpeza al cierre de mis *jeans*.

—Deja la ropa interior —asentí, sacando las piernas del pantalón de jean—. Ven aquí, a horcajadas —el agua estaba tibia cuando me senté sobre su ingle. Podía sentir su longitud entre los dos. Sus manos recorrieron mi abdomen hasta el sostén, colando sus dedos pulgares entre la tela sin llegar a tocarme del todo, solo rozando la parte baja de mis pechos. Gradualmente, los deslizó hasta mi espalda, desabrochando el sostén y retirándolo hasta dejar mi torso expuesto ante su mirada—. Brazos a la espalda...Eso es, une las muñecas, inclínate —su voz era tranquila, pero tenía ese tono de orden que no se debía desobedecer. Me incliné de tal manera que nuestros rostros quedaron separados solo por centímetros. Lo sentí atar mis manos con la prenda interior, sus labios besaron mi mejilla moviéndolos hasta descender por mi cuello y morder mi clavícula con fuerza, pero sin causarme más que un estremecimiento de placer. Lamió la parte de mi piel donde había mordido, antes de colocar sus manos en mis hombros y separarme de su pecho susurrando palabras en su idioma. No entendía lo que me decía, pero la manera en que me tocaba y el fino acento que empleaba hacían que toda yo fuese un manojo de nervios.

¿Sería así como me tomaría?

¿Por qué no me quitaba las bragas?

¿No sabía en las recomendaciones del doctor?

Mi cabeza era un sinfín de preguntas sin respuesta, en mi cuerpo las sensaciones peleaban por instalarse en mi interior.

Temor por lo desconocido, excitación por sus caricias, frustración porque no sabía lo que me esperaba... Alessandro solo me observaba, lo que hacía que los nervios entraran junto a la maraña de sentimientos que luchaban entre sí.

—Señor...

—Stss...No digas nada —su mano derecha acarició mi muslo y respiré profundamente ante la sacudida de mi piel. Bajé la mirada entre los dos, su miembro estaba erecto, pero, aun así, él no parecía afectado, mientras yo sentía cómo mi cuerpo temblaba levemente ante el contacto de su piel con la mía.

Llevó su mano libre a mi espalda baja, exactamente a mis manos unidas por el encaje del sostén, y la que acariciaba mi muslo. Allí hizo un camino sinuoso hasta posarse en mi vientre—. Quiero follar tu cuerpo como nunca antes había ansiado follar a nadie, Katheryne. Quiero saber qué tan inocente eres, qué tan ardiente puedes ser... —sus dedos se extendieron por mi torso hasta llegar al canalillo de mis pechos y abarcar mi pecho izquierdo de manera contundente—, pero Dimitri ha dicho que debo usar un maldito condón ¡cómo si fuese a usar uno con una virgen! —Su voz se hacía cada vez más ronca, llevando mi cuerpo a un nivel de excitación que nunca antes había sentido, era como si al fin una de las sensaciones hubiera ganado y esta se encumbraba victoriosa ante las demás—. Eso no significa que no puedo tocarte... —acercó su boca hasta mi pecho derecho—, o saborearte... —sopló levemente haciendo que me erizara, su vaho era caliente, tan caliente como me sentía en esos momentos—, mamar de ti cual niño hambriento.

«¡Dulce Jesús!».

Humedeció el pezón derecho con sus dedos y volvió a soplar, haciendo que mi cuerpo se arqueara—. O jugar, o...

Grité cuando su boca tiró de mi carne, cuando sus labios succionaron mi pezón con rudeza y mi cuerpo entero se inclinó pidiendo más. Más besos, más fuerza, más de él... Estaba volviéndome loca, absolutamente loca. Mi piel ardía, mi sexo se contraía frenéticamente, mientras él continuaba alternándose entre pecho y pecho, tirando de mis manos cuando me movía sobre sus piernas buscando la manera de aliviar el ardor en mi sexo. Cuando intentaba librarme del castigo que me estaba sometiendo, porque no podía catalogar eso más que como una tortura, una deliciosa tortura, pero tortura al fin...

No supe muy bien qué pasó, mi cuerpo entero se contrajo, la tensión en mi vientre bajo llegó a un punto que era insoportable, y después de eso, sentí como si explotara, como si me diluyera en el tiempo, como si cayera por un precipicio.

—¡Vete! ¡Sal del baño ahora! —Lo miré por unos segundos eternamente largos, estaba molesto... No, estaba furioso. El deseo en sus ojos había desaparecido y ahora flameaban de ira. Soltó mis manos con un rápido movimiento y me alzó de sus piernas, levantándose casi con la misma rapidez—. Nunca te corras sin mi consentimiento.

«¿Qué?».

—Yo nunca...

—Sal de aquí o te pondré sobre mis rodillas, Katheryne.

Las luces de la habitación fueron encendidas sacándome del sueño en el que me encontraba, Alessandro estaba frente a mí impecablemente vestido, en un traje de tres piezas color gris humo y una corbata azul eléctrica, estaba serio o enfadado, este hombre parecía no conocer más emociones.

Cerré los ojos nuevamente. Por la oscuridad fuera de la pared de vidrio, sabía que aún no amanecía, y me sentía tan cansada, como si hubiese corrido una maratón.

—En el baño tienes ropa nueva para usar, báñate, vístete y baja... no te demores.

—Sí...

—¿Sí qué?

—Sí, señor... —Dio media vuelta y empezó a caminar en dirección a la salida

«Buenos días, Kath... Buenos días, señor mal humor».

Tenía ganas de retarlo, mostrarle mi dedo medio y decirle: “No gobiernas mi vida, Lex” pero no lo hice. En cambio, pateé las sábanas metiéndome en el baño, aún adormilada. Las cosas habían terminado confusas la pasada noche. No tenía ni idea qué había hecho mal, pero Mr. Lex había hablado con voz de ultratumba y amenazado con nalguearme si volvía a hacerlo, cuando era él quien estaba pegado a mi

pecho como un bebé recién nacido y hambriento.

Lex, el nombre le pegaba, era mucho menos rígido que “Alessandro”, por no decir más corto.

Mientras me duchaba, a mi mente llegaron los recuerdos, las sensaciones que había experimentado en la tina junto a él, mi primer orgasmo. ¿Cómo demonios se controlaba un orgasmo? Me decía a mí misma gritando que no sintiera...Lex no era justo conmigo. El agua se llevó cualquier resquicio de sueño. Tomé la bolsa nueva que estaba sobre el sofá, encontrándome con un nuevo jean y una camisa de tirantes junto con un nuevo conjunto de ropa interior.

Diez minutos después, bajé las escaleras mientras me ataba el cabello con una coleta, abrí las puertas del comedor, observando el lugar, Lex estaba sentado en su trono, bebía de una taza que olía delicioso y mi estómago rugió estrepitosamente, haciendo que él bajara la edición matutina del *New York Times* y enfocara su mirada verde en mi ser.

—Desata tu cabello —murmuró con desdén—. No lo ates cuando estés conmigo.

«Como usted ordene, patroncito».

Rodé los ojos y desaté mi cola mientras lo veía comer.

—Iremos con Malinov para que te haga los exámenes que ordenó y te pongan el implante, luego regresarás aquí y me esperarás.

—No puedo.

—¿Qué dijiste?

—Dije, no puedo..., señor —murmuré entre dientes—. Tengo cosas que atender.

—Eres mi sumisa y me debes una de ayer.

—En referencia a eso, era mi primera vez —mi voz se escuchó ronca—. No sé cómo se detiene, yo simplemente me dejé llevar... En cuanto a su sumisa, aún no lo soy, solo he firmado el contrato que dice que soy suya por una noche.

Él se levantó de la silla, colocando el periódico en la mesa con un contundente golpe, y luego caminó hacia mí, apoyó uno de sus brazos en la madera y se inclinó hacia mi rostro—: No juegues con fuego, Katheryne...Ni con mi paciencia. —Se alejó del comedor y respiré fuertemente.

«Sígueme tratando así y tendrás que buscarte otra sumisa».

Moría de hambre, pero no podía realizarme analíticas después de desayunar, así que con un suspiro resignado salí del comedor y me quedé en el pie de la escalera esperando que “el maestro del universo” bajara.

Esa vez, el auto que nos esperaba era un *Ferrari*, me pregunté cuántos autos tenía Lex. Riley nos abrió la puerta como había hecho la mañana anterior.

El viaje hasta el consultorio del doctor Malinov fue en silencio, me había dado cuenta de que Alessandro no era la persona más comunicativa del mundo, a no ser que tuviese que ladrar órdenes sexuales. Una vez llegamos a la consulta, fui trasladada al laboratorio por una enfermera y, aunque no me gustaban mucho las agujas, me obligué a no pensar en ellas mientras la sangre llenaba un tubo de tapón morado.

A pesar de precisarlos como urgentes, el doctor Malinov nos dijo que no sabría los resultados hasta el mediodía. Riley me llevó a casa de Gabriel y Christian, luego de un beso por parte de Alessandro que nubló todos mis sentidos y dejó mi cuerpo a punto de una combustión espontánea. El auto arrancó tan rápida y fríamente como la punta del iceberg que destruyó *El Titanic*.

Gabriel no me dirigió la palabra mientras estuve con Antonella. Chris estaba en el bufete, así que Gab pasó todo el día en el salón mientras yo me hacía cargo de mi chiquitina.

Riley fue puntual, llegó por mí a las 14:00, que casualmente era la hora de dormir de Nella.

No me despedí de Gabriel, pero lo vi observándome por la ventana mientras subía al auto. Intenté conversar con Riley, pero no logré más que un *sí* y un *no* de su parte, así que al final opté por mirar por la ventana. Se estaba volviendo mi pasatiempo favorito.

Lex ya estaba con Malinov cuando llegué al consultorio, la mujer que estaba con el doctor el día anterior también se encontraba ahí.

Me sonrió antes de dar un último beso a su marido y salir del consultorio. Tomé mi lugar al lado de Alessandro y él unió nuestras manos mientras el doctor abría el sobre con los resultados.

—¿Y?

El doctor sonrió—: Todo en orden, Kath, podemos colocarte el implante subcutáneo.

—Pues ya te estabas demorando.

—Sigue jugando al gran jefe, D'Angelo —bromeó el doctor antes de mirarme, sin embargo, Lex permaneció imperturbable—. Pasa a la camilla —se levantó de su escritorio y una enfermera entró con una bandeja colocándola en la mesa auxiliar a lado de la camilla. Ayudó al doctor a colocarse los guantes y él caminó hacia mí, tomando algo de la bandeja—. Lo que haremos será insertar algo como esto en tu brazo, quiero que te acuestes boca arriba y coloques tu brazo en forma de "L".

Hice lo que él solicitó y lo vi aplicar una solución en una mota de algodón para luego limpiar la parte en mi antebrazo donde colocaría el dispositivo. Tomó de la bandeja una jeringa llena de un líquido transparente, cerré los ojos cuando lo vi alinearla a mi piel.

—Solo es anestesia —se burló—. Eres un poco cobarde. Tienes una oveja cobarde, D'Angelo.

—Haz tu trabajo, Malinov... en silencio, preferiblemente.

¡Era un odioso!

El doctor negó con la cabeza, sacando un aparato que no supe reconocer, rasgó la envoltura y lo presionó en mi piel. Di un pequeño grito cuando sentí cómo entraba algo, pero el doctor me susurró que tenía que relajarme. Retiró el aparato y limpió la sangre que brotaba de un pequeño orificio en mi brazo. Al final, colocó un vendaje sobre la incisión.

—Puedes levantarte. Deberás llevar el vendaje por ocho días, debes ser cuidadosa al bañarte, evita mojarlo. Cualquier duda o reacción que no parezca normal, debes traerla... —miró a Lex— de inmediato. El implante tiene un tiempo de duración de tres años, Kath, podrás tener relaciones sexuales sin ningún tipo de protección en quince días.

—*Figlio di puttana*.

—No me culpes si queda embarazada antes de ese plazo, si eres tan bueno como yo solo bastará una vez —murmuró en tono sarcástico el doctor

—*Stronzo* —contestó entre dientes Lex, se levantó de la silla y yo me bajé de la camilla—. Haz llegar la cuenta a mi oficina —extendió su mano y ambos se dieron un gran apretón.

—*D'Angelo... Non essere crudele con la ragazza*^[10].

—*Crudele è il mio secondo nome*^[11].

La semana pasó rápidamente, estaba casi todo el día con Nella. Riley pasaba a buscarme cuando el reloj marcaba las 16:00, ni un minuto más ni uno menos. Luego de ahí, conducía hasta Tribeca, donde estaban las oficinas principales de D'Angelo Building. La primera vez que vi el edificio, quedé sorprendida ante su majestuosidad. Todos los edificios empresariales de Nueva York eran conocidos por su arquitectura, pero la torre D'Angelo era diferente. Era muy alta y el arcoíris parecía reflejarse en sus paneles de vidrio, exactamente igual a la habitación de Lex.

Nunca me bajaba del auto, Riley estacionaba y esperábamos pacientemente hasta que el todopoderoso Alessandro hacía su aparición.

Los primeros días, intenté entablar comunicación con Riley mientras esperábamos a Lex, pero después de dos días de monosílabos y silencio, desistí. Había traído el viejo reproductor de música que Gab me había regalado en navidad.

El tercer día de nuestra rutina, Alessandro me compró ropa, mucha más ropa de la que en realidad necesitaba, y me hizo modelar cada conjunto de ropa interior que compró en *La Perla*, todos en colores rojo, blanco y negro, mientras ordenaba cerrar la tienda y se sentaba en uno de los sillones como el rey de Inglaterra.

Una vez llegamos a casa, torturó mi cuerpo entre besos y caricias, no me permitió tocarlo. Casi lloriqueé cuando ató mis manos sobre mi cabeza al dosel de la cama, mamó de mis pechos y acarició con su nariz mi vientre hasta llegar entre mis piernas, rasgó mis nuevas bragas con una ferocidad monumental, y se alejó de mí, desapareciendo en la habitación contigua.

Lo escuché abrir una puerta y minutos después volvió con una barra de metal con grilletes en cada extremo, que ató a cada uno de mis tobillos. Respiró profundamente y luego colocó su frente en mi intimidad, mientras sus manos sujetaban mis caderas y yo me convertía en un volcán activo.

Como las últimas noches, me hizo dormir completamente sola y frustrada, con los pezones doloridos, mi sexo palpitante y la advertencia de no poder tocarme para satisfacerme sexualmente.

Cuatro días después de la compra de ropa, Riley nos llevó a una tienda de electrónica, luego que Alessandro tirara mi viejo MP4 por la ventana de su *Mercedes*. De ahí, salí con un nuevo celular, un iPod y una computadora último modelo.

Llegamos a la casa varias horas después, cuando la noche ya había caído, me sentía agotada, en todos los sentidos. Empecé a caminar en dirección a la alcoba, pero la contundente voz de Lex me hizo detenerme en el primer escalón.

—Cenarás conmigo hoy, Katheryne.

—Estoy cansada, Lex... —Cerré los ojos fuertemente al caer en cuenta de mi imprudencia.

—¿Cómo demonios me has llamado?

—Lo siento, señor, no fue mi intención. —Solo le tomó dos zancadas llegar hasta mí.

—No te estoy pidiendo una disculpa, estoy preguntándote cómo demonios me llamaste —tomó mi brazo con fuerza y gemí al sentir el leve pinchazo donde me habían colocado el implante.

Alessandro me soltó como si mi piel ardiera, negó con la cabeza un par de veces y luego me miró como si quisiera desintegrarme.

—No es Alex, ni Alesso, ni siquiera Alessandro... mucho menos Lex. La próxima vez que te refieras a mí en otro término que no sea amo o señor, me habré cansado de soltar tantas amenazas en vano y haré que tu culo quede tan rojo como un tomate maduro. Cenarás conmigo hoy, no te estoy preguntando. —Dio media vuelta y desapareció por las puertas dobles del comedor.

La cena pasó sin ningún contratiempo y, cuando Sasha colocó la comida en mi plato, me di cuenta de que estaba realmente hambrienta.

Alessandro no me tocó esa noche, ni siquiera se apareció por la habitación; cosa que agradecí, esos últimos días mis emociones eran más confusas que nunca. Por un lado, deseaba que él cobrara su deuda, así me iría a casa con mi hija y mis amigos.

Por otro, y aunque no había firmado su oferta, era tentadora. Nunca me había considerado una mujer ambiciosa, pero ese dinero ayudaba... y mucho.

Cuando desperté la mañana siguiente, Lex ya se había ido, llevándose a Riley, así que Benjamín fue el encargado de llevarme.

Estuve toda la mañana con Chris en el hospital, donde le harían la operación a Antonella. El doctor Thompson, su pediatra, quería remitirla al complejo cardiológico más grande de la ciudad y quería

empezar a realizar pruebas para poder asignar fecha a la intervención lo más rápido posible.

Después de un día más con mi niña, volví a casa con la noticia de que empezarían los trámites para su intervención quirúrgica, pero la felicidad se evaporó cuando llegué a casa, encontrándome Alessandro.

—Iba a pedirle a Riley que fuese por ti —su voz fue suave; al contrario de lo que pensaba, estaba extrañamente tranquilo—. Brooklyn está un poco lejos de aquí.

—No hay distancia para los conductores de taxi.

—¿Has cenado? —negué y él tendió su mano hacia mí—. Cena conmigo.

Asentí tomando su mano y disfrutando de la fina corriente que recorría mi cuerpo cuando su piel hacía contacto con la mía.

Cenamos tranquilamente, aunque no conversamos mucho. Él no tomó su celular ni una sola vez, parecía extrañamente feliz, así que me mantuve alerta. Vivía en esta casa desde hacía un poco más de diez días y nunca lo había visto tan tranquilo.

Una vez los platos fueron retirados, Alessandro me pidió que me quedara unos minutos más, se levantó de la silla y salió del comedor para volver un par de minutos después. Noté que su cabello había sido cortado y su barba arreglada, se veía sexy...endemoniadamente sexy.

Su andar era lento pero elegante y seguro, lo vi caminar hacia mí como una visión irreal. Sacó una silla a mi lado y se sentó tendiéndome uno de sus adorados sobres marrones.

—Necesito que firmes estos documentos. —Me habló con voz suave y aterciopelada, me envolvió por un par de segundos... ¿o minutos?

—¿Qué son? —Saqué los documentos, dejando el sobre en mis piernas.

—El cheque fue cobrado esta mañana y esa es la notificación del banco —acarició mi cuello descubierto con su dedo, haciéndome estremecer por el contacto—. Lo siguiente es nuestro contrato por un año y una copia de la transferencia que hice por la tarde a tu cuenta de banco.

—Yo no tengo cuenta de banco. —Sus labios tocaron mi hombro desnudo.

—Ahora la tienes... —su lengua lamió mi piel y tuve que contener un gemido. La habitación se sumió en un silencio pesado—. Acepta mi oferta, *ragazza*, sé mi compañera por un año completo... Solo tienes que firmar las formalidades que exige mi abogado —se había acercado tanto a mí que su cálido aliento hacía que mi cuerpo se erizara—. Tienes un seguro médico que te cubre mientras estés conmigo —pasó su mano, deslizando sus dedos contra la piel de mis brazos hasta tomar el documento grapado—. Este es el contrato final, Katheryne, léelo con mucha calma. En él se explica lo que espero de ti, lo que puedo y no puedo hacer, y los castigos... pero si eres una buena chica, nunca tendremos que llegar a ellos —se levantó, dejándome completamente mareada—. Soy un domine, no un sádico. No me causa placer lastimar a mis sumisas, pero me gusta tener el control de todo lo que me rodea, y en eso entran también mis mujeres —se agachó frente a mí—. Si me desobedeces, ten por seguro que te castigaré —acarició mi mejilla con el dorso de su mano—. Tengo que irme, pero volveré en un par de horas, Sasha y Benjamín quedan a tu disposición hasta las diez de la noche. —Colocó ambas manos en mis rodillas y me dio un dulce beso en la frente antes de erguirse y salir del comedor.

No sé cuánto tiempo estuve sola en el comedor con los documentos en las manos. El seguro cubría una gran cantidad y la cifra transferida a la cuenta de ahorros era exorbitante.

Subí a la habitación, quedándome en la sala contigua mientras observaba el cielo empezar a oscurecerse. Coloqué el iPod en modo aleatorio y de inmediato empezó a reproducirse *Can't Remember to Forget You* de *Shakira* y *Rihanna*.

Leí el contrato con calma, no decía mucho más que el primero que firmé, solo que este tenía unas cláusulas adicionales, con lo que Alessandro esperaba de mí:

❖ Obediencia

❖ Respeto

- ❖ Sumisión
- ❖ Lealtad
- ❖ Entrega

Entre otras cosas, también una de las cláusulas especificaba que debía estar en casa a partir de las 17:00 horas hasta las 08:00 horas, y ese tiempo sería a disposición de Lex, indicando la posición en la que debía esperarlo: De rodillas en la entrada de la habitación, desnuda y con la cabeza gacha en señal de sumisión.

La última hoja hablaba de la confidencialidad del contrato y del tiempo de duración. Tal como él me lo había dicho, si no estaba conforme conmigo, el contrato se anularía y yo me llevaría la mitad del dinero pactado.

Cerré los ojos meditando lo que iba a hacer, si sería capaz de hacerlo; sin embargo, antes de darle más vueltas al asunto, firmé.

No había vuelta atrás. Desde ese día, y por trescientos sesenta y cinco más, sería la esclava sexual de Alessandro D'Angelo.

Cuatro

Dejé los documentos sobre la mesa de café, guardados en el sobre marrón, y tomé mi celular para hablar con Chris ya que Gabriel seguía ignorándome. Cada vez que llegaba a casa, él buscaba la manera de estar el menor tiempo posible en mi compañía.

Llegué a la habitación adyacente, a la gran habitación de Alessandro.

Chris contestó al tercer timbrado. Hablamos sobre Nella y sobre el contrato que acababa de firmar, le recité una a una las cláusulas mientras él hacía sonidos de aprobación o negación.

—¿Estás segura de querer hacer eso?

—No es si estoy o no segura, es que Antonella estará bien. —Escuché la voz de Gab gritando a Chris que la cena estaba servida.

—¿Quieres hablar con él? —preguntó mi amigo, como adivinando mi pensamiento.

—No me ha hablado todos estos días, ¿crees que me querrá hablar al teléfono? —mi voz sonó pequeña. Gabriel y Chris eran mi familia, esa que uno escoge en el corazón, como Isa lo fue en su momento.

—¿Qué no me escuchas?! —La voz de Gabriel fue mucho más clara—. ¡No pienso calentar tu comida si se enfría, *honey!*

Sonreí ante el apelativo cariñoso que Chris odiaba.

—Kath está al teléfono, quiere saludarte.

—¿Cuál Kath? Si es la señorita Cortéz, dile que necesito mover de mi cuenta bancaria el dinero que se ganó como...

—No te atrevas a terminar esa oración. —Amenazó Chris.

—Te espero abajo —respondió Gabriel y sentí sus pasos por el pasillo.

—Nena, yo...

—Es lo que es, Chris...

—Te perdonará algún día.

—Yo no he hecho nada para que tenga que buscar su perdón, Christian. Adoro a Gab, lo sabes, pero solo hice lo que creí que era correcto, y por lo del contrato... Al menos no está pidiéndome que me ponga en cuatro patas y vaya como un perro por la casa.

—Son cláusulas flexibles, no dejes que abuse, no permitas ir más allá de tus límites. Si hace algo que no te parezca... Jesús, prométeme que me llamarás... Es una lástima que no puedas darme una copia de ese documento, según lo que me has leído, está tan bien redactado que sería difícil encontrar algo.

—Estaré bien...

—Eso espero. Te quiero, peque, nos vemos mañana.

—Te quiero también, dale besos a mi niña. —Colgué antes que él lo hiciera.

Luego de la llamada, me dediqué a buscar entre mi ropa algo cómodo para dormir.

Lex no me había comprado pijamas, por lo que tomé una de sus camisas, esperando no molestarlo. Volví a la antesala y agarré el celular, llevándomelo al pecho antes de caminar hacia la pared de cristal. Por unos segundos, me quedé quieta, solo observando la oscuridad del jardín.

Entré a mi *Facebook* y mi primera imagen fue una de Gabriel y Nella.

Gab...

«¿Por qué él no puede ser como Christian y simplemente ayudarme a entender esto?».

La puerta se abrió y la presencia de Lex se advirtió en el lugar, su traje ajustado parecía abrazar cada rincón de su cuerpo. Dio un par de pasos y me apresuré a tomar la posición que debía adoptar cuando él

llegara.

Alessandro se detuvo un momento mientras yo me arrodillaba frente a él en señal de sumisión.

Me sentía incluso más humillada que cuando me vendí en esa vitrina. Tragué grueso y me obligué a no llorar mientras él eliminaba los pasos que nos separaban.

—Buena chica —acarició mi cabello como si fuese un perro—. Supongo que, por tu manera de recibirme, aceptaste ser mi sumisa...

No dije nada, me mantuve con la cabeza gacha mientras él caminaba a mi alrededor hasta situarse frente a mí.

—Puedes hablar, *dolce*^[12]. —Se agachó hasta llegar a mi altura y alzó mi mentón con sus largos dedos.

—He firmado su contrato, me entrego a usted desde hoy y por los próximos meses.

—Muy bien —se levantó—, puedes erguirte —tomó mi mano ayudándome a ponerme en pie—. Has tomado una buena decisión, Kath —su dedo pulgar acarició mi labio inferior y no pude evitar morderme mi mejilla—. Espérame aquí.

Lo vi salir de la habitación y respiré profundamente. No me moví, me mantuve ahí de pie en el centro de la habitación como si fuese una estatua.

Alessandro volvió después de unos minutos y extendió su mano pidiendo la mía. La tomé indecisa de qué hacer y él me llevó hasta el sofá donde nos sentamos uno al lado de otro.

—*La mia bella ragazza* —susurró. Su voz suave y aterciopelada erizó cada rincón de mi cuerpo, había algo en ese hombre que me hacía querer ser un gatito a sus pies, siempre y cuando no se portara como un cretino—. Te compré un regalo —acarició mi mejilla y sacó dentro de su chaqueta una caja alargada cubierta con un brillante papel de color plata con un moño verde enfrente.

—Me ha comprado muchas cosas ya, señor —susurré cuando él dejó la caja en mi regazo —le dije que, con el celular, la computadora y el iPod era suficiente.

Su mirada se endureció, se levantó del sofá y caminó hacia la pared de vidrio, sus manos en su espalda enlazadas la una con la otra, su postura era firme y erguida.

La habitación completa quedó en silencio y me pregunté internamente si estaba pensando qué castigo iba a darme por haber osado despreciar su regalo.

—Obediencia y complacencia, Katheryne... ¿Recuerdas el contrato? Vas a ser mi mujer, en casi todos los sentidos, por los próximos meses. Me gusta que mis mujeres se vean bonitas ante mis ojos, elegantes ante los demás. Me complace regalarles cosas y me complace mucho más que ellas acepten sin chistar. Así que sigue siendo tan buena chica y abre tu regalo mientras yo me ducho, necesito ejercitarme un poco. —Su voz, aunque suave, tenía un toque de fiereza.

Soltó su saco, quitó su corbata ante mi atenta mirada y me dispuse a rasgar la envoltura plateada del obsequio, traté de que mi mano no temblara tanto al abrir la caja marrón, pero fue imposible controlar mi reacción cuando vi cuál era mi regalo.

Incluso mi conciencia abrió los ojos cual animé japonés.

La sangre se aglomeró en mi cabeza cuando vi el artefacto alargado, transparente y con lucecitas en mi mano. Un falo de mentiras... Un vibrador.

—Es casi de mi talla, así que no te preocupes —subí la mirada para ver a Alessandro, se había quitado la camisa y estaba recostado en la puerta del baño. Estaba tan estupefacta que ni siquiera me dejé seducir por su maldito torso de lavadero—. Espero que lo disfrutes...

Se giró dispuesto a dejarme sola. Tomó todo de mí encontrar mi voz.

—¿Para...para qué quiero yo esto? —mi voz sonó baja, agarrotada como si tuviese un pedazo de metal obstruyendo mis cuerdas vocales.

—Creo que es claro lo que quiero. Dimitri me ha dicho que no puedo tocarte hasta dentro de quince días y el día quince se acerca, Katheryne —se abrió el cinturón y desabrochó el pantalón rápidamente—. No soy suave, mucho menos pasivo, y definitivamente, no soy un puto maestro. Desvírgate, y cuando el

día llegue, ve a mi cama sin vacilar. —Se dio media vuelta y entró al baño, cerrando la puerta tras él.

Mi habla desapareció por completo.

Él quería que yo... que yo... ¿Qué yo me... me quitara mi virginidad?

Escuché la ducha accionarse y miré el artefacto en mis manos, dejándolo caer en la alfombra.

«Maldito».

Me tomó sólo un minuto levantarme del sofá y tomar el aparato del suelo, con el golpe se había accionado y luces rojas y azules danzaban dentro de él. Mientras zumbaba en mi mano, también tomé el jodido contrato. La sangre corría a prisa por mis venas.

¡Eso era más de lo que estaba dispuesta a soportar!

Empujé la puerta del baño de un solo golpe, Alessandro estaba de espalda dentro de la ducha mientras se aplicaba jabón sobre su piel, el animal tatuado en su espalda me observó desafiante. No me importó, no lo pensé, lancé el vibrador, que rebotó en su duro omóplato izquierdo antes de caer al suelo y seguir zumbando.

Él detuvo todo movimiento y, por un segundo, no sucedió nada en el lugar. Era como si el tiempo se hubiese detenido lo suficiente como para que mi rabia aumentara, mi corazón latiera desbocado, lo suficiente para llenarme de valor y decirle lo que pensaba en la cara.

—¡Eres un maldito bastardo! ¡¿Lo sabías?! —grité, dando dos pasos dentro del baño y tirando los papeles dentro de la ducha.

Lex se giró, dejándome ver todo su cuerpo desnudo, pero era más mi furia que cualquier otra cosa. Fijé mi mirada en sus ojos, que brillaban completamente enojados.

—¿Hiciste lo que te pedí? —salió de la ducha con pasos fuertes y seguros, sin embargo, no retrocedí, a pesar que todo mi cuerpo me gritaba que lo hiciera—. Eso fue bastante rápido... —me observó de arriba abajo—. Katheryne, Katheryne... Ve a la habitación.

—¡No!

—¿Qué dijiste? —El fuego en su mirada pareció intensificarse.

—He dicho que no —caminé un paso en su dirección—. Eres hombre para practicar el masoquismo, para amenazar y humillar, pero no lo suficiente para desvirgar a una mujer... En serio te creía más hombre, pero... —solté enojada.

—Cuida tus palabras —dijo mordaz.

—¡¿O qué?! ¿Me golpearás?

—¡No me tientes! —Su voz fue dura y sus ojos eran una flama encendida que se nutría de nuestra ira.

Negué con la cabeza, eliminando la distancia que nos separaba, alcé mi barbilla y, cuando estuve frente a él, me agaché tomando el maldito regalo. Las hojas del contrato yacían húmedas en el suelo.

—¿Sabes qué puedes hacer con esto? —coloqué la punta en su pecho—. ¡Puedes metértelo por el culo, quizás tú también eres virgen por allí!, ¡maldito hijo de puta! —Necesitaba salir del baño, sentía que iba asfixiarme, pero él tenía otros planes. En un movimiento rápido, tiró de mi muñeca, metiéndome bajo el agua junto a él.

—¿Ya terminaste? —Su voz retumbo por la habitación

—Suéltame...

—¡Pregunté si ya terminaste! —rugió.

—¡Ya dije lo que tenía que decir! Eres tan poco hombre que tienes que comprar una mujer para poder tenerla... —Mi voz se quebró y él me soltó con repulsión.

—Tienes diez segundos para salir de esta habitación o lamentarás haber entrado, Katheryne. —Me dio un empujón fuera de la ducha y di la vuelta sin importarme lo empapada que estaba.

—Me iré, quizás en el camino pueda encontrar a alguien que haga el trabajo de desvirgarme por ti, ya que tú te ves impotente. —Salí de ahí sin mirar atrás, por una parte, orgullosa por haber defendido mi dignidad; por otra, una parte de mí estaba completamente rota.

Necesitaba de Alessandro para salvar a Antonella.

Bajé las escaleras de dos en dos sin importarme si me caía por ellas. Estaba empapada, pero necesitaba colocar distancia suficiente entre él y yo.

Tenía ganas de llorar, de matarlo, de... ¡joder! Pasé la mano por mi cabello sin saber qué hacer. Le había gritado, tirado su maldito dildo, arruinado sus documentos y, además, lo había retado como seguramente nunca antes lo habían hecho.

Yo estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa, pero... ¡Quitarme mi virginidad con un consolador! Ya era bastante denigrante tener que vender mi virtud para que ese imbécil quisiera que lo hiciera con un vibrador.

Caminé por los pasillos hasta llegar a la cocina, que estaba a oscuras. Nunca había caminado hasta este lugar, de hecho, solo conocía el comedor y la habitación. Era grande y estaba dotada de electrodomésticos modernos en color plata y en el medio había un comedor rústico, como una especie de isla en granito con tres bancos altos. Busqué entre las alacenas, encontrando un vaso; abrí la llave del lavado, lo llené con agua y bebí poco a poco.

No sabía en qué momento las lágrimas habían empezado su camino por mi rostro. No quería llorar por culpa de ese estúpido, pero me fue inevitable no hacerlo. Me sentía tan frustrada, tan humillada...

Encontré un espacio entre el refrigerador de dos puertas y la estufa y me senté en el suelo frío, subiendo mis rodillas y permitiéndome llorar.

Por esa locura, había perdido a Gab y estaba quitándole tiempo a Nella. Chris tenía razón, no estaba segura de lo que estaba haciendo, pero me había obligado a mí misma a pensar que sí, a creer que sí. Necesitaba creerlo para hacerlo, para ser fuerte.

Deseaba llegar a casa y abrazar a mi niña para que me diese ánimos para continuar... Si era que continuaba, estaba segura de que Alessandro rompería nuestro contrato y, como aún no había tenido su primera noche, exigiría que le devolviéramos el dinero... dinero del que solo tenía la mitad.

Escuché pasos en la cocina y me encogí aún más en mi lugar, quería desaparecer.

El olor al *Aftershave* de Alessandro inundó la estancia completamente, su presencia era tan fuerte y poderosa que hacía que cada poro de mi piel se colocara en alerta.

—Así que aquí estabas... —acarició mi cabello suavemente—. *Lo so, sono un fottuto bastardo.*

Lo miré sin entender...

—Que soy un hijo de puta. Puedo llegar a ser un maldito cuando me lo propongo, pero no fue mi intención —sus dedos retiraron las lágrimas de mis mejillas—. No quiero hacerte daño, quiero que disfrutes la experiencia tanto como puedas, *principessa*. —Era la primera vez que me llamaba con ese apodo.

«*Apenas tenemos dos semanas aquí, no toda una eternidad*».

Sorbí mi nariz.

—Soy rudo, Katheryne, es mi naturaleza. Desde que empecé la disciplina, nunca he estado con una chica inexperta.

—Virgen...

—Es lo mismo.

—No voy a hacerlo con un consolador. —Aunque distorsionada por el llanto, mi voz fue fuerte.

Pasó las manos por su cabello y luego acarició su barba, pensativo.

—Te deseo... —acarició mi mejilla y sus ojos brillaron con lujuria en la oscuridad de la cocina—. Desde que te adquirí, he tenido que controlarme cada vez para tomarte... Mi cuerpo arde por el tuyo, estoy famélico por ti. Desde el primer momento que llegaste a esta casa, solo puedo imaginarte en mi cama, amarrada a mi cabecero mientras mi polla desaparece en tu cuerpo. —Se irguió, caminando hacia el refrigerador y sacando una jarra con lo que parecía leche.

Tragué grueso ante su muy explícita escena. Me levanté saliendo de mi escondite. De repente,

Alessandro, que buscaba algo en las alacenas, detuvo cualquier movimiento.

—¡Merda! —lo vi tomar aire fuertemente. La camiseta húmeda me quedaba a mitad de muslo y se pegaba en mi cuerpo como una segunda piel. Alessandro dejó el vaso al lado del recipiente y caminó hasta quedar separados solo por un paso—. No sabes lo que daría por arrancarte esa camisa y hacerte mía sobre este mesón —acarició la superficie de la isleta, como el hombre que acaricia a su amante, y luego borró la distancia entre los dos, atrayéndome hacia su cuerpo con su brazo derecho al tiempo que su mano izquierda acariciaba mi rostro. No pude evitar la corriente que atravesó mi cuerpo entero—. ¿Has leído el contrato? —su voz se dulcificó.

«¿Acaso era bipolar?».

Primero estaba hablando de follarme, ¿y luego era dulce...?

—Katheryne... —encendió la estufa y sacó una olla, donde vertió la leche. Me sentí incapaz de articular alguna palabra—. ¿Tienes alguna pregunta que hacerme? —se giró mirándome—. Mojaste el vendaje, espérame aquí.

«¿Quién demonios era ese hombre?».

Desapareció por una de las puertas y volvió con un maletín y una toalla.

—Quítate esa camisa —lo miré suspicaz y él alzó una de sus cejas—. Ya te vi desnuda y puedo ver que tienes ropa interior. Cuando estés bajo mi cuerpo, será sin nada entre nosotros, así que esperaré los días que faltan para poder reclamarte —bajó de la estufa la leche caliente y la vertió en un vaso—. Siéntate... —no me moví—. Quítate la camisa, envuélvete con la toalla y siéntate, no me hagas repetirlo —a pesar de la advertencia, su tono de voz seguía suave. Me quité la camisa y tomé la toalla cubriéndome con ella. Lex me dio una sonrisa burlona y me incitó a sentarme a su lado. Abrió el maletín, sacando gasa y antiséptico—. Bébete la leche tibia —fue mi turno de alzar una ceja— ¿prefieres un trago de whisky?

Me senté a su lado y tomé la taza, no sabía cuánto frío tenía hasta que mis manos sintieron el calor que emanaba del tazón humeante.

—Extiende el brazo —hice lo que me pidió y él empezó a quitarme el vendaje húmedo—. Voy a hacerte esta oferta una última vez, si necesitas o no entiendes algo del contrato, puedes preguntarme. Mañana saldré de la ciudad y no vendré sino hasta dentro de dos días, así que solo tendrás esta noche para hacer todas las preguntas que tengas en mente.

Mientras él rehacía el vendaje, terminé la leche en absoluto silencio; tenía muchas interrogantes, pero no sabía por dónde comenzar.

—Ya te dije que no soy un hombre paciente; si no quieres preguntar, entonces ve a la habitación, tengo cosas que hacer —su mano acarició mi nuca suavemente atrayendo nuestros cuerpos como si tuviéramos imanes—. Voy a besarte... Recuerda que debes respirar.

Mis ojos se perdieron en los suyos, en cómo se acercaban de manera pausada. Sus labios tocaron los míos, demandando casi inmediatamente con un ritmo fuerte y rápido. Saltó de la silla, haciendo que nuestros torsos desnudos quedaran uno contra el otro, mientras sus dedos se enredaban en mi cabello, tirando de él cuando yo intentaba marcar mi propio ritmo. Mis manos comenzaron a picar, anhelaba tocarlo, quería que resbalaran por su pecho, acariciando sus abdominales. Quería saber si su piel ardía como la mía, pero no lo hice, las mantuve aferradas en la toalla, mientras él devoraba mis labios con tanta pasión y ansias que pensé que iba a morir lentamente.

Su mano libre acarició mis clavículas, descendiendo hasta soltar el nudo de la toalla, que cayó con un sonido sordo al suelo, dejándome desnuda. Acarició mi pecho sobre la tela de encaje del sostén. Gemí entre sus labios y él introdujo su lengua en mi boca, demandando, exigiendo, siendo completamente salvaje. Su lengua serpenteó hasta enredarse con la mía y el beso se volvió frenético. Me vi a mí misma deseando más de él, de su fuerza, su deseo...

Bajó las copas del sostén dejando sus manos cubrir mis pechos amasándolos con suavidad y fuerza al

mismo tiempo, mi sexo palpité con agonía, mis piernas temblaron levemente cuando las uní buscando algo de fricción que calmara la tortuosa tribulación.

—¡No! —gimió con un sonido gutural—. Yo soy el único que puede darte placer.

—¿Qué? Querías que... me desvirgara con un... consolador.

—A veces soy algo indescifrable, no trates de entenderme —me miró a los ojos antes de volver a atacar mis labios, pero con menos intensidad, hasta tirar suavemente de mi labio inferior, terminando con el beso. Sin soltar mi nuca, besó mis mejillas, frente y mentón, para luego tomar mi rostro con su mano libre—. Si seguimos, te follaré sin importarme los quince días que ordenó Malinov —murmuró de manera gutural—. Ve a la cama, desnuda —tensó nuevamente mi cabello, haciéndome verle a los ojos—, y nunca, jamás, vuelvas a alzarme la voz o intentar golpearme, o no me haré responsable del castigo que te otorgaré. —me soltó, no sin darme un último beso, para luego caminar hacia la salida de la cocina.

—¿Puedo preguntar...? —me bajé del taburete, a pesar de que mis piernas eran más una masa viscosa que otra cosa—. ¿Dónde irá usted..., señor?

Él se giró mostrándome algo que había pasado por alto durante nuestro beso.

Su erección.

—Voy al gimnasio en el sótano... Katheryne, soy un hombre sexualmente activo —obvio que lo era—, un hombre sexualmente activo que lleva casi la mitad de un mes sin sexo... —alzó una de sus cejas—. Tengo que liberar frustraciones de alguna manera... regularmente, no soy tan cretino —me dio una sonrisa cínica—. Mientras esté de viaje, te enviaré información sobre lo que espero de ti. Sé buena alumna y estudia.

Me hizo un guiño y se fue.

Tomé la toalla del suelo y subí a la habitación.

Los dos días que Alessandro estuvo fuera de casa, pasé más tiempo con Nella, fui a sus consultas, la llevé al parque y, con Chris, compramos juguetes y ropa nueva del dinero que había quedado de la subasta.

Lex llamaba cada dos horas preguntando por mí para ver si estaba cumpliendo las muy precisas órdenes que me había dejado:

- Benjamín sería mi chofer.
- El Lexus estaba a mi disposición.
- Tendría que estar en casa antes de que anocheciera.
- No dejaría que el celular timbrara más de dos veces.
- Estudiaría cada uno de los enlaces con información sobre la dominación y la sumisión que él enviará...

En esa última había colocado demasiado énfasis.

—¿Qué tanto sabes de BDSM? —preguntó antes de salir de la habitación. Había amanecido con él a mi espalda, ambos completamente desnudos, como la primera vez.

Para ese momento, él lucía un traje negro de marca y estaba colocando los gemelos en sus manos, mientras yo seguía en la cama cubierta por una sábana.

—La verdad, no mucho. —Fui sincera, había leído libros en donde los mencionaba, pero solo tenía el concepto básico.

—Espérame aquí. —Me quedé mirando cómo salía de la habitación hasta llegar a la habitación de al adjunta.

—Toma —extendió sus manos pasándome un iPad—, es mía, te enviaré los links que te dije anoche,

tendrán información sobre lo que yo espero de ti, Katheryne. Lee todo lo que puedas, pregunta lo que no entiendas, y mantente en contacto —apoyó una de sus rodillas en la cama y tomó mi nuca para darme uno de sus besos destroza huesos—. Nos vemos en dos días.

Así que había pasado los últimos días aprendiendo sobre BDSM, dividiendo mi tiempo entre el aprendizaje sobre la cultura, Nella y la indiferencia de Gabriel.

Llegué a casa cuando ya anochece, me di una ducha rápida y, aunque deseaba dormir, abrí el último enlace que él me había enviado al correo hacía un par de horas atrás. La dirección online me dirigió a un blog llamado “*El camino a la sumisión*”, donde una chica contaba su experiencia como sumisa. Al leer la introducción del mismo, noté que la chica era feliz con su modo de vivir, parecía estar completamente satisfecha con su *Amo*.

En su primera entrada, hablaba de lo difícil que era para el amo averiguar las virtudes que tenía su sumisa, descubrir sus debilidades, para así, transformarlas en armas y potenciar las vivencias.

Una entrada en especial llamó mi atención, estaba titulada como *Castigos*. Recordé las veces que Lex me había amenazado con dejarme el trasero tan rojo como las semillas de achiote^[13]. Eso no parecía disfrutarse, sin embargo, la chica relataba cada castigo como si fuese un placer.

Mi celular sonó con un nuevo link, copié la dirección en el navegador y un mundo completamente diferente se abrió ante mí. Ese blog era muchísimo mejor que el anterior, abarcaba desde temas generales hasta debates sobre la cultura.

Luego de haber satisfecho mi curiosidad en aquel blog, miré curiosa el libro que me envió Lex después de que se marchase; lo había mandado directamente a casa de los chicos con una simple y escueta nota: “Lee”. Rasgué el papel, leyendo el título del libro, *La Atadura* de Vanesa Duriès. Cerré el portátil y tomé el libro, quería aprender y conocer más del mundo al que apenas estaba entrando, pero no quería hacerlo mediante blogs, quería que él mismo me enseñara.

Bostecé fuertemente y giré mi reloj de pulsera para ver la hora, era casi media noche, aun así, abrí el libro en la página que había dejado pendiente.

“Hay algo muy obvio que quienes no han sido iniciados en este universo marginal y mágico ignoran: el Amo no es nunca quien la gente cree que es. El Amo se halla en una situación de absoluta dependencia con respecto a su esclavo. En realidad, el Amo es el esclavo del esclavo, pues depende de que este acepte someterse a las servicias que lo excitan. Cuando uno llega a comprender esta realidad paradójica, ya no tiene por qué avergonzarse de ser esclavo”.

—Despierta... —Sentí cómo alguien susurraba sensualmente en mi oído mientras manos avariciosas acariciaban mis muslos descubiertos.

Una ráfaga fría me hizo estremecer y el aroma del *Aftershave* de Alessandro inundó el lugar. Gemí cuando sus manos acariciaron mi trasero cubierto por las mini bragas que él mismo había comprado. El calor de su cuerpo se unió al mío, pegándome a su duro pecho, mientras sus labios dejaban besos húmedos en mi cuello y clavícula.

—Alessandro...

Con un rápido movimiento, la palma de su mano golpeó mi trasero.

—¿Cómo tienes que llamarme, Katheryne?

—Señor —jadeé de manera entrecortada, su mano se había escurrido hasta abarcar mi sexo, causando un hormigueo en mi vientre bajo... Gimoteé ante la deliciosa tortura.

—Tsk —chasqueó su lengua al tiempo que colocaba su mano libre en mi boca y golpeaba mi intimidad levemente—. ¿Por qué tienes bragas? —Tiró de la tela con la precisión exacta para rasgarla y acarició mi intimidad—. Sin depilar... ¿quieres una zurra, Katheryne? Porque estás comprando todos los boletos para una buena... —sus dedos abrieron mis pliegues, recorriendo lentamente mis labios internos—. ¡Joder! Eres receptiva, mira lo húmeda que estás, pequeño *Dolce* —arrimó su erección a mi trasero, clavándome su miembro en mis nalgas. Un nuevo gemido fue silenciado por su mano cuando su dedo anular empezó a acariciar mi clítoris.

—Relájate... Respira —me recordó, haciendo presión en mi nudo de nervios—. *¿Sei pronta per me?* [14] —No sabía lo que decía, pero me llevó en un laberinto de sensaciones que no conocía—. No veía la hora de llegar a casa y poner mis manos en ti —sentí su dedo curvarse mientras entraba en mi interior. Los embistes empezaron de manera lenta y torturante, mi cuerpo empezó a reaccionar a la intromisión de su dedo, a las sensaciones que causaban sus caricias. Me arqueaba sin importar la dureza de su miembro, gemía agónicamente mientras él aumentaba la velocidad de sus arremetidas, convirtiendo mi cuerpo en un pedazo de brasa ardiente.

No pasó mucho tiempo para que mi interior empezara a contraerse.

—¡No! —su orden fue gutural—. Resiste, *ragazza* —¿¿¿Cómo carajo lo iba a aguantar?! — Si te corres, aumentaré los azotes la próxima vez que me faltes el respeto.

¡Joder! Intenté respirar, pero no podía pensar en otra cosa que no fuera la deliciosa sensación que me estaba dando la fricción entre sus dedos y mi piel.

—¡Resiste!

Lloriqué y un nuevo dedo entró a la ecuación.

—Un poco más, dame un poco más.

—¡Por favor! —supliqué contra su mano—. ¡Por favor! ¡Por favor!

—¡Aún no! —lo escuché recitar palabras sinuosas, pero estaba tan sumergida en el deseo que recorría mi ser que no me importó nada de lo que pudo haber pronunciado. Todo mi ser estaba concentrado en las sensaciones que causaban sus dedos ágiles moviéndose dentro y fuera de mí—. Dámelo, pequeña —tiró del lóbulo de mi oreja—. Estalla, pequeño colibrí —su susurro fue liberador, fue como si mis caderas se reventaran y el dique que contenía la presión en mi vientre bajo colapsara.

—Eso fue malditamente perfecto —dijo girándome hasta caer desmadejada en la cama. Podía ver a mi subconsciente tirado en el sillón más lejano de mi memoria.

Me sentía como si fuese de gelatina.

El cuerpo de Alessandro se posó sobre mí; su mirada era fiera e intensa, su erección dura y erguida entre los dos. Levanté mi mano para tocarlo, pero él me dio una mirada de “ni siquiera lo intentes”.

—Bien hecho, Katheryne —elevó sus dedos aún húmedos por mis fluidos hasta mi rostro—. Lame —tragué grueso—. Hazlo... —él acercó sus dedos más a mí—. Conócete. Anda, solo un poco. —Me animó.

Respiré profundamente y asentí mirándolo a los ojos; introdujo uno de sus dedos en mi boca y succioné con lentitud.

—*¡Mi fai uscire dai gangheri!* [15] —bebí de sus dedos una vez más; no tenía mal sabor, pero tampoco podía compararlo con algo conocido—. ¡Basta! —sacó sus dedos de mi boca y los llevó a la suya en un gesto jodidamente sensual, elevó la vista al techo e inhaló con fuerza, levantándose de la cama—. Al baño, ahora —su voz fue dura—. Tienes diez minutos para depilar tu delicioso coño... O yo lo haré por ti.

Salté de la cama y me encerré en el baño, poniéndole seguro a la puerta. Caminé hacia el gabinete y encontré en el cajón un kit de depilación femenina, que seguro Sasha había puesto ahí para mí, pero estaba tan sumergida en la cantidad de cosas que Lex me había dado para instruirme que había olvidado por completo lo de la depilación. Empecé aplicando la crema depilatoria en mi intimidad y rasuré con

mucho cuidado esa parte. Al final, también lo hice con mis piernas. No supe cuánto demoré en el baño, pero, para cuando salí, Alessandro no se encontraba por ningún lugar.

Estaba amaneciendo, los primeros rayos del sol iluminaban la habitación, gracias a la pared de vidrio. Escuché un ruido y caminé hacia la sala contigua, donde Alessandro cerraba la puerta del rincón.

—¿Me tientas, Kath? —aferré la toalla más a mi cuerpo. Él tenía un pantalón de chándal gris y una camisa de deporte, estaba descalzo y se veía tranquilo y relajado—. Ve a vestirte, algo cómodo, nos quedaremos en casa hoy.

—Verás, yo tengo que ir...

—¡No! —me cortó tajantemente—. Estoy cansado, ha sido un viaje muy largo y lo único que deseo es pasar el día con mi sumisa, y comer... Estoy famélico, Katheryne, en todos los putos sentidos.

—En el contrato decía que yo podía salir después de 8:00 hasta las 17:00 —repliqué.

—Y también decía que sería así siempre y cuando yo no estuviera en casa.

—¡Tengo cosas que hacer! —mi voz se elevó un par de octavas.

¿Por qué ese hombre se empeñaba en joder los momentos tranquilos?

—Y a mí no me importa si tienes una cita con el jodido Papa. Cancela lo que tengas que hacer y baja a desayunar —sentenció—. Tienes cinco minutos, y van tres. Te espero abajo. —Salió, dejándome completamente frustrada.

Tomé un *suéter* de algodón y unos nuevos vaqueros. Registré, buscando unas bragas, y me las coloqué rápidamente antes de salir tras él. Cuando bajé al comedor, él ya estaba sentado en su trono, con su atención dirigida a su teléfono celular.

—Más de diez minutos para colocarte unos vaqueros y un *suéter* sencillo —dijo sin mirarme.

Quería ahorcarlo, sin embargo, respiré fuertemente antes de hablar.

—Necesito salir, señor.

—He dicho que no, Katheryne... No me provoques.

No quería hacerlo, no quería rogarle, pero había hecho una promesa, ir a casa diario para estar con Antonella.

—Por favor... —susurré.

—Benjamín. —Ben llegó rápidamente—. Dile a Sasha que puede servir el desayuno. —Benjamín asintió y luego salió del salón.

Alessandro colocó el celular en la mesa y se apoyó en sus codos, enfocando su mirada verde en mí.

—Katheryne, cuando doy una orden, no me gusta discutirla —pinchó el puente de su nariz—. Si yo digo no, es simple y llanamente no. No vuelvas a preguntar, no me contradigas y no insistas porque no cambiaré de opinión, sino que, al contrario, pones tu trasero en peligro. ¿Está claro? —suspiré, aguantando las lágrimas, no iba a permitir que me viera llorar de nuevo—. Dije ¿está claro?

—Sí, señor —bajé la cabeza justo cuando Sasha y Ben empezaban a traer el desayuno—. He perdido el apetito... —Me levanté de la mesa, dispuesta a salir del maldito comedor.

—¿A dónde crees que vas? Siéntate y come, Katheryne.

—No tengo hambre, quiero retirarme.

—Regresa a la silla, no hagas chiquilladas.

—¡Ya decidiste tenerme encerrada el día de hoy, es mi problema si como o no! —grité, completamente exasperada. Sasha me miró con los ojos abiertos mientras Alessandro apretaba el tenedor en su mano.

—Siéntate y come —farfulló entre dientes—. No lo repetiré, Katheryne.

Sonreí sardónicamente.

Mientras salía del comedor, Benjamín me siguió

—Señorita, por favor —susurró—. No es manera de ganarse las cosas, vuelva a la mesa.

—¿Por qué le tienen tanto miedo Riley, Sasha y tú? —pregunté.

—No es miedo, es agradecimiento. El señor parece ser un cretino, pero...

—Es un cretino, Benjamín —puntualicé.

—No, no lo es. Su vida no fue fácil, todo lo que ha pasado en ella lo ha vuelto un hombre duro. Cada hombre tiene sus penas secretas las cuales el mundo no conoce y, con frecuencia, llamamos a un hombre frío cuando él simplemente está triste.

—¿Triste? ¡Ja! Benjamín, no me hagas reír...

—Por favor, vuelva a la mesa, señorita —dijo frustrado.

—No lo haré, Benji. —Me giré, subiendo las escaleras.

«Sí cómo no, Alessandro un ser triste... ¿Y entonces qué soy yo, una maldita medusa?».

Abrí la puerta de la habitación y caminé hacia la cama. Quería gritar, de hecho, que me llamara chiquilla, me hacía querer hacer una pataleta. Respiré profundamente invocando a cualquier ser celestial para que me diese tranquilidad. Al final, tomé la almohada y grité, sí grité porque, o lo hacía o explotaba. Una vez más tranquila, alcancé el libro y mi celular, marcándole a Chris, pero se fue a buzón rápidamente. Tomé una larga respiración y le marqué a Gabriel, pero, después de tres timbradas, también me redirigió a buzón. Decidí dejar un mensaje.

“Hola, solo llamaba para ver cómo estaban, no creo posible ir hoy. Gabriel, no me juzgues, esto es demasiado difícil como para que también tenga que lidiar con tu molestia y mala cara. Dile a Nella que mami la ama y que mañana iré a verla”.

La puerta se abrió y me preparé para enfrentar nuevamente al “Señor”, pero era Sasha sosteniendo una bandeja con mi desayuno.

—Le dije a Benjamín que no tenía hambre, por favor, llévate la bandeja, y gracias.

—Debe comer algo, señorita —señaló Sasha.

—Quizás más tarde, ahora no. Por favor, llévatela y no vuelvas a decirme señorita, soy Katheryne.

—El señor no es un hombre malo...

La interrumpí antes que fuese a soltarme el rollo del hombre triste.

—Benjamín ya me dio el sermón del hombre triste y, ¿sabes qué?, ese hombre es todo menos un hombre triste. —Me tocó recordar que yo también era una empleada en esa casa, solo que yo calentaba la cama del patrón—. Lo siento, sé que no eres la culpable, pero tengo mis motivos para estar molesta y, cuando estoy así, no puedo comer nada porque termino vomitando hasta lo que no he consumido. Te prometo que cuando tenga hambre, bajaré a la cocina. —Ella asintió y salió de la habitación. Una vez que estuve sola, abrí el libro dispuesta releerlo, pero algo me impedía salir de los primeros párrafos.

Gemí frustrada y volví a marcarle a Christian, pero saltaba a buzón sin siquiera timbrar. Abrí el navegador de *Google* y digité rápidamente “Alessandro D’Angelo”, la lista de enlaces que abrió era limitada, me fui la primera en la página de búsqueda.

“Presidente y CEO de D’Angelo Building, empresa constructora a nivel mundial, con sedes en América del Norte, Italia, España y Londres. Su casa matriz radica en Italia”.

Dejé que el dedo se escurriera por la pantalla del celular, no me interesaba mucho su empresa, quería saber de él.

“Hijo de Alexandra y Carlo D’Angelo. Huérfano desde los seis años. Criado por su tío Frederick D’Angelo. Estudió arquitectura en Oxford y obtuvo una maestría en planificación y diseño urbano en Harvard. A los veintidós años, se hizo su nombramiento oficial como presidente de D’Angelo Building. Con el pasar de los años, logró hacerla una empresa próspera que provee 6564 empleos por país de ubicación. A sus treinta y dos años, Alessandro D’Angelo es el empresario más joven y sagaz en la industria de la construcción. Entre sus proyectos, está la remodelación de varios teatros y la construcción de edificios importantes en Norte América, España, Londres e Italia...”

—Sasha me dijo que no habías querido comer nada —brinqué, soltando el celular ante el sonido de su voz. Estaba frente a mí con la bandeja que Sasha se había llevado hacía menos de diez minutos. Caminó como un animal feroz hasta llegar a la cama y tenderme la bandeja—. Toma. —Su tono no aceptaba réplicas, aun así, me negué a aceptar la bandeja.

—Te diré lo mismo que le dije a Sasha, no tengo hambre. —Tomé el celular y cerré la ventana del navegador.

Él se sentó en la cama.

—El hecho de que no comas no me hará cambiar de opinión —replicó indiferente.

No le contesté, quería que me dejara sola.

—Katheryne, firmaste mi contrato, me diste el control de tu cuerpo, de tu tiempo, de tu vida...

—Es solo un momento.

—He dicho que no. Esta noche tengo una cena importante y quiero que me acompañes.

—¿Puedo negarme? —pregunté con desdén.

Él curvó su sonrisa, sus ojos me decían lo que estaba pensando: “Eres una tonta”

—No, no tienes voluntad en esto, vas a acompañarme porque quiero que lo hagas.

—Quiero salir...

—Y yo quiero verte aquí —colocó la bandeja en la mesa al lado de la cama y se levantó—. Estaré en el estudio, tengo trabajo que hacer —me mantuve estoica, sin pronunciar palabra ni mirar lugar específico—. No hagas nada... estúpido—Se dio la vuelta y lo vi abandonar el recinto.

Observé la bandeja con el desayuno a mi lado y bufé sonoramente, deseando estrellarla contra el suelo. Miré el reloj en mi muñeca; eran las ocho y media estaba segura de que Gab y Chris me esperaban. Tomé el celular y marqué una vez más...

«¡Hey!, soy Gab, en este momento no puedo atenderte; deja el mensaje y te devolveré la llamada cuando pueda».

Colgué y marqué a Christian.

«Estás comunicándote al teléfono de Christian Colton, en este momento no puedo atenderte; pero deja un mensaje y te devolveré la llamada apenas pueda».

¡Mierda! El hecho de que ninguno de los dos contestara el jodido celular me tenía con los nervios de punta.

Tomé el libro que había estado leyendo e intenté distraer mi mente con la lectura, sin embargo, pasaron dos horas y yo aún no podía terminar el libro. Siempre me había considerado una ávida lectora, leía libros de más de trescientas páginas en horas, y que aún no pasara de la treinta en ese libro de sesenta y ocho páginas significaba que mi intento por distraerme se había ido al traste y mi paranoia había ganado.

Volví a marcar a mis amigos, con los mismos resultados que las veces anteriores. Sin otro sentimiento que la preocupación y la angustia en mi pecho, me levanté de la cama y busqué mis botas a media caña, calzándome con rapidez; necesitaba saber qué estaba pasando.

Bajé las escaleras con mucho cuidado, podía escuchar a Alessandro dar órdenes desde su estudio, que estaba a un lado del comedor. No había salido de ahí en toda la mañana y, con un poco de suerte, no saldría en todo el día.

Abrí la puerta con extremada suavidad y salí al exterior. Riley estaba lavando uno de los autos de Lex. Esperé a que diera media vuelta, corrí hasta llegar a verja, la abrí y tomé el primer taxi que pasó por la

carretera.

Esperaba que los chicos estuvieran en casa y que sus celulares se hubiesen averiado. Le tomó media hora al conductor llegar hasta mi casa en Brooklyn. Toqué la puerta varias veces sin ningún resultado.

El señor Scott, mi vecino anciano, estaba recortando sus arbustos. Le pregunté por los chicos, me dijo que no los había visto en lo que llevaba del día y me prestó amablemente los quince dólares del valor del servicio de taxi.

Miré mi reloj, había pasado casi una hora desde que salí de casa de Alessandro, y aún no veía a Riley, lo que me decía que todavía no se había dado cuenta de que había escapado. Volví a intentar llamar, pero sucedió lo mismo que en las veces anteriores.

Una infinidad de escenarios pasaron por mi cabeza, desde una de las crisis de Antonella a media noche, hasta un accidente... Me senté en el muro enfrente de la casa y peiné mi cabello con mis manos. Estaba a punto de volverme completamente loca cuando escuché la voz de Christian.

—¿Kath? —se acercó rápidamente a mí—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—¿Chris! —Mi alma volvió a mi cuerpo cuando lo vi. Lo abracé fuertemente—. Llevó horas aquí, estuve marcando a sus teléfonos. ¡¿Por qué diablos no contestaban?!—

—Dios, me ha dado un susto de muerte cuando te vi ahí, pensé que el tipo ese te había hecho algo —dio un beso en mis cabellos y me separó de su cuerpo—. ¿Ya...? —Hizo referencia a si habíamos tenido sexo.

Pasé la mano por mi cabello antes de contestar.

—No, aún no lo ha hecho.

—Es muy raro su forma de actuar...

—No sé qué es lo que quiere... Dios, estaba completamente asustada. ¿Dónde está Nella?

—En el parque con Gab, vine a buscar su biberón porque hace un buen día y se está divirtiendo.

—¿Por qué demonios no contestan sus celulares?

—Antonella mandó el celular de Gab a un tour por el sanitario anoche y dejé el mío porque tengo un cliente de esos...—Me guiñó un ojo; por lo general, era un cliente gay y Gab era extremadamente celoso.

—Necesito quince dólares, me vine en taxi y el señor Scott me los prestó.

—Yo se los llevaré cuando regresemos del parque. ¿Nos vas a acompañar?

Pensé en Alessandro, seguramente ya se había dado cuenta de mi ausencia, pero joder, si había ido hasta ahí sin importarme sus advertencias y su mal humor, no iba a irme sin ver a mi niña.

Asentí y Chris fue por el biberón, caminé a su lado hasta llegar al parque más cercano de casa. Gabriel estaba sentado sobre una manta y Antonella jugaba con unos bloques. El brillo en los ojos de mi pequeña cuando me vio llegar fue suficiente para recordarme que todo lo que estaba haciendo merecía la pena. Haría lo que fuera por encontrar ese brillo cada vez que volviera a casa.

A pesar que lo mucho que quería detener el tiempo y quedarme con ella, y de la apatía de Gab, no me quedé mucho tiempo.

Chris me acompañó a tomar un taxi de vuelta a la mansión.

Estuve todo el trayecto nerviosa, pensaba en qué le diría a Alessandro al llegar. Anhelaba que mi suerte fuese tan buena que pudiera subir a la habitación sin ser vista, esperaba que Lex hubiese estado tan ocupado que le importara poco si seguía molesta. Al llegar, pude ver que un nuevo auto brillaba en la entrada y la puerta no estaba cerrada completamente; a lo mejor, Riley había entrado hacía poco. Habían pasado tres horas desde que había dejado la casa, el tráfico de vuelta fue mucho más pesado que el de la mañana.

Subí las escaleras de dos en dos y abrí la puerta de la habitación de Alessandro, las cortinas estaban corridas, dejándola en tinieblas, y él me esperaba en el sillón de la entrada.

Por la forma en la que me estaba mirando, sabía que estaba completamente molesto.

Cinco

Sus ojos verdes se batían entre la ira y la frustración, tenía el torso desnudo y estaba descalzo. Se levantó del sofá con parsimonia y caminó hacia el pequeño bar, se veía imponente, peligroso y sagaz. El pantalón de chándal colgaba pecaminosamente de sus caderas, dejando al descubierto la *uve* que llevaba hacia su intimidad.

Sin embargo, había algo más. Destapó la botella y sirvió el líquido ambarino en una copa cuadrada. Estaba tenso, lo veía en sus movimientos, en la forma en cómo su frente se fruncía, cómo las venas de su cuello parecían querer salir de debajo de su piel, en lo rígido que estaba el grifo en su espalda. Era como una granada a punto de explotar.

—Yo...

—¡Calla! —mi cuerpo vibró ante el peligro implícito en su voz—. Desnúdate.

—Quiero explicarle.

—¡Silencio! —sentenció tajantemente—. Obedece, Katheryne.

—Sí, señor.

Con dedos temblorosos, quité mi camisa y mi sostén para luego seguir con las botas y los pantalones.

—Las bragas también —obedecí, dejando que hicieran parte del resto de la ropa en el suelo—.

Arrodíllate.

—Señor, yo... —mi voz titubeó.

—¡Estoy esperando! —su grito me hizo saltar en mi puesto, lo miré a los ojos. La determinación y la furia en sus gemas verdes hicieron que mi cuerpo temblara levemente.

Con un suspiro resignado, adopté la posición de sumisión que sabía él me ordenaba. Lo vi tomar una fusta alargada, era delgada y estaba hecha de lo que parecía ser cuero. Iba a golpearme.

Había leído en el contrato y los blogs que los Amos podían golpear a sus sumisas en forma de castigo si hacían algo con lo que ellos no estuvieran de acuerdo o si no seguían sus órdenes. Bajé mi mirada, dispuesta a soportar lo que él tuviese pensado. Cualquier cosa era mejor que pasar todo un día alejada de mi niña.

—Me has desobedecido —se acercó a mí y caminó hasta quedar a mi espalda—. Peor que eso, te me has rebelado, ¡has pasado mi orden por alto! —gritó, haciéndome estremecer—. Aún me debato en la manera de cómo debo castigarte.

—Yo...

—No te he dado permiso para hablar —pasó la punta de la fusta por mi columna vertebral y terminó dando un fuerte golpe a mi trasero, haciéndome sisear. Retuve las ganas de llorar, no lo haría delante de él. Lo escuché hablar en italiano, palabras duras y malsonantes. Cerré los ojos y conté hasta tres, intentaría explicarle mis razones, así tuviera que hablarle de Antonella—. Levántate y ve a la cama —hice lo que me pidió sin replicar. Él me siguió con pasos fuertes—. Recuéstate en la mitad de la cama, boca arriba, y extiende tus brazos hacia arriba — una vez estuve en la posición que mandó, lo vi tomar una cuerda de la mesa de noche, ató mis muñecas con un extremo y llevó el otro hasta la baranda de la cama. Repitió la misma acción con mi otro brazo antes de separar mis pies con la misma barra de metal que había usado hacía unos días atrás y cerrar los grilletes a mis tobillos, luego lo sentí tirar de ellos.

Intenté mantener los latidos de mi corazón calmados, pero cuando salió de la habitación, dejándome atada y desnuda en la cama, un escalofrío descendió por mi cuerpo haciendo que mi ritmo cardíaco se acelerara. Él no demoró mucho. En silencio, se subió a la cama, quedando ahorrajadas a la altura de mi cintura y dejando lo que traía en sus manos a un lado de él—. Abre la boca —lo miré desconfiada—. Obedece, Katheryne —tragué saliva y abrí mi boca dejando que él colocara una pequeña bola de goma

entre mis dientes, estaba atada de extremo a extremo por unas tiras de cuero que él sujetó en la parte posterior de mi cabeza. Luego, tomó un antifaz de seda negra y cubrió mis ojos con él.

¿Qué demonios estaba pensando hacerme?

Estaba privada del movimiento y la visión. Sentía un escalofrío descender por mi cuerpo, estaba aterrada. Tenía mi cuerpo a su merced y, aunque estaba asustada, me negaba a dejárselo saber. Podía explicarle la razón por el cual me había visto obligada a salir, pero a él no le había importado siquiera escucharla.

Acarició los contornos de mi rostro con la fusta y lo sentí hacer presión en la punta de mis pezones. Gemí, atragantándome con la bola que tenía en la boca.

—No intentes hablar, lo que has sentido es la presión de las pinzas que he colocado en tus pezones —sentí cuando su cuerpo abandonó la cama y me concentré en respirar pausadamente por mi nariz—. El *Ball Gag* hace que salives; intenta no ahogarte con tu propia saliva, trágala gradualmente. En caso de que en realidad sientas que vas a ahogarte, mueve tu mano circularmente —su voz tenía un toque de serenidad que hacía que mis nervios estuvieran aún más alerta, como la paz que hay en el aire antes de la tormenta—. Evité castigarte a toda costa, *dolce*, pero no puedo pasar por alto lo que has hecho hoy. En mi mundo, la desobediencia se paga —deslizó la fusta por el valle de mis pechos, rozó mi vientre y dio un ligero golpe en mi intimidad, tenía las piernas separadas por la barra atada a mis tobillos.

Gemí contra la bola de goma al tiempo que mi corazón latía como si estuviera en una agónica carrera. El terror de que él me golpeará con la fusta estando indefensa brotó por cada rincón de mi cuerpo, haciendo que mis pulsaciones fueran cada vez más rápidas. Apreté aún más los ojos, inhalando su aroma, sintiendo sus pasos, escuchando su respiración para saber qué tan cerca estaba de mí. Se alejó y no pude evitar el suspiro de alivio que me invadió; pero, cuando el mar está más tranquilo, es cuando hay que tenerle más miedo, o eso decía mi madre. Levantó mi cabeza y colocó unos auriculares con forma de diadema, quitándome también ese sentido.

Cuando pensé que no podía hacer más nada, la música instrumental empezó a escucharse por los receptores en un tono alto.

Ahí empezó la tortura...

Ese era el castigo, sin moverme, sin hablar, ver o escuchar. Estaba completamente expuesta a su voluntad. La presión en la punta de mis pezones era incómoda y el sonido del chelo me estaba volviendo loca.

«¿Cómo podían disfrutar de esto?».

Intenté contar, pero la música me distraía. Despejé mi mente, intentando controlar el deseo de gritar, aunque no pudiera hacerlo. Tragué la saliva que iba acumulándose en mi boca; no era consciente si habían pasado horas, minutos o segundos, si estaba sola o acompañada, lo único real era que seguía en la misma posición, desnuda y con los pezones adoloridos, y que deseaba con toda mi alma que el reproductor se apagase. Hacía tiempo que la música instrumental había sido remplazada por música urbana, el tipo de música que menos me agradaba. Todo era sobre sexo y vejaciones.

No supe cuánto tiempo transcurrió, pero di un respiro aliviada cuando retiró los auriculares de mis oídos y sacó la bola de goma de mi boca. El colchón se hundió a mi lado en la cama y los suaves dedos de Alessandro dibujaron patrones aleatorios en el valle de mis senos.

—Realmente no me gusta castigar, Katheryne. Soy bastante flexible, pero odio que no se acaten mis órdenes —retiró una de las pinzas y mi cuerpo entero tembló cuando la sangre empezó a circular libremente en la zona presionada. Su boca remplazó el artefacto y su lengua se arremolinó en la dura piedrecilla que era mi pezón—. En ocasiones, hay que mostrar quién lleva el control y qué lugar tiene el sumiso en todo esto —quitó la pinza restante y mi cuerpo se alzó por completo cuando él llevó mi pecho

a su boca y succionó lentamente—. No vuelvas a desobedecerme, *ragazza*.

—No lo haré. —La ardiente palma de su mano se escurrió por mi piel hasta separar los pliegues de mi sexo.

—Voy a soltar tus amarres, quiero que te prepares y me acompañes a una cena. Te vististe rápido, está anocheciendo y no tengo mucho tiempo.

«¿Anocheciendo? ¿Cuántas horas habían pasado?».

Sentía los músculos tensionados cuando dejó mis brazos libres; mis rodillas temblaban y me sentía tan confundida que no sabía qué decir o hacer...

Sabía que tendría un castigo, incluso lo esperaba, estaba casi segura que azotaría mi trasero hasta que quedara tan rojo como la nariz de Rodolfo, o al menos eso había leído en los blogs: que usaría una pala y me daría una palabra de seguridad. Esperaba todo menos que me inmovilizara. Debía sentirme furiosa con él, pero en cambio me sentía como la niña que ha hecho algo malo y recibido un castigo delante de su padre.

Por unos segundos, no me moví, enojada conmigo misma, impotente por no redirigir ese enojo hacia Alessandro.

Debería mandarlo a la mierda, podía llevarse el GPS de alguno de sus bonitos autos. Pero no, estaba ahí, justificando su castigo.

Alessandro me alzó en sus brazos y caminó conmigo hasta dejarme en la tina del baño. Suspiré con fuerza al sentir cómo la tensión abandonaba mis músculos resentidos por haber estado largas horas en la misma posición, el agua estaba tibia y cerré los ojos unos segundos cuando las ganas de llorar fueron latentes.

—Si vuelves a retarme, esto será un juego de niños —asentí, incapaz de decir algo más. Lo dejé enjabonar mi cuerpo sin ninguna índole sexual y luego tomó la ducha íntima y me lavó, dedicando especial atención en mis muñecas, donde una marca rojiza las circundaba—. No debiste moverte tanto. —Limpió con delicadeza el área enrojecida y lavó mis pechos con suavidad; un gemido lastimero abandonó mi boca.

Cuando el agua estaba enfriándose, me ayudó a salir de la bañera, envolviéndome con una toalla enorme, y luego salimos hacia la habitación. Allí, me sentó sobre la cama, acuclillándose frente a mí, levantó mi mentón con sus dedos y colocó un mechón de mi cabello tras mi oreja para luego tomar mis manos.

—Mírame —lo hice—. ¿Por qué te castigué, Katheryne? —Mi garganta se cerró y pude sentir las lágrimas agruparse en mis ojos—. Dímelo...

La primera lágrima rodó por mi mejilla, pero me obligué a ser fuerte y contestar.

—Nada de lo que yo hubiese hecho merecía que me privaras de mis sentidos, pero si lo que desea es una respuesta, señor, usted lo hizo porque lo desobedecí.

—Exacto, es bueno que tengas presente porque lo hice. No importa qué cosa debías hacer fuera de esta casa, yo te había dado una orden. Ahora ve a cambiarte, me gustaría que usaras un vestido y los zapatos de tacón más altos que te haya comprado —tomó mis manos, pasando los dedos por las muñecas—. Las marcas desaparecerán en una hora o menos, no hubo quemadura en la piel.

Sin decir más, se levantó, dejándome completamente sola en la habitación.

Tomé mi tiempo arreglándome, tenía el pecho compungido y había dejado que las lágrimas salieran libres, una vez me encontré sola. Pero yo era fuerte y no me dejaría vencer porque él, en su papel de señor, me hubiese castigado. Según lo que había leído en los blogs, los castigos iban desde correctivos hasta sexuales y sádicos; él hubiese podido hacer algo peor, pero no lo hizo y, aunque pareciera tonta,

daba a Dios gracias por ello.

Tenía un vestido tipo coctel en color negro, que me llegaba hasta la mitad de mis rodillas, sencillo pero elegante. No quería usar algo muy provocativo y que llamara la atención.

Las marcas en mis muñecas aún se mostraban un poco evidentes, así que apliqué maquillaje sobre ellas ocultándolas un poco más. Hice lo propio con mi rostro, aplicando varias capas para ocultar el hecho de que había estado llorando.

Calcé los zapatos que me había ordenado Lex y dejé mi cabello suelto como a él le gustaba. La noche había caído y ahora el cielo se mostraba completamente oscuro. Alessandro aún no llegaba, y no era como si me muriera por verlo. Un toque suave se escuchó tras la puerta antes de que Benjamín entrara en la habitación y me regalara una sonrisa indulgente, al tiempo que me entregaba dos comprimidos y un vaso con agua.

—Son relajantes musculares —dijo cuándo los tomé—. El señor la espera al pie de las escaleras. — Le entregué el vaso y caminé fuera de la habitación, aún sentía cierta rigidez en las piernas, pero me las arreglé para llegar frente a él.

—*Mia Bella ragazza*. —Besó mis manos y revisó las marcas antes de darme su brazo. Riley nos esperaba afuera en un brillante *Lamborghini* de cuatro puestos. Una vez estuvimos en la carretera, el silencio dentro del auto se volvió pesado, incluso podía ver a Riley mirarnos por el retrovisor. Era la única vez que Alessandro no llevaba el celular en las manos; sin embargo, no quería hablar, seguía recriminándome el hecho de seguir ahí y no haber salido huyendo.

—Habla conmigo, Katheryne. —Giró su cuerpo de tal manera que quedara observando mi perfil.

—No tengo nada que decir. —Preferí mirar por la ventana. Sentí sus dedos en mi barbilla, giró mi rostro hasta que nuestros ojos se encontraron en la oscuridad del vehículo.

Intenté retener las lágrimas, pero terminaron haciendo su camino por mi rostro.

—¿Estás enojada por el castigo? —Limpió mi llanto y suspiró—. Puedes estar enojada, Katheryne, es tu derecho. Solo tienes que tener en mente que no lo hice porque quise, tú me retaste al salir de casa.

—¡Tenía algo importante que hacer!

—¡Y yo que corregirte! Y cuida tu tono, o tus lágrimas me importarán muy poco.

—No quiero que vuelvas a hacerlo, a castigarme.

Él arqueó una ceja en mi dirección, una sonrisa petulante adornó su rostro, y en ese momento quise quitársela de una cachetada.

—Eso depende de ti, *ragazza*. —Su voz fue suave, burlona y siniestra.

¿Contradictorio? Mucho.

—No me provoques, ahora cambia tu actitud, vamos a la casa de un viejo amigo, y debes recordar nuestro trato.

—Su novia en público, su sumisa en casa... Señor —enuncié lo último con sarcasmo.

—Exacto... —sacó su celular de su chaqueta y se enfocó en el aparato—. El sarcasmo está de más, Katheryne. —Había empezado a reconocer el toque sutil de advertencia que mostraba en su voz.

Empleó toda la atención en el celular entre sus manos, y, por unos segundos mientras el auto avanzaba, deseé tener algún tipo de poder sobrenatural tipo *Clark Kent*; quería ahorcarlo, lo juro por mi vida que quería hacerlo.

Riley aparcó el auto un par de minutos después, luego abrió la puerta para Alessandro, el cual tendió su mano hacia mí. Le di una mirada interrogante y él me regaló su sonrisa de medio lado, como si nada hubiese sucedido, como si no me hubiese atado horas antes.

Por muy consiente que estaba de que había cometido un error, me molestaba la manera en la que empleaba su superioridad hacia mí.

Tomé su mano y salí del auto para encontrarme de frente con una imponente casa de dos plantas,

adornada con dos grandes pinos en la entrada.

Un hombre adulto nos abrió la puerta, haciéndonos seguir hasta una sala espaciosa de colores claros y dos sofás oscuros; una mujer, que se presentó como Susan, llegó ofreciéndonos algo de tomar. Lex pidió un whisky doble, yo un vaso con agua.

El doctor Malinov entró segundos después con un niño de ojos azules y cabello rubio en sus brazos; el pecho se me estrujó cuando vi reflejada a Nella en la carita de ese bebé.

—Pensé que no vendrías —extendió su mano a Alessandro y él la tomó, dándose un fuerte apretón de manos—. Kath, un placer volver a verte, veo que aún llevas el vendaje, ya puedes retirarlo.

El bebé se me quedó mirando unos momentos, sus grandes ojos azules iban desde la figura imponente de Lex hasta mí, y cuando extendió sus bracitos en mi dirección, no pude evitar sonreírle y tomarlo en mis brazos.

—Eso es extraño, es muy arisco con los desconocidos; a mí me costó un tiempo ganarme su cariño —no entendí al doctor Malinov, pero tampoco le di importancia; el bebé sentado en mis piernas me hacía añorar a otra niña—. Tomen asiento, Susan ha de venir en algún momento, y Odette está en la habitación con nuestro hijo menor, pero no debe tardar en bajar.

Noté la rigidez extrema de Alessandro cuando el niño tomó su mano con decisión.

La mujer que había entrado anteriormente llegó con nuestras bebidas, tomando el niño de mis brazos, por orden del doctor; me dio un beso con su mano y dijo adiós mientras era sacado de la habitación, mis ojos se humedecieron, pero me recompuse rápidamente.

Los hombres se enfrascaron en una conversación sobre empresas y economía, el doctor Malinov preguntó a Lex si necesitaba una inyección de capital, a lo que él se negó tajantemente.

La puerta se abrió mostrando a la mujer del doctor Malinov, tenía una falda a la cadera y un sencillo suéter azul, dio un beso a su esposo y tendió la mano hacia Alessandro.

—Disculpen la tardanza, mi bebé de ocho meses estaba molesto. ¿Pasamos a la mesa? —Alessandro asintió anudando sus manos con las mías y caminando hacia el comedor.

No presté mucha atención en la cena, pero estuvo deliciosa; el postre era una especie de flan con chocolate que sabía a gloria. La esposa del doctor habló de sus hijos para distender la charla que había estado centrada en negocios. Al final, Dimitri le ofreció un puro a Lex y ambos se retiraron hacia lo que parecía un estudio.

Odette me dio un tour por la casa y pasamos a ver a sus niños, que dormían en una hermosa habitación decorada con animales.

Me juré a mí misma crear un lugar igual de hermoso para Antonella cuando ese año acabara.

Eran pasadas las nueve cuando Alessandro y el doctor salieron del estudio, se estrecharon las manos y el doctor susurró un "sé amable", quería pensar que no hablaban de mí.

Una vez en el auto, observé cómo su esposa se acercaba a su costado y el doctor le dio una mirada de esas que parecía que era capaz de ponerse frente a una bala solo por protegerla.

Me pregunté si algún día podría tener un amor así.

El camino de regreso a casa fue en silencio, Alessandro parecía pensativo; y ahora que estábamos solo los dos, no pude evitar recordar lo ocurrido en la tarde.

Una vez llegamos a la casa, Lex salió del auto antes que Riley pudiera abrir su puerta y se encerró en su estudio sin decir una palabra.

El brazo que encerraba a mi cuerpo se tensó en mi cintura, haciéndome despertar sobresaltada.

—Stss, vuelve a dormir... —Observé la claridad en la habitación, apenas amanecía. Él me acercó más a su cuerpo moviendo su mano en mi vientre desnudo hasta mi sexo.

«¿Quién puede dormir así?».

—Señor...

—Solo cierra los ojos, necesito dormir un poco. —No pasó mucho antes de que su respiración acompasada arrullara mi oído; sin embargo, sabía que no podría volver a dormir. Me giré entre su abrazo, observando al hombre intimidante que me había atado en esa misma cama hacía menos de veinticuatro horas; incluso dormido, su rostro mantenía un gesto serio y rudo, tenía el entrecejo fruncido y pequeñas arruguitas marcaban su rostro. Parecía recién duchado, el aroma de su gel de baño estaba aún impregnado en su piel, que se sentía fresca al tacto.

Era impresionante y tenebroso al mismo tiempo y, aunque en mi interior algo me decía que debía estar batiendo pies en polvorosa y alejarme lo más lejos de él, había algo en Alessandro D'Angelo que me mantenía sumisa, a su lado.

—¿Sabes que puedo escuchar tus pensamientos? Haces demasiado ruido y, aunque estaré en casa todo el día, quiero descansar un poco, ha sido una noche muy larga.

No pude evitar la tensión en mi cuerpo.

«¿Qué los hombres ricos no iban a jugar golf el domingo?». Necesitaba pasar tiempo con Antonella.

—Deja de pensar, te daré dos horas de permiso para que vayas a donde tienes que ir.

Resistí el impulso de abrazarlo, en cambio me recosté en su pecho e intenté dormir.

Desperté sola en la cama y pasaban las diez de la mañana, me di una ducha rápida y retiré los vendajes de mi brazo antes de bajar las escaleras buscando a Alessandro. Toqué la puerta de su estudio dos veces antes de entrar, la música que salía de los parlantes de su iPod era instrumental. Mi cuerpo tembló solo de recordar la tortura del día anterior.

Lex levantó su mirada cuando asomé mi cabeza y me hizo una señal con la mano para que siguiera.

—Me he levantado tarde —dije cuando llegué frente a su escritorio. No había entrado a su estudio desde que había llegado ahí, tenía una pared de cristal como la habitación y dos paredes con estantes repletos de libros. Su escritorio era alto y enorme, en él reposaban una computadora y varios libros.

—Me he dado cuenta.

—¿Aún podré salir, verdad? —dejó de hacer lo que fuera que estaba haciendo y me miró de manera interrogante—. De verdad necesito ir... —Hice un puchero, uno pequeño... El Gato con Botas de la película *Shrek* se quedaba en pañales.

Él negó con la cabeza varias veces, luego dio un suspiro resignado y soltó los documentos que tenía en la mano, alejando la silla del escritorio.

—Ven aquí... —lo obedecí inmediatamente y él me jaló hasta quedar sentada en sus rodillas. Tomó la liga con la que había atado mi cabello y lo soltó, metiendo sus dedos entre mis hebras. Un suspiro satisfactorio brotó de mi interior, sin contar el ramalazo de placer que me invadió—. El almuerzo será servido a las 13:05, así que tienes ese tiempo para ir a hacer lo que sea que hagas y volver antes de esa hora... —asentí—. Si no lo haces, si te retrasas, aunque sea un minuto, Katheryne... —tiró de mi cabello, haciendo que mi barbilla se levantara—. Lo de ayer será un juego de niños al castigo que te proporcionaré y no podrás salir de la habitación por un mes completo... ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien, despídete cómo se debe...

Los besos de Alessandro siempre eran fieros, hambrientos, completamente dominantes; él marcaba el ritmo y me hacía seguirlo. Agarraba mi nuca con precisión, como si sintiera que yo fuese a escapar; mordía mis labios con sutileza y envolvía mi lengua en un juego donde él ganaba todos y cada uno de los asaltos. Con los días de convivencia, había aprendido a seguir el compás demoledor de su invasión; pero aún me quedaba sin aire y las piernas me temblaban cuando terminaba, por no decir que me dejaba dolorida en todas partes. Sus labios descendieron a mi barbilla y dio un ligero mordisco que me hizo gemir. Podía sentir su miembro duro bajo mis piernas. El día quince se acercaba y estaba casi segura de

que él estaba a punto de mandar la orden de Dimitri al demonio.

—*La tua cantante ragazza*^[16]—rozó mis labios con sus dedos—. *La tua cantante* —lo miré a la expectativa, entre excitada por su beso, el tono aterciopelado de su voz y la fuerza de sus palabras—. Vete ya, el tiempo corre.

Me levanté de sus piernas y di un respiro que estabilizara todo mi sistema nervioso antes de empezar a caminar.

—Katheryne —me giré para verlo, majestuoso, guapo, jodidamente loco... —, ven aquí cuando regreses.

Pasé cada segundo pensando en él mientras estuve con Nella. A diferencia del día anterior, no había buen tiempo, y los doctores habían recomendado no salir en días de lluvia.

Volví a su casa, faltando diez minutos para las 13:05, y fui directamente al estudio de Lex. La puerta estaba abierta, pero aun así toqué dos veces.

Él estaba frente a la pared de cristal mirando hacia el jardín y hablando en un fluido italiano por celular, se giró un momento, encontrándose con mi mirada. Habló un par de cosas más y luego colgó, guardó el celular en su bolsillo y caminó hacia mí, observando el reloj en su muñeca.

—Diez minutos antes... —acarició mi cabello—, que buena chica —bajó hacia mi rostro y saboreó mis labios. Me vi deseando uno de sus besos demoledores, pero en cambio él salió del estudio—. Antes de sentarnos en el comedor, quiero que conozcas la casa, he notado que aún no la conoces, has limitado tu estancia aquí a la habitación y tienes permitido estar por todo el lugar.

Me mantuve en silencio un paso detrás de él, mientras Lex me conducía hasta la cocina, abriendo la puerta por la que había desaparecido aquella noche, noté que Sasha y Ben no estaban por ningún lugar.

El cuarto de lavado era grande y había unas escaleras que conducían a una especie de sótano dotado con diferentes máquinas para ejercitarse y pesas, muchas pesas. En la pared del final, había una puerta que, para mi sorpresa, daba a una nueva habitación.

Alineados de manera perfecta, estaban nueve autos. Un *Lexus*, un *Ferrari*, un *Mercedes-Benz*, un *Lamborghini*, un *Aston Martin*, un *Audi*, un *Ford*, un *BMW* y, por último, un *Rolls Royce*. Todos ellos eran de colores ahumados, grises u oscuros. Había una puerta corrediza que daba a la grava y el jardín, por donde Riley entró con una cubeta y una esponja.

—Señor...

—¿Está todo listo, Riley?

—Sí, señor.

—¿Sabes si Sasha y Benjamín llegaron bien al hogar?

—Sí señor, hablé con Ben hace unos minutos.

Él asintió antes de continuar el recorrido, pensé que iríamos al jardín, pero, en cambio, se detuvo justo en una puerta que parecía escondida detrás de los coches. Subimos un par de escaleras y entramos a la dimensión desconocida.

La pared lateral tenía la pantalla de televisión más grande que alguna vez hubiese visto, debajo de esta, había dos consolas de videojuegos flanqueadas por pilas de DVDS, y enfrente, un sofá de dos plazas donde reposaban unas gafas de realidad virtual.

—Sé lo que te estás preguntando, y sí, me gustan los videojuegos a pesar de tener treinta, me ayudan con algunos problemas de estrés. Sígueme —abrió una puerta más y volvimos al estudio—. La sala la conoces, no tengo una biblioteca personal. En la planta de arriba hay seis habitaciones todas están cerradas y vacías, a excepción de la mía, que mandé a reformar. ¿Alguna pregunta? —negué—. Vamos a almorzar, Riley ha dejado todo servido.

Lo acompañé a la mesa donde todo estaba dispuesto.

—¿Dónde están Ben y Sasha?

—Son voluntarios de una casa hogar, van algunos domingos.

—¿Y Riley?

—¿Qué pasa con Riley?

—¿Nunca sale de casa?

—Yo nunca conduzco, Katheryne...

—¿Nunca, nunca?

—Nunca.

—¿Por qué?

—No preguntes cosas que no quieres saber...

—¿Qué te hace pensar que no quiero saber? —pregunté—, si pregunto es porque quiero saber.

—Entonces no preguntes cosas que no quiero contestar —replicó secamente.

—Tienes una cantidad de autos lujosos y caros, y no conduces. ¡No entiendo!

—Me gustan los lujos, y no tengo por qué darte ninguna explicación... Regla número uno. Termina de comer y espérame en la habitación.

«Joder, tan bien que íbamos...».

Subí a la habitación una vez que terminé de comer, me quité los zapatos y me senté en el sofá, abriendo el libro en la página que lo había dejado. *Pierre*, el protagonista de la historia, me parecía tan enigmático como *Alessandro*, y *Vanessa*... Dios, ella era una sumisa enamorada.

Sentí la presencia de Lex incluso antes de que llegara a la habitación. Se había quitado la camisa, dejando su torso tatuado completamente desnudo a mis ojos. Mi boca se secó de repente al observar su cuerpo detalladamente, sus hombros anchos, sus bíceps duros y el abdomen plano y cincelado. Parecía una de esas estatuas talladas en piedra que había visto en el museo. Era el símbolo de la virilidad personificada y él lo sabía. Cerró la puerta tras de sí, irguiéndose aún más, si es que era posible, y me dio una sonrisa ladeada que hizo a mi estómago contraerse de anticipación.

¿Había llegado el momento? Mis pensamientos se esfumaron cuando lo vi caminar hacia mí. Mi sangre se aglomeró en mi mejilla al notar la manera contundente de su andar, se sentó a mi lado y rozó mis labios secos con sus dedos.

—Gírate... —lo observé dubitativa unos minutos antes de girarme. Recogió mi cabello, colocándolo sobre mi hombro izquierdo, y luego pasó sus brazos sobre mi clavícula. Su mano derecha estaba empuñada, la abrió, dejando caer una fina cadena dorada que abrochó a mi cuello. Llevé mis manos hacia el colgante que reposaba pesado en mi pecho, brillaba a contraluz con una fuerza única y casi irreal. Los labios de Lex mordisquearon mi nuca y clavícula antes de girarme nuevamente—. Una joya para otra joya...

—Señor...

—Stss... Ven —se levantó, tomando mi mano hasta llegar a la puerta de que había estado prohibida para mí. Metió la mano en su bolsillo, sacando una llave y, después, me la tendió—. Ábrela, es hora de que entres a mi mundo.

Seis

Observé sus ojos verdes intentando encontrar la trampa en todo eso... Nada, no hallé nada más que brillo en su mirada, ese brillo de alguien que está ansioso por mostrarte una idea desde su punto de vista, o algo que puede dar un giro a tu vida.

Mi mano tembló mientras la extendía para tomar con manos temblorosas la llave que Alessandro me tendía. Un pequeño escalofrío recorrió mi cuerpo cuando sentí el frío del acero en mi mano.

Lex se mantuvo en silencio mientras yo introducía la llave, giré el picaporte y las luces dentro del lugar se encendieron dejándome ver el interior de la habitación.

Me quedé de piedra en la puerta, mi mirada vagó por cada rincón que mis ojos podían abarcar. Había estado preguntándome qué había tras esa puerta desde la primera vez que Lex me llevó a esa casa. Sin embargo, cuando estuvo frente a mí, no pude moverme. Me debatía entre los nervios por encontrar algo desconocido y el temor de lo que sea que fuere ese lugar.

«Sé valiente».

«Esto es por Nella».

Empuñé mis manos intentando controlar mis miedos mientras obligaba a mis piernas a moverse; dejé mi mente en blanco y entré al mundo de Alessandro D'Angelo. Caminé hasta llegar a la mitad del lugar, era una especie de armario grande, espacioso e iluminado y, ¡ay, joder!... Jesús, Alá, Buda, Poseidón, Thor, Odín... y todos los demás dioses paganos y no paganos.

La cantidad de tablas, fustas, floggers, correas, látigos y cadenas eran aterradoras. Sentí mi piel erizarse cuando él se acercó a mi espalda, la punta de sus dedos tocando mis brazos desnudos en una caricia sutil, que tenía como finalidad relajarme; pero era absolutamente imposible, estaba petrificada

¿Él usaría todo esto... conmigo?

La risa suave del hombre a mi espalda me sacó de mi ensoñación. ¡Joder!

«¿Dónde está el filtro cabeza-boca cuando se le necesita?».

—Para responder a tu pregunta, sí, usaré todo esto contigo —me giró entre sus brazos, subiendo mi mentón con sus dedos. Aquel gesto parecía ser una rutina para él—. No tengas miedo —las palabras fueron un susurro bajo y ronco que calentó mi corazón aterrado—, jamás te haría daño, al menos no intencionalmente. La mayoría de las cosas aquí presentes, son para el placer de ambos. —Extendió sus manos por el lugar. Seguí detallando el armario. Empotrado en la puerta, había un espejo y, a través de él, pude notar un baúl en el fondo. Me alejé de Lex, quedando a un paso del extraño baúl.

—¿Qué hay ahí? —Mi voz sonó de la misma manera que me sentía: entumida, nerviosa, horrorizada, y todos los demás sinónimos del miedo; porque, aunque me había dicho que no tenía nada que temer, si cerraba mis ojos, podría verme atada, amordazada, privada de mi visión y audición. A mi cuerpo volvía la sensación de sentirme pequeña en su presencia.

—Allí hay cosas que utilizaremos de vez en cuando, poco a poco te iré informando de cada una de ellas. Soy dominante, Katheryne, pero nunca haremos algo que tú no quieras.

—Eso no contesta mi pregunta.

—Velas, cuerdas, bolas chinas, esposas, dulces, pinzas, dildos, tacones, ropa, dilatadores... entre otros. Cualquier cosa que me proporcione placer, Katheryne —se acercó nuevamente a mi espalda y siguió trazando patrones inexistentes con sus dedos, intentando que me tranquilizara y fallando estrepitosamente. Cada segundo dentro de ese armario, hacía que mi cuerpo se tensara; cada descubrimiento me llevaba al borde de la paranoia—. Relájate, hoy sólo te estoy enseñando algunas cosas.

«¡¿Algunas cosas?!».

—Salgamos de aquí... —asentí encantada.

Había leído acerca de las mazmorras en los blogs que había visitado, incluso en el libro que había leído, *Pierre* —el protagonista— usaba algunos artilugios de los que había visto en el armario del pánico de Alessandro.

Él cerró la puerta con suavidad y giró la llave que había quedado pegada a la puerta. Me sentía fuera de mi elemento, no sabía qué decir, hacer o cómo actuar. Escuché el suspiro de Lex y me volteé justo cuando él apretaba el puente de su nariz.

—He hablado con Dimitri —llegó hasta donde estaba y tomó mis manos— No puedo esperar más —murmuró con voz ronca—. Soy un hombre sexualmente activo que ha tenido demasiada consideración contigo; sin embargo, nunca he estado con una mujer inexperta —sus dedos dejaron mis manos y tocaron mi mejilla, eliminando la distancia entre nosotros—. No sé cómo ser suave. Me gusta el sexo rudo, salvaje, en donde yo controle cada uno de los movimientos. Estoy empalmado y te deseo como un maldito lobo en celo, como un sediento en el desierto. Voy a devorarte, Katheryne, voy a beber de tu cuerpo y voy a enterrarme en ti tan duro, tan fuerte... —la manera en que lo decía, sus palabras, parecían taladrar cada espacio de mi cuerpo—. Voy besarte, y que Dios se apiade de tu alma.

Lo siguiente sucedió muy rápido, sus labios apresaron los míos demandando con intensidad. Llevó mis manos a mi espalda y las sujetó con una de las suyas, mientras devoraba mi boca en un beso fuerte, salvaje y abrasador.

Cerré los ojos cuando, con su mano libre, enmarcó mi cara y apoyó su peso en mí, dejándome sentirlo por completo; luchaba para seguir las arremetidas de su lengua en mi boca, pero él era veloz y ardiente. Su beso excitaba cada rincón de mi cuerpo, haciendo a mi sangre silbar, olvidándome por completo que respirar era vital para continuar su ritmo enloquecedor. Como si quisiera darme un momento, deslizó sus labios por mi cuello haciéndome gemir mientras se apretaba cada vez más a mi cuerpo.

Respiré, tenía que respirar, inhalar y exhalar, pero la desazón en mi interior era infinita. Volvió a mis labios con la misma fuerza de antes, su pausa había acabado y con ella las ganas de hacerme sentir en el infierno volvían. Esa vez, demandaba con más vehemencia; su lengua delineó mis labios una vez más y, cuando abrí mi boca en un gemido, Lex aprovechó para adentrarse en mí y saborear el interior; su lengua probó mis mejillas y paladar para luego buscar la mía y atacarla con frenesí; era como si quisiera marcarme por dentro, de la misma manera en que lo hacía por fuera, como si quisiera que cada parte de mi ser gritara que le pertenecía. Removí mis manos e intenté contener un gemido que pareció impulsarlo más.

El oxígeno empezó a fallarme, sentía que en cualquier momento me desvanecería, él, por su parte, mordió mi labio con una fuerza impetuosa y se separó de mi cuerpo.

—*Maledizione!* —soltó mis manos y colocó las suyas en mis mejillas—. Respira... —abrí los ojos, mirándolo, el fuego verde ondeaba como una brasa ardiendo—. Respira... —me mostró cómo hacerlo y me vi siguiéndolo—. No lo olvides, Katheryne.

Estuvimos unos segundos solo mirándonos, podía sentir su erección clavada en mi vientre bajo y el dolor palpitante en mi sexo, pero me concentré en respirar hasta calmar el errático latido de mi corazón.

—Escúchame bien, no usaré ninguno de mis juguetes, por ser tu primera vez. —besó mis labios lentamente sin perder el control—, pero no esperes que sea tierno. Desnúdate, ve a la cama.

Mi cuerpo tembló, la mezcla perfecta entre miedo y excitación. ¡Había llegado el momento!

¡Oh Dios bendito, iba a entregarme a él!

Respiré profundamente diciéndome que algún día iba suceder, ningún hombre en su sano juicio compra una mujer por un millón de dólares para que le sirva de compañera en la casa. Me desvestí de manera automática y me senté sobre la cama... ¿o tenía que acostarme?

Alessandro no me dio tiempo a divagar sobre lo que debía o no hacer y, emanando una seguridad y lascivia tremenda, subió los dos escalones que separaban una habitación de la otra, se había quitado el

pantalón de chándal dejando su cuerpo completamente desnudo, su miembro se alzaba fuerte y vigoroso. No pude evitar el escalofrío que recorrió mi ser cuando fui consciente de que él introduciría su miembro en mi intimidad.

«¿Y si no soy lo suficientemente flexible para que él entre por completo?».

No iba a ser tierno, eso lo había dejado claro... y yo estaba ahí para satisfacerlo.

«¿Me hará daño?».

«¿Quedaré satisfecho?».

Dejé de pensar estupideces y me enfoqué en su cuerpo tenso y tonificado. El latigazo de placer secó mi boca de manera contundente. Mi corazón latió tan a prisa que sentía su palpitar en todas partes. Mis oídos, mi pecho, mi sexo... todo latía ante el hombre que se proclamaría como mi Amo cuando se llevara mi virginidad.

El miedo se fue dejando en su lugar algo que solo había aprendido de la mano de él... Deseo. Deseo de cumplir sus expectativas, de satisfacer su necesidad, el deseo de ser suya.

Alessandro cerró la distancia que nos separaba y, cuando por fin estuvo frente a mí, levantó el brazo, llevando su mano hasta mi rostro. Allí, acarició mi mejilla con las yemas de sus dedos. Yo, mientras tanto, me enfoqué en el iris de sus ojos, en lo que me transmitían; habían dejado de ser como esmeraldas para ser de un color verde aceituna.

—*Il mio piccolo dolce, la mia piccola morte...*^[17]—su voz mandó una corriente directa a mi entrepierna—. *Mia bella ragazza...*

La mano que acariciaba mi mejilla bajó por mi cuerpo con lentitud. Sentía cada poro de mi piel arder a medida que me acariciaba. Obvió mis pechos y rozó la piel bajo mi ombligo, haciéndome gemir de manera estrangulada.

—Señor...

—Silencio, solo quiero escuchar tus gemidos, tu respiración... —apresó con sus dientes mi mentón y deslizó sus labios hasta pasar la lengua por los míos—. Mi inocente Katheryne. —Se cernió sobre mi cuerpo haciéndome recostar sobre el mullido colchón, observándome desde arriba con una sonrisa petulante.

Abrió mis piernas con sus rodillas, colocándose en medio de ellas, y llevó la mano que me acariciaba el vientre hasta los húmedos labios de mi sexo.

—Tan receptiva... —sus dedos se deslizaron por mis pliegues haciendo que el hormigueo se extendiera por cada parte de mí. Tomó mi clítoris entre el índice y el pulgar y apretó suavemente haciéndome boquear por aire. Repitió la acción una vez más y tomé su mano cuando la caricia se hizo más intensa.

—Quieta... —quitó mi mano de la suya con delicadeza y la llevó sobre mi cabeza, apretándola con la suya libre. Su boca bajó hasta mi pecho y su lengua lamió mi pezón hasta dejarlo tan duro como el hierro—. Déjame conocer tu cuerpo, déjame saber qué te excita, qué hace que gimas, que te retuerzas de placer. —Arqué mi cuerpo cuando él volvió a deslizar sus dedos sobre mi ardiente humedad. Retomó la tortura “*pezoniana*”, tirando de la dura punta de mi pecho y soplando unos segundos antes de volver a mamar.

Eso, sumado a las caricias que sus dedos otorgaban a mi sexo, me tenía expuesta a un vaivén de sensaciones que tenían a mi cuerpo al borde de un colapso. Como el hierro sometido a una caldera caliente, mi pecho se ajustó a sus movimientos, succiones, lametazos y al sutil arañazo de sus dientes, mientras sus dedos embestían mi sexo de manera desquiciante.

Toda yo era un manojito de espasmos involuntarios. De mi boca solo salían jadeos, maldiciones y gemidos rotos, que Alessandro manejaba según la velocidad de sus caricias. Lo hacía rápido, lento o se detenía completamente para luego empezar aún más deprisa. Soltó la mano sobre mi cabeza y abrió mis piernas aún más antes de tomar su miembro completamente brillante y duro como la piedra y restregarlo sobre mi sexo.

Gemí y la mano sobre mi cabeza voló hacia su cuello mientras él se restregaba contra mí. Ambos gemimos. Ambos respirábamos con dificultad. Lex se acarició él mismo un par de veces antes de deslizarlo por mi intimidad.

—¡Merda! —enfocó su mirada en la mía—. Mantén los ojos abiertos, quiero ver qué pasa por ellos mientras te follo —una pequeña sonrisa adornó sus facciones—. ¿Confías en mí?

—No... —me las arreglé para decir en medio del frenesí al que él me estaba sometiendo.

—Al menos sabrás que no te haré daño, no adrede. —Su voz ronca, sensual... su erección continuaba golpeando mi pelvis.

—Sé lo que eres y lo que harás. Cobra tu deuda y salgamos de esto de una vez por todas... Solo hazlo.

—Esto —presionó su glande en mi entrada haciéndome temblar—, no se trata de una deuda, se trata de una reclamación de poder. Una donde yo exijo y tú cumples... No soy un caballero, al menos no uno bueno, no te dejaré hasta que no me sacie de ti —ubicó su miembro en mi entrada—. Cuando entre en tu cuerpo, quiero que muerdas mi brazo —acercó su brazo a mi rostro sobre el colchón— con todas tus fuerzas... —su miembro volvió a realizar el mismo paseo torturador de minutos atrás—. ¿Estás lista...? —una vez más, no tuve tiempo para responder, él empujó en mi interior con fuerza y el dolor estalló en todas las direcciones. Mi cuerpo se tensó ante la violenta embestida y de mis ojos salieron lágrimas debido al escozor que barrió con todo el frenesí, como una manguera apagando un incendio. Enterré mis uñas en su espalda mientras sentía cada centímetro de su pene dentro de mí y ardía... como si me estuviera desintegrando a niveles atómicos.

Alessandro soltó un gemido áspero y cerró sus ojos, manteniéndose estático; sus brazos, a cada lado de mi sien, temblaron levemente antes que retrocediera sacándome un jadeo ahogado y deslizara mis brazos alrededor de su cintura.

—No, por favor... —mi voz tembló y él llevó un mechón de mi cabello detrás de mí oreja.

Me dio un beso suave y corto.

—Tu estrechez va a matarme —farfulló, no supe si para él mismo o para mí—. Tranquila... —el ardor no disminuía—, relájate —su voz fue suave cuando murmuró palabras que no podía entender, mientras su pulgar arrullaba mis labios. Bajó su rostro hasta el mío, susurrando que respirara junto con él. Lo imité por unos segundos antes de que sus dientes tiraran de mi labio inferior y succionaran el superior—. Abre más las piernas. —Separó mis muslos y empujó nuevamente, haciendo que mi cuerpo se impulsara hacia arriba. Retrocedió unos centímetros antes de hacerlo de nuevo. Una vez y otra vez, entraba y salía hasta encontrar un ritmo. El ardor desapareció al compás de sus embistes; mi cuerpo se relajó y arañé su espalda, pegando mi pecho con el suyo mientras gemía cerca de su oído.

—¡Maldición! Estás tan húmeda... —su lengua avariciosa lamió el lóbulo de mi oreja—. ¡Cazzo^[18]!

El cosquilleo regresó con vehemencia una vez mi cuerpo perdió la rigidez y el dolor se esfumó. Él mantuvo su ritmo y yo me dejé llevar, dejando que mi cuerpo buscara el suyo. Aparté mis manos de su espalda cuando él me lo pidió; y cuando él separó nuestros torsos, eché de menos su peso. Su mano acarició toda la piel a su alcance; sus labios torturaron mi boca, clavículas y pecho, haciendo que mi vientre enviara oleadas de calor y placer por cada una de mis terminaciones nerviosas. Perdí la noción del tiempo bajo la fuerza de sus acometidas. Él se colocó sobre sus rodillas, cambiando la posición de su ataque, variando su cadencia mientras de su boca salían jadeos y susurros. El corazón me iba a explotar de lo rápido que latía, mi espalda se arqueó en contorno a su cuerpo. Sentía que estallaría en cualquier momento y, cuando mi sexo empezó a contraerse, Alessandro se detuvo.

— ¡No! —su orden fue clara—. Aún no, *picola*, abre los ojos, mírame bien, no es hora de abandonar el juego.

Accedí a su orden, abriendo mis ojos, pero nada podía hacer con el palpitar de mis músculos interiores.

Alessandro pasó su brazo por debajo de mi rodilla, levantando mi pierna hasta su hombro.

De mi boca brotó un gemido ronco; con esa posición, lo sentía llegar más profundo, era una tortura jodidamente deliciosa. Su boca bajó a mi pecho hasta morder mi pezón fuertemente.

—¡Señor! —grité perdida en las sensaciones—. Por fa... —con cada arremetida, mi cuerpo imploraba por clemencia—. ¡Oh, por todos los cielos!... Por favor... —gemí—. Ya... por favor, por favor. —No iba a poder retenerlo más. Mi espalda se curvó, levantándome levemente del colchón.

—¡Míos! ¿Me entiendes, Katheryne?, soy el dueño de tu placer, de tus orgasmos... Venga, *principessa*, vente para mí. —Sus palabras fueron el detonante final que necesitaba para liberar todo aquel cúmulo de sensaciones.

El espiral se rompió, dejándome caer al vacío. Grité, o al menos creo que lo hice. Lo llamé por su nombre mientras él me proporcionaba el más intenso de los orgasmos.

El grito agónico y áspero de Alessandro rebotó por cada pared en la habitación. Lo sentí pulsar en mi interior con el calor de su orgasmo, llenándome completamente.

Su cuerpo cayó sobre mí, su respiración era casi tan errática como la mía. Por unos segundos, la habitación quedó en silencio e hice mis manos un puño para evitar abrazarlo, pues no sabía si le gustaría. Solo me quedé ahí escuchando su respiración e intentando calmar el frenético latido de mi corazón.

—No me mordiste... —levantó su torso, sosteniéndose de sus brazos sin salir de mi interior—, técnicamente, me desobedeciste...

—Yo...

—Shsss, también dijiste mi nombre, van dos veces... ¿Qué te haré la tercera vez?

«Podrías darme un polvo de estos y te juro que moriría feliz».

Rodé los ojos. ¿De dónde había salido eso?

Me dio un beso largo y perezoso antes de levantarse completamente y salir de mi interior. Jadeé ante su ausencia, pero él pareció no notarlo. Su miembro estaba semierecto y la evidencia de mi virtud rota yacía en su falo y entre mis piernas. Lo vi caminar al baño, tendida sobre la cama. Cerré los ojos, esperando recriminaciones por parte de mí misma. Si bien no había sido tierno, tampoco había sido malo... mis músculos empezaron a sentirse pesados y mis párpados se cerraron un segundo antes de que él volviese a la habitación.

—Aún no es hora de dormir, *ragazza* —su voz sonó lejana. Me alzó en brazos y me aferré a su pecho, entramos al baño y se sentó sobre el sanitario, besando mis hombros y acariciando el valle de mis pechos—. Entra en la bañera o te tomaré contra la pared —ordenó categóricamente. Ahora que todo había pasado, un dolor latente se había instalado en mi intimidad—. El agua tibia ayudará con la inflamación.

Me metí a la bañera y luego él me instó a darle espacio. Cuando estuvo acomodado a mi espalda, me atrajo a su pecho, paseando sus manos distraídamente por mis pechos.

—Estuviste muy bien, pequeña —tomó su gel de baño y lo aplicó a mis hombros. Tenía tanto sueño que temía quedarme dormida mientras él hablaba—. No es hora de dormir, Katheryne.

Comenzó a acariciar suavemente mis hombros, mis brazos, pasó a mi cintura y subió lentamente hasta mis pechos. Su toque era suave pero estimulante, sumado a los pequeños mordiscos en mi cuello y pellizcos en mis pezones. Sentía su erección firme en mi espalda, comenzando a palpar, deseosa de seguir.

¿Qué los hombres no se cansaban después del primer *round*?

Bajó despacio una de sus manos, acariciando sin rumbo mi abdomen hasta llegar a mi zona sur, paseó un dedo por mis pliegues, haciéndome arquear entorno a él, hasta llegar a mi clítoris realizando pequeños círculos en él, estimulándome, excitándome... Podía sentir cómo se unían las moléculas una a una hasta formar la ya conocida presión en mi vientre bajo.

Mi cuerpo actuó con vida propia moviendo mis caderas, buscando más contacto con su mano; sus labios se situaron en mi oreja, chupando, mordiendo y succionando el lóbulo deliberadamente.

El aire empezó a faltarme, mi respiración se hizo superficial.

—Por favor... —me escuché susurrando sin saber qué quería—. No más tortura, por favor.

—Dije que no te dejaría hasta que no me saciara de ti. ¿Qué te hace pensar que ya me sacié? —Sus manos me tomaron por la cintura, suspendiéndome en el aire, alineando mi sexo con su muy despierta erección, que se deslizó en mi interior sin ningún tipo de obstáculos, haciéndome gemir por la invasión. Me desconecté completamente de mi cuerpo bajo el ritmo enloquecedor de sus embestidas. Lex giró mi cuello besándome con avaricia, mientras sus manos me recorrían entera.

—¡Oh Dios! ¡Oh Dios! —Sentí el placer extenderse por todo mi cuerpo; mis manos sujetas al borde de la bañera, el agua salpicando por cada arremetida. El orgasmo estaba a mis puertas y me sentía extasiada.

—Córrete... — El espiral que apretaba mi vientre bajo explotó una vez más, tan fuerte e intenso como la primera vez, dejándome como una muñeca de hule, desmadejada entre sus brazos.

—No te duermas —susurró, saliendo de mí.

—Por favor —rogué—. No más, estoy cansada. —Mi cuerpo estaba pesado, mis párpados luchaban para permanecer abiertos.

—Quiero continuar en la cama —gemí. Era placentero, pero estaba destruida y solo quería dormir, tres días si era necesario. Alessandro salió de la tina, lo vi secar su cuerpo y anudarse una toalla en su cintura antes de volver por mí. Quitó el tapón, haciendo que el agua se escurriera, y luego me levantó en brazos sentándome en el sanitario. Secó mis pechos con delicadeza y abrió mis piernas, quitando los restos de humedad en mi intimidad. Me sentía como si estuviese atrapada en arenas movedizas. No fui consciente de cuándo me tomó en brazos ni de cuándo me depositó sobre la cama. Lo único que pudo procesar mi cabeza fueron sus palabras:

—Descansa, mi dulce chica, mi hermosa sumisa.

A la mañana siguiente, desperté sola, desnuda y adolorida; cualquier movimiento parecía como si mil alfileres se encajaran en mi intimidad. Me levanté poco a poco hasta sentarme en la cama, las imágenes de la noche anterior llegaron a mi mente como visiones. Llevé las manos a mi cabeza y suspiré fuertemente.

Ya no era virgen, y había comprobado de primera mano que había hombres como los de los libros.

—Sasha cambiará las sábanas cuando tú estés en el baño —dijo Alessandro. No lo había visto entrar, tampoco lo miré, mis ojos estaban fijos en la pequeña mancha que cubría la sábana mientras sentía los colores subirse a mi cabeza. Podía jurar que todo mi flujo sanguíneo estaba concentrado en mis mejillas—. Te espero a desayunar. —Indicó con voz seria cerrando la puerta.

Ya no era virgen.

¿Y ahora...?

Desde que había llegado a esa casa, siempre amanecía con el brazo de Alessandro enrollado a mi cintura cual boa constrictor, sin embargo, esa mañana había amanecido sola.

Los “y si” atacaron mi cabeza rápidamente. ¿Y si no lo hice bien? ¿Y si está molesto porque me dormí? Debí quedarme más tiempo despierta. De hecho, lo intenté, pero me sentía tan cansada.

La puerta se abrió y escuché los fuertes pasos de Lex cada vez más cerca. Subió los escalones que separaban la habitación mientras se arreglaba el gemelo de la mano izquierda, estaba impecablemente vestido como siempre; su traje azul oscuro se ajustaba perfectamente a su silueta. Nuevamente, las imágenes de la noche anterior se agolparon en mi cabeza, levantó el rostro y su mirada se enfocó en mí por unos segundos.

Frío... eso era lo que me transmitían sus ojos, atrás había quedado la lujuria y el deseo. El hombre que me había hecho suya hacía menos de doce horas, me estaba dando una mirada tan glaciara que seguramente la Antártida volvería a ser la de antes.

—Levántate y baja a desayunar. Sasha cambiará las sábanas cuando tú estés en el baño. —Insistió. Tocó el manos libres —que no había visto en su oreja— y empezó a hablar en un su idioma, se dio media vuelta y sentí la puerta cerrarse.

Me quedé estática en mi lugar...

¿Qué demonios había sucedido?

Sasha apareció en la habitación aledaña y supe que tenía que moverme. Me enrollé en el cobertor, bajando de la cama; miré por unos segundos la mancha rojiza a un costado de la sábana y un tenue rubor apareció en mis mejillas cuando quitó el cobertor sin prestar mayor atención, y yo aproveché para huir en dirección al baño.

Obvié la bañera y me metí bajo la ducha después de graduar la temperatura; mientras estaba bajo el agua, recordé cada detalle de la noche pasada: sus besos, la forma salvaje de someter... él controlaba todo, yo simplemente lo dejé hacer. En el fondo de mi cerebro, alguien gritaba que reconociera lo mucho que me había gustado, porque de hecho, disfruté cada beso, caricia, embestida y cada gota de lujuria que emanaba de su cuerpo.

No supe cuánto demoré en la ducha, pero para cuando salí del baño, las viejas mantas doradas habían sido remplazadas por un cobertor color negro con finos hilos color plata. La habitación estaba sola y fría y no pude evitar la manera en que mi pecho se contrajo; si bien sabía que no tendría que esperar nada a cambio por parte de Lex, sí pretendía que al menos se preocupara por mi malestar. A pesar de la incomodidad en mis partes íntimas, me cambié lo más rápido que pude... aunque no pude hacer lo mismo con las escaleras, cada escalón era un pinchazo directo a mi ingle.

Empujé las puertas del comedor para encontrar a Benjamín detrás de Alessandro, firme y dispuesto para servir. Separó mi silla de la mesa y luego la ajustó antes de retirarse, dejándome sola con él, que revisaba su celular con evidente interés.

La indignación hizo el mismo recorrido que sus manos habían hecho la noche anterior. ¡Era virgen! Si estaba molesto porque había hecho algo que no le gustara, era su maldito problema.

Tamborileé mis dedos en la mesa, buscando su atención, pero él pareció no notarlo.

«¡Hola!».

«¡Imbécil!».

«¡Gilipollas!».

Ben volvió, dejando un vaso con agua y dos píldoras blancas.

—Tómalas —ordenó “el dios todopoderoso del lugar” sin despegar la vista de su celular.

«Sí, señor, como ordene mi lord cabrón».

Dejó el celular en la mesa y me observó de manera indescifrable. Me pregunté si el filtro cerebro-boca había estado desactivado.

—Benjamín, trae el desayuno de la señorita Cortéz —Ben asintió y volvió a dejarnos solos—. Siéntate a mi lado.

¿Siéntate a mi lado?

«Primero me congelas con la mirada, luego me ignoras, y ahora quieres que me siente a tu lado. ¿Qué clase de bipolaridad posees?».

—Si no quieres empezar el día con un castigo, baja esa ceja y siéntate aquí.

Se estaba ganando todos los boletos para que mi tenedor le atravesara la garganta o alguna parte vital de su cuerpo. Me levanté de mi silla y caminé hasta el lugar que señalaba

Tomó una porción de sus huevos revueltos y se la llevó a la boca, masticando lentamente.

—He de suponer que estás adolorida...

«¿Tú qué crees?... También estoy furiosa».

—Nada que no puedan solucionar las píldoras que tan amablemente me ordenaste tomar. —Repuse, restándole importancia.

Benjamín apareció con un plato para mí y un vaso de jugo de naranja.

—Supongo que no te quedarás en casa.

Quería decir algo sarcástico, pero... A la mierda, lo diría y luego afrontaría las consecuencias.

—Claro —unté mantequilla a mi tostada... —, no es como si hubiese sido para tanto, realmente tengo cosas más importantes que hacer que quedarme en casa quejándome por una mínima molestia. —Sabía que estaba acercándome peligrosamente a un castigo.

—No juegues con fuego, linda... odiaría verte arder de una forma que no fuese conmigo mientras te follo —las piernas me temblaron cuando a mi memoria llegaron los recuerdos de él sobre mí. Su voz dura y cortante me sacó de mi ensoñación—. Llegaré temprano, así que espero que estés aquí cuando regrese —tomó su celular y me ignoró por los siguientes veinte minutos—. Te espero en el auto —alejó su plato y se levantó de la silla. Acercándose a mí en un par de zancadas, su rostro descendió hasta quedar a centímetros de mi oído—. Si esperabas globos, bombones, flores y unicornios cagando arcoíris, créeme que no pasará, espero que disfrutes de la decepción.

Salió del lugar y no pude más que pinchar mis huevos con el tenedor. ¡Maldito patán buenmozo!

Siete

El silencio en el ambiente era tan denso que asfixiaba.

Tan pronto como el auto empezó su marcha, Alessandro empezó a ladrar órdenes desde su celular. Yo, mientras tanto, decidí colocarme mis auriculares y ponerme a escuchar una lista aleatoria de artistas latinos.

La melodía de *Niña Bonita*, del dúo venezolano Chino y Nacho, me hizo tararear la canción mientras recordaba la emoción de Antonella la primera vez que la escuchó... había empezado a moverse como si bailara, incluso Christian tenía un video en su celular de ello.

—¡Despídelos a todos por ineptos! —El grito de Alessandro me hizo salir de mi lugar feliz, lo vi tirar su celular y pincharse el puente de su nariz, tenía el ceño fruncido y la vena en su frente palpitaba levemente.

Estaba completamente cabreado.

—Señor... —Riley lo observó por el espejo retrovisor.

—Limítate a conducir, Riley.

—Sí, señor, solo quería informarle que cambiaré de ruta, la Avenida Nostrandum está congestionada.

Él no contestó, además de ser un patán, era un maleducado de primera.

Cerré los ojos y subí el volumen de mi iPod, recostándome sobre el tapizado del asiento mientras él soltaba una sarta de maldiciones en su idioma natal. Me hubiese gustado preguntarle si sucedía algo, pero bien podría decir que no me importaba, así que... ¡Qué se jodiese!

Riley estacionó el coche fuera de la casa de Gab y Chris, miré a Alessandro, que se había puesto sus gafas negras; su boca era una línea tensa y, al no ver la más mínima intención de su parte de hablar conmigo, abrí la puerta dispuesta a salir del auto. Sin embargo, él me detuvo antes de siquiera dar un paso fuera del coche.

—Estaré en casa cerca de las tres de la tarde, Riley vendrá por ti a las dos — asentí—. Cierra la puerta y despídete como se debe.

«¿Me está hablando en serio?».

—Muy en serio, Katheryne... Ven aquí.

Mis mejillas se sonrojaron cuando me di cuenta de que había hablado en voz alta y él me dio una mirada contundente. Cerré la puerta y me acerqué a su cuerpo. Su mano libre se tensó en mi nuca, inmovilizando mi rostro. Humedeció sus labios con la lengua y luego se lanzó hacia mi rostro en un beso completamente diferente a los últimos que me había dado; seguía siendo fuerte, brutal y controlador, pero había algo más, quizá era porque estaba aprendiendo a llevar el ritmo que él manejaba. Gemí cuando la mano, que sujetaba mi muñeca, se movió hasta acariciar mi entrepierna sobre la tela del jean y su lengua entró a retozar junto a la mía; mis dedos picaban por tocarlo, pero no lo hice, mis uñas se enterraron en mis palmas y creí morir un poco cuando, con destreza, desabrochó mis pantalones y coló su mano entre mis bragas, acariciando los labios de mi sexo.

—Este coño es mío —aseguró, rompiendo el beso y uniendo nuestras frentes—. Dilo —mordí mi labio para no gritar—. Dilo... —Torturó mi clítoris con avidez.

—Es tuyo...

—Eso es, mi dulce niña —dos de sus dedos bajaron a mi entrada y, aunque estaba dolorida, me vi abriendo mis piernas para darle espacio... —. Esa es mi chica. —El bombeo errático estaba haciendo que viera luces de colores bajo mis párpados.

—¡Dios!... —Lloriqueé.

—Alessandro —dijo con voz burlona—, me llamo Alessandro, aunque con el tiempo aprenderás a amar mi versión del cielo o del infierno.

Siguió bombeando fuertemente en mi interior a un ritmo desesperado, mientras que yo trataba de tomar un poco de aire. Cerré mis ojos intentando controlar el deseo ardiente en mis venas, iba a correrme, estaba a punto... mis paredes empezaron a cerrarse en torno a su dedo... y entonces él se retiró.

Jadeé adolorida y abrí los ojos, deseosa y estupefacta.

—Eso es para que sepas a quién le perteneces —tiró de mi cabello haciéndome levantar el rostro—. A las dos, Katheryne, no me hagas enojar... Bájate ya, antes de que me importe una mierda cuán adolorida estés y te tome en el auto.

Tragué grueso, observando a mi alrededor. Riley había salido del auto y Chris estaba en la puerta; se había cruzado de brazos, esperando... Jadeé, agradeciendo que los vidrios del coche estuviesen tintados, y me obligué a no mirar a Alessandro; podía sentirlo asesinando su pantalla táctil mientras yo abrochaba mi pantalón y acomodaba mi cabello. Tomé una bocanada de aire antes de salir del coche, sin decir una sola palabra. Mi corazón latía desahoradamente, de la misma manera que palpitaba mi sexo. Abrí la puerta del coche de nuevo y salí del auto, Riley sostuvo mi puerta y Chris bajó las escalinatas, fundiéndome en un abrazo. No me importó si *Míster Maldito* me observaba, abracé la cintura de mi mejor amigo y escuché cómo el auto arrancaba. Recosté mi cabeza a su pecho y suspiré el aroma de su colonia.

—¿Estás bien? Parece que tenías problemas. —Su ceño se frunció.

—¿Por qué no estás en el bufete?

—Yo pregunté primero —sus manos tomaron mis mejillas y sus ojos se enfocaron en los míos—. ¡Ya no eres virgen! —No fue una pregunta, fue una jodida afirmación con cada una de sus letras.

—¿Quieres un megáfono? —Arqueé una ceja.

—¡Santa mierda! Me lo confirmas... ¿Cuándo fue? ¿Te dolió? ¿Fue tierno?

—¿Tenemos que hablar eso aquí afuera? —me separé de él—. ¿Dónde está Nella?

—No me cambies el tema... Y Gabriel, alias *Shrek*, está dentro... ¿crees qué me dejará preguntar? Satisface mi curiosidad, muñeca. —En ese momento, recordé que Christian era el del delantal en esa relación, aunque Gabriel fuese el diseñador y estilista.

—No puedo, firmé un CDC.^[19] —Explicué mirándolo, como abogado, él sabía a lo que me refería.

—¿Un contrato de confidencialidad? —asentí y él colocó uno de sus brazos sobre mis hombros—. Supongo que sabe protegerse... Es un maldito.

—Un cabrón...

—Gilipollas.

—Llévame con Antonella...

—¿Me dejarás con la curiosidad?

—Mis labios están cerrados... —Quitó su brazo de mis hombros y me encaminé en busca de mi niña

Vi a Riley estacionar el auto a la hora que Alessandro había señalado. Fui hasta mi habitación y dejé un beso sobre la cabeza de Antonella, se había dormido después de que le realizaran los exámenes previos a su operación.

El doctor Johnson había pedido hablar con nosotros antes de retirarnos del hospital. Por un momento, pensé que nos daría malas noticias, pero no había sido así, La operación de Antonella sería llevada a cabo en dos meses por uno de los mejores especialistas del país.

Había llegado a casa de los chicos e iniciado una búsqueda sobre Derrick Thatcher, su carrera era impresionante y tener el dinero suficiente como para costear la intervención me dio una razón más para

seguir con el señor “No tengo corazón”

—Vinieron a buscarte. —La voz monótona de Gab me hizo girarme, estaba recostado al marco de la puerta en una postura que debía ser relajada, pero que no lo era en ese momento.

—He visto el coche desde la ventana. —Acomodé la sabanita de Nella y acaricié sus cabellos antes de salir. Quería darle un abrazo a Gab, pero me contuve. Mientras estábamos en el hospital, solo me habló lo necesario. Su alejamiento me dolía, pero no podía hacer nada para que él cambiara de opinión, menos cuando la razón del porqué lo hacía estaba dando resultados.

Salí de la casa y me subí al coche rápidamente. Para mi sorpresa “todo poderoso Lex” estaba allí, aunque parecía que tenía un pedazo de hierro metido en el trasero, su cuerpo estaba rígido mientras estaba recostado en el asiento del coche. Riley me dio una sonrisa por el espejo retrovisor cuando señalé al patrón, negué con mi cabeza y me senté al otro lado de coche mientras lo veía de reojo. Pasó su mano dos veces por su cabello antes de que su celular empezara a *sonar*.

—D’Angelo —ladró. Al parecer tenía el mismo humor de perros que por la mañana—. No estoy para tus malditas niñerías... —bufó—. Estaremos allí a las 5:30 pm, no me comuniqués con ella. ¡Testa di cazzo[20]! —bajó el celular y dio un profundo respiro antes de llevarlo de nuevo a su oreja—. Gigi —su voz se suavizó—. He tenido un día de mierda, picola, por favor, no lo arruines aún más. Ya Antoine me ha dicho dónde estarán... Sí, ella irá conmigo... *Mannaggia, non cominciare con il tuo solito interrogatorio senza senso*^[21], ¡Merda sí! Gianna Difeo —bufó otra vez—. Esta noche. Lo sé, adiós.

Esa había sido una conversación rara...

Pinchó el puente de su nariz.

Suspiré y miré por la ventana.

—Aún no me has saludado como se debe. —Me giré a verlo.

—Estabas ocupado al teléfono...

—Excusas, ven acá —palmeó el asiento a su lado. Alcé una ceja, pero me moví al lugar que señalaba. Él me alzó un poco, dejándome completamente sentada en su regazo—. Me aburre estarte diciendo estas cosas, eres mi jodida sumisa. Estás para complacerme... para atenderme.

Su mano subió desde mi espalda hasta su lugar favorito: Mi nuca. Buscó mis labios y no me resistí, exigió, tiró y magulló mis labios a su placer hasta detener el beso.

—Estoy tan malditamente duro. —Sus dedos trazaron patrones circulares en mis aureolas cubiertas por la tela del sostén y la blusa, podía sentir mis pezones tan duros como guisantes debajo de sus dedos. Y cuando él llevó sus labios a esa parte de mi anatomía, mi cuerpo se arqueó pidiendo más, deseando estar desnuda ante su atenta mirada.

Tomó mi mano llevándola a la altura de su pecho.

—Tócame.

Dejé que mis manos en su pecho vagaran, reconociendo cada músculo; mantuvo su mano tensa en mi nuca mientras lo exploraba con determinación. Él volvió a besarme de la misma manera endemoniada de siempre, haciendo que olvidara dónde estábamos y me limitara solo a respirar y sentir. Llevé mi otra mano a su cabeza, cepillando su cabello mientras me entregaba a su apetito voraz.

Estaba tan ensimismada en la frescura de su aliento, en la textura de sus labios, que no fui consciente de que Riley seguía en el coche con nosotros.

—Hemos llegado, señor. —Salió del coche, dejándonos solos.

Alessandro delineó mi rostro con sus dedos antes de bajarme de su regazo. Riley abrió su puerta y él tomó mi mano, ayudándome a bajar.

¡Él era bipolar! Lo juro por Dios.

Benjamín estaba frente a nosotros. Una vez entramos a casa, ayudó a Lex a quitarse el abrigo y tomó su maletín antes de preguntar si queríamos algo especial para cenar.

—Dile a Sasha que no cenaremos esta noche en casa... —soltó mi mano y aflojó su corbata,

guardándola en su bolsillo, antes de encaminarse a la escalera—. Katheryne, sígueme. —No hice preguntas, aunque mi mente las hacía todas. Había dicho “no cenaremos” así que supongo que estaba incluida en sus planes de la noche, fueran cuales fuesen. Lo seguí por la escalera hasta llegar a la habitación principal.

Desnudó su torso mientras caminaba hacia la mesa del bar de la habitación. Me mantuve de pie cerca al sofá mientras veía los músculos de su espalda moverse, dándole vida al animal tatuado en su piel. Abrió una de sus botellas con licor y sirvió una cantidad generosa en una copa antes de tomarla a fondo, la rellenó de nuevo y caminó de vuelta al sofá, sentándose y estirando su mano hacia mí.

—Ven aquí... —Joder, me hacía sentir como un perro—. Ven aquí, ubícate acá. —Solo faltaba que pidiera que moviera la cola y le dejara acariciar mi cabeza. Iba a sentarme a su lado, pero él tomó mi mano, dejándome en sus rodillas —Bebe. —Señaló, ofreciéndome el vaso.

—No me gusta el alcohol.

—Bien, esa ha sido una buena respuesta, no me gusta que mis sumisas beban, cambia su sabor. —Levantó mi camisa hasta quitarla completamente, dejó el vaso en la mesa y soltó el broche de mi sostén, retirándolo de forma pausada y dejándome desnuda de la cintura para arriba—. Levántate —lo hice y él me guio hasta dejarme a horcajadas sobre sus piernas, mi torso desnudo frente a él. Se acercó con lentitud hasta dejar un beso húmedo en el canalillo de mis pechos y luego su mano izquierda acarició de forma pausada mi pecho. Todo mi cuerpo tembló ante el suave toque de sus manos.

—Esta noche no cena... —di un grito cuando sus dientes arañaron mi pezón libre de sus manos. Llevé mis manos a sus hombros y apreté su piel desnuda entre mis dedos.

—Continúa... —lo vi tomar un cubo de hielo del vaso y triturarlo con sus dientes antes de llevar nuevamente mi pecho a sus labios.

—Esta noche... Cena...

—¡Jesús! —Jadeé en busca de aire cuando el frío se mezcló con mi piel.

—Sí, esta noche cenaremos con unos amigos que vienen desde Italia, Antoine es mi socio en Milán. Llegó esta mañana junto con Gianna, su esposa.

—Tendré que comportarme como la chica que está... —tragué saliva cuando sentí sus dientes mordisqueando mi carne.

—Sí, Antoine sabe que eres una más de mis sumisas. Gigi, por su parte, cree que tenemos algo más serio.

—¿Necesito saber algo de ellos? —Él se separó de mi pecho y volvió a tomar otro cubo de hielo del vaso, deslizándolo por mis areolas, haciéndome estremecer.

—Antoine es parco, no tendrás problemas con él, como te digo, sabe de la naturaleza de nuestra relación. Gianna es pequeña, ruidosa, entrometida, fastidiosa e irritante. No dejes que te envuelva en su juego de palabras. Si te pregunta dónde nos conocimos, dile que trabajabas para mí, nos conocimos hace dos años —dejó de jugar con el hielo y respiré aliviada—. Dentro de tu guardarropa nuevo, recuerdo haber escogido un vestido azul celeste y quiero que uses ese en la cena con *los stiletos* negros, los altos. No te maquilles mucho y debes estar lista en dos horas. Levántate, ya me aburrí de jugar, aún tengo trabajo pendiente.

—¿Ese es mi papel? —me miró sin entender—. ¿Me pagas para ser tu juguete? —me levanté de sus piernas, completamente molesta, sin importarme que estaba desnuda de la cintura para arriba—. Estás jugando a que soy una muñeca, me ordenas qué comer, cómo debo vestirme, juegas con mi cuerpo y, cuando te aburres, me dejas.

—Pensé que estaba claro.

—¿Claro? ¡Leí tus jodidos libros, entré a cada uno de los enlaces que enviaste! Ninguno de ellos decía que debías tratarme con una jodida muñeca.

—Cuida tu tono. —Advirtió.

—¿Y si no me da la gana, ¿qué?! ¿Vas a volver a atarme a la cama y me harás escuchar música urbana, o peor, conseguirás un dildo más grande que el anterior y querrás que me lo meta por el trasero?! ¿Sabes, también soy virgen por ahí! —Alessandro se levantó rápidamente.

—¿De rodillas! —farfulló entre dientes, su cuerpo irradiando peligro, sus ojos verdes flameantes de ira.

—¿Jódete! —subí los dos peldaños que separaban la habitación y me quité el pantalón vaquero con premura, quedando nada más en el panti tipo hilo que él me había comprado en *La Perla*. Si quería azotarme, ahí estaba, esperándolo... Podía sentir su mirada escrutándome, su tensión, su furia..., pero entre lo que había ocurrido esa mañana y lo que acababa de ocurrir, había colmado mi paciencia. Me subí sobre la cama en posición de sumisión y cerré los ojos esperando el primer azote.

En cambio, en lugar de un contundente golpe, lo que escuché fue la puerta de la habitación cerrarse con fuerza.

Sabía que debía dejar las cosas como estaban, pero no, simplemente no podía dejarlo ir así. Tomé una de sus camisas del perchero y bajé las escaleras hasta llegar al estudio, empujé las puertas y lo vi sentado sobre su escritorio, había conseguido una camiseta y se notaba imponente, furioso y severo.

—No me hagas ponerte sobre mis rodillas, Katheryne —bebió del vaso entre sus manos y enfocó su mirada en el ordenador—. Tienes una buena cantidad de azotes anotados a tu nombre. Puedo ser un maldito bastardo si me llevas la contraria ahora.

—Solo quiero saber qué papel desempeño en todo este contrato.

—¿El papel de sumisa! —El vaso impactó en la mesa rompiéndose al golpear la madera. Lex se irguió en toda su altura, dejando caer la silla en el proceso y acercándose tan peligrosamente a mí que por un momento pensé que me lastimaría—. Si quiero jugar contigo, lo haré. Si quiero follarte, también lo haré. Si te digo que ropa quiero que uses, lo harás. De eso se trata esto, de complacer, de obedecer.

Coloqué mi mano en su pecho intentando detenerlo.

—¿Me niego a ser tu juguete! —mascullé con irritación—. Según la información que tan amablemente me obligaste a leer, ningún domine puede obligar a su sumiso a hacer algo que no desee. No puedes inventar reglas sobre la marcha y todo debe ser bajo mi consentimiento.

—No hagas este día de mierda peor de lo que ya es. Eres mi sumisa, debes cumplir mis órdenes, y mi orden es que vistas con la ropa que acabo de indicarte. Ahora, por favor, retírate —ordenó.

—Alessandro...

—Desaparece hasta las cinco.

—Pero...

—¿*Maldizione!*^[22] ¡Sal de la puta oficina, ahora! Debería ponerte sobre mis rodillas y azotarte, pero estoy tan malditamente molesto que sé que te haría daño; así que, si sabes lo que te conviene, ¡fuera! —gritó haciéndome estremecer. Pero no me fui, en cambio, caminé hacia su escritorio y tomé una hoja de papel y un bolígrafo.

Él rio, una carcajada fuerte, irónica.

—No, y te recuerdo que ya firmaste un contrato.

—No quiero que me prives de un orgasmo porque simplemente te aburraste, puedo soportar el hecho de que uses ese método si quieres castigarme, pero ten algo claro: No soy “tu pelotita anti estrés” —garabateé lo que había dicho y firmé debajo—. Es mi única regla. —Golpeé su pecho con el papel y él tomó mi mano derecha, atrayéndome hacia su cuerpo.

En sus ojos, una flama verde intensa crecía cada vez más; su agarre en mi muñeca parecía de hierro—. Lo intenté, pero pasaste los límites. —Me tiró sobre el escritorio de un fuerte empujón.

—Señor... —Mi voz se escuchó distinta.

—¿Calla! Vi sumisión en ti cuando te adquirí, me cautivó la manera en la que mirabas a todos pero a la vez no te centrabas en nadie —su voz adquirió un toque de peligro que heló hasta el último rincón de mi

piel—, pero no, eres grosera, insolente y sobre todo... —giró mi cuerpo de manera que quedé frente a la madera y llevé mis manos hacia atrás, sosteniéndolas con una de las suyas cerca a la parte baja de mi espalda— ¡malcriada y berrinchuda!

Sabía lo que iba a hacer, había estirado demasiado la soga. Supongo que al final lo que sucede es que se rompe, pero estaba molesta, iracunda en contra de él. Cuando inclinó mi cuerpo hacia adelante, me flexioné sin protestar.

El primer azote llegó calentando la piel de mi trasero y haciendo que mi cuerpo hormigueara por todos los lugares. El segundo fue aún más fuerte, mordí mi labio negándome a soltar algún sonido que le mostrara mi dolor, a pesar de que me removí.

Él tensó aún más su agarre antes de decir—: ¡Yo soy tu Amo! Me debes respeto, ¡sumisión!

Mordí mi lengua para no soltar lo que quería decirle y gemí internamente cuando golpeó de nuevo mi trasero de manera fuerte y contundente. Mi sexo palpitó y me reprendí internamente por encontrar placer en su castigo. Su mano impactó una vez más, cada azote parecía diferente, aunque todos eran en mi glúteo izquierdo. Me estaba marcando, azotándome rigurosamente; sin embargo, el dolor fue transformándose poco a poco en un cosquilleo incesante en mi sexo, haciéndome gozar y apretar los dientes cuando la palmada aterrizaba en algún lugar donde ya me había golpeado.

Aún con mis manos sujetas a mi espalda, me giró dejándome frente a él y empujándome hasta hacerme sentir el frío tablón de su escritorio contra mi caliente trasero.

—Nunca vuelvas a faltarme el respeto. —Se metió entre mis piernas y ocupó la mano que me había estado flagelando para enrollar mi cabello y alzar mi mirada hacia la suya. Solo fue un minuto donde no hubo palabras, un minuto donde nuestras miradas expresaron lo que sentíamos. Él ira. Yo... una extraña mezcla de furia y excitación, un tipo de excitación que me estaba quemando desde las entrañas, lo necesitaba, me debatía entre el deseo de sentirlo nuevamente y la indignación que debía sentir por todo lo que había ocurrido. Por lo que, cuando se aproximó hacia mis labios, me vi separando los míos esperando su beso, como sediento en un desierto. Él se acercó lo suficiente a mi rostro como para inhalar el aroma a su perfume, miró mi boca con lujuria contenida y tensó la mano en mi cabello, inclinando mi cabeza aún más, dejándome sentir el calor de su intimidad tan cercana a la mía.

—Desaparece... ¡Ahora!

Me soltó con disgusto y volvió a ubicarse detrás del escritorio, enterrando su cabeza en la laptop.

Lo miré por unos segundos, mi sexo se contraía, mi corazón latía desaforado y mis pulmones me pedían una tregua. Quería golpearlo y, a la vez, tirar todo y decirle que me sometiera. Pero no lo hice, en vez de eso, con toda la dignidad que pude reunir, me di la vuelta y salí completamente enojada del estudio. Sasha estaba bajando las escaleras cuando me vio subir medio desnuda. Sonrió, pero no dijo nada al respecto. Me encerré en la habitación y busqué entre mi bolso el libro que Chris me había dado antes de irse al bufete.

No lloraría. Aunque sentía mis ojos anegarse en lágrimas, no le daría el poder de hacerme llorar; aún era dueña de mis emociones, por más que él se proclamara amo de mi cuerpo. Tomé aire con fuerza y abrí el libro, dispuesta a escapar del mundo loco al que había accedido a entrar.

Sentí dos toques en la puerta y levanté la mirada justo cuando Ben entraba a la habitación. No me había vestido luego de la discusión con Lex, así que seguía usando su camiseta y mis bragas.

—El señor dice que la espera en una hora en el estudio.

—Gracias, Ben. —Miré la hora en mi celular. Sinceramente, quien había dicho que uno podía viajar de la mano de un libro había tenido toda la razón, me sentía mucho más ligera y esperaba seguir así. Me di un baño en la tina escuchando canciones aleatorias de Bruno Mars y cuando la temperatura del agua empezó a bajar, salí envolviendo mi cuerpo en una toalla. Me coloqué ropa interior a juego y saqué el vestido azul que me había ordenado, aunque en un principio quise colocarme cualquier otro, no iba a tentar mi suerte más de lo que ya lo había hecho por ese día. Me maquillé y me coloqué la sencilla

cadena que él me había obsequiado la noche anterior. Le di una mirada a los zapatos que él, muy amablemente, —nótese el sarcasmo— había sugerido que usase. Pero los deseché, eran impresionantemente altos y aún me sentía adolorida. Tomé los zapatos de tacón más bajo que tenía, lo que fue difícil ya que todos eran altos, y me los calcé.

Me di una última mirada al espejo y bajé hasta el estudio, abriendo las puertas sin siquiera llamar.

Lex estaba delante del cristal observando cómo el sol iba cayendo, había cambiado su traje azul y ahora lucía uno gris ahumado a su medida. Se giró para verme cuando carraspeé, detallándome lentamente de la cabeza a los pies.

—¿Quieres seguir desafiándome, Katheryne? —Preguntó contenidamente.

Negué con mi cabeza.

—No, señor —bajé mi cabeza en señal de sumisión—. Los zapatos que usted ha escogido son demasiado altos, aún tengo una ligera molestia en mis partes íntimas —no pude evitar el sonrojo en mis mejillas—, por eso he decidido cambiar el calzado.

—Está bien, solo por esta vez. Los zapatos altos dan una elegancia inexplicable. Además, son el fetiche masculino por naturaleza... Ven aquí —lo vi abrir la gaveta de su escritorio mientras me acercaba a él, sacó un estuche negro y lo abrió sobre el escritorio, revelando una sencilla esclava del mismo material de la cadena.

—No más regalos, por favor —por instinto, retrocedí un par de pasos, que él se encargó de eliminar rápidamente—. No me siento bien recibiendo ese tipo de regalos. —Él atornilló la pulsera a mi muñeca; como la cadena, tenía un único dije.

—Escúchame bien —su mano agarró mi brazo a la altura del codo—, esto lo hago porque quiero, puedo y porque me da la gana. Eres mi mujer.

—No soy tu mujer, anoche cobraste una deuda, tú pagaste por mi virtud.

—Disfrutas tentando tu suerte... —Un amago de sonrisa se instaló en su rostro, mientras sus dedos acariciaban mis labios. En un impulso, llevé mi mano a su rostro, acariciando el arco de sus cejas.

—¿Cómo está tu trasero?

—Perfecto. ¿Cómo estás tú? —me dio una media sonrisa—. Luces cansado...

—Hoy no ha sido mi mejor día, los norteamericanos son unos inútiles —arqueé una ceja—. Vámonos ya, Riley nos está esperando.

El restaurante que los amigos de Alessandro habían elegido, ubicado en East Village, era pequeño, acogedor y pintoresco. Había algunas mesas fuera y una barra dentro del lugar. El olor a pan de ajo hizo que se me aguara la boca cuando entramos y fuimos abordados por un mesero que le habló a Alessandro en un fluido italiano. Luego él empezó a caminar en dirección a un pequeño reservado, donde una pareja hablaba animadamente. El hombre se levantó cuando nos vio llegar, era impresionante, alto, cuerpo fibroso, rubio y ojos de color azul mar. Estaba vestido de manera impecable con un traje de tres piezas color negro. Era sexy... malditamente sexy. Lex y el tipo, que parecía la copia exacta de Chris Hemsworth, se dieron un apretón de mano y un abrazo casi al mismo tiempo que la mujer se levantaba de la silla dándole dos sonoros besos a mi grifo. La detallé con lentitud; tenía un vestido negro, bastante ceñido, se podía evidenciar su estado de gestación. Su cabello era castaño y estaba suelto con ligeras hondas en su cintura.

—¿Es ella? —preguntó la chica a Lex, que se giró, regalándome una sonrisa torcida antes de tender su mano hacia mí. La tomé con seguridad y él me atrajo a su lado.

—Antoine, Gigi, ella es Katheryne —dijo presentándose. La chica me dio un abrazo igual de intenso que a Alessandro. Y el “dios personal” bajado del Olimpo me dio una sonrisa espectacular antes de estrechar nuestras manos y luego llevarse mis nudillos a su boca.

— *Sei bellissima questa sera, signorina, senza dubbio questo idiota è uno stronzo fortunato*^[23] —

dijo en un fluido italiano.

—*Testa di cazzo* ^[24] —habló Alessandro en el mismo idioma.

—*Succhia cazzi* ^[25] —reviró el rubio.

—¡*Ancora i due!* ^[26]

¡Oh, qué lindo! Ella también hablaba el idioma.

«Hola, estoy aquí, no entiendo su idioma».

—Perdónalos —su inglés era fluido, lo que me hizo notar que ella no era italiana—. En ocasiones, parecen dos niños. —Tomamos asiento y uno de los meseros nos trajo la carta, haciéndome sentir como una completa analfabeta al constatar que el menú estaba escrito en italiano.

Con disimulo, tiré del saco de Alessandro.

—¿Quieres que ordene por ti, preciosa?—dijo suavemente tomando mi mano sobre la mesa.

Asentí como imbécil. Si él no ordenaba, me iba a morir de hambre.

—Está bien. ¿Te apetece algo en especial? —rodé los ojos, estaba disfrutando el saber que no entendía un comino de lo que ahí decía.

—Confío en tu criterio, Lex. —Su cara dio una mueca de disgusto.

«Este juego podemos jugarlo los dos, Amo».

Gianna nos miró de reojo y luego volvió la vista a su menú.

El mesero destapó una botella de vino y sirvió nuestras copas. Gianna negó con la cabeza y tomó de su copa con agua.

—De aperitivo, queremos una *Frutta Di Mare*. De sopa, una *Stracciatella*. Y de plato fuerte, un *Fettuccine Alfredo* —desvió su mirada del *maître* que acababa de servir vino en las copas—. ¿Quieres pescado o pollo? —preguntó.

—Pollo está bien. —Tomé mi copa, dando un ligero sorbo a la amarga bebida.

—Dos porciones de *Pollo Castelli Romani con berenjena a la parmesana Marinara*. *Tiramisù veraniego* de postre y una botella de Chardonnay, Gallo de Sonoma, para acompañar.

—Muy buena elección, míster —alabó el *maître*.

Antoine y Gianna optaron por pedir lo mismo que Alessandro había pedido para nosotros, solo que para ella pidieron agua mineral, por su embarazo.

Tuve que contener una incipiente risa que intentó emerger de mi boca cuando el plato fuerte fue colocado en la mesa. Jamás entenderé porqué tanta palabrería para un plato de espaguetis, berenjenas rellenas y pollo. Sin embargo, el exquisito sabor de la comida lo valía todo. La conversación se tornó en inversiones, despidos y Alessandro despotricando de los ejecutivos norteamericanos. Me disculpé para ir un momento al tocador y Gianna se ofreció a acompañarme, a pesar de no haber cruzado palabra conmigo en toda la cena. Le di una mirada dubitativa a Lex, pero él asintió solemne.

Una vez llegamos al tocador, ingresé a uno de los cubículos, me estaba sintiendo asfixiada ahí, solo quería escapar unos segundos; pero al parecer, tampoco podría. Después de unos minutos mirando la puerta de acero frente a mí, decidí que no podía quedarme viviendo sentada en el sanitario, bajé la palanca y salí. Gianna estaba retocando sus labios cuando abrí el lavamanos para limpiarme, ahí empezó el interrogatorio.

—¿Quién eres tú? ¿Cuándo conociste a Alessandro? —preguntó seriamente en un fluido inglés.

—¿Ah? —Levanté una ceja interrogante, haciéndome la desentendida.

—No te hagas la idiota —vaya, al final, no era tan simpática como parecía—. Simplemente, hay cosas que no cuadran. Alessandro viaja porque tiene un maldito problema con su primo y la empresa, y luego llama a Antoine porque se siente con instintos asesinos ante la porquería de Fabrizio. Dos semanas después, tiene novia y viven juntos... Es demasiado extraño, nunca nos habló de ti y, de un día para otro, vive contigo.

—No sé de qué me hablas. —Saqué de mi cartera el brillo labial para aplicármelo, una forma de

evadir su dura mirada a través de espejo.

—Hablo de que no me engañas.

—No es mi intención engañarte.

—¿Entonces por qué no contestas mi pregunta? ¿Quién eres?

—Soy Laura Katheryne Cortéz, tengo veinte años. —Mentí y me giré, mirándola fijamente—. Conocí a Alessandro hace dos años, trabajaba para él.

—Mientes, hace dos años eras una niña, aún lo eres.

—Hace dos años hacía pasantías en el archivo de D'Angelo Building, me crucé con Lex un día en el elevador, y antes de que digas que él tiene su propio ascensor, tengo que decirte que el suyo estaba en mantenimiento y le tocó subir en el de los mortales.

«Guauuuu, y el premio para la mejor actriz es para...».

Peiné mi cabello con una de mis manos en un gesto muy de Alessandro.

—Si quieres saber algo más acerca de nuestra relación, te sugiero que le preguntes a él. —Quería salir de ahí, pero ella no me dejó.

—Él es un maestro para mentir, lo conozco demasiado bien, conozco su vida mejor que nadie. Sé lo que es, Antoine y él eran iguales cuando lo conocí. Mi esposo cambió, pero Alessandro siguió igual, siempre es tan posesivo, controlador y fuerte con sus parejas, pero todas ellas tenían algo en común, eran *bagascia*, pero tú... Tú no pareces una *puttana*.

«¡Oh! Te sorprenderías, chica». No había que saber italiano para entender que ella me había dicho puta.

—Tengo que cuidarme contigo, las demás sabían lo que tenían, pero tú eres indescifrable y no eres para nada como las demás. Solo te voy a pedir un favor, Alessandro D'Angelo ha tenido su cuota de sufrimiento en este mundo: primero sus padres, luego el mal nacido de su tío, Fiorella, y el maldito dolor de culo que es Fabrizio. ¡No lo jodas más! —Sin más, la pequeña *minion* salió del baño, dejándome desorientada... ¿Quién demonios era Fiorella y por qué Fabrizio era un dolor en el culo de Alessandro “todo poderoso” D'Angelo?

De vuelta a la mesa, Alessandro susurraba cosas a la pequeña chica en italiano mientras ella le discutía por algo; su esposo la obligó a serenarse, pero mi grifo ya estaba cabreado... como para variar. A pesar de todo eso, la cena terminó bien y volvimos a casa en silencio. Alessandro tomó mi mano cuando llegamos, él fue al estudio y yo subí las escaleras con toda la intención de perderme en brazos de Morfeo hasta el día siguiente.

Me quité el vestido y tomé una toalla húmeda, limpiando el maquillaje de mi rostro. Sonreí a mi reflejo en el espejo del baño y volví a la habitación. Iba a meterme a la cama cuando la puerta se abrió dejando ver a un hombre que parecía cargar los males del mundo sobre su espalda. Me senté en la cama, llevando mis rodillas a mi barbilla y esperé mientras se desnudaba.

Las palabras de Gianna volvieron a mi cabeza, había dicho que, el hombre frente a mí, había tenido su cuota de sufrimientos. Al parecer, lo conocía bastante bien.

Quería preguntar qué había pasado con sus padres o quién era Fiorella, pero preferí quedarme callada sólo mirando como sus músculos se flexionaban tras cada movimiento, grabando en mi mente las letras japonesas tatuadas en su pecho, ^[27], y la frase en italiano que rodeaba su bíceps izquierdo, *Il tempo guarisce tutti i mali*^[28].

—Alessandro —lo llamé. Él levantó su mirada verde enigmática, mirándome sin moverse—. ¿Qué significa Bagascia?

Su ceja se arqueó y me observó de una manera que no pude descifrar.

—Zorra. —Se giró dejándome ver el animal, que me asustaba y me excitaba de igual manera, y tuve la imperiosa necesidad de apretar mis piernas. Deslizó su bóxer negro sobre sus piernas y se subió a la cama, dando dos palmadas para que la luz se apagara.

Joder, y yo buscaba los interruptores cada noche...

—Recuéstate. —Adopté la posición a medio lado y automáticamente su pecho se pegó a mi espalda, amarrando su brazo a mi cintura como todas las noches.

—¿Y Puttana? —Sabía lo que significaba, pero quería que él me lo confirmara.

—¿Necesitas que traduzca eso? Creo que sabes lo que significa.

«¿Quién es Fiorella, Alessandro?», estuve a punto de preguntar. No lo hice, en cambio, quise hacer un chiste.

—¿Sabes que he estado buscando los interruptores cada noche? —Necesitaba hablar para olvidar la erección que tallaba mi espalda baja.

—Tecnología de última generación, las luces se encienden debido a un sensor de movimiento. Se apagan con dos palmadas, pensé que lo sabías.

«Siento ser tan ignorante, Lex. Pero sabes, soy pobre, no puedo permitirme luces automáticas cuando tengo que pagar una operación tan costosa como la de Antonella».

—¿Has leído sobre Kegel?

—Lo siento, yo... lo olvidé.

—Recuérdalo mañana —su mano se movía perezosamente por mi vientre y su cabeza se ubicó en el hueco de mi hombro. Su erección se sentía aún más gruesa por cada minuto que pasaba, pero no había movimientos, solo la presión de un abrazo de anaconda y su respiración en mi cuello. No buscaba dormir, tampoco follarme—. ¿Tienes alguna pregunta que hacerme sobre el BDSM?

—Intento entender todo. Te vi discutir con la esposa de Antoine.

—Te hizo el tercer grado mientras estaban en el baño, no me cambies el tema... ¿Tienes alguna duda?

—Sé que, aunque me azotes, no me harás daño.

—No quería azotarte en la mañana, pero tú... —Su voz era suave, pausada. Estábamos rodeados por la oscuridad de la habitación.

—Lo sé, tienes razón en todo menos en que soy una malcriada

—Lo eres...

No quise discutir y dañar el buen momento.

—Leí que debes darme una palabra de seguridad...

—Sí.

—¿Cuál será esa palabra, Alessandro?

Involuntariamente, mi espalda buscó la textura de su pecho.

—Amor —dijo entre dientes, como si le costara decir la palabra.

—¿Amor? —pregunté tontamente, esperaba algo como un color... Definitivamente, tenía que dejar de leer libros sobre este tema.

—No creo que ese sentimiento exista, hay apego, necesidad... ¿Química? Pero amor, he visto tantas estupideces en nombre del amor: un marido mata a su mujer en nombre del amor, una mujer deja a su hijo en un hogar de paso en nombre del amor... —dijo con un suspiro frustrado.

—¿No olvidarás tu palabra de seguridad?

—No lo haré, también leí sobre un collar de sumisión o algo así —dije.

—No necesito que lleves un collar de perro para tener tu sumisión, ¿o sí?

—No, señor, pero me gustaría saber si tengo que usar uno de esos.

—No, irás conmigo a muchos lados, no puedo llevarte con un collar así. Pero será algo que grite que me perteneces solo a mí —su boca succionó la piel de mi cuello— como una marca.

—¿Por qué no tienes habitación del dolor?

—¿Habitación del dolor? —Me atrajo más a su cuerpo y sonreí, a pesar de que no pudiera verme.

—Una mazmorra...

—¿Te refieres a un cuarto de juegos?

—Ajam.

—El armario tiene todo lo que necesito, Katheryne. Soy un Amo, mi dominación hacia ti no se limita a un lugar en esta casa, puedo dominarte donde quiera: aquí en esta cama, en el escritorio de mi estudio, en la tina del baño... Donde me plazca.

Tragué el nudo en mi garganta ante el cosquilleo de sus palabras y cambié la conversación totalmente

—¿Tienes más amigos?

—No me gusta hablar de mi vida privada, Katheryne —farfulló con irritación—. Si no tienes más preguntas que hacerme acerca de nuestro contrato, duerme, *ragazza*. —Dio un suave beso donde había succionado. Lo sentí removerse en la cama. Cuando me estaba quedando profundamente dormida, abrí los ojos para verlo tomar un albornoz y salir de la habitación.

Ocho

Llegué a la casa con el tiempo justo, Riley no había podido ir por mí, pero me había llamado diciéndome que tomara un taxi, que él se demoraría con Alessandro. Busqué a Sasha por la cocina, pero no estaba ella sino Benjamín preparando un emparedado de mantequilla de maní.

—¿Ha llegado Alessandro ya? —pregunté, deseando que no. Había un tráfico de muerte y me había retrasado bastante. Di un suspiro aliviado cuando él negó con la cabeza.

Exhalé de manera pausada, sintiendo cómo la paz me embargaba. Ben me ofreció uno de sus emparedados junto con una lata de refresco y los tomé, brindándole una sonrisa. En ocasiones, me daban ganas de saber cómo es que ellos terminaron trabajando para Lex.

Me despedí de Benjamín y subí a la habitación. Me descalcé y busqué mi libro, queriendo leer un poco antes de que mi ogro particular llegara.

«Que Dios me proteja si se entera que estoy llamándolo con un ridículo apodo».

Hacía tres días que habíamos intimado, dos desde que me había azotado, y aunque fuese gruñón y mandón, había algo en él que me mantenía en el borde de la excitación. Todas las noches, me acostaba sola en la cama, pero lo sentía meterse debajo de las cobijas, pasadas las cuatro de la mañana, completamente desnudo, haciendo que mi piel ardiera y mi cuerpo buscara el suyo como si fuésemos imanes.

Abrí mi libro buscando el capítulo en el que lo había dejado. La historia entre los protagonistas era ilusoria, fantástica, erótica y contradictoria...

“Caleb colocó una pequeña cantidad de lubricante en el dedo y suavemente tomó su clítoris entre su pulgar e índice. Ella se estremeció, paralizada por su caricia y sabiendo que estaría en silencio lo justo hasta que tocara su carne sensible, que por supuesto no haría—. Está bien, Gatita. Está bien —le aseguró suavemente y empezó a frotar el resbaladizo epicentro de su ser. Y fue practicando, así como debía ser, siempre con cuidado de no frotar demasiado fuerte, ni demasiado bajo”^[29]

Estaba tan sumergida en mi lectura que di un brinco cuando mi nuevo celular sonó inesperadamente.

—¿Bueno? —pregunté al ver que el número era privado.

—Creo que he dado a tu cuerpo el tiempo suficiente para recuperarse, estoy a menos de cinco minutos de casa. Espero encontrarte desnuda y dispuesta. —Finalizó la llamada, dejándome completamente fuera de mí misma.

«¿Desnuda y dispuesta?».

Por dos minutos, me quedé completamente entumecida. Sin embargo, luego salté del sofá, dejando el libro escondido entre los cojines; tuve que apretar mis muslos un poco, la sola lectura ya me tenía estimulada, y saber que Alessandro me quería “desnuda y dispuesta”, me tenía entre asustada y excitada. Me desvestí rápidamente y me arrodillé sobre la alfombra esperándolo ansiosa. Sentí sus pisadas, estaba haciéndolo todo con una lentitud pasmosa, sin embargo, mantuve mi posición: palmas hacia delante firmemente pegadas al piso, la cabeza gacha y mi mirada fija en las virutas en la alfombra, sin importarme la estampida de elefantes corriendo en mi pecho.

¡Iba a morir de un ataque cardíaco antes de los veinte años!

—Creo que acabo de empalmarme más, si es posible —susurró con voz enronquecida—. Estuve todo el día imaginando cómo sería verte en esa posición, desnuda y dispuesta a complacerme. Ninguna de mis imágenes se acerca al espectáculo de verte como mi sumisa —se agachó a mi lado y su dedo recorrió mi columna vertebral, mandando mil espasmos a mi vientre bajo—. Puedo olerte... —su mano completa

acunó mi trasero, deslizándose hasta que sus dedos tocaron mis húmedos pliegues.

—*Mia bella ragazza* —susurró en su perfecto italiano...

«Joder, debería empezar a aprender el idioma».

Dos de sus dedos empezaron a pasarse alrededor de mi clítoris, pequeños jadeos salían de mi boca, pero aún no levantaba la cabeza, el espiral de mi vientre amenazaba con explotar en cualquier momento y apenas me había puesto una mano encima.

«La culpa es del libro... ¡Jodido Caleb!».

Los dedos de Alessandro seguían explorando lentamente mi muy necesitado centro, de un momento a otro, se detuvo... Jadeé de manera agónica.

—Siempre lista para mí... ¿Te excita esta posición, *principessa*? Estás demasiado húmeda, pero esto no es lo que tengo preparado para hacerte esta noche, Katheryne. No levantes la cabeza aún —ordenó suavemente, lo vi levantarse y caminar alrededor hacia el armario, escuché cuando abrió la puerta. El ruido de las gavetas siendo abiertas, tensó mi cuerpo aún más ante la anticipación de lo que estuviese pasando por su cabeza.

Salió del armario y llevó lo que había obtenido de allí a la cama antes de detenerse frente a mí.

—Levántate —ordenó con voz gruesa. Lo hice con suavidad, me cosquilleaban las rodillas—. Te volviste a depilar, esa es mi chica —sonrió y yo me di besitos mentales por mi buena decisión de depilarme por la mañana.

Se acercó a mí con su andar felino, mientras desabotonaba su camisa blanca.

Hice el intento de moverme.

—¡NO! —su mano tomó mi mentón obligándome a mirarlo fijamente. La otra fue a mi coleta jalando mi cabeza hacia atrás; su lengua delineó su labio y, en una fracción de segundo, estaba sobre mi boca, exigiendo, tirando, mordiendo y sometién dome a su voluntad, hasta que mis pulmones bramaron por aire. Mis piernas se sintieron de gelatina y nuevamente el espiral amenazaba con explotar. —Ve a la cama —caminé lentamente hasta llegar allí—. Recuéstate. ¿Sabes que no voy a hacerte daño? —asentí—. Voy a atarte, pero no como la última vez, voy a exigir de ti mucho placer —su voz se enronqueció más...

¡Cristo!

Tomó las esposas de la mesita y las colocó en mis muñecas, luego las ató a las cuerdas que había atado al poste de la cama.

—Ahora vendaré tus ojos —su mano se movió hasta alcanzar una pañoleta de color negro, cubrió mis ojos y la amarró en la parte posterior de mi cabeza—. Esto no es un castigo, voy a demostrarte que así también puedes obtener placer ¿Recuerdas tu palabra de seguridad? —dijo acariciando suavemente mis pezones.

Asentí incapaz de hablar.

—Dila. —Su voz fuerte me hizo pegar un brinco.

—Amor —dije con voz quebrada, por más que él decía que era para mi placer, no podía obviar el hecho que me había atado de la misma manera un par de días atrás.

—Buena chica, ya regreso. — Se iba a ir y me iba a dejar sola.

—Señor. —El timbre de pánico fue claro en mi voz

—Shsss —me arrulló, sus dedos se deslizaron por mi mejilla, podía sentir su aliento cerca de mi oído—. Prometo no demorarme, Katheryne. Tú solo... — pude escuchar su sonrisa sardónica—, tú solo no te muevas.

Los segundos se transformaron en minutos, los minutos en horas...

«Exagerada».

Sentí la cama hundirse levemente y luego las manos de Alessandro sobre mis muslos.

—Abre las piernas, *bella* — dijo con voz baja, ronca y sensual. Obedecí su orden, abriendo las piernas hasta que su mano abarcó mi sexo—. ¡Oh, Joder! Siempre tan lista, preciosa. Este coño ya no te

pertenece —sus palabras estaban cargadas de sexualidad mientras abarcaba mi sexo con una de sus manos—. Es mío y solo yo puedo darle el placer que se merece, y lo haré cuando lo considere necesario. —Sus dedos se adentraron en mis pliegues haciendo una carrera lenta y tortuosa, un gemido escapó de mi garganta. Sentía su respiración agitada cerca de mi oído...

Él estaba desnudo, podía sentir el calor de su cuerpo junto al mío.

—Hace tres noches, tuve el inmenso placer de estar en tu interior —su voz aterciopelada barría con todos mis instintos, mandando oleadas de placer a mi vientre bajo—. No te muevas o me veré obligado a atar esas lindas piernas... *Non so che diavolo ti ha portato da me, ma sono il maledetto più fortunato del mondo per averti*^[30].

¡Puto italiano! No entendía ni mierda de lo que me decía, pero sonaba tan sexy que estaba segura de que era algo sucio y perverso.

Uno de sus dedos se curvó en mi entrada, haciéndome separar mi espalda del colchón.

—Esta noche quiero probarte entera —susurró—. Te iniciaré en mi cultura, me proclamaré como tu Amo, seré tu señor y tú mi sumisa, ¿entendido?

—Sí, señor —susurré.

—Bien, pequeña. No hay nadie en casa, así que eres libre de gritar, gemir y jadear como quieras, no me prives de eso —su boca agarró fuertemente mi pezón izquierdo, haciéndome gemir por la fuerza con la que succionó. Estaba próxima a mis días y mis pezones estaban más sensibles que nunca—. Beberé de ti, del sabor de tu piel hasta saciarme, y luego te follaré hasta que el Nirvana nos haga explotar... ¿Estás lista, Katheryne? —su voz tenía una promesa implícita—. Contéstame.

—Soy toda suya... señor. —Estaba más que excitada y dispuesta.

Alessandro profirió un gemido gutural ante mis palabras.

—Es un verdadero placer verte así, Katheryne —dijo con voz ronca—. No sabes el placer que me proporciona verte así, entregada a mis deseos, tan dócil, tan... expuesta... —la última palabra la dijo en un tono de voz bajo—. Estás muy tensa, relájate, disfruta... —sus dedos recorrían el contorno de mi cuerpo suavemente, una caricia sensual e indolora hasta el momento.

Temblaba de deseo mientras estaba a la expectativa, mis sentidos se agudizaron a tal forma que podía sentir su respiración.

—Estos me pertenecen —sus manos abarcaron mis pechos, suave y lentamente—. Solo yo puedo ponerlos así. —Atrapó mi pezón entre su pulgar e índice, apretando con fuerza.

—¡Señor! —gemí de... ¿Placer? ¿Dolor? No lo sabía, pero podía sentir mi entrepierna humedecerse lentamente.

—Eso, pequeña, grita —volvió a apretar mi pezón. ¡Diablos, dolía! Incliné mi cabeza hacia atrás, intentando no olvidar que era necesario respirar. Acarició mis pezones con su palma—. Quiero que me digas si lo que te hago te gusta o no. Quiero que grites, gimas y jadees por cada sensación que recorra tu cuerpo. —Su voz de terciopelo se escuchaba deseosa, podía sentir el calor de su cuerpo, a pesar de que el único contacto entre nosotros eran sus dedos y su voz.

Pellizcó con más fuerza mis pezones y los hizo girar entre sus dedos. Sentí mi espalda arquearse sobre el colchón. Me mordí el labio, buscando sofocar los gritos que amenazaban por salir de mi garganta.

—Siempre voy a intentar llevarte al límite de tu resistencia, eres tú la que puede detener todo, tienes una palabra que puede hacer que todo se calme —no dije nada—. Voy a hacerte venir tantas veces que no habrá poder humano que te saque de la cama mañana. —En este punto, ya temblaba como una hoja ante la tormenta. Una de sus manos abarcó mi sexo, dejando que sus dedos recorriesen mis pliegues.

—¡Oh! ¡Jodido Cristo! —Mi respiración se volvió superficial y no pude evitar el grito cuando uno de sus expertos dedos se coló por mi entrada.

—¿Confías en mí, Katheryne? —Casi no escuché su pregunta, rodeada de múltiples sensaciones que sus hábiles dedos daban a nuestro cuerpo. Podían decirme que Marte era azul y lo creería—. Te he hecho

una pregunta —golpeó con su palma abierta mi henchido capullo de nervios...

—¡No! — dije en un gemido lastimero—. No puedo confiar en usted, señor, pero sé que no me lastimará adrede. —Mi voz salió estrangulada por mis nervios y por el deseo que se había formado en mi vientre bajo.

—Mmm, sabía que esa sería tu respuesta. —Hundió un dedo más en mi interior y mi vientre comenzó a tensarse ante la ya conocida sensación del orgasmo, mientras sus dedos entraban y salían de mi cuerpo y su boca se apoderaba de mi pecho.

Toda yo era una masa jadeante, temblorosa y terriblemente excitada

—¡Basta de juegos! —gimió como si se reprendiera así mismo.

¿Juegos?

—Sabes aún mejor cuando estás sofocada y fogosa, me intoxicas. Eres tan suave y dulce... Puedo convertirme en un adicto de tu coño jugoso, de tus pequeños pezones —uní mis piernas, tratando de crear un poco de fricción—. Mantén esas piernitas separadas si no quieres que use la barra de estiramiento.

Abrí las piernas lo más que pude, ya había probado la dichosa barra dos veces, no quería una tercera.

Alessandro me besó de manera suave y profunda antes de separarse de mí y levantarse de la cama.

Di un pequeño grito en protesta

—¿Ansiosa?

Ni muerta le diría que sí...

Lo sentí colocar algo a mi lado y luego algo suave tocó mi vientre...

Plumas...

Acarició mi sexo, mis pechos, mi vientre y mis brazos con las plumas, deteniéndose en mis pechos, haciéndolas girar poco a poco.

¡Maldita sea! ¡Estaba jugando! No había forma de que yo pudiese saber qué haría conmigo, me estaba enloqueciendo. A esa altura, parecía pez fuera del agua, luchando por que el oxígeno entrara a mis pulmones, deseando que él... ¡Dios!, deseando que él se hundiera en mí.

Sentí una leve pero molesta presión en cada uno de mis pezones, como si los pellizcara hasta más no poder.

—Amo...—reconocería esa presión siempre, había usado esas pinzas anteriormente, aunque esa vez parecían estar haciendo menos presión.

—Muy bien... Continuemos... —el corazón estaba a punto de salirse de mi pecho. Súbitamente, las plumas dejaron de acariciarme, su respiración estaba pesada, parecía que se contenía. Se separó de mí mientras respiraba fuertemente. Algo golpeó mi frente, era suave, algo extraño. Lo rozó hasta llevarlo por el puente de mi nariz, delineándola hasta llegar a mis labios, y golpear mi barbilla. El estómago se me contrajo cuando él lo posó debajo de mi nariz, cuero...

Bajó el objeto extraño por el valle de mis pechos, hasta bordear mi pezón izquierdo con él... Estaba callado, pero su respiración era tan trabajosa como la mía. Sentado a horcajadas sobre mí, podía sentir su miembro sobre mi centro. Estaba tan concentrada en el calor de su cuerpo, tan ida en miles de pensamientos y sensaciones, que brinqué cuando lo sentí.

Un golpe fuerte, total y brutal sobre mis ya sensibles pechos. Grité, me removí inquieta, deseando más... Otro golpe más en mi pezón derecho, uno más en el izquierdo.

¡Jesús bendito!

—¡Alessandro! —grité su nombre cuando seis golpes más se situaron en mis pezones. Tiré de las esposas sin importarme el dolor en mis muñecas.

Joder, dolía. Pero, paradójicamente, estaba muy excitada. Mi vientre dolía, mi cuerpo exigía más. Levanté las caderas encontrándome con su miembro duro y grande, deseando que acabara de una vez y por todas.

—Quieta, pequeña — gimió ante el contacto.

Quería creer que para él también estaba siendo difícil, pero no, seguramente para Alessandro “soy el puto amo del mundo” D’Angelo, era pan comido.

Salí de mi divagues mental cuando algo frío y húmedo, empapó mi vientre. El olor llegó rápidamente hasta mi nariz,

Mis ojos rodaron entre mis cuencas.

—Abre las piernas. —No me había dado cuenta de que las había unido. Sus manos tomaron mis rodillas, abriéndolas fuertemente y, entonces... un último golpe me hizo desear tener las manos libres.

Fue fuerte, rápido y muy doloroso... ¡Pero, joder! ¡Me había gustado!

—¿Te gusta? —su voz era irreconocible. ¡Y sí, señores!, para mi desgracia, la respuesta era afirmativa.—. Responde.

—Sí... —susurré obligando a mis cuerdas vocales a hablar.

—¿Sí, qué? —El objeto de cuero recorría mi vientre.

—Sí, señor.

Había golpeado mi clítoris con el cuero, haciéndome rodar los ojos, apretar más mis manos en puños y que los dedos de mis pies se retorcieran del dolor y placer, que disfrutaba a iguales medidas.

Dio un nuevo golpe sobre mi clítoris, haciéndome gritar en voz alta, e inmediatamente un líquido corrió sobre mis piernas. ¡El whisky estaba frío!

¡Soy una maldita masoquista!

—Tranquila —ordenó en voz suave mientras seguía vertiendo el licor frío sobre mi cuerpo—. Mira lo mojada que estás, Katheryne, y no solo es por el whisky —susurró en mi oído. Pude sentir su pecho rozando mis pezones, me besó duro. Su lengua invadiendo mi boca, sometiendo la mía a su santa voluntad. Había estado bebiendo Whisky, su sabor a menta junto con el licor me hicieron gemir quedito...

Sus labios empezaron a bajar a mi cuello, dando besos salteados por la separación de mis pechos, mi vientre...

Sus labios se situaron entre mis piernas, mordiendo y jalando mi clítoris una y otra vez, succionando en mi entrada; su lengua arremetiéndome contra mis labios vaginales, dando lametones mordaces, saboreando el whisky que había esparcido anteriormente junto con la humedad de mi excitación. Repitió sus suaves lametones en contra de mi clítoris, una, dos, tres veces...

¡Por Dios Santo! Tiré de mis muñecas jadeando por sus caricias, gimiendo por el dolor.

—Por favor... —rogué.

Una nueva succión casi hizo que tocara el orgasmo.

—Por favor, señor — gemí en voz alta, mi cuerpo separándose completamente del colchón, pero él continuó inflexible.

Lo intenté, lo juro que lo intenté, pero fue en vano, el clímax me arrasó con fuerza, como si la tierra cediera bajo mis pies y me introdujera en un orificio oscuro.

—¡Diablos! —grité, porque sabía que eso aumentaría el número de azotes marcados a mi nombre. El espiral se expandió y barrió con cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Tu sabor es tan fino, Katheryne, tan exquisito... —Y sin más, sus manos tomaron mis caderas para penetrarme con una fuerte embestida, empujándome hacia atrás. Mi cuerpo se tensó al sentir un invasor dentro de él, doloroso y placentero a la vez, y Alessandro D’Angelo se quedó quieto, enterrado dentro de mi cuerpo como un ancla.

—Me gusta mucho escuchar como ruegas para que te permita tener un orgasmo —susurró—. Sabes perfectamente que tus orgasmos me pertenecen. Levanta tus piernas, preciosa, envuélvelas alrededor de mi cintura. —Hice lo que me pidió débilmente, tensando mis piernas a su cintura, doblando los pies justo en el inicio de su trasero, cuando lo sentí salir un poco y volver a embestirme fuertemente, haciendo que mi cuerpo se moviera hacia adelante.

Por la cabeza de Thor...

—¡No volverás a correrte, a menos que yo te lo pida! —gritó embistiéndome. Puse los ojos en blanco mientras trataba de seguirle el ritmo, era desesperantemente abrasador. Sus manos se colaron debajo de mi espalda, alzándome un poco, dándole a Alessandro un mejor ángulo de penetración. Comencé a jadear de forma entrecortada, agarrando las esposas para evitar hacerme más daño en las muñecas.

El vaivén era tortuoso, desesperado, me estaba volviendo loca de placer; luchando por respirar, gemir, jadear y no permitir que el espiral reventara de nuevo, y entonces, empezó a moverse. A moverse de verdad. Completamente carnal, salvaje, sin miramiento alguno. El sonido de nuestras pieles era fuerte y desgastante, entraba y salía de mi cuerpo rápidamente, sin consideración alguna. Jadeaba entre dientes, su carne chocando contra la mía de manera ruidosa...

—Por favor... Señor... Por favor... —Lloriqué entre jadeos y gemidos, no iba a poder soportarlo.

—Joder, dime que leíste sobre Kegel—gimió entre dientes—. ¡Dímelo!

—¡Sí! —grité, presa de las sensaciones, perdida en el mar de electricidad que amenazaba con destruir mi cuerpo.

—Hazlo... Ciérrate sobre mí, ¡joder! ¡Hazlo ahora! —fue una orden agónica y exigente, traté de cerrarme como lo había leído, traté de hacer lo que había practicado mientras iba al baño, y la sensación fue diez mil veces más placentera.

Iba a morir, ese hombre acabaría conmigo... en mi interior, la mujer que habitaba ahí escribió tortuosamente su testamento.

—¡Sí! ¡Oh, joder!... Jodido Cristo —murmuró entre cortado, haciéndome gritar de forma gutural—. Es tan placentero follarte, preciosa... —. Su voz rasgada de placer acompañó a su movimiento, siseaba entre dientes y gruñía de forma descomunal mientras no me daba tregua.

Dios... Dios... Dios...

Estaba poseyéndome de forma apremiante, fuerte, ruda y desesperada. Sentía un tornado formarse en mi vientre.

—Nece... Por favor... Por favor... Por favor... —dije mordiendo mi labio, evitando por todos los medios que el tornado arrasara. Tenía los puños cerrados mientras intentaba controlar mi respiración.

—¡Córrete para mí! —ordenó en un ronco jadeo—. ¡Ahora! —ordenó agónicamente.

Me dejé llevar por un nuevo orgasmo. ¡Oh...! ¡Joder! El tornado arrasó y destruyó todo a su paso: mi voluntad, mi fuerza, mi instinto. Mis piernas se soltaron de sus caderas mientras él seguía embistiendo, lo sentí vibrar con fuerza mientras un gemido animal salía de su boca. Sus dedos se enterraron en mi cadera mientras todo su cuerpo se tensaba. Soltando mis caderas para sentir sus manos a cada lado de mi cuerpo, respirando fuertemente sobre mi pecho, expulsando hasta la última gota de su orgasmo dentro de mí.

Sus labios buscaron los míos, que se movieron por inercia... Esperaba que no necesitara más de mí, estaba muerta y follada en toda la extensión de la palabra. Salió de mí despacio y se tiró a un lado de la cama, su respiración acelerada y su corazón como mil elefantes en estampida.

—Bien hecho, preciosa —murmuró entre dientes—. ¿Esto ha dolido?

Joder, sí había dolido, pero a la vez había sido tan placentero...

—Contesta...

—Un poco, pero fue tan... No hay palabras, por favor, quita la venda de mis ojos, Amo, quiero verte. —Sus manos acariciaron mi mejilla y luego subió la pañoleta, quitándola por completo de mis ojos. Me costó medio segundo adaptarme de nuevo a la claridad.

Alessandro sonreía, una sonrisa de "soy el dueño de tus orgasmos", parecía orgulloso de sí mismo. Sus dedos trazaron planos inexistentes alrededor de mis pechos y luego quitó las abrazaderas, haciéndome emitir un pequeño gemido cuando la sangre se reactivó en ese lugar. Llevó su boca hasta mi pecho y deslizó su lengua de manera suave por mi pezón, haciéndome gemir bajo su cuerpo, repitió la acción con el otro, no había la necesidad ni la desesperación de antes, su lengua se movía perezosa sobre mi piel. Se estiró sobre mí, tomando de la mesa de noche las llaves y abriendo las esposas de manera lenta y

pausada.

—Debes moverte menos —susurró suavemente mientras repasaba con sus dedos las marcas en mis muñecas.

—Deberías atarme menos —respondí.

—Y quitarle la diversión a todo esto...—se acercó a mi rostro—. Me gusta verte rendida a mí.

Pestañeeé, sintiéndome cansada.

—Eh, no te duermas —susurró—, la cama está pegajosa y tú estás empapada —acarició mi mejilla—. ¿Estás destrozada, no es así? —Su tono de voz fue engreída. No le contesté, no pude hablar, mis neuronas se negaban a conectarse una con la otra, así que asentí levemente.

—No he tenido mi cuota de ti todavía, dije que me saciaría de ti, ¿recuerdas?

«¡Este hombre estaba loco! Eso, o es un adicto sin remedio».

—Estoy agotada, no podría obedecerte ahora —dije como niña frustrada.

—Quiero más, mucho, mucho más... puedes darme más —susurró lentamente.

—Gírate y ponte a cuatro patas, no me discutas —ordenó.

«Ni loca, no puedo mantenerme en pie».

—Katheryne... —Su voz tuvo un timbre de advertencia al ver que no me movía.

—No puedo... —susurré en un gemido lastimero.

—Vamos, pequeña, gírate y afianza tus manos en el cabecero de la cama, ¡ahora! —Di un gemido ahogado, pero hice lo que pidió con movimientos torpes y pausados y me sostuve del cabecero de la cama—. Abre las piernas —dijo moviendo su pierna entre las mías—. Después podrás dormir, preciosa, *Sei bella, come una morbida e delicata rosa.*^[31] —Golpeó mi trasero haciéndome gemir.

—Esto es por haberte corrido sin mi permiso —su mano acarició el lugar donde el golpe fue dado—. Abre más las piernas... —Hice lo que me pidió, lo vi tomar una fusta de cuero y acariciar mi espalda con ella.

—Virgen de Guadalupe. —Me incliné hacia delante, presa de sensaciones encontradas... Placer y dolor...

«¡Joder, nuevamente estoy húmeda!».

«Masoquista... Masoquista, mil y una vez Masoquista...».

Su mano izquierda me hizo bajar la espalda sin deshacer mi amarre al cabecero.

—Algún día voy a follarte por aquí... —mi cuerpo se tensó—. No hoy, Katheryne, pero algún día lo haré. —La fusta hizo círculos sobre mi ano.

«¡Oh, no! ¡Azótame, papito! Mi culo es y seguirá siendo virgen hasta que me muera...»

—Esto va ser rápido, muñeca, tú sólo agárrate fuerte —dijo mientras agarraba mi cabello con su mano, enredándolo en ella y tirando mi cabeza hasta pegarla con mi espalda—. ¡Sostente, preciosa! —gritó, su cuerpo se pegó al mío, mientras se introducía en mí de un solo tirón.

Me embestía de forma frenética, una y otra vez, sin tregua, sin parar. Su miembro se abría paso en mi interior, tocando un puntito que me estaba haciendo ver estrellas, literalmente. Una de sus manos en mi cadera, la otra en mi pelo tirando de él fuertemente, obligándome a cerrar los ojos para no caer presa de una combustión. Cada vez lo sentía más adentro, más profundo.

¡Jesús, Alá, Buda...!

—Voy a correrme. —No le estaba pidiendo permiso, solo avisándolo.

—Es muy pronto —dijo entre dientes mientras empujaba sus caderas hacia las mías.

—Por favor...

—Por favor, ¿qué?

—Por favor, señor, maestro, Amo, dueño, patrón... ¡Oh Dios mío! —susurré logrando conectar todas mis neuronas. Lo sentí sonreír mientras se movía aún más fuerte y rápido.

Su mano soltó mi cadera, tocando mi clítoris, pellizcándolo y tirando de él. «¡Cristo, va a matarme!»

— Vamos, Kath, dámelo... —gruñó entre dientes mientras el tornado, ¡joder! ¡Qué tornado ni que ocho cuartos! ¡Eso era un tsunami! ... Sí, uno que sacudía mi cuerpo con espasmos temblorosos y jadeos ahogados. Sentí cómo él se liberaba dentro de mí. Mis manos perdieron fuerza y caí en la cama como peso muerto, mientras Alessandro salía de mi cuerpo y se acomodaba nuevamente a mi lado.

Giré mi cabeza, viéndolo, entre despierta y dormida.

—Bienvenida al BDSM, *cara* [\[32\]](#)—murmuró colocando mi cabello detrás de mi oreja.

Nueve

Tal como en nuestra primera vez, Alessandro me dejó sentada sobre el sanitario mientras llenaba la tina. Mis párpados se sentían pesados, pero me esforcé para permanecer consciente. Lo sentí peinar mi cabello con sus dedos hasta atarlo en un moño flojo en la cima de mi cabeza. Mi cuerpo se sentía pegajoso y me escuchó gemir cuando me introdujo en el agua tibia.

La temperatura del agua era agradable, y se sentía maravillosa en mis músculos doloridos. Cerré los ojos disfrutando el momento. Él era tan fuerte, tan salvaje... tan todo... llámenme masoquista y quizá es porque no sabía nada de sexo hasta que él llegó a mi vida, pero me gustaba su fuerza, su entrega, me gustaba el control que él ejercía.

Estaba volviéndome loca, pero no podía evitarlo, todo era tan nuevo para mí. Las dos veces que habíamos estado juntos, sentí que me fui fuera del planeta, que levité.

Él deslizó la esponja con suavidad. Había estado tallándome la espalda desde que me sumergió en la tina. Su respiración era suave y tomó todas mis fuerzas abrir los ojos y simplemente observarlo. Tenía el ceño fruncido, pero no por molestia. Estaba muy concentrado, sus manos enjabonadas recorrieron mis piernas hasta abrirse paso con la esponja, haciéndome soltar un jadeo. Su mirada me recorrió entera, pero no cambió nada la manera cómo me observa... no era deseo, no tenía que ver con ningún tipo de connotación sexual, tampoco ternura, era algo que no pude describir. Esperé ansiosa el momento en que me dijera que iba a meterse en la tina conmigo, pero el tiempo pasó, el agua se enfrió y no lo hizo. Estaba gloriosamente desnudo, arrodillado fuera de la bañera mientras seguía enjabonándose, susurrando cosas que no podía entender. Su voz era ronca y varonil; su murmullo, música para mi semiconsciente ser. Cerré mis ojos una vez más hasta que volví a escucharlo...

« ¿Está cantando? ».

*L'inverno sai finira
e come e arrivato sene andra
e scoigleiera il dolore
come la neve al sole
E le ferite che hai
lo sai guariranno prima o poi
dopo la notte l'aurora
ancora verrà si perché...^[33]*

Sí, estaba tarareando, cantando algo de manera baja y profunda. Lo único de lo que estaba segura era de una cosa, no era ni español ni inglés. Estaba cantando en su lengua materna, en italiano. Conocía la melodía, la había escuchado en algún momento, pero no logré recordar cuál era. Estando rodeada de la voz fina y hermosa del hombre a mi lado, que cantaba de manera suave y pausada, sentí mi corazón encogerse. La tristeza que expresaba su canto era sobrecogedora. Alessandro se giró, observándome de manera intensa mientras se silenciaba. Me regañé mentalmente por haber abierto los ojos. Vi su nuez de Adán subir y bajar mientras su mirada continuaba taladrándome.

—¿Cuándo viene tu período? —Su voz se endureció y extrañé la suave melodía de unos minutos atrás. Nuevamente era el Lex serio e inflexible.

—¿Qué día es hoy?

—Tres de julio, Dimitri dijo que podía ausentarse. En caso de que no suceda, debes informarme.

—Okey...

—¿Cómo? —Alzó una de sus cejas, mirándome interrogante.

«¡Ups!».

—Sí, señor. —Puntualicé.

—Eso es, pequeña, necesito que te pongas de pie. —Lo hice con su ayuda y él tomó la ducha de mano, ayudándome a quitar los restos de jabón de mi cuerpo. Me envolvió en una gruesa toalla y me sacó de la tina en brazos. Quería arrullarme en su pecho, quería que volviera a cantar, pero hasta sus latidos parecieron detenerse mientras caminaba hacia la habitación. Me dejó en la cama y colocó un mechón de mi cabello, que se había soltado del moño, detrás de mi oreja.

—Señor... —tomé su brazo acercándolo a mi pecho—. Me gustaría saber el nombre de la canción que entonaba en el baño.

Vi la rigidez de su cuerpo. Su boca se tensó, pero sus ojos no me dijeron nada. Zafó su mano de la mía y se levantó de la cama.

—Estás tan cansada que imaginas cosas, *principessa*. Yo no canto —no era una loca, lo había escuchado cantar en el baño. Lo vi colocarse su albornoz y caminar hacia el arco que dividía las habitaciones—. Mañana, quédate en casa... no es una sugerencia.

Estaba demasiado cansada para rebatirle. Yo lo había escuchado, no estaba tan cansada como para imaginar cosas y, en cuanto a su orden, estaba segura de una cosa... No la cumpliría ni ahora ni nunca.

La claridad en la habitación me hizo despertar. Moví mi mirada hacia la mesa de noche buscando el celular para ver la hora; estaba demasiado claro, así que algo en mi interior me decía que era terriblemente tarde. Tomé el celular, levantándome de golpe al notar que era casi mediodía.

¡Joder!

No pude evitar que un lastimoso gemido brotara del interior de mi garganta al levantarme bruscamente. Cerré los ojos y respiré lentamente debido a la molestia... Pero nada de lo anterior se podía comparar con el grito que pegué cuando vi mis muñecas

¡Doblemente joder!

Pequeñas marcas de color morado marcaban mi piel.

Miré nuevamente hacia la mesa, encontrando dos píldoras y una pequeña nota, escrita con una caligrafía pulcra.

Toma las píldoras, no salgas de la cama y descansa. Estaré en casa a la hora de siempre.

¿No salgas de cama? ¿Descansa?

«No, amigo, mi hija aún me espera».

Me levanté con cuidado y caminé hacia el baño, gradué el agua de la ducha y me di un baño rápido, sin importar la incomodidad que me embargaba. Antonella sería mi prioridad siempre.

A mi mente llegaron las palabras de Gianna Fideo mientras me hablaba de una mujer llamada Fiorella. No había querido preguntarle a Lex por temor a uno de sus comentarios fuera de tono. Salí del baño y me coloqué una falda amplia de rayas negras y blancas, plisada, que llegaba a mis rodillas, junto con un suéter de mangas largas. Si bien no era mi ropa normal para vestir, era lo más cómodo que había encontrado entre la ropa que Lex me había comprado.

Busqué mi celular entre la cama sin hacer. La batería estaba casi muerta y tenía tres mensajes de Chris.

El primero era una cadena sin sentido de *WhatsApp*. El segundo, una imagen chistosa. En el tercero me preguntaba si iría a casa, que si estaba bien.

Respondí rápidamente, notando cómo el tiempo volaba. Cubrí las marcas en mis muñecas con algo de base y me maquillé rápidamente. Até mi cabello en una coleta baja y salí de la habitación encontrándome con Benjamín en la mitad de las escaleras.

—Iba hacia su habitación, señorita, ¿desea algo especial para desayunar?, ¿necesitaba que le subiera algo?, ¿ha estado mucho tiempo llamándome? — preguntó con evidente preocupación.

Negué con la cabeza.

—Buenas tardes, Ben. No voy a desayunar, se me hizo tarde —respondí mientras bajaba las escaleras.

Ben bajó detrás de mí.

—Riley salió con el señor y no ha vuelto, señorita. Además, tengo órdenes de no dejarla salir de la casa.

—¿Qué?! —Tuve que recordar que Ben solo cumplía órdenes, como yo.

—El señor dijo que...

—No, si ya te escuché, pero el señor no está aquí.

—Lo siento, señorita, pero...

—Benji, eres genial y sé que es tu trabajo, pero no vas a evitar que salga —Ben intentó rebatirme—. Si Lex viene, yo asumiré la responsabilidad.

—Al menos, deje que le llame un taxi —gritó mientras bajaba los escalones de la terraza.

—Es tarde, lo tomaré en la avenida, pero gracias. —Intenté caminar más rápido, o al menos lo más rápido que mi cuerpo permitiera.

La casa de Alessandro quedaba lejos de las vías principales, pero me las arreglé para encontrar transporte.

Llegué a casa pasado el mediodía. Christian no estaba y Gabriel atendía a unas clientas en el spa. No me miró cuando llegué, por lo que seguí de largo escaleras arriba, encontrándome a Nella sobre el suelo mientras ella y Demi —nuestra vecina que hacía de niñera— masacraban un libro de dibujo. Me arrodillé junto a ella, atrayéndola hacia mí para alzarla y darle un beso. Esperé cualquier cosa menos que mi niña empezara a llorar incontrolablemente. Me levanté con ella en brazos y la arrullé intentando calmarla, pero parecía enojarse más con el transcurrir de los segundos. Demi me la quitó de los brazos intentando calmarla, pero tampoco parecía tener efecto alguno.

—¿Qué rayos? —Gabriel llegó a la habitación extendiendo los brazos hacia mi niña. Antonella se recostó en su pecho y metió su dedo a la boca mientras mi amigo la arrullaba—. Ya, ya... Aquí estoy, Nella... ¿Qué ha pasado, caramelito? —Su pequeño cuerpo se estremecía por los sollozos, nunca Antonella había reaccionado de esa manera conmigo. Verla llorar así hacía que mi pecho se hundiera y que el dolor fuese lacerante.

Gabriel logró calmarla unos minutos después. Una de las clientas que atendía lo llamó desde el spa y él le tendió la niña a Demi.

—Intenta que no tenga esas crisis, sabes que pueden hacerle daño —ella asintió—. Cualquier cosa, estoy abajo. —No se dirigió a mí, no me miró mientras estuvo en la habitación. Bajó las escaleras y lo escuché reír mientras decía algo a la mujer que lo estaba esperando.

Añoré al amigo incondicional, pero no me dejé desmotivar por ello. Intenté acercarme a Nella nuevamente, pero mi bebé giró el rostro recostándose en el pecho de Demi, que pareció avergonzada.

Demi se fue de casa media hora después, pues tenía que ir a clases. Antonella estaba dibujando, había estado tranquila y risueña, así que lo intenté una vez y me arrodillé a su lado; acaricié su cabello y ella me tendió un crayón. Lo tomé temerosa de que ella volviese a tener una crisis, pero no volvió a suceder, estuvimos “dibujando” por lo que parecieron horas. Preparé su comida y me senté con ella frente al televisor mientras transmitían su programa favorito. Chris llegó mientras intentaba que Nella comiera,

había intentado todo, el avión, la cuchara loca; incluso, la había engañado con una galleta, lo que la hizo ponerse irritable.

—¿Por qué torturas a la pequeña princesa?

—Intento darle de comer, Demi me dijo que no lo ha hecho en toda la mañana.

—Le están saliendo unos dientes —abrió la boca de mi niña y me mostró sus encías enrojecidas—.

Gab y yo nos dimos cuenta por la noche cuando nos tiró el biberón, dame acá. —Le tendí la taza y él la llevó a la licuadora, triturando el contenido mientras se quitaba la corbata y la enrollaba en su muñeca. Cuando volvió con nosotras, Antonella empezó a comer de su mano.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos. ¿Qué estaba haciendo? Debía saber lo de los dientes, Nella estaba en la edad en que sus molares superiores estaban saliendo. Recordé no una, sino tres veces, porque estaba haciendo todo, porque me acostaba con un hombre por dinero. Quería darle garantías de vida a la hija que el destino e Isabella me habían regalado.

Ella no me estaba olvidando simplemente...

Dios, ¿a quién quería engañar? Había leído que los niños pequeños sentían el abandono de sus padres. Para Antonella, yo era su madre y hacía casi un mes que solo pasaba un par de horas con ella.

Caminé hacia el balcón, completamente confundida. Tenía emociones cruzadas. Quería volver a casa, arreglar las cosas con Gabriel, volver a mi vida de antes, pero también estaba el contrato y lo que Alessandro esperaba de mí. Mi hija era lo más importante en mi vida, sin embargo, ella se estaba resintiendo por mi ausencia.

No supe cuánto tiempo estuve ahí hasta que Christian apretó mi hombro haciéndome emitir un suspiro satisfactorio.

—¿Comió?

—Hasta la última gota —sonrió—. ¿Cansada...? —la burla en su voz era palpable—. ¿Tan bueno es Alessandro D'Angelo en la cama?

—Christian...

—Del uno al diez... ¿Es un demonio o un animal? —alcé una ceja—. ¡Oh, mujer! ¿Es bueno en la cama? ¿Te trata bien? ¿Te permite culminar o es un cerdo egoísta que solo piensa en él? —fue su turno de alzar las cejas—. Oh, vamos nena, alimenta a la mujer chismosa de mi interior.

—Del uno al diez... Cien, es un león. —Sonreí ante su ridícula mirada.

—¡Jodido Cristo!

—¡Muy jodido! —dije riendo.

—¿Sabes que el león solo dura veinte segundos montando a la leona?

—Pues te puedo asegurar que Alessandro dura más de veinte segundos...

—¡Oh!... ¿En qué momento pasaste de ser mi pequeña virgen a ser una pequeña zorra?

—Desde el momento que me vendí por más de medio millón de dólares. —Intenté que fuese una broma, pero mi voz se cortó en medio de la oración. Chris me había hecho caer en una gran realidad, yo era solo una puta y estaba perdiendo a mi niña por ello.

—Kath... Oh, nena, no lo dije con la inten... —Su mirada y su tono de voz cambiaron, me encerró entre sus brazos con fuerza y no pude hacer más que llorar.

¡Estaba harta de llorar!

—Se alejó de mí esta mañana —miré a mi bebé en su silla alta de comer mientras miraba la televisión. Christian le había dado su chupón—. Cuando fui a alzarla, empezó a llorar incontrolablemente, y yo...

—Shsss... —Chris me arropó entre sus brazos—. Tranquila, no pasa nada.

—Ella me rechazó, solo se calmó con Gabriel... Ni siquiera sabía lo de sus dientes. Es mi hija, Chris.

—Es solo una bebé, princesa. Es lógico que, en estas últimas semanas, Gab y yo sepamos un poco más de ella o quiera estar más tiempo con alguno de los dos.

—Pero yo...

—Lo sé, cuando vuelvas, todo será como antes.

—Falta un año para que vuelva.

—Pero volverás al final...

—¿Alguna vez te he dicho lo excelente amigo que eres, Christian?

—Sí, pero puedes decírmelo un poco más.

Golpeé su pecho sonriendo.

—Eres el mejor amigo que la vida pudo darme y te amo por ello.

—También te amo, niña, harás que se me corra el rímel... —Fingió limpiarse una lágrima, haciéndome sonreír.

—No te preocupes por mí, Chris. Alessandro no es un mal amante. Es algo inflexible y mandón, pero no es alguien al que deba temerle —la alarma del celular me informó que era hora de marcharme—. Tengo que irme. —Busqué mi bolso, ignorando la vibración de mi celular.

—Ve tranquila, la nena estará bien, solo son dientes... Por favor, sácate los fantasmas de la cabeza. —Sacó su billetera, entregándome un par de dólares.

—Chris...

—No es mío, es parte del dinero que quedó, tómalo por si necesitas huir...—Lo abracé de nuevo, muy fuerte.

—Cuida de mi bebé.

—Sabes que soy como su madre —dijo mirándome a los ojos.

—Lo sé. —Di un beso a Antonella y bajé las escaleras, encontrándome con Gabriel recogiendo el cabello del suelo.

—Las crisis de estrés no son buenas para el corazón de Nella. —Alzó la vista mirándome con determinación.

—Gabriel, tú y yo tenemos que hablar, yo sé que...

—No, Katheryne, si hablo contigo, diré cosas de las cuales me arrepentiré. La niña no nos hace estorbo, pero si te diste cuenta, está sintiendo tu ausencia, deberías pasar más tiempo con ella.

—Yo lo intento, pero...

—No, no quiero tus excusas. Aceptaste ser la... —Respiró profundamente—, de ese hombre por Antonella; pero si sigues pasando tan poco tiempo con ella, seguirá sucediendo lo de hoy. Los niños, aunque pequeños, sienten todo, Laura —odiaba que me llamara por mi primer nombre—. Imagino que vas con prisas, así que solo vete. —Empezó a subir las escaleras sin mirarme de nuevo.

«No voy a llorar, no voy a llorar, no lo haré...».

Contuve mis lágrimas hasta que estuve dentro del taxi.

Sasha abrió la puerta cuando toqué. No vi ninguno de los autos aparcado en la entrada, por lo que supuse que Alessandro aún estaba en la oficina, había dicho que volvería a la hora de costumbre. Sin embargo, mientras caminaba en dirección hacia la escalera, lo vi saliendo del estudio.

—Ven aquí... ¡Ahora! —Se giró, dejando la puerta abierta. Por la postura de su cuerpo y su tono al hablarme, supe que estaba cabreado... muy, muy cabreado. Sin embargo, caminé con pasos lentos hacia donde él me esperaba, recostado en su escritorio. Se había quitado la corbata, arremangado la camisa hasta los codos y abierto los primeros botones. Bajo el escrutinio de cualquiera, parecería que había adoptado una postura despreocupada, pero el fuego flameante de sus ojos corroboraba lo que pensé al escucharlo, estaba total y completamente molesto.

—Cierra la maldita puerta.

—Alessandro...

—No solo me desobedeces, sino que también cometes errores, Katheryne —se acercó con premura y

su mano apretó mi quijada—. En estos momentos, no soy Alessandro.

Tragué saliva.

—Lo siento, señor.

—Arrodíllate —me hiqué frente a él—. ¿Eres creyente, Katheryne? —fijé mi mirada en el suelo de madera—. Te he hecho una pregunta. Parece que además de desobediente, eres sorda cuando te conviene.

—Sí.

—¿Sí qué, Katheryne?

—Sí, señor —susurré.

—Bien. Pon tus manos como si fueses a rezarle al santo en el que más creas —vacilé un poco—. ¡Es para hoy, Katheryne! —expresó en tono fuerte.

Uní mis manos y él tomó mis muñecas, dándole una mirada a las marcas púrpuras en ellas—. Si te mueves, si vuelves a hacerte daño... Te irá peor — sacó una cuerda pequeña desde su bolsillo trasero y la ató con un nudo en la punta. La pasó por mis muñecas, con sumo cuidado de no maltratar las marcas anteriores, y luego ató con la misma cuerda mis brazos a mi torso; había leído sobre esto, era *bondage*.

Volvió al escritorio y quitó una especie de lona que yacía ahí.

—Estoy cansado de dar órdenes que no se cumplen. Me agotas, *Dolcezza*. ¿Qué no puede un hombre comprar a una mujer y esperar que esta haga lo que él le ordena? Quiero azotarte el culo hasta dejarte imposibilitada para sentarte, pero creo que es eso lo que estás esperando —tomó una fusta delgada y la acarició con sus manos—. Quizás cinco azotes con cada uno de estos objetos te hagan entender quién manda aquí...

No podía ver qué objetos eran los demás, pero obvio no quería que me azotara.

—Señor, si me dejara explicarle...

—¿Qué no entiendes? ¿Te he permitido hablar? —su dedo subió mi barbilla hasta que mis ojos se encontraron con sus esmeraldas—. Te quiero callada.

—¡Déjame explicarte! —grité, nerviosa, cuando lo vi tomar una pala de madera con un mango largo y una superficie gruesa al final

—¡No tientes a tu maldita suerte! —golpeó el escritorio con la pala, haciéndome saltar en mi sitio. Luego se desabrochó el cinturón y se lo quitó sosteniéndolo con una mano antes de caminar hasta quedar a mi espalda—. Quizás lo que necesitas son cinco buenos latigazos...

—Por favor...

—¡¿Qué?! No te escucho, Katheryne...

—Solo déjeme decirle porqué lo hice, porqué es tan importante para mí salir. —Se agachó a mi lado, chasqueando el cinturón, haciendo que todo mi ser temblara ante el ruido del cuero golpeando contra el suelo, y sonrió, dejando que una mueca diabólica se instalase en su rostro.

—.¿Y quién demonios te dijo que me interesan tus razones?... ¡Lo único que me interesa es que cumplas mis malditas órdenes!

—Por favor, señor... —Mi voz se quebró y él me tomó del brazo levantándome del suelo, colocándome frente a los artículos. Un látigo con siete tiras de cuero reposaba al lado de la fusta, la tabla y una vara delgada. El látigo tenía pequeñas bolas sostenidas por nudos en las puntas de cada tira.

Ver ese objeto hizo que temblara del miedo, parecía ser doloroso. Si tenía que contarle sobre Nella, lo haría.

Levantó mi falda, arremolinándola en mi cintura; deslizó sus manos por mis muslos hasta alcanzar el elástico de mis bragas y lo bajó con premura. Un espasmo me atravesó de la cabeza a los pies, la anticipación corriendo por cada una de mis terminaciones nerviosas. Sus manos volvieron a acariciarme, rozando deliberadamente los cachetes de mi trasero.

—Abre las piernas —respiré profundamente y las abrí—. Más... Respira profundo —sentí cómo introducía algo en mi interior y me mordí la mejilla para no gemir. Él dio una sonora cachetada en mi

trasero con su mano abierta, que hizo que el objeto en mi interior se moviera. Apreté los dientes, buscando no sentir—. Gírate.

Tragué el nudo que obstruía mi garganta antes de hacerlo. Alessandro estaba frente a mí, se había desabrochado el pantalón y sostenía su miembro semierecto en su mano izquierda, acariciándolo de arriba a abajo.

—Híncate y hazme una felación.

Me lo quedé mirando como si me hubiese dicho una locura, como si tuviese dos miembros en vez de uno.

—¿Qué esperas? ¿O prefieres los azotes? Ya entiendo, tienes las manos atadas.

«Bingo»

«Y el premio a eminencia del mes es para... Redoble de tambores, por favor».

—Usa tu boca y no te atrevas a hacer una tontería.

«¿Tontería?».

¿Qué tan difícil era mamar una polla sin manos?

Me arrodillé frente a él y mantuvo su miembro sujeto en su mano, tomé un largo respiro antes de pasar mi lengua por su glande, una, dos veces...

—Puedes darme más que eso, no eres tan mediocre. —Su voz era como el hierro, dura y severa, pero su miembro era cálido entre mis labios. Si bien no sabía cómo diablos hacer eso, no creía que fuese tan difícil. Envolví mis labios alrededor del glande y le di una pequeña succión, antes de lamer una gota de líquido preseminal. Él era enorme, y yo sabía que no me cabría toda en la boca. Era difícil sin mis manos; sin embargo, relajé lo más que pude mis músculos y avancé de rodillas hasta poder abarcar más de su erecto miembro entre mis labios. Su sabor era extraño, pero no desagradable.

—Eso es... —gimió manteniendo su miembro aún sujeto. Volví a succionar con más ahínco—. Sabía que podías... —su voz salía completamente distorsionada a medida que más de él entraba en mi boca—, que podías dar más, Katheryne. — Cuando ya no pude llevarlo más a fondo, dejé que mi lengua se deslizara por su extensión. Cerró su mano libre alrededor de mi pelo, tirando mi cabeza hacia delante.

¡Joder, quería ahogarme!

Salí un poco y volví a meter su intimidante polla en mi boca, lo vi apretar los dientes mientras sus piernas se tensaban. Dejé que nuevamente mi lengua se enroscara alrededor de su miembro, mientras lo hacía entrar y salir. Ahora solo necesitaba llevar el ritmo.

—Dame más... —susurró.

Me llené de valor empezando a lamer con más rapidez. Esto era una paleta... Sí, eso era, me dije mentalmente mientras cerraba los labios entorno al glande y succionaba, ayudándome con mi lengua. Su mano empujó mi cabeza, encontrando un ritmo entre rápido y constante que me pareció fácil. De la boca de Alessandro, brotaban palabras inentendibles, además de una que otra palabra en italiano. Movié su mano en mi cabeza ganando más velocidad y fuerza con cada empuje.

Decir que esto no me excitaba era mentira... Joder, estaba desesperada con sus gemidos. El aparato en mi interior no ayudaba a controlar el deseo, pues rozaba mis paredes internas con cada movimiento. Sentía mi cuerpo muy caliente, mi entrepierna latía fuertemente y mis pezones se golpeaban con las piernas de él en cada embestida. Encrespé los dedos de mis manos, la sangre corría veloz por mi cuerpo, mi corazón ya no latía... No, mi corazón estaba en una carrera frenética junto con mis pulmones, luchando por circular sangre y oxígeno por mi cuerpo. Mi garganta se relajaba cada vez más permitiéndome abarcarlo unos centímetros más que al comienzo.

Alcé la mirada disfrutando ver el estado de Alessandro. Su mandíbula tensa y cuadrada, las venas de su frente sobresalientes, los pectorales cincelados marcándose en la tela... No podía ver su mirada, ¡pero, por Thor!... todo su cuerpo derrochaba lujuria.

Con mis dientes, acaricié su glande suavemente...

—¡Joder! ¡Maldita sea! No uses los dientes —gimió entrecortado.

El miedo había pasado, dando a mi cuerpo una sensación orgullosa. Era yo la que le proporcionaba placer, era por mí que gemía y jadeaba sin cesar, era yo la que hacía que hablara entrecortado en su idioma de cuna. Él estaba disfrutando de todo el placer que le daba.

Su polla comenzó a vibrar, pequeñas sacudidas violentaban mi boca, una señal clara de que estaba muy cerca su liberación. Apreté mis labios contra su pene, mientras follaba mi boca; la mandíbula empezaba a dolerme, pero no importaba, no bajaba el ritmo, yo seguía en mi labor.

—¡Trágalo todo! —dijo con voz estrangulada. Un profundo y gutural gemido de placer rugió en su pecho justo antes de que su miembro empezara a chorrear dentro de mi boca.

Espesos chorros de semen llenaron mi cavidad bucal, haciendo que las arcadas aparecieran. Él tensó su agarré en mi cabeza y yo tragué su liberación.

—¡Ah...! Qué buena chica... Joder, tu boca es tan buena como tu coño... —Su voz era ronca por el placer. Limpié mis labios con la lengua, quitándome la viscosa sustancia—. Muy bien, nena... Has sido una muy buena chica.

En el fondo de mi ser, una parte de mí debía sentirse asqueada, pero no... no lo estaba; su sabor era un tanto salado como la clara de un huevo crudo. Él guardó su miembro en su bóxer, sin abrochar su pantalón, y se arrodilló frente a mí besándome con fuerza y coraje. Sus manos agarraron cada lado de mi rostro mientras masacraba mis labios en el proceso, sin importar que hasta hacía unos segundos su semen estuvo en mi boca. Mordió mi labio inferior de manera violenta y se separó con una sonrisa maligna bailando en el rostro. Del bolsillo de su camisa, sacó un pequeño mando a distancia, accionó un botón y mi sexo se contrajo con dolorosas vibraciones.

Gemí y boqueé por aire mientras intentaba cerrar las piernas para controlar la vibración. Bajé mi cabeza, sintiéndome más que excitada, la tortura estaba volviéndome loca. Los dedos de Alessandro subieron mi mentón enfrentando su rostro con el mío; seguía sonriendo mientras toda yo temblaba, peleando con la excitación. Estaba a punto de alcanzar el Nirvana, podía sentir el placer acumularse en el lugar justo para explotar.

De un rápido movimiento, él sacó el artefacto de mis piernas, haciéndome jadear por la sensación de pérdida, lo tomó por un cordón y lo introdujo en su boca, saboreándolo lentamente...

Necesitaba más, necesitaba llegar, me dolía la entrepierna, sentía que mi interior vibraba esperando el final.

—Tu castigo... —su tono de voz fue sarcástico—, será quedarte a medias, Katheryne. Eso te hará entender que nunca debes desobedecer una orden mía —sus ojos tenían esa mirada dominante que me excitaba y me asustaba de igual manera. Mordí mi labio, sintiéndolo un poco hinchado y adolorido. Soltó el amarre de mis brazos, me ayudó a ponerme en pie, acomodó mi falda y me dio un beso más, esa vez menos fuerte y cargado que el anterior—. No quiero enterarme de que te has tocado. Créeme, lo sabré —abrochó sus pantalones y se sentó en su silla detrás del escritorio—. Ben te llevará a tu habitación esta noche y Sasha te subirá la cena. ¿Entendido?

Tomó el látigo de las siete tiras y lo acarició como un buen hombre lo haría con su amante.

—No escuché si entendiste.

—Sí, señor... Entendí.

Él sonrió y la puerta se abrió, mostrando a Ben.

—Benjamín, ¿está lista la habitación de Kathryne?

—Sí, señor.

—Llévala allí y asegúrate que cene, tengo que salir.

No esperé a Ben. Salí del estudio subiendo las escaleras entre aliviada y frustrada; aliviada porque el látigo que Lex parecía amar a mí me daba miedo; frustrada porque, aunque estaba adolorida, hubiese deseado que él me hubiese penetrado a quedarme con esa sensación de vacío, pulsación e incomodidad

en mi vagina. Ben llegó hasta donde estaba y caminó hacia la que sería mi habitación

Era aún más fría e impersonal que la de Lex, no tenía pared de cristal ni ventanas... era un maldito calabozo.

—Sasha traerá su comida en dos horas, señorita. Por favor, no nos dé más problemas —dijo un suspiro resignado y asentí mientras escuchaba rugir el motor del auto de Lex—. El baño está aquí —accionó el interruptor. Pensaba que todas las luces de la casa tenían tecnología de última gama—. Hay un teléfono que comunica con la cocina, por si necesita algo.

—Okey, Ben, y lamento si Alessandro fue duro contigo por haberme ido en la mañana.

—No, señorita, lamento lo que tengo que hacer, si me disculpa. —Ben salió de la habitación y sentí cómo la llave era girada, dejándome encerrada entre las cuatro paredes, deseosa por más. Había dicho que iba a salir y estaba casi segura de que iría con Krystal.

Miré hacia el espejo del único mueble que tenía la habitación y una diminuta cámara estaba ahí instalada.

Tomó todo de mí no mostrarle mi dedo del medio. En vez de eso, me desnudé y me encerré en el baño donde, para mi infortunio, también había una cámara.

¡Maldito seas, Alessandro D'Angelo!

Diez

Tres meses después.

Subí las escaleras rápidamente... ¡Maldito tráfico! ¡Maldita ciudad!

Demonios, era tardísimo, y yo era mujer muerta. Alessandro iba a estrenar el látigo de las siete puntas esa noche.

Toqué la puerta dos veces antes de que Benjamín abriera la puerta.

—¿Ya llegó el dueño del planeta? —pregunté entrecortadamente debido al esfuerzo físico.

—Hace media hora, señorita, se encuentra en el estudio.

—¿Sabes si está enojado? —Un amago de sonrisa adornó la cara de Ben, retuve el impulso de golpear su pecho.

—Con el señor nunca se sabe, señorita —había perdido la cuenta de cuántas veces le había dicho que yo era simplemente Kath—. Le sugiero que vaya con pie de plomo.

—Muy gracioso, Ben. —Saqué mi lengua cuando él empezó a reír.

Hacía tres meses que había firmado un contrato de sumisión con Alessandro D'Angelo. El primer mes había sido difícil para nosotros dos; pero con el transcurso del tiempo, habíamos logrado acoplarnos... Corrección, había logrado acoplarme a él, a aceptar la sumisión que debía tenerle, a respetar su rol mientras él respetaba mis tiempos. No había sido fácil, pero lo logré. Logré adaptarme a él, a su manera de ser, a sus disgustos, su ceño fruncido, su forma salvaje de reclamarme como suya y la manera en la que, a su modo, se preocupaba por mí después del sexo. En sus manos, estaba formándome a su voluntad.

Pero la verdad era la primera vez que llegaba tarde luego de mi último castigo de hacía tres meses atrás y no sabía qué iba a encontrarme detrás de la puerta del estudio. Me coloqué frente a la madera y decidí no tocar, simplemente entrar e intentar explicarme.

Solo esperaba que me dejara.

Tomé un largo respiró mientras Benjamín y Riley se burlaban al pie de la escalera y empujé la puerta

—Antes de que aumentes más azotes a mi lista tengo que decirte que...— Alessandro no estaba en su silla. La puerta del cuarto de videojuegos estaba abierta, por lo que caminé con pasos vacilantes hasta la entrada. Un videojuego se reproducía en la pantalla y Alessandro, cual chiquillo, maldecía mientras maniobraba y peleaba con el mando, tenía los ojos fijos en la pantalla y su entrecejo fruncido en concentración. Me recosté en el marco de la puerta mientras ideaba una buena excusa.

Me había llamado cerca de las dos de la tarde para decirme que Riley no podría pasar por mí, pero que esperaba estuviera temprano en casa.

«¿Cabría la posibilidad de que no se hubiese dado cuenta de mi ausencia?».

—Al fin llegaste.

«Por supuesto que no».

En tres meses, era la primera vez que entraba en esa habitación. Es más, era la primera vez que lo veía jugar. Había cosas en las actitudes de Alessandro que no me cuadraban: nunca se quedaba conmigo después del sexo, siempre me duchaba y luego lo hacía él. Yo estaba tan cansada en esos momentos que, por más que luchaba en permanecer despierta, siempre me dormía.

Sabía perfectamente que él se quedaba un rato viéndome dormir, en mi inconsciencia podía sentirlo mirarme por largos minutos a la vez que enredaba mi cabello en sus manos e inhalaba de él.

No todos los momentos eran malos, si bien no tenía ternura y casi siempre era un cabrón conmigo, Alessandro no era un mal hombre. Sabía que en el fondo —muy en el fondo— de su corazón, él no era un

hombre malo; y con el transcurso de los días, descubrí que me gustaba estar cerca de él... me gustaba más de lo que alguna vez pensé. Incluso, había empezado a perder el miedo a su *armario de la tortura*.

Para los esposos Difeo, lo que había empezado como un viaje exprés, se había extendido por tiempo indefinido. Habían venido a cenar en varias ocasiones y, en otras, habíamos salido los cuatro, siempre a restaurantes finos, de preferencia italianos, incluso Gianna se había convertido en una buena amiga ofreciéndose a enseñarme lo básico del idioma. Al principio, me había negado, pero luego de su insistencia terminé aceptando, era bueno pedir un plato por mí misma cuando comíamos fuera. Sin embargo, nuestra reciente amistad se nublaba cada vez que preguntaba quién era la mujer de la que me había hablado cuando nos conocimos. ¿Quién era Fiorella?

—¿Piensas quedarte ahí todo el día...? —farfulló sin quitar la mirada de la pantalla—. Ven aquí —su voz fue fuerte y aterciopelada al mismo tiempo. La sala estaba totalmente a oscuras ya que la pantalla del televisor, aunque grande, no daba mucha luz. Caminé despacio buscando no tropezarme hasta llegar a su lado. Me tomó de la cintura jalándome hasta dejarme sobre sus piernas, colocó el control en la mesita a su lado y rodeó mi cuerpo con sus brazos, dejando su cabeza en el valle de mis pechos—. ¿Podrías...? Olvídalo... —suspiró fuertemente, pegándose más a su pecho. Bueno... era difícil negarse ante esta nueva faceta de Lex. Envolví mis brazos a su cintura... bueno, lo que pude envolver. Él era grande, ancho, y no me refería a su...

«Espíritus de la perversión, abandonen este cuerpo».

Nos mantuvimos en la misma posición por varios minutos, ese aspecto de Alessandro no lo había visto hasta ese día.

A riesgo de romper el momento casi romántico, pregunté:

—¿Sucede algo? —Acaricié su cabello antes de mirar la pantalla. Vi cómo un holograma mataba a otro. Busqué con mi mirada hasta encontrar la carátula del disco, *God of War*.

—Nada que te importe ni puedas solucionar. —Y hasta ahí había llegado la fase. «El príncipe volvió a ser sapo... Aunque este hombre nunca podría verse como príncipe, a no ser que hablemos de *Shrek*».

—Seguro —dije moviéndome para levantarme.

—Quieta —gruñó—, recuerda que tienes una cuenta a tu nombre en azotes y hoy llegaste tarde.

—Palabras, palabras, palabras... —dije separándome de él y levantándome de su regazo. ¿De dónde había salido esa mierda? Joder, ahora sí me iba a azotar.

—No me tientes, Katheryne. El hecho de que haya sido benevolente contigo no quiere decir que no lleve una cuenta de que necesitas ser castigada, no reboses mi paciencia, no te conviene. —Se levantó del sillón y buscó una botella en la despensa, sirviendo el contenido en un vaso de cristal.

Bien, lo mejor era irme y no invocar a sus demonios.

—¿A dónde vas? —dijo sirviéndose una copa.

—A la habitación, se ve que no tuviste un buen día, y sinceramente, no quiero esos azotes hoy —bromeé.

—Quédate —dijo con voz suave, volviéndose a sentar en el sillón de cuero.

—Creo que es mejor que estés solo y...

—¡Es una orden, no una maldita petición! —Se dejó caer en el *puff* y golpeó el vaso con licor en el suelo.

Me dejé caer en el otro *puff*, resoplando internamente mientras él reanudaba el juego. Jamás en mi jodida vida había visto tanta sangre en un videojuego. Y nunca había visto a un hombre convertirse en un niño jugando uno de esos. Pero allí, delante de mí, estaba Alessandro —dios torturador del sexo D'Angelo— jugando el videojuego más sanguinario que había visto en mi vida.

—Ven —palmeó su rodilla y me colocó frente a él haciendo que quedara a horcajadas—. ¿Cómo sigue tu hermanita? —Alessandro se enteró del motivo por el cual salía todas las mañanas a casa de los chicos. Casi dos meses después de la firma de nuestro contrato. Me había visto junto a Nella una vez que fue a

buscarme y no había sido lo suficientemente precavida. Recordar ese día aun hacia que mi cuerpo temblará.

Habían transcurrido sesenta y dos días desde el día que acepté ser la sumisa de Alessandro. Salí con Nella al parque que estaba a unas cuadras de casa, habíamos jugado en la caja de arena y en el tobogán para niños. Con el tiempo, Antonella dejó de rebelarse; aún así, había días que lloraba cuando yo intentaba tomarla en brazos, esos días estaba cerca de ella, pero dejaba que Demi fuese quien la atendiera. Afortunadamente, esos días eran escasos. Me mataba cuando Antonella me rechazaba, pero entendía que todo era mi culpa. Mía y de nadie más.

Aún faltaba poco más de una hora para que Riley fuese a recogerme, pero el buen clima se había ido, por lo que decidí volver a casa antes que empezara a llover y fuese peligroso para mi niña.

Estaba llegando a casa, con Antonella en mi cintura, cuando vi el Mercedes de Alessandro detenido cerca a la casa de Gabriel y Christian; casi inmediatamente, mi celular empezó a repicar.

Apreté a mi niña a mi cuerpo y aceleré mis pasos. Christian estaba fuera del spa, miraba el auto con los ojos entrecerrados, pero me dio una brillante sonrisa y salió a mi encuentro.

—¿Un poco más temprano, no?

—Alessandro seguramente llegará temprano a casa —vi a Gabriel salir a despedir a una clienta, me dio una de sus miradas fastidiosas antes de volver a entrar—. ¿Crees que algún día dejará de estar enojado?

—No lo sé, es Gabriel. Algunas veces se comporta como una niña malcriada, pero qué puedo decirte, estoy completamente enamorado de él.

Sonreí, amaba a los chicos, a pesar de la actitud de mierda de Gabriel.

—Bueno, creo que es mejor que te vayas, ese auto ahí parado es tenebroso, parece que nos observara a todos mientras busca la mejor idea para matarnos.

—Eres un tonto, sabes..

—Un tonto al que quieres. Ven acá, pitufina —tomó a Antonella de la cintura, pero ella aferró sus manos a mi abrigo—. Nella, mamá tiene que irse—mi hija negó con la cabeza, gruesas lágrimas se derramaron de sus ojos mientras empezaba a sollozar—. Oh, oh.

La acomodé entre mis brazos, limpiando sus lágrimas, besando su cabeza y estrechándola contra mí. Su llanto, la manera en la que hipaba, su rostro colorado por la rabieta, hacía que mi pecho se apretara de dolor, era la primera vez que Antonella lloraba mi partida y eso me hacía sentir como una mala madre para ella. Christian logró apartarla de mí, a pesar de que sus manitas aferraron mi abrigo con fuerza; la vi removerse en los brazos de mi amigo, llorando, furiosa y mis ojos se llenaron de lágrimas ante su sufrimiento.

—Vete, la llevaré de vuelta al parque y en unos segundos se le habrá pasado—no me gustaba su llanto, la forma como sus manitos me llamaban mientras musitaba un “manma, manma”. Chris la arrulló contra su pecho, empezando a alejarse de mí.

Limpié mis lágrimas y caminé hacia el auto, aún escuchando los sollozos de Antonella. Quería devolverme a ella y tenerla junto a mí, pero no lo hice; en cambio, abrí la puerta del auto enfocando mi mirada en la rígida forma de Alessandro. Mi cuerpo se tensó, había mantenido la existencia de mi hija oculta de él. Dos nuevas lágrimas abandonaron mis ojos, siguiéndole un par más. Él no dijo nada y yo me senté a su lado, sorbiendo mi nariz y encogiéndome en mi lado del coche, reteniendo las ganas de ir con mi pequeña.

Alessandro sacó su celular tan pronto Riley puso el auto en movimiento, pero no pasó mucho tiempo antes que él hablara.

—¿Quién es la niña, ragazza? —limpié las lágrimas silenciosas que habían recorrido mi mejilla y él me tendió un pañuelo—. Contéstame.

Mi cuerpo se envaró ante el demandante tono de su voz.

—No es algo que te incumba.

—Katheryne —por mi mente, pasaron miles de excusas, que era la hija adoptiva de Christian y Gabriel, que era la sobrina de alguno de los chicos, pero ninguna era convincente para mí, Antonella era mía. Era lo único que tenía en la vida—. Estoy esperando una respuesta dulce —aunque su tono era calmado, estaba exigiendo que le dijera la verdad.

—Es mi hermana y, como te lo he dicho antes, no es algo que te incumba. Esa es mi familia, a ellos no tienes que tocarlos.

—No era mi intención, solo quería saber por qué ella y tú parecen compartir un vínculo fuerte...

—Alessandro, tú mismo colocaste las reglas, no puedo inmiscuirme en tu vida y a ti no te interesa la mía.

—Bien, tengo medios para averiguarlo si es que realmente estuviera interesado en saber quién es la piccola.

—Apégate a tus reglas Alessandro o no te quejes cuando yo no lo haga.

—¿Me amenazas ragazza?

—Solo hago una constatación ante lo obvio —miré al exterior del auto, las calles quedando como un borrón a mediada que el auto avanzaba. Cerré los ojos y las lágrimas volvieron a mí, mientras mi mente recordaba el llanto acongojado de mi niña.

segura de que había investigado, pero no habíamos vuelto a hablar sobre el tema

—Supongo que Estaba casi

fue por eso que llegaste tarde. —Nella había tenido una fuerte gripe y los chicos habían decidido llevarla al hospital, donde no solo su pediatra pudiera monitorearla, sino también su nuevo cardiólogo.

—Llegué tarde por el tráfico ... —Rodé los ojos sin que me viera—, pero el médico tratante dice que ella estará bien, solo hay que cuidarla mucho.

—¿Qué tengo que hacer entonces ante tu falta?... Sabes que odio llegar a casa y no encontrarte aquí. —Sus manos se hundieron en mi pelo y tiró despacio de él, forzándome a echar la cabeza hacia atrás.

—Podrías simplemente dejarlo pasar —tensó mi cabello—. Me estás lastimando, Alessandro —susurré. Su agarre se debilitó al tiempo que sus labios empezaron a recorrer mi cuello.

No habíamos tenido sexo desde hacía cuatro días —cuando mi período hizo su aparición, después de tres largos meses— así que cuando su lengua y dientes se unieron a la ecuación labios-piel, no pude hacer nada para detener el jadeo que brotó de mi interior.

¡Oh, sagrado y jodido Cristo!

Creo que nunca estaría preparada para su intensidad. Mi entrepierna se humedeció súbitamente y mi corazón empezó la interminable carrera de siempre. Me sujetó con fuerza por la nuca mientras su otra mano desabrochaba los botones de mi camisa, dejando a la vista mi sostén negro de encaje.

Gimió y su sonrisa fue tan grande que casi iluminó la habitación

Mi excitación era innegable y, cuando sus manos se colaron por debajo de mi falda, su sonrisa se expandió muchísimo más.

—¿Te excita que sea rudo, Katheryne? —susurró mordiendo el lóbulo de mi oreja.

Uní todas mis neuronas para decir una palabra coherente—: No. —¿Qué?, era mucho si contábamos lo que sus dedos estaban haciéndole a mi pobre, hinchado y muy necesitado clítoris.

—¿Segura?

«Maldita sonrisa de autosuficiencia».

Abrí la boca para decir algo, pero lo que salió fue un grito de júbilo... ¿O un gemido tormentoso?

Sacó la mano de entre mis muslos y me mostró lo excitada que estaba, sus dedos se encontraban

empapados gracias a mi humedad.

—Puedo olerte desde aquí —su boca se había trasladado y succionaba de mi pecho sin importar la tela de sostén, enviando corrientes eléctricas que se estrellaban directamente en mi vientre bajo—. Tu olor es casi tan jodidamente bueno como tu sabor, pero sin duda alguna, paladearte es lo más excitante en este universo.

¡Por el amor a todo lo sagrado!

Iba a tener un orgasmo si él seguía hablando así.

Sus dedos acariciaron mis labios, empapándolos con mi humedad, y luego tiró de mi cabeza hasta que sus labios se estrellaron con los míos. ¡Oh, joder!... Iba a estallar: el whisky, mi sabor, el aliento de Alessandro... todo era un cóctel que me tenía a punto de un colapso. Mis pezones estaban duros, mi sexo caliente... eso era mucho para mí.

«Contrólate, contrólate, sabemos lo mucho que odia que llegues sin que te lo pida».

Mordió mi piel de manera contundente y clavé mis uñas en sus hombros mientras trataba afanosamente de tomar el control de la situación y removerme sobre su ingle.

¡Dios!

—Alessandro... —murmuré entrecortado cuando el encaje de mis bragas fue roto por sus manos. Me dio una mirada que hizo poner mis dedos en acción, desabrochando su pantalón y bajando su zíper hasta tener su miembro piel con piel. Me suspendió por la cintura y le di la bienvenida en mi interior a una rápida y certera embestida.

Desmadejada... Esa era una de las palabras que me gustaba usar mientras él me sostenía laxa entre sus brazos. Haber llegado sin su permiso había desatado al animal en su interior, había estado jugando con mis emociones, llevándome al borde del acantilado para luego retraerse; odiaba cuando lo hacía, casi de la misma manera que me gustaba. Había algo en él... Algo que me atraía de una manera descomunal. Era su aura dominante la que me enseñaba que él era el maldito rey del universo, o al menos, del mío.

No supe cuánto tiempo estuvimos jugando al gato y el ratón, pero para cuando me permitió volver a correrme, estaba tan cansada que mis piernas no me sostenían. Salió de mi interior y me sostuvo entre sus brazos mientras íbamos a la habitación.

Si tuviese que compararlo con algo, podría decir que él era como un volcán en erupción, fuerte, caliente... pasional. Y yo me dejaba fundir, porque entregaba todo de mí en cada encuentro; porque, aunque me lo negara, Alessandro D'Angelo se paseaba por mi cuerpo a su voluntad, porque yo se lo permitía. Empezaba a sentir cosas que iban más allá que nuestro trato en la cama. Era por la manera en la que me sostenía entre sus brazos, o cómo me observaba mientras me limpiaba después de un asalto sexual. Su sonrisa ladeada, que era como si conectara mi cuerpo a un toma corriente y... no, no podía seguir, porque no pensaba aceptar que, a pesar de su mal humor y su fría forma de ser, me sentía fuertemente atraída por el hombre dominante en él, que desprendía fuerza y seguridad. Ni él ni yo necesitábamos enredarnos, él no quería amor y yo tenía todo el amor que necesitaba con Antonella y su mirada inocente, Christian y su alegre forma de ver la vida... hasta Gabriel, con sus reticencias.

Me depositó en la cama con suavidad antes de hablar y me ayudó a quitarme la camisa y el sostén.

—No te duermas, quiero que hagas algo para mí —asentí—. Gírate —ordenó jadeante. No sabía si iba a aguantar una nueva sesión, pero sabía que era mejor no contradecirlo. Con el paso del tiempo, había descubierto que esa era una de sus posturas sexuales favoritas. Me giré, quedando de espaldas contra él, y adopté la posición de sumisión que debía tener ante su presencia. Alessandro pasó la palma abierta de su mano por toda mi columna vertebral antes de separar mis piernas y levantar mi trasero hacia él, escuché su respiración tan fuerte y errática como el singular palpitar de mi corazón.

Su lengua lamíó mi sexo sin ningún tipo de consideración, succionó mis pliegues y torturó mi clítoris unos minutos para luego dar un lametazo hasta el orificio de mi ano.

—Voy a follar tu culo. —No era una advertencia, era la constatación de un hecho.

«¡Paren ese tren!».

—¡No!

—¿Qué demonios?

—¡Dije que no! —Intenté verme menos aterrada de lo que sentía.

—¿Tienes miedo? —Un deje de burla se filtró en su tono de voz, haciendo que me girara y quedara sentada en la cama.

—Gírate y sostente del cabecero.

—¡No!

—¿No? —me miró de manera interrogante—. ¿Por qué no? ¿Le tienes miedo al dolor, Katheryne? En tres meses, te he demostrado que no te lastimaría, no a propósito. Incluso con los castigos, me preocupo por no ser demasiado fuerte. —Acarició mi mentón.

—No eres suave ni paciente.

—Lo he sido contigo. El sexo anal no tiene porqué ser doloroso, no cuando alguien sabe cómo hacerlo.

No creía ni una sola de sus palabras...

—¿Quieres hacerlo en la tina?

—¿Quieres hacerlo de la manera tradicional? —me miró dubitativo—. Debe haber algo en el armario que no hayamos usado aún. —Hice el amago de levantarme, pero él tomó mi muñeca con extrema suavidad.

—Quiero follarte el culo.

—Ni hablar, amigo, ni aunque fueras un poco más romántico...

Eso lo hizo sonreír, no fue una carcajada completa. Me atrajo a su pecho besándome cómo solo él podía hacerlo.

—Gírate, alza el trasero y recuesta el resto de tu cuerpo en la cama... —mordisqueó mi labio inferior—. Ahora, *principessa* —vio mi vacilación—. Confía en mí.

—Si siento un poco de dolor... abortarás. Por muy Amo que seas, no lo haré.

—Confía en mí, será lo menos traumático posible —me rendí con un sonoro suspiro. ¿Para qué negarlo?, me causaba curiosidad experimentar ese tipo de sexo. Lex dio un beso en mi nalga izquierda y luego dio un palmazo suave—. Abre las piernas, te mueres por probar esto en la misma cantidad del miedo que le tienes.

Él tenía un punto. No muy convencida, me recosté en la cama y adopté la posición que él me había sugerido.

—Espérame aquí, necesito un par de cosas. —Terminó de quitarse los pantalones y caminó hacia el arco de la habitación, tomando la dirección del armario, que de un tiempo para acá, permanecía disponible y sin cerraduras.

Volvió a la cama y me reacomodé, cerrando los ojos con fuerza. Sentí un chorro de algo tibio caer directamente en mi espalda y luego las manos de Alessandro acariciar desde mi omoplato hasta mi trasero, ida y vuelta de manera circular. Se sentó a horcajadas debajo de mi trasero y me ayudó a adquirir la posición que él esperaba antes de retomar la fricción, masajeó mis hombros con sus dedos pulgares y los deslizó por toda mi columna vertebral antes de masajear orbicularmente la zona de mi coxis. Aunque relajante, no podía dejar de pensar que él quería introducir su miembro en un lugar donde la naturaleza había decidido expulsar cosas. Inhalé el aroma mentolado del aceite que seguía aplicándome y no pude evitar retraerme cuando sus dedos abrieron los cachetes de mi sexo e introdujo la punta de su dedo meñique.

—Tranquila —movió circularmente su dedo—. Necesito estimularte antes —metió un poco más su dedo y apreté la sábana con mis puños—. ¡No te tenses! —riñó—. Lo siento, es mejor si te relajas... Abre un poco más tus piernas, *dolce*. —Mantuvo mi trasero abierto con una de sus manos y sacó el dedo, aplicando una cantidad generosa de lubricante y volviendo a introducirlo.

—Señor...

—Respira profundo —estaba muy asustada, siempre había tenido la creencia de que ese era un lugar sagrado—. Tienes un buen culo, Katheryne —sus manos recorrieron el contorno de mi trasero—. ¡Dios!... Hueles malditamente bien—. Su dedo índice se escurrió hasta tentar mi vagina y acariciarme lentamente—. Eso es, estás muy rígida, sé que no es fácil.

Un jadeo escapó de mí cuando él deslizó su mano libre por mi cintura y acarició mi sexo. Movié el dedo en mi ano y lo sacó para cambiarlo por el pulgar.

—¿Ves?, ahora fue más fácil. El ano es un músculo, puede dilatarse si lo hacemos con paciencia.

Mantuvo su dedo un par de minutos ahí, abrí los ojos un momento y respiré, la sensación era incómoda y, aunque en un comienzo había empezado a ser dolorosa, ahora solo sentía la necesidad de expulsar su dedo.

Él siguió con su exploración por un par de minutos antes de retirar sus dedos de mi cuerpo, volvió a abrir mi trasero y sentí la presión de un objeto.

—¡Alessandro!

—No pasa nada, acabo de introducir la punta de un dilatador anal, se va ensanchando de forma que poco a poco dilate tu esfínter para poder permitir la penetración.

«¿Se supone que deba estar más relajada por eso?».

—Relájate y disfruta...

«Fácil decirlo, no eres tú el que está en esta posición».

—Respira y sostente —su mano libre acarició mi piel y sus labios dieron besos mariposa en mi columna, movió el dildo de un lado a otro antes de seguir la intromisión—. *Mi preparo per me la mia dolce*^[34] —su mano libre acarició los húmedos pliegues de mi sexo, introduciendo un dedo en mi interior, embistiendo de manera rítmica—. Ves, *dolce*, no es tan difícil. —Empujó un poco más el dildo, haciéndome temblar.

—¡Alessandro!

—Estamos cerca, *principessa*, un poco más —movió el artefacto de manera circular, lo extrajo un centímetro e introdujo dos dedos haciendo que mi cuerpo se abalanzara hacia delante. Sus dedos siguieron presionando mi clítoris con la fuerza suficiente para hacer que la habitación diera vueltas. Dejó el dilatador quieto y se enfocó en mi vagina, caricias largas y constantes, embestidas lentas y profundas, haciéndome sentirlo en cada poro de mi piel, en cada rincón de mi cuerpo. Soltó el vibrador y acarició los cachetes de mi trasero—. Eres tan sexy cuando te doblegas, cuando te sometes... me excita ver tu entrega total, tu confianza hacia mí... te cuidaré, Katheryne, siempre te cuidaré en el sexo, nunca te haré daño a propósito. Todo lo que deseo para ti y para mí es placer, un placer descomunal que nos lleve a la plenitud total de lo que significa el sexo.

Jadeé, presa del sonido de su voz. Sus palabras eran incluso más excitantes que sus labios acariciando mi espalda o sus dedos torturando mi núcleo, estaba tan ensimismada en las sensaciones que no vi cuándo retomó el dildo, empujándolo en mi trasero.

—¡Lex!

—Ya estás dilatada, *mia bella*, lista para mí —rotó el vibrador en mi interior un par de veces—. Boca arriba, Katheryne, quiero verte a los ojos mientras te follo.

Él acomodó una almohada en mi espalda baja, abrió mis piernas y dobló mis rodillas dejando mis pies planos contra el suelo; sentía la presión del vibrador, pero mi corazón latía tan fuerte que parecía abarcar todo. Tomó su miembro duro y erecto y lo deslizó por mi sexo, dando ligeros toques en el clítoris,

haciéndome olvidar que tenía que respirar. Me miró a los ojos con pasión, con una lujuria nunca antes vista, se recostó sobre mí y tiró de mis labios lascivamente. Tomó un montón de lubricante en su mano y lo esparció en el glande de su miembro, que ya brillaba debido a mi lubricación.

—Tienes una palabra de seguridad, úsala si crees que es demasiado... te juro que me detendré. —
Asentí y él me dio otro beso demoledor. Sacó el dildo de mi ano y guio su miembro hasta encajar el glande en mi esfínter.

Gemí, alto y fuerte. Mis manos se hicieron puños en la sábana. Mi cuerpo se retrajo y Alessandro tomó mi cintura, deteniéndome.

—¡Mírame! —ordenó guturalmente mientras lo sentía introducirse en mi interior

El aire empezó a escasearme, la presión de su miembro me hacía querer ir al baño. La mano que tenía en mi cintura se trasladó a mi sexo abierto, estimulando el clítoris con movimientos prolongados.

¡Por todos los putos clavos de Cristo!

Mi cuerpo trataba de buscar aire desesperadamente.

«¡Quema! ¡Quema! ¡Quema!».

Entendí porqué justamente había querido hacer eso, el sexo anal era la dosis justa entre dolor y placer...

—¡Oh, mi señor! Estás tan apretada, Katheryne. Esto es una tortura tanto para ti como para mí. —Entró un poco más.

¡Diablos! Esto iba más allá de mi entendimiento. Mi cuerpo se movió hacia delante intentando escapar y cerré los ojos mientras él seguía torturándome con sus dedos y su miembro.

—¡No! Te harás daño, el dolor pasará... Te lo juro, el dolor pasará. Voy a llevarte al punto sublime del pacer, confía en mí. Por todos los infiernos, mírame. —gimió. Y fijé mi mirada en él, en la determinación reflejada en sus iris oscuros por la pasión, intentando olvidar que él intentaba avanzar.

Iba a partirme en dos. A pesar de las caricias en mi intimidad, no podía obviar el dolor.

Un empujón más.

«¡Basta!», grité en mi interior. Solo tenía que decirlo, decir la palabra de seguridad y él se retiraría, pero no podía. Quería verlo, sus músculos en tensión, su mirada concentrada, el placer saliendo de su cuerpo...

—Maldita y condenadamente estrecha...—susurró—. Relájate —su mano dejó mi clítoris y acarició mi pecho—. Está bien, no intentaré entrar más, por hoy está bien. —No dije nada, desconecté mi mente de mi cuerpo y respiré profundamente. Se quedó estático mientras tomaba un nuevo vibrador y lo colocaba en la entrada de mi vagina.

—¡Alessandro! —Se retiró solo fue unos centímetros y luego volvió a entrar, una vez y otra, otra más, nada muy rápido ni muy brusco. El dolor remitió, la vibración en mi sexo era más fuerte que cualquier otra cosa que podría estar sintiendo. El placer empezó a fluir por mis terminaciones nerviosas mientras él movía la bala y su pene de manera sincronizada.

Dejó de tocar mi cuerpo y acarició mi rostro mientras se movía. Mis labios, mi nariz, mis párpados...

Quitó el cabello mojado en mi frente y se inclinó acariciando su nariz con la mía.

—¿Te gusta esto, nena?

No podía hablar, mi cuerpo estaba entumecido y solo podía sentir cómo mi cuerpo se resquebrajaba, como si mis células se separaran y volvieran a unirse. Era intenso, sofocante, indescriptible...

Quitó el vibrador de mi vagina y estimuló mi capullo de nervios hasta hacerme sacudir en la cama, presa del orgasmo. Algo nunca antes experimentado brotó de mi interior. Era como si no pudiera detenerme, un líquido cristalino salió de mí, haciendo que Alessandro maldijera y aumentara el ritmo de sus embestidas, provocando que mi cuerpo se elevara sobre la habitación. Me agarré del cabecero ante su arremetida y la intensidad de sus acciones. Me quebré, exploté, me rompí, y luego...dejé de existir para simplemente levitar. Lex rugió un grito gutural que envolvió cada uno de mis sentidos y me dio una

última estocada brutalmente perfecta antes de colocar sus brazos al lado de mi rostro y sostenerse de ellos.

Una gota de su sudor cayó entre el valle de mis pechos y apreté mis manos en puños, evitando las arrebatadoras ganas de abrazarlo junto mí.

No pude evitarlo, alcé mi mano y acaricié con el dorso de mis dedos su mejilla rasposa por la barba, el cerró los ojos un momento y cuando los abrió, se veían vidriosos y llenos de una emoción cálida.

—*La mia bella ragazza... mia dolce Fiorella...*

—¿Fiorella? —Él negó con la cabeza y la calidez de sus ojos desapareció.

—¿Estás bien? —Quitó mi mano de su rostro y se apartó de mí, sentándose en el borde de la cama.

Me acerqué a su espalda, colocando mi mano en su hombro, di un largo suspiro y tomé su barbilla girando su rostro hacia mí.

—Alessandro.

—No me mires así... ¡Demonios, Katheryne! —Se levantó de la cama.

—No entiendo. ¿Así cómo?

—No me mires como si necesitara tu cariño... No lo necesito —fue como si un puñal se clavara entre mis costillas e intenté levantarme—. Quédate ahí, por favor. —Salió de la habitación. Incluso, si quería moverme, no podría, sentía que dolía todo mi cuerpo.

Me recosté en la cama en posición fetal.

« ¿Fiorella? Había escuchado el nombre dos veces, una vez de la boca de Gianna y ahora él. ¿Quién era ella? ».

—Vamos —extendió sus brazos hacia mí y me apretó a su pecho hasta llegar al baño—. ¿Puedes sostenerte en pie?

—No lo sé.

—Apóyate en la pared, baja la espada un poco y déjame ver si hay alguna fisura. —Me giré colocando ambas manos en la pared y él tomó la ducha manual y dejó que el agua corriera desde mi espalda baja mientras abría mi trasero, escocía un poco, pero no era nada que no supiera soportar—. Si sientes algún tipo de malestar, avísame.

—Es molesto.

—Estarás adolorida un par de días. —Graduó el agua, enjabonándome de manera rápida, sacó el jabón de mi cuerpo, me envolvió en una especie de bata de toalla y me condujo a la habitación. Quitó el edredón dejándolo en el suelo y me recosté a medio lado, evitando las pulsaciones en mi recto.

Él se recostó frente a mí y, por varios minutos, todo fue silencio. Estaba distante. Su cuerpo estaba conmigo, pero él no, tenía la mirada perdida y los orbes verdes decaídos. Llevé mi mano a su barbilla sin saber si tendría alguna repercusión, él tomó mis dedos y los llevó a sus labios, besando delicadamente mis nudillos.

—Gracias —musitó después de un respiro—. Diste todo de ti y me complaciste bien. Hiciste un buen trabajo, te lo agradezco.

¿Él me estaba agradeciendo por haber hecho un buen trabajo? ¿Trabajo? Apreté los ojos. ¿Qué demonios me estaba pasando? No iba a llorar, yo no sentía nada por Alessandro, lo nuestro era un contrato sexual, uno donde él esperaba muchas cosas de mí, pero había sido muy claro, no esperaba amor. Cerré los ojos ignorando el vacío en mi pecho.

—¿Por qué no dijiste tu palabra de seguridad? —Sentí la yema de sus dedos delinear mi ceja.

—Quería vivir la experiencia y no llegué a mi límite.

—Podríamos decir que disfrutaste el momento. —Acarició el puente de mi nariz.

—Tanto como disfrutar... Es incómodo, al final lo disfruté. Se vive diferente, es... intenso.

—Descansa, quizás podamos intentarlo otro día... —Tocó mis párpados.

—Lo dudo, sí fue intenso, pero no creo que quiera intentarlo de nuevo.

—Me llamaste Lex mientras te penetraba y dijiste mi nombre varias veces.

—Yo...

—Que no vuelva a suceder, Katheryne. —Dejó de tocarme.

—Sí, señor... —abrí los ojos un momento, él tenía los ojos cerrados—. ¿Puedo tocarlo, señor?

Dio un seco asentimiento. Fue mi turno de tocar su rostro, cejas nariz y párpados. Tenía ojeras profundas de un color oscuro.

«¿A qué horas duermes, Alessandro?», la pregunta bailó en la punta de mi lengua, pero no fui capaz de formularla. En cambio, bajé por su mejilla y toqué sus labios gruesos, deteniéndome en el inferior. Su viperina lengua salió en busca de mi dedo, lamió la piel provocando un temblor en mi cuerpo, abrió su boca y succionó con suavidad la punta de mi dedo.

—No empecemos algo que sabes que no podemos terminar —susurró con voz baja, haciéndome remover incómoda—. Debes tener hambre. —Abrió los ojos mirándome con intensidad. Cambió de posición y tomó el aparato que comunicaba las habitaciones con la cocina.

No lo entendía, a veces se mostraba preocupado por mí, otras...

—Ben, necesito que subas la cena a la habitación, trae el frasco de los analgésicos. —Colgó el aparato, dispuesto a levantarse.

Tomé su mano impidiendo que se alejara.

—Sé que no hace parte de nuestro contrato y no esperas estas cosas de mí, pero... ¿Podrías abrazarme?

—No soy un hombre que da abrazos —murmuró separándose de mí.

—Lo sé, pero solo será por un momento. —Se rindió con un suspiro y me atrajo a su pecho, sus brazos estaban rígidos sobre mi torso. Fue el abrazo más rápido y frío que alguien me había dado. Cuando se alejó, escurrí la palma abierta de mi mano en su pectoral y abarqué su tatuaje sobre el pezón izquierdo.

—Se conoce una persona, pero no su corazón —susurré suavemente, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba—. ¿Qué te acongoja, Alessandro? Lo veo en tu mirada, estás... Sé perfectamente que me has comprado, pero en ocasiones me gustaría poder ayudarte más, porque a veces dices cosas que...

—Recuerda las reglas, Katheryne —me cortó—. No me interesa tu vida, no debe interesarte la mía. No puedes meterte en mis asuntos.

—No quiero meterme, solo quiero...

—Shhhh... —me besó. Su lengua invadió mi boca como serpiente en su guarida, sometiendo a la mía a su santa voluntad. Se alejó de mí después de unos minutos y dio un salto fuera de la cama—. Le diré a Ben que te suba de comer.

—Quédate...

—Tengo trabajo pendiente, Katheryne. Por favor, habla con tus familiares y diles que no irás mañana. Por tu bienestar, obedece. —Se colocó su albornoz y luego salió de la habitación.

Once

Dos toques en la puerta me hicieron salir de mi aturdimiento. Benjamín entró con lo que se suponía debía ser mi cena, lo vi dejar el plato en la mesilla frente al sofá. Sin darme una mirada y sin dirigirme palabra alguna, salió de la habitación. Pasé la mano por mi rostro y luego llevé ambas a mi cabeza.

Me levanté de la cama y caminé hasta la mesa, tomé el bote de analgésicos y el vaso con agua, que descansaba sobre la bandeja, dejando caer sobre la palma de mi mano dos comprimidos; los tragué rápidamente y miré la puerta como si fuera la solución a todos mis problemas.

Debería comer y dormir. En ese orden, pero algo en mi interior no me lo permitía. Sin meditarlo, apreté el nudo de mi bata y salí de la habitación. Bajé las escaleras con calma e intenté ubicarme cuando estuve en el piso de abajo. La casa estaba en penumbra.

Necesitaba hablar con él, necesitaba respuestas a la mirada perdida en su rostro, al nombre de esa mujer en su boca cuando me miraba con ternura.

¡Hipócrita! Quería saber todo de él y me negaba a decirle algo de mi vida.

Tuve el repentino impulso de volver a la habitación, meterme bajo las sábanas y olvidarme de todo hasta que tuviera que volver a cumplir mi papel de sumisa. Pero no lo hice, me dirigí hacia el despacho con pasos lentos. La puerta estaba entre abierta, la luz estaba encendida, y desde ahí, podía escucharse una suave melodía. Me acerqué, quedándome sobre el marco de la puerta, envuelta en la composición que salía desde su iPhone. Alessandro estaba sobre uno de los sillones, sentado frente a la chimenea encendida. Sobre la alfombra, una botella de *Macallan Fine and Rare* a medio acabar.

Me detuve escuchando la letra de la canción que se reproducía, era lenta, triste, no era inglés lo que escuchaba. Intuía que era italiano.

*E più ti penso e più mi manchi
Ti vedo coi miei occhi stanchi
È notte fonda penso sempre a te
Chiudo gli occhi e penso a te
Malgrado tutto sei la cosa più importante
E mi ritorni in mente dolce come sei
Mi chiedo senza te come vivrei
E mi rispondo non potessi rivederti
Io so già che farei non vivrei*^[35]

Tomó la botella, rellenó su vaso y luego lo llevó a su boca bebiendo el contenido. La armónica melodía inundaba el lugar.

Observó el vaso unos segundos antes de lanzarlo al fuego de la chimenea, que se avivó ante el contenido de alcohol

—No sé qué haces despierta aún. ¿No estás cansada, Katheryne? —Su voz sonó hueca.

—¿Cómo?

—Tu olor... Te huelo, Katheryne. Hueles diferente, a sol y lluvia. Es tan parecido al de... —Se calló, negando con la cabeza.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Vuelve a la cama, *dolce*.

Me debatí entre irme o quedarme, sentía en mi pecho que él me necesitaba y no quería dejarlo solo; así que, en vez de irme, me senté ahorrajadas sobre sus piernas sin saber si esa acción me haría merecedora

de un castigo. Tomé su rostro con mis manos, sin decir una palabra, escuchando la canción que volvía a reproducirse desde el celular.

Como en la cama, acaricié su rasposa mejilla, observando sus ojos tormentosos y entumecidos.

—Katheryne... —mi nombre en sus labios sonó como una plegaria religiosa y, aunque sabía que yo no era quien dirigía o controlaba lo que sucedía entre nosotros, lo besé. Al principio fue el roce de nuestros labios, pero rápidamente la mano de él rodeó mi nuca y dejó que su lengua rozara mis labios. Los abrí dejando que su lengua jugueteara con la mía. Moldeé mi boca a la suya mientras él me besaba completamente fuera de sí. La pasión, la frustración y su tristeza saliendo de su cuerpo. Con su mano libre, sujetó las mías, que subían por su pecho. Se acercó aún más a mí, tensó mi cabello y devoró mi boca con desesperación.

—Señor... — dije separando mi boca de la suya, necesitaba parar, tomar aire, sentía que mis pulmones eran una brasa recién retirada del carbón.

—Vete ahora...

—No lo haré —respondí mientras intentaba controlar mi respiración—. Tómame. Si me necesitas, tómame. —No importó si estaba dolorida, si acababa de tomarme hacía menos de una hora. No puse ningún tipo de restricción cuando él alineó su miembro en mi entrada ni cuando me hizo cabalgar sobre sus piernas. Fue en ese preciso momento en el que entendí que estaba empezando a desarrollar algo por él, algo distinto al sexo.

Dejó mi cuerpo sobre la cama, con delicadeza. Aún con el cuerpo engarrotado y completamente exhausta, tomé su mano cuando estaba a punto de irse.

—No te vayas... —mi voz fue un susurro. No supe cuánto tiempo habíamos estado en su despacho después del sexo; una vez me hizo alcanzar el Nirvana, Lex me pegó a su pecho y susurró la misma canción que había cantado mientras me duchaba tres meses atrás—. Es tarde, debes descansar.

—Es temprano para mí, Katheryne. Si me acuesto contigo ahora, solo incomodaré tu sueño. Descansa tú, *principessa*. Cuando despiertes, yo estaré a tu lado.

—Por favor... —Tiré de él hacia mí.

—Descansa. —Mis párpados no podían mantenerse abiertos, así que me dejé llevar al mundo de los sueños.

La puerta fue azotada con fuerza.

—¡A despertar! —Gianna saltó sobre la cama e intentó retirar las sábanas de mi rostro—. Kath, deja de dormir, son más de las ocho de la mañana y tenemos muchas cosas por hacer.

Abrí un ojo y miré a la señora Difeo aplaudir frente a mí.

—El viernes es la gala anual de D'Angelo Building —cerré los ojos de nuevo y ella separó mis párpados con su dedo—. Estoy segura de que no tienes un vestido para la ocasión.

—¿Dónde está Alessandro? —dije somnolienta, no sabía a ciencia cierta a qué hora me había quedado dormida, pero era tarde.

—Con Antoine, encerrados en el despacho —se levantó de la cama y empezó a buscar entre las perchas del armario—. Tal como lo había pensado, ninguno para la ocasión, así que levántate.

—Estás mirando en la ropa de Alessandro. —Me removí con lentitud.

—¿Has oído ese refrán que dice que cuando uno madruga las cosas le salen bien? —dijo con su

perfecto acento italiano.

—Gi —la llamé como llevaba meses haciendo—, es "Al que madruga, Dios le ayuda". —Intenté moverme. Una vez más, el dolor estaba ahí, no tan fuerte como pensé que estaría, pero ahí estaba.

—Tienes veinte minutos para bañarte antes de que Ben suba tu desayuno —gesticuló con sus manos—. Iremos a comprar el vestido y todo lo necesito...

—¡Gianna! —la corté—. Aprecio que quieras ir a comprarme ropa, pero tengo suficiente, además, necesito hacer unas diligencias.

—Pues primero necesitas bañarte y cambiarte, luego yo te acompañaré a hacer tus diligencias, almorzamos juntas y vamos por ese vestido.

—Lo tienes todo planeado ¿no?

—Fríamente calculado, que es diferente—me sonrió—. Ándate que se nos hace tarde. —Salió hacia la habitación contigua y yo enrollé la sábana a mi cuerpo, buscando en el armario un sencillo vestido, también tomé un juego de ropa interior antes de encerrarme en el baño para darme una ducha rápida. Cuando salí, mi desayuno estaba en la mesa frente al sofá y Gianna parecía lejana mientras hacía caricias aleatorias en su vientre. Su mirada estaba triste y perdida en el cielo a través del vitral, una lágrima descendió por su mejilla y me acerqué a ella lo más rápido que mi cuerpo me lo permitió.

—¿Gi? —Ella se giró observándome con los ojos repletos de lágrimas sin derramar— ¿Sucede algo? ¿Llamo a Antoine? —Negó con su cabeza.

—Es un niño —sonreí porque llevaban meses queriendo saber el sexo del bebé. —El doctor Malinov nos confirmó ayer, después de mucho insistir... —se abstrajo unos segundos—. ¿Cómo está él? ¿Está durmiendo? Vi ojeras cuando nos recibió, no esperaba que yo viniera con Antoine, pero estoy preocupada por él, no sé si aún me culpa por lo que me pasó, no sé si me culpo yo misma...— sus lágrimas se derramaron y me senté a su lado, tomando mis manos entre las mías—. Quería que fuese una niña, llamarla Fiorella aunque Antoine dijese que podría ser difícil para él.

«De nuevo ese nombre».

—¿Tú qué piensas?

—Gianna —¿qué podía decirle? ¿Qué solo había escuchado ese nombre tres veces? —. ¿Vas a contarme quién es ella? —La vi tensarse... —Por favor, Gi... Alessandro ha estado retraído, sigue siendo el mismo, pero hay algo en él que me desconcierta, está muy extraño, no está durmiendo, lo siento levantarse a media noche y cerrar la puerta con suavidad —mentí, en los tres meses que llevaba con él, nunca se había quedado a dormir conmigo—. No sé cómo comportarme a su alrededor —apreté sus manos contra las mías—. Es injusto, estoy peleando con alguien que no sé quién es, con alguien que no sé si está viva... o muerta.

—Ella murió —habló Gianna, interrumpiendo lo que iba a decir—. Este sábado se cumplirán seis años, Kath —tomó mi mano sobre la suya—. Sé que te juzgué mal cuando te conocí, pero ahora somos casi amigas —asentí—. Desearía poder contártelo todo, pero no es mi historia para contar.

Se levantó del sofá y caminó hacia el vitral. Hice lo mismo, colocándome a su lado.

—¿Quién era Fiorella? —pregunté directamente, tenía la oportunidad, Gianna estaba vulnerable e iba a tomar mi ventaja.

—Fiorella fue mi mejor amiga y la prometida de Alessandro —suspiró y llevó la mano derecha a la parte baja de su vientre—. Murió hace seis años, si tan solo... Si tan solo yo no me hubiese puesto en el plan de estúpida niña rica —me miró —Ella estaría aquí, Kath, —no supe qué decir en ese momento, mi mente trabajaba a mil por hora.

« ¿Cómo había muerto? ¿Por qué se culpaba Gianna? » . Pero antes de que pudiera formularle alguna pregunta, cambió de tema.

—Vamos a desayunar, le he dicho a Ben que traiga una ración de yogurt y cereales para mí.

Ben apareció por la puerta en ese mismo momento. Con la cabeza hecha nudos por las preguntas

nuevas que ni siquiera me había atrevido a formular, empecé a comer en silencio.

Estaba bajando las escaleras con Gianna cuando Lex empezó a subir. Tenía un traje color humo y una corbata verde que hacía juego con el color de sus ojos. Las ojeras bajo sus párpados parecían haberse expandido durante la noche. Gianna y yo nos detuvimos y dejamos que él se acercara en el descansillo.

—Creo haberte dado una orden, *mia dolce*. —Acarició mi mejilla con sus dedos

—Oh, no la molestes, saldrá conmigo. —Gianna golpeó su brazo y él se separó mirándonos a las dos.

—¿Qué demonios haces aquí? Pensé que te habías ido con tu marido.

—Iré con Kath a comprar vestidos, el viernes es la fiesta anual de la compañía, imagino que asistirás...

—Imaginas mal —contestó de manera cortante—. No iremos a esa estúpida fiesta.

—Alessandro, es tu primer año en Nueva York. Como presidente y accionista mayoritario de D'Angelo Building, debes ir. Además, recuerda que es la gala benéfica. Solo iré con Kath a comprar unas cosas y volveremos rápidamente.

—Creo que ya una vez te escuché decir eso, Gianna, no prometas mierdas que no puedes cumplir... No iré a la maldita gala, me importa un comino si el jodido Papa es el invitado de honor —su voz fue ruda y la mirada de Gianna volvió a tornarse vidriosa. Negó con la cabeza antes de enfocar su mirada nuevamente en mí—. Te llevaré al hospital.

Asentí, no es que estuviera especialmente feliz por gastar el dinero de Alessandro. Él me tomó del brazo, ayudándome a bajar las escaleras. Gi se había quedado en el mismo escalón donde nos habíamos detenido.

—¿Algún día de... dejarás de culparme? —el tono de voz de Gianna se fragmentó—. Yo también la amaba.

—Calla —bramó el hombre a mi lado.

Tomé su brazo en un fuerte agarre, intentando calmar lo que fuera que estuviera sucediendo.

Gianna bajó las escaleras hasta estar frente a nosotros.

—Ella era mi amiga —golpeó su pecho, ahora con rabia, nada que ver al tono juguetón de hacía unos minutos.

—No sigas, Gianna.

—Hacemos esto en honor a ella, ¿recuerdas?

—¡Detente ahora!

—¡Era tu maldito auto! —lo golpeó una vez más—. ¡Iban a acabar contigo, cerdo egoísta!

—¡Qué te calles! —La tomó de los hombros mirándola con odio.

—¡Lex! —Lo llamé con voz angustiada y él se detuvo, girándose para observarme—. Ella está embarazada, esto no le hace bien al bebé.

Mi última declaración pareció hacerlo volver en sí, tiró del brazo de Gianna, que lloraba copiosamente, hasta encerrarla entre sus brazos. Su cuerpo estaba completamente rígido y tenía la mirada severa, pero susurró palabras a la mujer entre sus brazos, palabras en su idioma natal, palabras que no podía entender.

Después de lo que pareció un tiempo demasiado largo, Gianna se separó, tomando la mejilla de Lex.

—*¿Potrai mai scusarmi?*^[36]

—*Non ti ho mai incolpato, tanto meno quando so che condividiamo lo stesso dolore*^[37]— quitó la mano de su rostro y la apretó dentro de su puño—. Las llevaré al hospital.

—¿Hospital?... ¿Estás enferma, Katheryne? —Gianna limpió su rostro, que estaba libre de maquillaje.

—Es mi hi... —me callé abruptamente al notar lo que iba a decir—. Mi hermana ha estado enferma. —

Lex me dirigió una mirada perspicaz.

—Entonces iremos al hospital y luego por el vestido.

—¿Qué parte de no iremos no has entendido, pequeña *Troll*? —La voz Alessandro se escuchó juguetona, su cuerpo había perdido la tensión de minutos atrás.

—¿Que parte de “Tienes que ir” no has entendido tú? Pensé que Antoine te lo había dicho.

—Me lo dijo, pero no estoy para fiestas. Vamos. —Empezó a andar en dirección a la salida de la casa

—Alessandro... —Gianna intentó de nuevo.

—No insistas, Gianna, no iremos a esa gala, no he ido nunca. No empezaré a ir ahora. —Lo vi bajar los escalones de la terraza.

—Dame unos minutos con él.

—Gi, es mejor que lo dejes, está enojado y...—Ella negó con la cabeza.

—Se lo debe a Fiore.

La vi salir tras Alessandro y la seguí, quedándome a una distancia prudente por si necesitaba intervenir de nuevo.

—¡Gianna, no acabes con mi paciencia! —gritó Alessandro—. Te respeto lo suficiente como para no decirte lo que pienso en estos momentos.

—Tú decidiste hacer esa gala en su honor y nunca vas. Pensé que este año por fin irías, ya que hay una mujer en tu corazón. Mira, tuve mis dudas con respecto a Kath, pero es una buena chica... Por favor, no dejes a Antoine solo en todo esto. No conoce a los ejecutivos, no ha estado aquí tanto como tú. Además, piensa en la compañía, no está pasando por buenos momentos, tienes a la prensa en tu contra... — Alessandro estaba recostado frente al *Audi* mientras presionaba el puente de su nariz—. Solo piénsalo y, mientras lo haces, yo acompañaré a Kath a buscar un bonito vestido. —Abrió la puerta del coche subiéndose y finalizando la conversación.

Alessandro alzó la mirada observándome y dio un largo suspiro antes de hablar.

—Quieres apurarte, tengo una reunión en media hora y una jodida migraña.

Llegué hasta él y acaricié su sien con mis dedos. Él cerró la puerta del coche y sus manos me tomaron por las caderas.

—¿Estás bien? —preguntó con los ojos cerrados

—Solo un poco dolorida, Ben me ha dado los analgésicos —me dio una sonrisa canalla—. ¿Debo comprar ese vestido, señor?

—¡Maldita sea! —continué con el masaje—. Cuando te contraté, te dije que serías mi mujer en la cama y ante la sociedad. En la cama... —sonrió su sexy sonrisa torcida—, ya eres mi mujer, veamos cómo nos va con la sociedad.

Sonreí y la puerta del auto se abrió.

—¿Qué tanto cuchichean ustedes dos? —Gianna asomó su cabeza—. El tiempo corre. —Entré al auto y Alessandro se sentó al lado de Riley, que inmediatamente ocupó su lugar.

—Conduce con cautela —dijo al chofer, lo que me pareció extraño. Se recostó sobre la tapicería y cerró los ojos. Una vez el auto arrancó, Gianna empezó a planear lo que haríamos.

Riley detuvo el coche frente al hospital, Alessandro se bajó a la vez que Riley lo hacía. Fui la primera en salir, noté el rostro pálido de Alessandro, su frente estaba perlada en sudor, pero cuando intenté tocarlo, sostuvo mi mano frente a su cara.

— Vuelve a casa temprano —farfulló

—¿Estás bien? —El tacto de su mano se sentía helado en mi piel.

—Dame un beso. —Sus manos rodearon mi cintura, sus labios estaban de mal color y fríos cuando me besó; pero su aliento, tibio y mentolado, barrió cualquier cosa racional que pudiera pensar. Su beso fue

una extraña mezcla entre rudeza y suavidad. Movi6 mi rostro de tal manera que mi boca se moldeara a la suya y su lengua juguete6 junto a la mía, y un corrientazo atraves6 mi cuerpo, centrando la vibraci6n entre mis piernas. Gemí en su beso hambriento y mis manos tomaron la solapa de su *Armani*. Una de las suyas sostuvo mi cabeza, moviéndome a su antojo mientras asaltaba mi boca de una manera descomunal.

Gianna carraspe6 al salir del coche.

—Nos vemos en casa, *principessa* —acarici6 mi costado—. Compra un bonito vestido; si vamos a ir a la jodida gala, es mejor que le des de qu6 hablar a la maldita prensa.

—¿Pueden dejar los arrumacos para despu6s? Digo, no se vale comer pastel delante de los pobres. — Mir6 a Gianna cruzada de brazos frente a nosotros.

—Es una lástima que a Antoine no le funcione el pito. —Se burl6.

—Intenta tener sexo con una pelota dentro de tu barriga —mi hombre rio, una carcajada fresca como hacía ya varias semanas no le escuchaba.

Me quedé de piedra... Había dicho mi hombre...

—Veremos si te ríes igual cuando mi amiga Kath se embarace. —La mano en mi costado se apret6 cerca de mi cintura y el rostro de Alessandro perdi6 la expresi6n de jovialidad.

—Yo ya tuve un hijo, Gianna, no pienso tener m6s —dijo con la mandíbula tensa. Se mont6 al coche y dio la orden a Riley de arrancar.

Me quedé en shock. ¿Un hijo? Observé a Gianna, su semblante había cambiado. Las preguntas brotaron a borbotones en mi cabeza. Las palabras de Alessandro habían sido claras “él ya había tenido un hijo”, la pregunta era, ¿d6nde estaba? ¿Era Fiorella la madre?

El viaje en el elevador fue bastante silencioso, quería preguntar, pero la expresi6n de Gianna era desolada y sombría, nada que ver con la mujer que me había sacado de la cama hacía menos de una hora. Christian estaba en la estaci6n de enfermeras cuando salimos del ascensor, tan pronto me vio llegar, abri6 sus brazos caminando hacia mí.

—Mi niña hermosa —me dio un sonoro beso en la comisura de mi boca, haciendo que las cejas de Gianna se elevaran.

—Christian, ella es Gianna, la esposa de un amigo de...

—¿Del dios del sexo! —Rodé los ojos, Christian a veces no tenía filtro en esa boca que se mandaba.

—Mmm..., sí, el dios del sexo es Alessandro D'Angelo, entonces sí, soy la esposa de un amigo de Alessandro y también soy amiga de Katheryne, venimos a ver a su hermanita.

—¿Hermanita? —la voz de Gabriel se escuch6 sarcástica y el rictus en su boca me hacía temer una nueva pelea—. Tu hermanita —dijo con sarcasmo.

—¿C6mo ha pasado la noche Antonella? —decidí hablarle a Christian, temiendo una nueva explosi6n de Gab. Habíamos tenido una discusi6n el día anterior porque no pude quedarme a pasar la noche con Nella.

—Ahora mismo está como lo que ella es, un angelito durmiendo. La verdad es que nos dio algo de lata en la noche, sabes cómo es —dijo Christian riendo.

—¿Cuál de ellos es tu hermano mayor? —pregunt6 Gianna, no sabía a qué se refería, pero antes de intentar hablar, fue Gabriel el que extendió su mano.

—Soy Gabriel y este —apret6 a Chris por cintura—, es mi novio Christian.

—Es una lástima que sus padres hubiesen muerto.

¿Pero qué diablos?

—Voy a ver a mi bebé. ¿Vienes, Gianna?

—Oh, ve tú... Yo me quedo con ellos.

—Sí, Kath. Ve tranquila, hermanita, yo me quedo con tu amiga. —Veneno, eso había en cada una de las palabras de Gabriel.

—No, *sweet heart*, tú vas a ir por café — « Bendito seas, Chris » —. Yo me quedo con esta señorita.

Caminé hacia la puerta de Nella y empujé con suavidad para no despertarla. Verla ahí acostada sobre su camita de barandales como un angelito me hizo sonreír mientras las lágrimas invadían mis ojos. Llegué hasta la cuna y acaricié los cabellos con cariño.

—Eres una guerrera, mi amor —no me fijé en los cables que la monitoreaban, simplemente me centré en ella. Estaba ahí, pronto estaría sana. Me di cuenta de que todo valía la pena si ella estaba bien.

—¿Así que ahora es tu hermana? —No escuché cuando Gabriel abrió la puerta de la habitación de Nella, pero el tono de su voz era acusatorio—. Ahora le niegas tiempo con ella que tú...

—Tú sabes porque no puedo decir nada —reviré.

—Si tanto estorbo te hace, Christian y yo podemos adoptarla, igual pasamos mucho más tiempo con ella que tú.

—Mi hija no me estorba, sencillamente la quiero fuera de esto. ¿Qué sucedió anoche?

—Si te hubieras quedado, lo sabrías, pero como para ti es más importante calentar la cama del *señor millón de dólares* que pasar una noche con tu hija enferma...

—No hables de lo que no sabes... Recuerda que esto lo hice por Nella.

—¡Te vendiste una noche por Nella! — La niña se removió en la cuna y él se acercó a mí—. Te vendiste un año por ambiciosa.

—¡Vete!

—¡No había necesidad de hacerlo!... ¡Joder, Katheryne! ¡Te vendiste cual prostituta! ¿Dónde carajos quedó tu dignidad?... Si Isabella estuviera viva...

—Pero está muerta —ataqué.

—Pero esa niña sigue siendo su hija.

—No, esta niña es mi hija, Gabriel. Y si tengo que venderme diez mil veces para asegurarle un futuro, lo haré.

—Claro... ¿Que conveniente, no, Katheryne? Todos creen que te estás sacrificando, cuando la verdad es que te fascina ser la puta de ese maldito hombre. ¿En qué momento te convertiste en una ramera? —Mi mano impactó en su mejilla con fuerza, ni siquiera lo pensé, estaba harta de los juicios de Gabriel, de sus indirectas, de su indiferencia...

—¿Te duele la verdad, no, Kath?

—Tú no sabes nada.

—¿Y qué debo saber, Katheryne? Dime que te gusta cómo ese hombre te somete, la manera en la que te besa, como hace unos minutos... ¡Te vi desde la ventana, maldita sea! ¡Así que conmigo no tienes que ser la tonta remilgada que se sacrifica por Antonella, cuando sé perfectamente que no te estás sacrificando más que para el placer de ese hombre! —Intenté golpearlo de nuevo, pero esa vez él sostuvo mi mano en el aire.

—Tú no tienes ningún derecho a hablarme así, Gabriel. Te quiero muchísimo y estoy muy agradecida contigo, pero no podemos seguir así. No te permito que juzgues mis decisiones. Cuando Nella salga del hospital, la llevaré conmigo.

—Si yo te lo permito — dijo serio.

—¿Y qué puedes hacer para impedir que no lo haga?

—Solo no me provoques, Katheryne... Un examen de ADN demostraría que no eres su madre.

—¿Me estás amenazando?

—Tómalo como quieras. —Caminó hacia la ventana, descansando su cabeza en el marco. La habitación se quedó en un silencio denso, me di cuenta de que había perdido a mi mejor amigo y que quizá nunca lo podría recuperar. Me aferré a los barrotes y dejé que las lágrimas salieran libres y silenciosas para no perturbar el sueño de mi hija. Escuché la puerta abrirse segundos después y limpié mis lágrimas como pude cuando sentí la pequeña mano de Gianna en mi hombro.

—Katheryne. Oh, pequeña, ¿estás bien? —Miró hacia la cuna, observando a mi pequeña dormida—.

Oh, es tan chiquita... Sé que debe ser duro verla así, pero se pondrá mejor, ya verás —me abrazó—. Chris dijo que podía pasar. Creo que está esperando que le lleves café. —Se dirigió a Gab, el cual no contestó.

—Vendré por la noche... ¿O la princesa necesita que me quede todo el día? —satirizó.

—Yo estaré con ella todo el día.

—¡Si puedes estar aquí por la tarde, sería genial! Kath y yo tenemos que ir a buscar el vestido perfecto. —Al parecer, Gianna no notaba la tensión en el aire.

—Un vestido... —dijo Gabriel, irónico.

—No, no es necesario, Gianna, te dije que tengo bastantes vestidos en casa y, además, Antonella es primero.

—Kath... —hizo un puchero—. Ninguno de esos vestidos está a la altura de la gala, eres la novia de Alessandro D'Angelo.

—¿Novia? ¡A la mierda, lo he escuchado todo!

—Ve con ella, Katheryne —dijo mi nombre con ironía—. Yo me haré cargo de Antonella como lo he hecho en los últimos meses —bufó.

—No después de lo que acabas de decir.

—¿Ahora tienes miedo? —Gabriel me retó.

—¿Sucede algo?

—Para nada —repuso mirando a Gianna—. Puedes llevártela después de almuerzo, para que ella compre el vestido a la altura de su... novio —escupió la palabra—. Iré por el café y luego a dormir un poco, estaré a tiempo para su... salida de compras. —Gianna lo observó hasta que hubo abandonado la habitación.

—Tu hermano está molesto —no fue una pregunta—. ¿Cómo dijiste que se llamaba la niña? —Tomó la manito de Antonella entre sus dedos.

Olvidé a Gabriel y me centré en los monitores y en la dulce pequeña recostada frente a mí.

—Se llama Antonella —dije mirándola fijamente.

—¿Nella?

—Así la llamamos —Gianna se veía contrariada—. ¿Te sientes bien?

Asintió.

—Solo es que... Nada, olvídalo —dijo antes de acariciar el bracito de mi bebé.

—Somos amigas, dime. —Le pedí.

—Ese fue el nombre que Alessandro escogió para el bebé que tuvo con Fiore. Ella amaba ese nombre, Antonella —llevó su mano a sus ojos y retiró una lágrima esquiva—. Lo siento, estoy sentimental, ¿podemos adelantar nuestras compras? Christian me dijo que se va a quedar en el hospital.

—Gi —la miré a los ojos—. No quiero dejar a los chicos solos de nuevo. ¿Por qué no vas tú y escoges algo digno de la gala? —busqué entre mi bolso una de mis tarjetas, Alessandro me las había dado cuando hizo el segundo depósito en el banco y prefería usar las mías a una de las que me había dado él

—¿Segura? —Asentí, confiaba en Gianna.

Doce

Los últimos dos días fueron terribles. Alessandro pasó de estar melancólico a irritable la mayoría del tiempo. No había vuelto a amanecer junto a mí y no me había dado un beso desde la vez que nos dejó a Gianna y a mí en el hospital. Y había estado tan cabreado cuando me había ido el día anterior al hospital, que no me extrañó encontrarlo de mal humor cuando llegué a casa por la mañana. Lo intenté por el buen camino, pedí su permiso para pasar una noche con Antonella, con la amenaza de Gabriel latente en mi cabeza —incluso aunque Chris había dicho que no se prestaría para eso—; pero obviamente, “el dios todopoderoso” había abierto su boca para gritar un ¡No! Entonces tocó ir por los caminos espinosos, necesitaba esa noche, mi hija me necesitaba y, si ya había resistido un castigo por mi pequeña, podría hacerlo de nuevo; así que, fui clara con él, iba a pasar la noche en el hospital con o sin su autorización.

Por supuesto, había sido sin su autorización.

Estaba tomando el desayuno cuando escuché el grito que provenía del despacho. Sasha me guiñó un ojo al escuchar un nuevo grito.

—Al parecer, está molesto.

—¿De verdad? —ironicé.

—No debería decirle esto, pero pasó toda la noche ahí encerrado y ni siquiera comió esta mañana.

—Intentaré no cruzarme en su camino —musité levantándome de la silla, no me apetecía nada más y quería descansar un poco antes de que Gianna apareciera para llevarme de cabeza a un spa, como había prometido.

La crisis respiratoria de Antonella había pasado y el doctor Thatcher había programado la operación para el domingo, lo que me tenía con emociones encontradas. Por una parte, estaba preocupada Nella, era un bebé y tendría una cirugía a corazón abierto; por otro, estaba feliz de haber podido conseguir el dinero sin importar cómo. Lo sustancial era que la operación estaba pagada, los gastos hospitalarios también; con los últimos exámenes, había tenido que tomar dinero de la cuenta que Alessandro había abierto para mí, pero todo estaba cubierto.

Subí las escaleras, llegando a la habitación, y entré al baño. Me desvestí mientras la tina se llenaba y recogí mi cabello en un moño alto. Una vez estuve lista, dejé que mi adolorido cuerpo se sumergiera en el agua tibia, dejando que esta relajara, sentía mi cuerpo rígido por todo lo ocurrido en estos últimos días : el mal genio de Alessandro, las discusiones con Gabriel y los días de hospital con Antonella. Podía escuchar a Alessandro desde ahí gritar a quién sabe quién y me regañé a mí misma por no haber tomado mi iPod. Cerré los ojos, quedándome momentáneamente traspuesta.

—Una sumisa ahogada no es que me sirva de mucho. Por si no lo sabes, no práctico la necrofilia —su voz fue dura y tajante—. Sal de ahí —me tiró una toalla—. No te demores, estoy agotado y me apetece una siesta antes ir a hacer el *show* a la maldita fiesta.

¿Estaba escuchándolo bien?

—Sí, escuchaste bien, el agua aún no te llegó al cerebro. Quiero dormir un poco, así que sécate y ven a la cama; por las ojeras bajo tus ojos, creo que tú también necesitas dormir.

No esperó a que dijera nada, se dio media vuelta y cerró la puerta con un fuerte azote. Salí de la tina y quité el tapón del agua. Sequé mi cuerpo, tomando mi tiempo, y tomé otra toalla para cubrirme. Abrí la puerta y subí los escalones deteniéndome mientras observaba a Lex sobre la cama. Se había quitado la camisa y el pantalón de vestir que llevaba, quedando solo en bóxer. Su brazo derecho cubría su rostro parcialmente. Me dirigí hacia el armario, buscando algo que ponerme, cuando su voz me hizo saltar.

—Desnuda, Kath, no quiero que uses nada —me encogí de hombros y caminé hacia la cama, quitando el edredón y metiéndome bajo las mantas mientras me giraba a medio lado, adoptando la posición que él

prefería. Estaba cansada y él esperando lucha, una que por supuesto no tenía intención de darle. Alessandro llevó sus manos a mi cabello, desarmando el moño a medio hacer, y colocó su brazo sobre mi hombro. Se deslizó por mi cintura, atrayéndome a su pecho, enterró su nariz en mi pelo, y apretó mi vientre con sus dedos—. Duerme.

Cerré los ojos y me dejé arrastrar hasta la inconsciencia.

—¡¡Kath!! —la voz de Gianna me hizo despertar desorientada. Alessandro se había ido, parecía que hacía tiempo, pues su lado de la cama estaba frío y las cortinas estaban cerradas, cubriendo la pared de cristal—. Levántate, chica, levántate.

Ella venía cargada de bolsas, que dejó esparcidas en el sofá. Me senté con cuidado de mantener la sábana sujeta a mi pecho, mientras ella tiraba de las cortinas. Un chico de cabellos rosa estaba en la habitación contigua, sacando cosas de una maleta que estaba sobre la mesa. Había tres chicas junto a él que parecían almas sacadas de un programa de esos en donde hablan de anorexia.

¡Joder, esas chicas no se estaban alimentando bien!

Estuve a punto de levantarme de la cama, tomar el teléfono y decirle a Sasha que les trajera comida.

—Francis nos dejará como *principessas*, Kath —dijo dando palmas mientras subía a la cama. Tanteé la mesa de noche buscando mi celular y percatándome de que eran más de las dos de la tarde. Di un largo respiro, al parecer, la tarde iba a ser muchísimo más larga que la noche. Francis, como se llamaba el estilista, nos hizo cambiar dejándome a mí en una fina pijama de tirillas y un pequeño short que Gianna había comprado, alegando que había descubierto que no tenía pijamas cuando revisó mi armario.

Nos sentamos en la habitación principal de Alessandro; yo en el sofá que daba al jardín y Gianna en el otro. Ella llevaba un minúsculo camisón de seda que se adhería a su abultado vientre.

—Gianna, ¿qué nos van a hacer? —pregunté mientras veía las dos chicas caminar de un lado a otro.

—Chocolaterapia en el pelo, una mascarilla de pepino para el rostro; nos van a arreglar las uñas y, por supuesto, depilación total. A Antoine le gusta que esté completamente depilada.

—Menos información, por favor... —Cerré los ojos fingiendo dramatismo. Al menos sabía que Alessandro no era el único con ese fetiche.

Las chicas huesudas se sentaron frente a nosotras en pequeños bancos cada una con un neceser a su lado. Sacaron un pequeño recipiente y algo que era similar a un *fondue*, a la vez que sacaban unas tiras de tela... Había visto eso anteriormente en el pequeño spa de Gab.

—¡No! —dije llevando mis rodillas bajo mi mentón—. Tengo un kit de cera fría espectacular que puedo usar.

—No seas tonta, este es un trabajo profesional, terminarás amándolas —dijo Gianna—. Al principio, duele un poco, pero con el tiempo se convertirán en tus mejores amigas... —sonrió—. Maddy —llamó a la chica que estaba frente a mí—, empecemos por la chocolaterapia, luego la mascarilla y dejamos la depilación para lo último.

La chica sonrió. Ambas sacaron un frasquito y empezaron a esparcirnos el tratamiento del cabello y luego colocaron la mascarilla en nuestra cara y un par de rebanadas de pepino en nuestros ojos. Hasta ahí iba todo perfecto, entonces llegaron las malditas bandas de cera depilatoria.

¡Joder! Prefería mil veces que Alessandro me azotara antes que pasar nuevamente por esas putas bandas. Dolían como el infierno y era algo que no le veía caso, el vestido era largo y las piernas no se me iban a notar.

¿Qué jodido problema tenía ella con la cera fría?

Aún con dolor en cada parte de mis piernas, me senté en la silla que Francis dispuso para el peinado. Primero había alisado mi cabello dejándolo liso para luego darle vueltas una y otra vez, según él, hasta

encontrar el peinado perfecto, dejándome con un jodido dolor de cabeza. Cuando ya estuvo elaborado mi peinado, procedieron a arreglarnos las uñas de las manos. Al menos allí no me habían torturado.

Gianna no me había dejado ver el vestido, y yo rogaba internamente porque no fuera algo muy llamativo, odiaba ser el centro de atención y estaba bastante segura de que esa noche lo sería nada más por ir del brazo de Alessandro.

Gianna se despidió cerca de las 17:00, dejándome sola, con un elaborado peinado y un maquillaje perfecto. Eso sí, antes había amenazado mi vida si lo arruinaba. Llamé a Christian preguntándole por Antonella, necesitaba mantenerse estable para su operación. Me acerqué a la ventana y elevé mis ojos al cielo, dando un agradecimiento silencioso a Dios mientras recitaba una breve plegaria. No había visto a Alessandro desde que dijo que dormiría conmigo, pero por el grito que había escuchado, luego que Gianna se fuese, sabía que aún estaba enojado. Di un respiro fuerte observando cómo las pocas estrellas iluminaban el firmamento y decidí que era hora de colocarme el vestido.

Aún no muy segura con la elección de mi nueva amiga, me desvestí recordando las últimas indicaciones de Gi: “Sin bragas, sin sostén”.

Se trataba de un vestido de seda verde, era ceñido al cuerpo hasta la cintura con escote corazón, los hombros desnudos y dejaba mi espalda al descubierto. Tenía una falda larga tipo A, que caía con soltura desde mis caderas, acompañada por unos zapatos altos tacón puntilla en color negro. Dejé en mi cuello la fina cadena que él me había obsequiado y la pulsera atornillada en mi muñeca.

Después de observarme mil veces al espejo, decidí que era hora de bajar. Si algo había aprendido en esos tres meses, era que al “señor todopoderoso” no le gustaba llegar tarde a ningún lado.

Bajé las escaleras lentamente, con mucho cuidado de no caerme, y me dirigí exactamente al lugar donde sabía que estaría... No me equivoqué. Estaba sentado en su sillón de cuero; a pesar de la distancia, podía notar que su barba había sido levemente retocada. Su cabello había crecido en los últimos meses y ahora lucía una barba mentón cerrado. Se veía jodidamente sexy. Levantó la vista cuando se sintió observado e hizo un ademán con su mano para que me acercara. Sacó de una de sus gavetas una caja fina de joyería y la colocó sobre el escritorio.

—Póntelas... —¡Joder! Seguía cabreado y ya no me parecía tan buena idea ir a esa gala, estaba nerviosa y, el mal genio del hombre frente a mí, hacía que los latidos de mi corazón se duplicaran. Abrí el estuche negro y encontré unos preciosos pendientes en forma de lágrima junto con una cadena, cuyo dije era una lágrima similar. Me quité los pendientes que tenía, remplazándolos por los que Alessandro me había dado—. Ven aquí, te ayudaré con el colgante —me acerqué a él, girándome para que abrochara el colgante. Amarró la joya rápidamente y la yema de sus dedos descendió por mi columna hasta que sus manos abarcaron mi cintura—. Hay que reconocer lo bien que te ves esta noche. Estás hermosa, Katheryne —me atrajo hacia él—. Nunca había invertido tan bien mi dinero. Vámonos y terminemos esta maldita noche —respiré profundamente y me giré, encontrándome con su verde mirada.

—¿Qué sucede?

—No me agrada esta gala.

—Lo sé.

—Gianna insiste en mantenerla viva cada año, pero sinceramente me importa una mierda si se hace o no. —Su voz era dura e inflexible. Aun así, alcé la mano y, cuando vi que no hacía ningún aspaviento brusco, la deslicé sobre su cabello.

—Vámonos ya, Kath, antes que me arrepienta verdaderamente de ir y termine en la habitación esposada a la cama, mientras te follo, aun estando vestida.

La noche estaba fría, agradecí mentalmente que Gianna hubiese sido precavida, pensado en el chal que

cubría mis hombros y espalda desnuda. Lex tenía los ojos cerrados y presionaba el puente de su nariz. Delante de nosotros, conduciendo el BMW, estaba Riley, impecablemente vestido en un esmoquin negro. Cada minuto que nos acercábamos al hotel donde sería llevado a cabo la fiesta, me sentía más nerviosa. Inconscientemente, llevé mi mano a mi boca mordiendo mi uña del dedo meñique, una mala manía que hacía mucho no aparecía.

—Vas a dañar el esmalte de tus uñas si sigues haciendo eso —la voz del hombre a mi lado fue suave, tomó la mano que mordía entre las suyas y tiró de mí para que me acercara—. Espero que no se haya filtrado la noticia de que asistiré a la gala o los periodistas estarán más que dispuestos a obtener una primicia.

—¿Por qué...? —me aclaré la voz—. ¿Por qué nunca asistes?

—Por lo que significa —suspiró—. Los fondos que recauda la gala se hacen llegar a personas que han perdido algún miembro por causa de un accidente automovilístico, o van a parar a la fundación que se especializa en lo mismo. También, una parte de los peculios son destinados al orfanato que sostiene la empresa. Mi madre hacía la gala para niños huérfanos y, cuando murió, esa gala desapareció por unos años. Luego, cuando tomé el mando de la empresa, entre la esposa de Franco y Gianna, modificaron la fecha y el fin de la misma. Ellas querían darle vida a Fiorella, pero para mí es como si celebraran su muerte —su tono de voz fue sombrío—. Odio asistir, soy un ser antisocial y este tipo de eventos es frívolo, está lleno de periodistas y de personas que se vanaglorian de cuánto dinero tienen su cuenta bancaria.

—¿Quién es Franco, Gianna también lo nombró a él y a su esposa?

—Son los padres de... —su tono de voz titubeo—. Recuerda las reglas.

—Son los padres de Fiorella, tu novia.

—No, soy *Víctor Van Dort*.^[38]

—Tú me entiendes. —Le resté importancia.

—Fiorella está muerta, Katheryne, desde hace seis malditos años. —Su entrecejo se frunció. Podía palpar la tensión en su cuerpo como si fuesen ondas que se desprendían de él.

—¿Los conoceré esta noche?

—¿Estás poniendo en juego mi paciencia? Porque no es una buena noche.

—Quiero saber a qué atenerme, se supone que soy tu novia, si los encuentro de frente, ¿qué carajos les voy a decir?

—¡Cuida tu lenguaje!

Respiré profundamente.

—Lo siento. —Él apretó mi mano sin hacerme daño.

—Yo también me exalté —cerró los ojos—. Estoy en la punta del precipicio, Katheryne, siento que en cualquier momento voy a caer... —iba a decir algo más, pero Riley aparcó fuera del imponente hotel Ritz, donde cientos de periodistas estaban a cada lado de la alfombra que había en la entrada. Lex soltó mi mano y apretó una vez más el puente de su nariz—. Danos un momento, Riley.

Él asintió al retrovisor y salió del coche.

—Antes de bajarnos, Katheryne, quiero comentarte una cosa...

—¿Una regla?

—Algo así —sentenció con seriedad—. Esta noche, harán una subasta para bailar, diez hermosas mujeres se ofrecen para bailar cinco piezas. Estoy seguro de que Gianna va a querer que participes, pero escúchame bien, porque no quiero repetirlo —acercó su frente a la mía—, te prohíbo participar en esa subasta y en todas las que implique que tengas que estar con alguien más que no sea yo —su voz tenía un matiz amenazante—. ¿Entendido? —asentí—. Dilo.

—No estaré con nadie más que no seas tú, no me separaré de tu lado ni para ir al baño. ¿Satisfecho?

Me dio una sonrisa sarcástica y deslizó su mano por mi nuca, manteniendo mi rostro frente a él.

—Mi primo también estará allí. No te quiero cerca de él, en estos momentos, nuestra relación no es la más familiar, lo quiero fuera de mi empresa y el maldito empieza a fastidiarme con sus malas decisiones. No estoy jugando, Katheryne, te quiero a mi lado durante cada jodido segundo de esta noche —asentí—. Para contestar a tu pregunta, no verás a Franco esta noche, él está haciéndose cargo de la sucursal en Italia...

No dije nada, no tuve tiempo, Alessandro tocó el vidrio de la ventana del auto y Riley se apresuró a abrir la puerta. Salió del coche abotonando su saco. Su mirada era glacial; sus labios, dos líneas rígidas. Los flashes empezaron a dispararse mientras los periodistas gritaban cosas hacia él. Tendió su mano hacia mí y la tomé con cautela. Una vez estuve fuera del auto, él me atrajo a su cuerpo y dio un beso sobre mi sien mientras murmuraba entre dientes—: No mires a nadie directamente, aférrate a mi brazo y da tu mejor sonrisa —se alejó, colocando su brazo a mi servicio, y empezamos a caminar hacia la entrada del hotel.

La lluvia de preguntas se hizo más frecuente a medida que llegábamos a las puertas de cristal:

—*Señor D'Angelo, ¿quién es su acompañante?*

—*¿Qué lo trae por acá hoy?*

—*¿D'Angelo Building alega problemas de liquidez; sin embargo, esta fiesta...?*

—Mierda —murmuró entre dientes deteniéndose—. ¡Maldita Gianna! —Se giró hacia la prensa y sonrió. A pesar de que su cuerpo parecía ser una estaca clavada al suelo, la sonrisa de Alessandro fue coqueta, ¡una de esas destroza bragas!

Estiró su brazo en mi cintura mientras varios periodistas lanzaban preguntas.

—*¿Qué tiene de especial esta gala, que la ha honrado con su presencia?*

—*¿Seguirá habiendo despidos en esta sucursal?*

—*¿Es cierto que la empresa está siendo auditada, que hay un desfalco por cientos de millones de dólares?*

Alessandro no contestó ninguna pregunta, apretó su mano en mi cintura y sonrió hacia los flashes antes de empezar su andar, deteniéndose al observar que iba a su mismo paso. Me dio una mirada retadora y le devolví una que claramente decía: *¿Pero cómo coño quieres que esté detrás de ti cuando tienes tu brazo en mi cintura como si fuese una anaconda?*

Al parecer, la captó porque negó con la cabeza y siguió caminando.

Entrar al hotel fue descansar del bullicio de los periodistas y los flashes. Dentro todo era calmo; había una lámpara de araña que colgaba del centro del vestidor, la luz era opaca, pero eso no significaba que no fuese perfecta, y los pisos eran tan brillantes que podías ver tu reflejo en ellos. El salón era grande, ubicado en el *hall* alto del hotel. Tenía puertas de cristal custodiadas por un hombre impecablemente vestido; la luz era tenue, y en colores claros de muy buen gusto; el suelo estaba cubierto por una alfombra enorme y las paredes estaban tapizadas armoniosamente. Había ventanas o arcos, a través de los cuales podías dirigirte hacia el jardín; y las mesas redondas estaban ubicadas estratégicamente de tal manera que dejaban el espacio suficiente, por si las personas querían disfrutar de alguna pieza de baile. En una esquina, al lado de la lo que podía describirse como una tarima improvisada, estaba un señor canoso, vestido de gala, junto con una orquesta en vivo que tocaba una melodiosa canción.

—Pensé que la gala era en el jardín —dije acercándome a su cuerpo. A lo lejos, pude ver a Gianna y Antoine conversar con un grupo de señores.

Negó con un movimiento de cabeza.

—Gianna lo hace creer así, pero es mejor estar dentro de un salón por si llueve o algo sale mal.

—¡No puedo creerlo! ¡Alessandro D'Angelo en carne y hueso! —exclamó un señor enfundado en un esmoquin negro.

—Doctor Phillips, es un placer verle —contestó Alessandro en forma cortés, pero el agarre en mi mano me decía que le molestaba sobre manera el hombre frente a nosotros.

—Me enteré de la noticia del edificio Millenium. Es una lástima que una empresa tan respetada, esté metida en problemas tan serios.

—Solo fue error de administración, pero estamos solucionando todo e indemnizando a los más perjudicados.

—Eso es bueno saberlo, muchacho. No queremos negar una concesión de su parte por saber que están haciendo negocios fraudulentos.

—No, para D'Angelo Building, es importante que sus clientes tengan lo mejor.

—¿Y esta hermosa señorita? —preguntó el doctor, extendiendo su mano y cambiando de tema radicalmente.

—Ella es mi prometida, Kathlyn Le Blanc.

« ¿What...? ¿A qué jodidas horas me cambié el nombre y el apellido? No es que mi padre haya sido un santo, pero... ».

—¿De los Le Blanc Holding? Buena elección, muchacho. Fue un placer, señorita. Alessandro, debo retirarme, si mi esposa se da cuenta de que la dejé sola, va a dejarme una semana durmiendo con el perro. —Rio por su broma, pero Alessandro no lo siguió.

—¿Kathlyn Le Blanc? —pregunté cuando el hombre se había retirado.

—Evitará que tengas la prensa tras de ti cuando esto acabe...

Cierto, nuestro contrato tenía fecha de finalización.

Suspiré cuando él me miró, alzando una de sus cejas.

Negué con la cabeza justo cuando Gianna y Antoine se acercaban a nosotros. Tenía puesto un vestido negro abierto, que tenía un escote en V en todo su busto, con una faja de gasa negra apretando bajo su busto y de allí caía, ocultando parcialmente su barriguita; también pude apreciar que ella no tenía trampas mortales, llamadas comúnmente tacones

—¡Lo sabía, ese vestido me susurró tu nombre cuando lo vi en la *boutique*! —exclamó, dándome dos besos.

—Sí, claro... —dije rodando los ojos. Alessandro se separó de mí y comenzó a platicar con Antoine, o a gruñir mientras Antoine le decía que debía calmarse. Observé una vez más el salón y a las personas que se encontraban ahí reunidas. Escuchamos un murmullo y dirigí mi mirada a la tarima donde el maestro de ceremonias daba inicio a la celebración.

—Buenas noches, damas y caballeros, estamos aquí en la sexta gala benéfica a favor de las personas que han perdido extremidades en accidentes de coche y los niños que han perdido hogares por causa de los mismos. Como ya saben, esta gala se realiza simultáneamente en Italia y en cada una de las sucursales de D'Angelo Building. Es grato para mí decir que en la gala de Italia hemos recaudado una cantidad más que generosa, que será dividida equitativamente entre las dos causas ya antes mencionadas.

El público estalló en aplausos hasta que el señor nuevamente habló.

—Esta noche, subastaremos cinco piezas de baile con diez lindas jovencitas, y también varios objetos que nos han donado. Pero antes, tendremos unas palabras del presidente y CEO de D'Angelo Building.

Alessandro enarcó una de sus perfectas cejas en dirección a Gianna, a lo que ella le dio una asombrosa sonrisa.

—Yo lo hago siempre, hermano —susurró Antoine dándole palmadas en la espalda—, pero ya que estás aquí...

—Señor D'Angelo... —Llamó nuevamente el maestro de ceremonias.

Alessandro soltó todo el aire y tomó una copa de champagne cuando un mesero pasó a su lado y la bebió de un solo trago.

Lo vi caminar hacia el escenario y saludar al señor que suponía era el maestro de ceremonias. Este le tendió el micrófono y él lo tomó, pasándose la mano por el cabello. Se veía imponente y serio. Observó a todas las personas del salón con cautela y luego sus ojos se fijaron en mí antes de mirar a un punto

inexistente.

—No soy muy bueno con las palabras, así que seré breve.

Me centré en él, su rostro parco y sin expresión alguna; sus labios rígidos y su postura recta, se veía tan apuesto con ese traje que estaba segura de que más de una mujer tenía las bragas disueltas.

—Hace muchos años, mi padre tomó el control de esta empresa fundada por mi abuelo Albert. Debido al buen trabajo —esto último lo dijo fuerte y claro—, le dio renombre. Mi madre siempre fue muy caritativa y mi padre supongo que la amaba tanto que le permitió hacer su gala en su empresa, por lo que yo solo he querido seguir la tradición, pero el éxito de esta gala depende de ustedes... Gracias.

Sin más, bajó del escenario y caminó hasta Antoine, que palmeó su hombro y nos llevó a la mesa que ocuparíamos durante la velada.

El maestro de ceremonias carraspeó nuevamente para obtener la atención de todos.

—Abriremos la gala con la subasta del baile, le pido el favor a las hermosas damas que suban al escenario.

Gianna me dio un leve empujón.

—Ve, es por una buena causa — recordé la pequeña charla con Alessandro—. Yo participo todos los años, solo que este año el único que quiere bailar conmigo es mi querido esposo —sonrió acariciando su prominente vientre—. Anda, ve. — Volvió a empujarme.

—No, Gianna —dije—. Con estos zapatos, lo más seguro es que acabe con mi trasero dándole un beso al reluciente suelo. —Me burlé mientras veía cómo una a una fueron pasando las mujeres... hasta que ella subió.

¿¡Qué jodidos hacía Krystal ahí!?

Sonrió pícaramente en dirección a nuestra mesa. Para mi sorpresa, Alessandro se la devolvió ladeada, pícara y coqueta, de esas que prometían sexo.

La subasta comenzó y una a una las mujeres fueron subastadas, haciéndome recordar mi propia subasta.

Estaba tan sumida en mis propios pensamientos, que casi no escuché al encargado empezar a subastar a Krystal.

—Empecemos con cinco mil dólares —dijo el hombre. Observé el vestido rojo de Krystal abierto a media pierna, con escote de corazón —parecido al de Jessica Rabbit—. Había vuelto a teñir su cabello y tenía una...

—¡Cinco mil dólares! —gritó Alessandro, haciéndome saltar en la silla. El señor “No te separes de mí ni un segundo” estaba ofertando por una mujer... ¿Dónde quedaba yo en toda esa burla?

—Cinco mil dólares ofrece nuestro presidente. —El auditorio rio.

Gianna le dio una mirada desconcertada, pero Alessandro la ignoró y se llevó a la boca el vaso con licor que el mesero había puesto en su lugar tan pronto volvió a la mesa. Tenía su sonrisa lasciva y cruel en el rostro.

—¡Seis mil! —gritó otro hombre.

—¡Seis mil quinientos por acá!

—¡Ocho mil dólares! —Alessandro se levantó de la silla y todos miraron en nuestra dirección.

Me sentía humillada, dolida, pero sobre todo...

—¡Nueve mil! —gritó el hombre nuevamente.

—¡Diez mil dólares! —rebató Lex, volteó su rostro hacia mí y sonrió.

Le devolví la mirada sin entender. ¿Qué ganaba con todo esto? ¿Qué culpas estaba expiando?

—Diez mil a la una, a las dos... Vendida al presidente de D'Angelo Building. Señorita Krystal Stuart, puede ir con su comprador.

Alessandro se acercó a mi oído—: Esto fue por quedarte fuera de casa anoche —dejó un beso húmedo en mi mejilla—. No te muevas de aquí. —Salió de la mesa con su sardónica mueca clavada en su rostro. Él

era el rey y, en ese momento, decía “Jaque Mate”, sin importarle mi dignidad o mi corazón.

Krystal y él se encontraron a medio camino, ella tiró sus brazos al cuello y dejó un beso en su mejilla mientras le susurraba algo que lo hizo tirar su cabeza hacia atrás y reír.

Las palabras de Molly volvieron a mi mente de manera fugaz: “Viene de vez en cuando y siempre pide a Krystal”.

Una suave melodía empezó a reproducirse, levanté la mirada para encontrarme con las diez parejas en la pista, mientras un joven amenizaba la velada con una tonada romántica.

Tragué el nudo en mi garganta sin dejar de mirarlos y, cuando él la apretó a su cuerpo, fue más de lo que pude soportar.

—Tengo que salir de aquí —dije suavemente a Gianna. Ella me miró con... ¿lástima? Si eso era, no iba a quedarme a averiguarlo. Me escabullí de manera lenta por el salón hasta encontrar uno de los ventanales que tenía salida hacia el jardín. Necesitaba aire, respirar, quitar el vacío en mi pecho...

La terraza que conducía al jardín del hotel tenía dos escaleras arqueadas que te hacían bajar a un lugar mágico rodeado de arbustos y plantas. A lo lejos pude, divisar una fuente. Quizá en otra situación, hubiese podido apreciar más la vista, pero en ese momento estaba intentando ser fuerte y no llorar como todo mi cuerpo me lo pedía. ¿Por qué me dolía tanto que él tomara el primer baile con una de sus ex amantes? ¿Por qué ese afán en castigarme?

Sabía la respuesta, los sentimientos hacia Alessandro estaban aflorando en mi interior y me negaba a ello. ¿Podría enamorarme de un hombre que solo sabía darme órdenes? Era una masoquista sin sentido alguno, quizá Gabriel tenía razón, me gustaba la manera en la que Alessandro me hacía sentir y por eso estaba a su lado.

Estaba a punto de bajar al jardín y buscar la manera de irme del lugar, cuando sentí el particular aroma de alguien que conocía bien. La mano de Gianna se posó en mi hombro antes de que pudiera voltear.

—Katheryne... —Su tono de voz era bajo y condescendiente.

—Déjame sola, Gianna —dije limpiando una esquiva lágrima.

—Lo mataré. ¿Prefieres que sufra o que lo haga rápido?

—Solo déjame, ¿quieres? —susurré, sorbiendo mi nariz.

—¿Quieres que llame a Riley para que te lleve a casa? —negué.

—Entraré al salón cuando hayan pasado las cinco canciones.

—¿Segura? —inquirió preocupada.

—¿Podrías dejarme sola, por favor? —rogué.

Escuché sus pasos alejarse y bajé la escalerilla, recorriendo los caminos empedrados hasta llegar a una punta del jardín. Me senté sobre una silla semiescondida entre los arbustos y respiré profundamente, intentando retener las lágrimas, pero fue completamente en vano.

No podía seguir ocultando que, en algún momento en estos tres meses, mi yo masoquista había empezado a sentir cosas por el hombre con el que tenía sexo rudo.

—Una flor tan bella no debe llorar —dijo una voz extraña frente a mí.

Miré los zapatos negros de charol, impresionantemente brillantes. Tenía un traje hecho a la medida de color negro que se ajustaba fijamente a cada músculo de su cuerpo.

—No estoy llorando —dije limpiando mis lágrimas.

—Entonces, mi bella señorita, tiene usted una fuga en sus hermosos ojos. Mi nombre es Fabrizio —me entregó un pañuelo y lo tomé, limpiando mis mejillas.

—¿Te he visto en algún lugar?

—Nos vimos hace un par de días en el hospital, me entregaste un volante para donar sangre —recordé que me había sumado a una campaña de la fundación—. Me dijiste que tu hermana estaba ahí internada y que lo hacías porque quizá algún día lo necesitarías—asentí—. ¿Cómo sigue la *piccola*? —dijo en un mal acento italiano, no sonaba como él.

« Joder, me reprendí internamente. En esos momentos, el maldito bastardo debía estar bailando con la puta más puta de todo Nueva York ».

—¿Está bien la niña? —Repitió la pregunta, detallé al hombre frente a mí: pómulos marcados, cuerpo de modelo, cabello rubio cenizo y ojos verdes... En otra ocasión, para mí hubiese sido hermoso, solo que, en esos momentos, mis ojos no veían más belleza que la de Lex D'Angelo.

—Ehh... Este... Sí, lo siento, me distraje. —Reí y le entregué el pañuelo.

—Te hice reír y es mucho mejor que verte llorar, ¿puedo? —señaló el banco donde estaba sentada, y yo asentí—. ¿Tú eres...?

—Kath... —me callé—. Kathlyn Le Blanc.

—Mmmm Le Blanc. —Saboreó el apellido, su acento era tan extraño.

—¿Eres italiano? —No pude evitar preguntar.

—Nací y crecí en Italia, pero desde que mi padre murió, no he pisado mi ciudad natal. Trabajo aquí, en Nueva York. Lucho por no perder mi acento, pero aquí todo es muy *Yankee* —sonrió.

Era hermoso, muy guapo, no tanto como Alessandro pero de que era guapo, era guapo.

—¿Entonces la niña está bien? —Inquirió interesado una vez más.

—Sí, está mucho mejor. —No recordaba haberle dicho si mi hermana era una niña o un adulto, pero recordaba haberlo visto sentarse en la camilla, dispuesto a donar.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó observándome.

—Estoy acompañando a alguien...

—Mmmm... ¿Y ese alguien se molestaría si te invito a una copa? —sonrió nuevamente—, ¿o quizás si me atrevo a pedirte una pieza de baile?

—Creo que, por esta noche, paso —dije mirándolo y levantándome al sentir que *Strangers in the Night*, que era la cuarta canción, acababa. Me levanté de la silla—. Debo regresar. Un placer, Fabrizio. —Me encaminé hacia el salón. Una vez estuve ahí, busqué a Alessandro o a la maldita perra, pero no los encontré en la pista. Gianna y Antoine bailaban mientras él le susurraba algo al oído y ella reía, se veía a leguas que él la amaba verdaderamente.

Una mujer mayor me hizo señas con sus manos debajo de sus ojos. Me toqué levemente y, cuando miré mi mano, me di cuenta de que muy seguramente había corrido mi maquillaje.

Caminé hasta el baño de mujeres y, cuando me miré al espejo, casi me da un ataque. Mi delineador estaba prácticamente todo corrido y, seguramente, no podría hacer mucho por mi elaborado maquillaje con lo poco que tenía en mi cartera de mano.

Tomé una toallita del dispensador y empecé a limpiarme el maquillaje, estaba terminando de limpiar el rímel cuando se escuché un golpe en el último cubículo, seguido por un lamento.

—Oh, sí, señor... No sabe cómo lo extrañé, señor H.

Trece

¡No! ¡No! ¡No!

Un nuevo gemido, un grito estrangulado y un ¡Señor!, mucho más alto, me confirmaron lo que yo temía, era ella... Krystal. Si bien nunca la veía, una vez la escuché mientras estaba con un cliente, podía reconocer su irritante voz a kilómetros de distancia.

¡Qué demonios!

—Más por favor, señor H —gimió entre jadeos y negué con la cabeza antes de salir del baño.

La rabia reemplazó rápidamente cualquier sentimiento de tristeza que había tenido minutos atrás.

¡Joder!

¡Alessandro D'Angelo iba saber quién era Laura Katheryne Cortéz !

Caminé hacia el salón, ubicando a Fabrizio en una de las mesas mientras charlaba animadamente con un grupo de hombres. Respiré profundamente y dirigí mis pasos hacia él. Un mesero pasó con una charola y copas, de lo que parecía champaña. Tomé una copa, bebiendo su contenido de un tirón, aún con la sangre caliente y los gemidos de Krystal haciendo eco en mi cabeza.

¡Maldito! ¡Maldito!

—Buenas noches —coloqué la copa vacía en la mesa y saludé a los hombres, que me observaban de manera interrogante—. Siento interrumpir, pero me muero por bailar... ¿Me prestan al señor...?

« Joder... ¿cuál era su apellido? ».

—No tienes que llevarme a ningún sitio, linda, yo te acompaño donde quieras—murmuró Fabrizio—. Si me disculpan, señores —hizo una reverencia graciosa y se levantó de la silla, tomándome del brazo y alejándonos de la mesa—. ¿Sucede algo?

—Creo que sí te concederé esa pieza de baile que me pediste. —Una sonrisa blanca, casi centellante, adornó su rostro; otro camarero pasó a nuestro lado y tomé una nueva copa, tomándomela del mismo modo que la primera, rápidamente.

—¡Wooww! Despacio, *ragazza* —joder... su italiano apestaba, ¡pero qué diablos! En ese momento, quería mandar todo a la mismísima mierda.

—¿Vamos a bailar o busco a alguien más? —me acerqué a su oído coquetamente. Sujetó mi mano, llevándome al centro de la pista.

A lo lejos, vi a Gianna mirarme como si intentara decirme algo. Antoine negó con su cabeza mientras me miraba de manera indescifrable. Fabrizio llevó sus manos a mi cintura y yo coloqué las mías en sus hombros mientras el artista interpretaba *I've Got You Under my Skin*, de *Frank Sinatra*. Mi cuerpo se deslizó suavemente por la pista, sin duda el hombre frente a mí era un gran bailarín. Sus hombros estaban duros, sus brazos eran fuertes, todo su cuerpo parecía fibroso al tacto, pero no tan trabajado como el de Alessandro.

Recordé su nombre y el nudo en mi garganta amenazó con asfixiarme. Pero no me importó, ni siquiera podía sentir algo más que el dolor de sentirme traicionada por él.

Inevitablemente, mi mirada lo buscó por el salón, enfocándome en las puertas de cristal para verlo llegar; quizá para ese momento ya había terminado de follar a la jodida Krystal.

—¿Estudias o trabajas? ¿Kathlyn?

—¿Mmm? —dije cuando sentí sus dedos en mi rostro...

—Que si estudias o trabajas —me dio una sonrisa—. Eres una *principessa* bastante extraña... —me dio un giro y colocó su mano en mi espalda baja—. ¿Entonces...?

—Estoy de vacaciones en la ciudad, llegué aquí por mi hermana, ¿y tú?

—Yo trabajo en la empresa —volvió a sonreír—. Soy arquitecto.

¡Qué diablos! ¿Qué todos tenían que ser arquitectos?

—Mi padre tenía una empresa de construcciones, pero luego mi primo las liquidó y me otorgó la sucursal aquí en Nueva York de la empresa familiar. Todo estaba perfecto hasta que él se presentó en la ciudad. Para abreviar, digamos que nuestro trato ahora mismo no es cordial... —Dejé de escuchar cuando a mí llegó el fino aroma de la loción de Alessandro—. Hemos tenido problemas últimamente. La verdad es que es un desagradecido, mi padre lo crió como a un hijo más y...

—¿Qué demonios significa esto, Katheryne? —tiró de mi brazo, atrayéndome hacia él. Sus ojos flameaban de cólera—. ¡Nos vamos a casa!

—Ella está conmigo. ¿Qué no ves, imbécil? —Fabrizio tiró de mi otro brazo, pero Alessandro me tenía sujeta de manera firme.

—¡Suéltala! —murmuró con los dientes apretados—. Suéltala, ahora. —Avanzó hasta quedar frente a frente con Fabrizio. Podía ver la ira recorriendo cada rincón de su cuerpo; densa y espesa, como lava ardiente. Antoine llegó a nuestro lado rápidamente, palmeando a Lex en el hombro y dándole una orden a la orquesta, que se había silenciado en algún momento que no advertí.

—Lo diré una vez más, Katheryne —sus dedos apretaron el puente de su nariz, soltándome en el acto—. Vamos a casa, ¡ahora! —demandó.

—¡Suéltenme los dos! —Estaba completamente segura de que estábamos siendo el *show* de la noche.

—No pienso repetirlo —se acercó a mí de manera amenazadora—. No te conviene retarme, Katheryne.

—¡Cálmate, Alessandro! —exigió Antoine, agarrándolo por el hombro—. No hagas algo estúpido. La gente te mira, eres el dueño de la compañía, compórtate como tal.

Con un movimiento de hombros, apartó la mano que Antoine tenía sobre él.

—Te espero en el auto, tienes dos minutos o el infierno malditamente arderá —bramó totalmente fuera de sí. Las esmeraldas en sus ojos flameaban de ira. Lo vi alejarse del salón ante los cuchicheos de todos los presentes.

Antoine negó con su cabeza antes de seguirlo.

—Yo... —miré a Fabrizio sin saber qué decirle—. Tengo que irme.

—No tienes que ir con él si no quieres, *principessa* —Fabrizio acarició mi mejilla con el dorso de su mano—. Conozco a Alessandro, se cree un dios levitando sobre la tierra, y no es más que un hijo de puta controlador.

—Fue un placer conocerte.

—No tienes que irte. ¿Quién demonios se cree que es? No eres su empleada.

—Soy su novia

—¿Su qué?

—Soy su... —Gianna tomó mi mano, tirando de ella hacia la salida.

—¿Qué estás esperando? Ve con él —tomó mi mano—. Buenas noches, Fabrizio —no pasó desapercibido para mí las frías y cortantes palabras de Gi, quien me sacó del salón casi a rastras—. Te está esperando en el auto, los periodistas siguen afuera, sal antes de que haga algo estúpido como golpear a alguien.

—Si lo hace, es su maldito problema —al principio, tenía miedo; pero después recordé lo que él me había hecho a mí, la manera en la que me humilló al ofertar por Krystal, lo que escuché cuando entré al baño...

Alessandro D'Angelo podía estar cabreado, podría querer destruir el mundo, pero por mi cuerpo también corría la ira y pelearía con él, en honor a ella.

Yo no le tenía miedo a Alessandro D'Angelo.

Grandes nubes grises cubrían las estrellas cuando salí del hotel. Los pocos periodistas que aún quedaban fuera, dispararon sus flashes mientras me encaminaba hacia Riley, que mantenía la puerta abierta para mí. Alessandro ya estaba ahí. Necesitaba calmarme antes de llegar, me decía a mí misma que no estaba asustada, pero el latido frenético de mi corazón advertía lo contrario. Una vez Riley encendió el auto, Alessandro respiró profundamente como si intentara calmar sus demonios interiores.

—Alessandro...

—*Silenzio... ¡Sea una cagna cazzo!*^[39] —dijo en su perfecto italiano, sin mirarme siquiera. Sacó su celular del saco, marcando rápidamente en la pantalla táctil—. *Ti ho lasciato da sola soltanto un attimo e te ne sei andata dietro il primo cazzo*^[40]— murmuró entre dientes—. Ben, te quiero a ti y a Sasha fuera de casa.

La última frase fue dicha de manera dura, haciendo que mi cuerpo se estremeciera; sin embargo, no le di el placer de que percibiera mi nerviosismo. Quería hablar con él, decirle que no tenía ni idea quién era Fabrizio. Por otro lado, quería reclamarle su humillación, reclamarle que la hubiese follado, quería llenar su pecho de golpes así fuesen mis nudillos los destrozados.

Sabía lo que pasaría cuando estuviera en casa, él querría castigarme; pero antes de eso, pelearía.

Durante el camino, nadie dijo nada, nadie se movió, incluso no noté los ojos divertidos de Riley en el retrovisor. Por el rabillo del ojo, podía observar cómo Alessandro flexionaba sus dedos para luego convertirlos en un puño.

Quince minutos más tarde, Riley aparcaba el auto frente la mansión.

—Señor...

—Vete... No es necesario que te bajes del auto... Sal del auto, Katheryne. —Su voz tenía un toque de peligro.

—Creo que deberíamos hablar.

Él se burló.

—¿Hablar? ... ¡Sal del maldito auto, Katheryne! —Abrí la puerta y me bajé del coche, caminando hacia la puerta. Lex se acercó rápidamente, abriendo la puerta y dándome un leve empujón.

—Camina.

Entré al recibidor y me giré antes de subir a la escalera.

—Alessandro, yo...

—¡Ahora, maldita sea! —gritó, haciéndome saltar

—Yo...

—No me retes...

—¿O qué? ¿Vas a castigarme, Alessandro?

—No preguntes lo que ya sabes, Katheryne... Me desobedeciste, fui claro, y lo hiciste. Te voy a dar dos minutos para que subas a la habitación, y más te vale, por tu bien, que estés desnuda y en posición de sumisión, o te juro por todo lo sagrado que hasta que no vea tus huesos hechos polvo no acabaré contigo.

—¿Y si no lo hago?

—¡No me provoques! —gritó encolerizado—. ¡Sube a la habitación o me olvidaré de que eres una mujer y no me detendré hasta que supliques que pare con el castigo!... —Las venas de su frente se estamparon fuertemente, sus ojos me observaron enloquecidos de una ira que me decía que ya el volcán estaba a punto de hacer erupción y arrasarlo con todo a su paso.

—Te fuiste con ella. —Mi voz se quebró...

—Camina, Katheryne, no voy a volver a repetirlo.

—¿Tú puedes estar enojado, pero yo no? Te escuché. ¡Maldición! ¡Te escuché! Tú... —empezó a bajar la escalera—. ¡¿A dónde vas?!

Se giró y la mirada que me dio me hizo temblar de los pies a la cabeza.

—Si te toco ahora, Katheryne —hizo su mano un puño—. Tienes dos minutos antes de que yo vaya a la habitación, y espero que por primera vez en tu vida seas lo suficientemente lista como para hacer lo que te estoy ordenando.

Entré a la habitación, pero no me arrodille, éramos personas adultas que podrían hablar, por muy enojado que él estuviera. Lo mío había sido la reacción a una acción y él tenía que entenderlo. Me dejé caer en el sofá, saqué de mi cartera el celular y marqué a Chris rápidamente para preguntarle por Antonella.

Estaba terminando la llamada cuando la puerta se abrió y él entró. Frente a mí, no estaba Alessandro D'Angelo, estaba un hombre que verdaderamente no reconocía. Su aura dominante era fuerte, se había quitado el saco y sus músculos se veían tensos bajo la tela de la camisa. Su corbata colgaba a cada lado de sus hombros, su rostro era frío e impenetrable...

Un salvaje. Sí, esa era su apariencia. Las aletas de su nariz se dilataban por su respiración.

Mi cuerpo entero se puso en estado de alerta, colgué la llamada, viendo que me había dado más de dos minutos; aun así, parecía que el tiempo no hubiese pasado para él. Podía notar lo mucho que se esforzaba por controlarse, sus ojos nuevamente eran un mar revuelto que decían tanto y nada a la vez. No podía prever su reacción.

El miedo recorrió cada una de mis terminaciones nerviosas, recordándome que él no me haría daño a propósito.

—¿Dónde demonios está tu sensatez? —dijo con voz grave.

—Alessandro, tenemos que hablar, yo no sabía...

Una risa tenebrosa salió de su garganta, interrumpiéndome.

—No sabías, no sabías... Fui claro contigo, Katheryne. ¡No me hagas perder la poca paciencia que me queda! ¡Desnúdate! Voy a contar hasta diez, y espero que cuando abra mis ojos, estés desnuda y en posición de sumisión.

— ¡No! —Me paré frente a él.

Su mirada se oscureció de ira, el volcán hizo erupción en su punto máximo.

—¿¡Qué has dicho!?

—Que no lo haré. —Intenté que mi voz no se quebrara, pero fallé al final. Lo siguiente que sentí fue su mano fuertemente cerrada en mi muñeca.

—Me desobedeces —empezó, llevándome al dosel al final de la cama, dejándome de espaldas a él—, me retas, dudas de mi capacidad como tu dominante, me haces caer en ridículo... ¡Sube las manos! —Amarró mis manos con su corbata y luego bajó el arnés, que había colocado hacía unas semanas, obligándome a tener las manos altas mientras hablaba frases incoherentes en italiano. Frases que no lograba entender debido a lo bajo y lo rápido que hablaba.

Escuché la tela desgarrarse a mi espalda y la primera nalgada llegó antes de que siquiera pudiera procesarla. Cerré los ojos, esperando la siguiente, pero nada sucedió, él se separó de mí, alejándose momentáneamente, no lo vi en mi campo de visión. El sonido de la puerta del armario abriéndose obtuvo toda mi atención, cosas cayeron al suelo como si él buscara algo con furia. Olas y olas de terror bañaron mi cuerpo, e intenté inútilmente soltarme de la columna, pero fue imposible, su amarre era perfecto.

—Alessandro, por favor, escúchame un momento —no contestó, así que decidí cambiar mi táctica—. Señor... —Intenté nuevamente, sin ningún resultado. Quería llorar, pero me negaba a mostrarme débil, debía demostrarle que no estaba aterrada, iba a hablar así fuese yo sola; pero el sonido de sus pasos se escuchó mientras volvía hacia mí.

—En mis años como dominante, ninguna de mis sumisas había llegado tan lejos, Katheryne. Tú has acabado con mi paciencia, has traspasado todos mis límites, yo no quería llegar a esto, pero tú te lo has buscado.

—¡Te fuiste con ella! —grité.

—¿Y?

—¿Y?... —sentí la rabia invadir mi cuerpo. Alejando el temor, me removí nuevamente jalando la corbata—. ¿Y?... ¡Maldita sea, yo estaba ahí! —Tiré más de mis amarres—. Yo te vi, me exigiste que no me separara de tu lado, pero fuiste tú el que se fue, y pretendías que me quedara sentada en la silla mientras tú estabas con esa zorra

—Cuida tu vocabulario o te juro que no serán diez azotes, que te los has ganado a pulso.

—No te tengo miedo.

—Deberías.

—Pues goza de la desilusión, maldito bastardo, porque no te temo. —Dejé de tirar de la corbata y me quedé mirándolo tan fijamente como podía.

Sus ojos relampaguearon y sacó el artilugio con el que implementaría su castigo.

—¿Qué parte del “que tú me seas fiel no quiere decir que yo también lo sea”. No entendiste, Katheryne? —Me miró antes de girarme, pero pude ver el látigo de las siete tiras en su mano izquierda.

Cerré mis ojos y obligué a mis lágrimas a no salir, recordaba el maldito látigo: siete tiras de cuero atadas a un mango, en cada una de las puntas había pequeños nudos que albergaban unas esferas recubiertas de cuero.

Ese no era un castigo normal, era un castigo nacido de la furia. Respiré profundamente, obligándome a pararme derecha y apoyando la frente en el dosel. —Sabes que estoy haciendo esto porque me desobedeciste, me faltaste el respeto y abusaste de mi confianza. Serán diez azotes, Katheryne, y quiero que los cuentes en voz alta y clara. Por cada azote que no cuentes, lo multiplicaré por dos, y te aseguro que no te va gustar nada el resultado final. ¿Has entendido? — su voz me hizo tragar grueso. Asentí—. ¿Recuerdas tu palabra de seguridad? — volví a asentir—. Esto no lo hago porque me produzca placer... —susurró — sujeté mis dedos a la fina seda de su corbata—. No vuelvas a desafiarme. —Alzó la mano y yo me preparé para el primer golpe.

Catorce

Sentía el ardor en cada una de mis terminaciones nerviosas, dejando mi piel caliente ante el roce de las siete tiras de cuero impactando contra mi glúteo izquierdo. Mi cuerpo entero se tensó y apreté mis dedos a la fina tela de la corbata.

—¡Cuenta! —gritó. Por medio del espejo, podía ver las venas de su frente dilatadas, su respiración acelerada y sus ojos inyectados de rabia—. ¡Quiero escucharte contar! —Su brazo se flexionó antes de darme el segundo azote.

—¡Uno! —gemí mientras las primeras lágrimas bajaban por mi mejilla. Su mano acarició mi trasero antes que la otra soltara el tercer azote—. ¡Dos! —mis piernas flaquearon por el dolor, sin embargo, me mantuve de pie—. Tres... —mordí mi labio fuertemente, intentando evitar los gemidos por el dolor producido. Los azotes eran uno tras otro, rápidos. No podía ver la mirada de Alessandro, pero había algo diferente en ese castigo...Había dolor, y no precisamente el de mi trasero maltratado—. ¡Cuatro...! —La piel me ardía.

Un nuevo azote golpeó fuertemente mi trasero, el objeto apaleó duramente las partes ya adoloridas.

—¡Basta! ¡Alessandro, basta! —me retorcí y tiré de mi amarré, intenté ponerme de frente, pero no pude hacerlo. No sabía si me dolía más el corazón o la piel, podía sentir su ira emanando de él, estaba cegado. Dejé de contar cuando volvió a sacudir su látigo, me desconecté cuando el estado de la situación llegó a mí. Era bizarro.

« ¿Qué había hecho con mi vida? Me vendí a un hombre por dinero y dejé que me golpeará por un fajo de dólares más grueso. ¿Esto es lo que quería para Antonella? ¿Para mí? Gabriel tenía razón, en ese momento, Isabella tenía que estar revolcándose en su tumba al ver en lo que me había convertido ».

Hubo un golpe más, gemí por el dolor, cerré los ojos y evoqué la cara de mi bebé... Entonces se detuvo. A través del espejo, vi su cara de horror, se apartó de mí y negó con la cabeza. La habitación quedó en silencio y su látigo hizo un sonido sordo cuando cayó al suelo. Sus manos subieron hasta el globo izquierdo de mi trasero, pero no me tocó; en cambio, volvió a negar con la cabeza haciendo que mis sollozos explotaran en la habitación.

—Lo siento —se levantó rápidamente, soltando los amarres en mis brazos—. Yo perdí el control, lo lamento.

Me giré rápidamente, viéndome libre del amarre. Alcé mi mano y dejé que impactara en su mejilla con toda la indignación que podía sentir en ese momento.

—¡Eres un maldito, un enfermo, un asqueroso hijo de puta! —Él intentó agarrar mis manos, que seguían inútilmente golpeándolo—. ¡No te atrevas a tocarme! —lloré—. Te odio... te odio...Te aborrezco... ¡Me das asco!

Él me apretó fuertemente entre sus brazos, pero seguí luchando, seguí removiéndome porque lo odiaba. En ese momento, lo odiaba... y quería matarlo.

—Cálmate... Cálmate. —Sus palabras hacían eco en mis oídos, pero no me importaba nada. Lo empujé una vez más, pero fue como pegarle a una pared.

—¡Suéltame, Alessandro! —No lo hizo, me mantuvo pegada a su pecho, aferrándome con sus fuertes brazos, arrullándome como si necesitara consuelo.

Lo necesitaba, pero no lo quería de él.

—Lo lamento, lo lamento —seguía repitiendo las palabras—. Yo... es la primera vez, no sé por qué... ¿Qué tengo que hacer, *principessa*? ¿Qué tengo que hacer para que me creas? —Sus palabras eran huecas

—¡Suéltame! —Exigí, sitiada entre la histeria y el dolor. Me removí tan fuerte que no le quedó más

remedio que soltarme.

—Katheryne, tienes que calmarte, estás enojada y herida...

—¿Enojada?... —me burlé... alejándome de él cuando se acercó. Por primera vez, su cercanía me causó miedo y repulsión. Él avanzó un paso más—. ¡No! No me toques. ¡No!... —grité aterrorizada y me abracé a mí misma—. No te acerques, Alessandro. Por favor, no...

—Tengo que curar tu herida. —Su voz era suave, había arrepentimiento en sus gestos.

—Tienes que alejarte de mí...— el pánico nubló mi voz.

—Katheryne... —se acercó un paso más y mi cuerpo reaccionó, hui como mi conciencia me gritaba que hiciera correr hacia la única puerta abierta en la habitación, Alessandro tocó mi brazo y me zafé encerrándome en el único lugar en donde podía poner distancia entre ambos.

El baño.

—¡Katheryne! —aporreó la puerta con insistencia—. ¡Sal de ahí!—gritó.

Me recosté mi espalda en el frío azulejo y me deslicé hasta llegar al suelo mientras colocaba mis manos sobre los oídos, negando con la cabeza, a la vez que más lágrimas salían de mis ojos—. Una puerta no va impedir que hablemos, Katheryne. ¡Abre la puerta o la tiro!

—¡Quiero que desaparezcas de mi vida! —grité sin control—. ¡Espero que te mueras y te pudras en el infierno, maldito bastardo!

—¡Me lo merezco! ¡Me merezco todo, tu odio, tu desprecio, pero abre la maldita puerta! —insistió, golpeando la madera—. Lo lamento, lo lamento, no... ¡Demonios! Dejé que la ira tomara el control y te lastimé. Abre la puerta, déjame resarcir lo que te he hecho...—golpeó la puerta sin tanta intensidad como en el comienzo, pero aún de manera fuerte—. Debo curar tus heridas—su voz se oía teñida con algo similar a la angustia—. Katheryne déjame entrar —golpeó de nuevo—. Nena... ¡Maldita sea, no seas terca! —Pateó la puerta. Mi sollozo se volvió más fuerte, podía sentir su respiración acelerada—. Kath... Yo me excedí, quebré una de mis reglas, y lo siento. Lo siento tanto, *cara*.

—¡Jódete, Alessandro! —grité—. ¡Déjame en paz! —Empezó a forzar la puerta mientras decía palabras en italiano. Maldijo un par de veces antes de volver a patear la puerta... Luego se alejó.

No supe cuánto tiempo estuve ahí tendida en el suelo, ni cuánto estuve llorando en silencio, diciéndome cuán estúpida había sido por consentir lo que permití. Afuera, todo estaba en silencio. No sabía si él seguía ahí o si se había ido. Tampoco me importaba. Lo único que tenía claro era que no podía seguir con él.

Abrí la ducha y gemí cuando el agua fría se deslizó por mi trasero aún ardiente. Nuevas lágrimas se derramaron por mis mejillas mientras tocaba la parte adolorida. No quería verme en un espejo, sorbí mi nariz y cerré la llave del agua. Colocarme el albornoz fue doloroso, pero me tragué las lágrimas, harta de llorar por lo que parecía la última hora.

La habitación estaba en penumbras, lo que me hizo dar un suspiro de alivio. Caminé hasta la puerta, cerrando el pestillo, y luego me dirigí a la habitación para cambiarme de ropa y salir de esa casa.

La melodía *Walk Away*, de *Christina Aguilera*, empezó a reproducirse en mi celular, y reí ante lo irónica que puede ser la vida, había elegido ese tono por la melodía de la canción cuando la letra me decía qué hacer: debía escapar, alejarme de la persona que me hacía daño, poner distancia entre Alessandro y yo...

Me dejé caer en la cama, sin importar la incomodidad; limpié las lágrimas de mis ojos pero ignoré el teléfono. Sabía que tenía que irme, pero mi cuerpo parecía no responder, siempre supe que Lex era peligroso, pero había estado ciega, engañada entre mis propias fantasías, creyendo que vivía en un cuento cuando en realidad era una pesadilla.

La Bella y la Bestia, solo que sin la *rosa deshojándose*.

Escuché el timbre de mi celular de nuevo y tomé una de las bragas tipo hilo que Alessandro había insistido en comprar. Las odiaba, pero eran las más adecuadas para la situación, y deslicé por mi cuerpo

un sencillo vestido blanco de tiras. La melodía se detuvo, pero solo para volver a empezar. No quería hablar con nadie, aun así, me acerqué hasta la cartera que contenía el aparato.

Tenía cinco llamadas perdidas, todas de Christian.

Mi pecho se contrajo, el temor inundó cada partícula de mi cuerpo mientras devolvía la llamada. Un repique... dos.

« Contesta, Chris ».

Marqué de nuevo, escuchando el pitido.

—Chris...

—Es Antonella —mi cuerpo entero se estremeció—. Tienes que venir, Katheryne. Tú tienes... —sollozó—. Ella... ¡Solo ven, maldición! —colgó la llamada, sin importar que estuviera llamándolo.

Volví a marcar el número, pero no me contestó. En ese momento, no importó la piel que escocía en mi trasero ni el dolor en mis manos, nada. Tomé un abrigo de manga larga y me calcé unas bailarinas blancas antes de salir de la habitación, mientras marcaba una vez más a Christian

«¡ Contesta, Christian! Por favor, contesta la jodida llamada ».

Bajé las escaleras, tensándome en cada tirón de mi piel. Giré manilla para salir de la casa, pero la voz de Alessandro hizo que me detuviera.

—¿Huyes?

Me giré para verlo, estaba recostado en la puerta de su estudio. Su mirada se encontró con la mía sin decir nada, solo el sonido de nuestras respiraciones invadiendo el oscuro salón. Sus ojos ya no trasmitían la ira desmedida de cuando entramos a la casa. Caminé hacia mí, retrocedí dos pasos al tiempo que escuchaba que mi llamada era redirigida al buzón de mensajes.

—Vuelve a la habitación, estás herida. —Su voz se escuchó ahogada. Se detuvo cuando solo nos separaba un paso y estiró la mano hacia mí. No pude evitar encogerme en mi lugar, como el niño maltratado que teme a la mano que se levanta hacia él. Alessandro empuñó su mano y la dejó caer. Odiaba el hecho de volver a sentirme vulnerable, pero yo no importaba, ahora solo tenía que llegar al hospital con mi niña.

Lo miré a los ojos, aparentando un valor que no sentía, y abrí la puerta. El frío de la madrugada me envolvió con fuerza, pero no me importó.

—¿Por qué no dijiste la puta palabra, Katheryne? Yo... — calló—. Yo me habría detenido.

—Necesito a Riley —mi voz se entrecortó, sentía el corazón latiéndome a toda marcha. Cada segundo que estaba ahí, era perdido. Necesitaba estar con mi bebé

—¡No te irás! —Llegó a mi lado, tomándome por el brazo. Su agarre, aunque fuerte, no me lastimaba—. Vamos a entrar y vamos a hablarlo y luego...

—Ahora no, Alessandro... —Dos lágrimas descendieron por mis mejillas.

—Kath...

—¡Necesito a Riley! —grité cuando él intentó tomarme del brazo una vez más. El dolor en mi pecho incrementaba—. ¡Necesito llegar al hospital con Antonella! —Él me atrajo a su pecho, abrazándome contundente.

—Riley no está, le he dado la noche libre. —Había sinceridad en sus palabras.

—¡Necesito ir al hospital! —sollocé en su pecho—. Llévame, por favor. Toma uno de tus autos y llévame al hospital. —Rogué. En este momento, iba a postrarme ante él si lo hacía.

Alessandro se alejó de mí como si fuese una bomba a punto de explotar.

—Yo no conduzco, Katheryne —refutó y yo me giré. No podía perder más tiempo. Bajé los peldaños de la terraza y corrí sin importarme el frío, el dolor o los gritos que Alessandro profesaba. Oprimí los botones para abrir la reja y salí de la casa caminando lo más rápido que podía. Mi teléfono volvió a sonar mientras caminaba hacia la avenida más cercana.

—Chris...

—*Soy Gabriel.*

—¡Gabriel! Antonella...

—¿¡Dónde estás!?

—Camino al hospital. Por favor, Gabriel, dime qué pasó —supliqué.

—Estábamos bien, de repente su piel empezó a cambiar de color, sus labios se pusieron azules y sus uñas también. No sé exactamente qué sucedió, solo que se la llevaron... ¡Y no nos dicen nada si tú no estás!

—Voy en camino. —Un auto frenó a mi lado. Era el *Lexus* de Alessandro, el vidrio de la ventana descendió y Ben sonrió antes que la puerta de atrás se abriera.

—Sube al auto, Kath. —Demandó.

—*Ven pronto, Kath, me voy a volver loco sin saber qué está pasando* —murmuró Gabriel al otro lado de la línea antes de colgar.

Me subí al coche de Alessandro, en medio de la desesperación por saber de mi hija; él estiró su mano hacia mí, pero me alejé tanto como podía, no lo quería cerca, no deseaba su consuelo ni su arrepentimiento.

Él se acercó hasta eliminar el espacio entre los dos, sus dedos acariciaron mi mejilla y mi cuerpo tembló ante su tacto. Dio un suspiro tembloroso ¿o fui yo? no lo sabía.

—¿Qué tan lastimada estás? —la preocupación se filtró en el tono de su voz—. Siento tanto que estés herida, Kath —murmuró en mi sien—. De verdad, lo siento.

No sabía si se refería a mi trasero, a mi corazón o al dolor latente en el pecho. ¿Lastimada? Quizá mi piel lo estaba, podía sentir aún el último golpe latiendo en la memoria de mi piel, pero ese pasaría; con un día o dos, los músculos se desinflamarían, la piel cicatrizaría y ya no querría nada. ¿Herida? Sí, también lo estaba, mi corazón estaba herido, mi confianza estaba herida, mi amor estaba roto... Había dicho que nunca me dañaría, no a propósito, sin embargo lo había hecho. Pero, nada de eso importaba, porque lo único que quería era llegar a la clínica tan rápido como fuese posible. Podía oír a Alessandro disculparse una y otra vez, pero nada de lo que él dijese iba a cambiar lo que había hecho.

Tomó cerca de veinte minutos llegar hasta el hospital, los veinte minutos más largos que hubiese tenido que vivir. Salí del auto, sin importarme Alessandro o que Ben estacionara bien el auto. Pasé las puertas giratorias de la entrada y alcancé a llegar al elevador antes que este se cerrara completamente. Intenté calmarme, diciéndome a mí misma que Antonella estaba bien, que ella era más fuerte que su corazón enfermo.

El elevador se detuvo en la planta de pediatría y corrí hasta el centro de enfermeras preguntando por Antonella Cortéz. El gesto en el rostro de la enfermera fue como si me hubiesen golpeado con una pesada losa de concreto. Me alejé, negando con la cabeza, mientras las lágrimas empezaban a descender con más fuerza. No podía ser cierto ¡Anto era fuerte! ¡No! ¡No! ¡Y mil veces no!

¡Antonella!

Sentí el familiar aroma de Christian sosteniéndome fuerte mientras murmuraba que no era posible, esto tenía que ser una broma, una mala jugada del destino. Mi bebida no podía, simplemente no. No y mil veces no.

—Dime que no es cierto, Chris, dime que Anto no... ¡Dímelo! —grité, alejándolo de mí. Por el rostro de mi amigo, caían gruesas lágrimas mientras intentaba abrazarme de nuevo. Peleé con él, me removí entre sus brazos. Quería ver a mi bebé, necesitaba estar con ella. Grité su nombre varias veces y otro par de brazos se unieron a los de Christian.

—La están operando —murmuró Gabriel—. Nuestra bebé está luchando. Hubo complicaciones, pero está bien, ella saldrá de esta y de todas. Ella es fuerte, Kath. No te desmorones, no hay porqué hacerlo.

Todos estaremos bien, mi niña.

—¿Estás se-seguro, Gab-Gabriel?

—Ella estará bien —me solté de Chris para abrazar a Gabriel, recordando el parto de Isabella y como él dijo que tomaría su mano le gustase o no. Habíamos sido los primeros en verla y lloramos juntos cuando lloró después de su nacimiento.

¿Cuánto tiempo estuve entre los brazos de mis mejores amigos? No lo sabía, pero aún entre los brazos y el familiar aroma de Chris y Gab, podía inhalar el suave aroma del perfume de Alessandro, lo que significaba que no estaba muy lejos. Me había quitado el abrigo y sentado en una de las butacas de plástico, mientras escuchaba el tictac del reloj y rezaba todas las plegarias que me sabía. Quería ir hasta la capilla y rezar un poco más, pero no podía moverme de ahí, al menos no hasta que uno de los doctores, que intervenían a Antonella, saliera a darnos noticias.

El dolor en mi trasero se había incrementado desde que me había sentado en la rústica silla plástica, había soportado estoicamente por no sé cuánto tiempo, pero al final, me había levantado y observado a los ojos a Alessandro, quien se había quedado cerca del centro de enfermeras. Su mirada no se había despegado de mí como el halcón que fija su mirada en su presa y la vigila para que no escape. Una parte de mí quería ir hasta él y golpearlo hasta que su mejilla quedase del mismo color que mi trasero; la otra, la que aún seguía pensando que éramos *Bella y Bestia*, quería que me cobijara en sus brazos mientras lo escuchaba pedirme perdón una vez más.

El sol empezaba a filtrarse por las ventanas cuando el doctor Thatcher salió por las puertas dobles; parecía cansado, pero su rostro mostraba total serenidad. Gabriel y Christian flanquearon mis costados, esperando noticias.

—¿Familiares de Antonella Cortéz? —inquirió. El doctor Thatcher, escuché un pequeño jadeo detrás de mí, pero no volteeé, toda mi concentración estaba en el hombre frente a mí—. Antonella tuvo una anomalía muy extraña. ¿Alguno de ustedes estaba con la niña antes de que empezara a presentar los síntomas?

—Yo estaba junto a ella —dijo Gabriel—. Estaba inquieta y empezó a llorar, no podía calmarla y luego su piel se puso de ese extraño color azul, como si mi pequeña estuviese angustiada, como si percibiera que algo malo estaba sucediendo.

Ahogue un jadeo ante las palabras de Gab.

—Eso es prácticamente imposible, es un bebé apenas —manifestó el doctor y luego suspiró con evidente cansancio—. Necesito hablar con sus padres —dijo el doctor, vi a Gabriel tragar grueso.

—Yo soy su madre. —Sabía que Alessandro aún me observaba.

—Sígame, señora Cortéz —dijo con amabilidad el doctor antes de girarse y caminar, por lo que parecía un corredor, hasta llegar a uno de los consultorios.

—Mi asistente, la doctora Odette Miller.

—Katheryne. —Odette dejó los documentos que sostenía para darme un abrazo—. ¿Qué haces aquí?

—¿Ustedes se conocen? —preguntó con asombro el doctor Thatcher.

—Kath es la novia del demonio... Espera, ¿eres la madre de Antonella? Pero tú... Dimitri... —Ella negó con la cabeza—. Toma asiento.

—Así estoy bien —murmuré—. ¿Qué pasa con Nella? —inquirí preocupada, observando al cirujano vascular. El doctor Thatcher dio una mirada a Odette Malinov y ella dio un gran suspiro antes de acercarse a mí y colocar su mano en mi antebrazo izquierdo en una señal de consuelo.

—Ella está bien, presentó una falla cardíaca muy normal en casos de infantes con este tipo de anomalías, una falla que nos hizo adelantar la operación —musitó con tranquilidad.

—No voy a mentirle, señora Cortéz —interrumpió el doctor—. No ha sido una operación sencilla, en este momento, ella está estable, pero aún tiene que atravesar las setenta y dos en UCI. Sin embargo, puedo decirle que fue una operación exitosa.

—¿Estará bien? —pregunté inquieta.

—Hemos actuado a tiempo, pero aún tenemos que esperar esta noche y todo el día de mañana, vamos a monitorearla y a mantenerla sedada. Puedes pasar a verla si quieres —asentí—. Ahora que sé que es tu hija, estaré mucho más pendiente de ella, me tomaré este caso como personal. —Explicó Odette, tocando mi hombro.

Le di un pequeño gracias mudo.

—La pequeña Antonella será una pequeña muy fuerte y traviesa —sonrió, dándome confianza—. Confía en Dios.

Miré por la ventana, suspirando fuertemente, mientras veía los primeros rayos del sol. Suspiré por novena vez en menos de quince minutos, mis sollozos habían pasado y Anto dormía profundamente. La piel en mi trasero dolía, estaba agotada por todo, pero había visto a Antonella y ahora sabía que ella estaba bien. Cerré los ojos, evocando el momento en que la había visto en UCI: estaba dormida, cubierta por un pañal y la herida cubría todo su esternón, estaba envuelta por gasas y rodeada por varios cables conectados a la piel de su pecho. Verla ahí, tan pequeña e indefensa, hizo que me girara, enterrando mi rostro en el pecho de Gab, que había insistido en pasar junto a mí. Lloré sin importar cómo mis lágrimas humedecían su camisa y él me abrazó como en los viejos tiempos, sosteniéndome junto a él, mientras me susurraba que mi niña tenía la fuerza de su madre, que era una guerrera y que pronto no podríamos evitar correr tras ella.

Me aferré a sus palabras mientras le hacía un juramento silencioso a mi pequeña de hacer cualquier cosa por su bienestar y felicidad.

—¿Estás bien? —Gabriel se colocó a mi lado, ambos mirando a la nada, ambos sin querer salir a la sala de espera. Sabía que Alessandro me estaba esperando y no tenía ánimos de enfrentarme a él. Por alguna razón que desconocía, Gabriel me había seguido por un largo corredor hasta que me detuve frente a la ventana, contemplando el nuevo día. Recapitulando mi vida.

—¿Kath?

—Estoy bien, ella estará bien. —Él asintió y el silencio nos envolvió por breves segundos.

—Lo siento, Kath —dijo mi amigo a punto de llorar—. Lamento haber actuado como lo hice —me miró a los ojos—. Yo te debo una disculpa, has hecho todo esto por la salud de mi h...

—Ya no importa —traté de sonreír—. Te quiero —me giré, tomando sus manos entre las mías. Gab tenía manos delicadas y suaves—. Eres el hermano que la vida me regaló y eso no va a cambiar porque decidas ser un poco...

—¿Cabrón? ¿Hijo de puta? ¿Bastardo?

—Todas las anteriores. —Como cuando estuvimos dentro de la habitación, me atrajo a su cuerpo, dándome un abrazo.

—También te quiero, Katheryne —suspiró—. Vamos, Chris debe estar subiéndose por las paredes.

—Sí, pero antes... ¿Tienes tu chequera aquí? —pregunté. Él asintió—. ¿Podrías, por favor, hacerme un cheque por lo que queda del dinero de Alessandro?

—¿Vas a devolverle el dinero? —asentí—. ¿Volverás a casa?

—No lo sé, pero creo que es momento de tomar las riendas de mi vida y esta relación que llevo con Alessandro no es sana ni para Nella ni para mí.

—Todo será como antes, podemos buscar entre las nuevas clientas del spa la manera de conseguirte un empleo y... —Coloqué mi mano en su pecho.

—No hay prisas, quiero quedarme con Nella...

—Está bien. ¿Por qué no vas a casa y descansas? Chris y yo podemos quedarnos un poco más.

—Estoy bien así.

—¿Crees que lo acepte? —Enarcó una de sus cejas, mirándome suspicaz.

—No lo sé —pasé la mano por mi rostro, porque era cierto, no sabía qué reacción tendría Alessandro

—. Entre los dos, no hay amor, solo era sexo, puede conseguir eso con cualquiera. —Gabriel volvió a abrazarme.

—¿Tienes el período? —preguntó de repente y yo negué—. Tu trasero tiene una mancha color café, debiste haberte ensuciado en algún lugar —me había quitado el saco cuando me vestí para ver a Nella y no me lo había vuelto a colocar. Gab se quitó el suéter y lo ató a mi cintura—. Vamos. —Lo seguí, antes de encontrarnos con Christian, Gabriel garabateó un cheque al portador por la suma de restante del primer cheque que Alessandro había hecho para mí: Trescientos mil dólares.

Chris saltó de su asiento cuando nos vio salir de las puertas dobles. Me abrazó con fuerza y yo le devolví el abrazo, sin dejar de ver a Alessandro, que a pesar de mantener una charla con el doctor Malinov, tenía su mirada trabada en mí. Lo vi dejar a Dimitri y acercarse lentamente a mí. Chris me soltó de su abrazo, empezando a preguntar cómo estaba Nella. Antes de que pudiese contestar, Lex me jaló hacia su pecho, sus brazos se aferraban a mi cuerpo cual boa atrapando a su alimento. Los recuerdos de la noche pasada me golpearon con fuerza e intenté alejarme, pero mi cuerpo me pedía ese abrazo, aunque fuese para conservarlo en mi corazón como una última vez.

—Kath —inhaló en mi cabello fuertemente—. Lo siento, pequeña. Lo siento, no volverá a ocurrir, te lo juro —no dije nada mientras obligaba a mis lágrimas a quedarse dentro de mis ojos—. Dime algo, pequeña, habla conmigo.

Me separé de su abrazo y lo miré a los ojos, tratando de que mi rostro siguiera carente de emociones.

Alessandro pasó sus manos por mi rostro con una delicadeza que nunca había usado; sus ojos mostraban el arrepentimiento que había en su interior.

—Tienes una herida que no ha sido curada, déjame hacerlo... —Asentí, necesitaba hablar con él y era mejor hacerlo lejos de Chris y Gab—. Malinov, ¿puedes hacer algo por mí...?

—Seguro —el doctor Malinov se separó de su esposa, que no había visto en un primer lugar, y se acercó hasta nosotros—. ¿Qué necesitas?

—Un lugar donde pueda hablar con Katheryne.

El doctor Malinov miró a su esposa.

—El consultorio de tu padre está desocupado. Le obligué a ir a descansar un poco a la sala de médicos —repuso ella con una sonrisa antes de tirarle un juego de llaves, que él atrapó perfectamente—. Voy a hacer mi última ronda y podemos irnos. —Se acercó a él y dejó un sutil beso en sus labios.

—¿Dimitri, podrías acompañarme? —Habló Alessandro sin dejar mi rostro.

Vi al doctor asentir y caminar delante de nosotros.

Me separé de Lex y me giré para empezar a caminar tras él.

Seguimos el doctor hasta el consultorio seis, Dimitri abrió la puerta y nos dejó seguir primero. Antes que pudiera decir algo, Alessandro hablo:

—Ve detrás de la cortina y quítate la ropa. Dimitri, necesito antiséptico y gasas.

No me quedé para ver la reacción del doctor. Desamarré el suéter de Gab y me quité el vestido, colocándome una bata de hospital.

Cuando salí detrás del biombo, encontré a Dimitri y a Lex susurrando; pero tan pronto me vieron, se separaron. Fue el doctor Malinov quien me ordenó recostarme en la camilla boca abajo.

La bata estaba abierta en la parte de atrás, así que escuché el jadeo del doctor cuando divisó la piel en mi trasero.

—*Vaffanculo*^[41]—vociferó el doctor dándole una mirada dura a Alessandro que respondió en italiano, que, por la entonación y el gesto en su rostro, sabía que no había sido una buena respuesta.

Mis ojos se anegaron en lágrimas y respiré profundo, evitando a toda costa llorar.

—Tranquila —murmuró el doctor cuando mi cuerpo se estremeció debido al sollozo—. No es grave, pero debo retirar la sangre que ya se ha secado —asentí enterrando la cabeza en la camilla.

La curación fue dolorosa e hice todo lo que pude para contener mis lágrimas, pero fue en vano. Una a una, se deslizaron por mis mejillas hasta que el doctor terminó.

—Te enviaré antibióticos. Sin la sangre, tiene mucho mejor aspecto del que creí en un comienzo. Sanará rápido, chica, solo hay una cortada, lo demás es solo hinchazón de los músculos, que bajará con antiinflamatorios.

—Dale la lista a Benjamín, que vaya a la farmacia y compre lo necesario y... gracias, Malinov. —Su tono de voz fue rígido y sin emociones.

—De nada, Alessandro —el doctor se quitó los guantes—. Una enfermera vendrá a limpiar, antes, les daré unos minutos a solas. Ella cerrará el consultorio, tengo que irme. —Dio lo mano a Alessandro en un apretón fuerte, se acercó lo suficiente a él y le susurró:

—Ten un poco más de control la próxima vez. —Me dio una sonrisa amable antes de dejarnos solos.

¡Próxima vez! Quise reírme. No habría una próxima vez.

—Katheryne, yo lo... —Alcé mi mano y me levanté de la cama. Él intentó ayudarme, pero no se lo permití.

—Ya no te disculpes más, Alessandro. Lo hecho, hecho está. —Caminé detrás del biombo, colocándome mi vestido manchado y atando el suéter de Gab a mi cintura. Cuando salí, él me esperaba sentado en la camilla; su mirada estaba fija en el suelo. Ese no era mi dominante, era un hombre que había quitado sus corazas, o al menos, eso quería creer.

—Ella fue tu razón... —murmuró sin mirarme—. Fue por ella que subastaste tu virtud —no era una pregunta, era una afirmación—. Lo que no entiendo es cómo puede ser tu hija —suspiró y todo mi cuerpo se tensó ante lo dicho por él. No había que ser un genio, Alessandro había comprobado que yo era virgen—. Me he devanado los sesos las últimas horas y aún no encuentro una explicación lógica para todo esto, lo único que se me ha ocurrido es que esa pequeña es hija de alguien más. ¿Quiénes son los padres de la niña, Kath?

No dije nada, me mantuve en silencio sin saber cómo contestar.

—Dimitri me ha explicado que la niña sufría de la *anomalía de Ebstein*, que es una cardiopatía congénita cianótica en la válvula tricúspide. Me explicó algo sobre que eran más grandes de lo normal y que esto ocasionó que la válvula funcionara de manera deficiente, provocando represamiento del flujo de sangre... Algo muy serio para una bebé. Contesta mi pregunta, Kath. ¿Quiénes son los padres?

En vez de contestar enseguida, empecé hablando de algo que él no había mencionado.

—Antonella también presentaba un agujero en la pared del corazón que separa las dos cámaras superiores, su madre tenía esa enfermedad, era mi mejor amiga, Isabella. Murió en el parto. Antonella no será mi hija biológica, pero la amo como si yo misma la hubiese tenido en mi vientre —lo enfrenté—. Ella es todo lo que tengo. Y si necesito venderle mi alma al diablo... —sonreí irónica. Efectivamente, le había vendido mi alma y mi corazón al diablo—, lo haré.

La habitación volvió a sumirse en el silencio, tan denso y espeso que era difícil de respirar allí.

—¿Por qué no recurriste a organizaciones? ¿Por qué no buscaste ayuda? —dijo seriamente—. ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué me dijiste que era tu hermana?

—¿Te recuerdo tus reglas, Alessandro? —sonreí sardónica—. “No me interesa tu vida, no te interesa la mía”.

—¡Joder, esto es algo diferente! —gritó—. Hubieses buscado una fundación, ¡algún lugar en el que te ayudaran! D’Angelo ayuda a estas causas, precisamente. Pero fue más fácil venderte como una...

—¡Basta! —le grité de vuelta—. Quería ver a mi hija fuera de nuestro contrato, eso solo nos correspondía a nosotros dos.

—Nos corresponde, Katheryne...

Negué.

—Tienes que aclararme muchas cosas, Cortéz —dijo en tono calmado—. Mi cabeza es un jodido laberinto. Comprendo si quieres quedarte un poco más, yo debo ir a la empresa por unas horas; eso sí, te advierto de que nuestra conversación aún no ha acabado. —Su voz era baja y suave. Se levantó de la cama para acercarse a mí y retrocedí.

— No —dije fuerte—. No volveré. —Apreté fuertemente mi mano antes de extenderle el cheque que Gabriel me había dado. Lex tomó el papel y lo miró, una sonrisa sarcástica se instaló en su rostro—. Sé que no es todo el dinero, el otro está en mis cuentas y no traje mi billetera, no quiero tu dinero.

—¿Es por el castigo?

« ¡No! ¡Soy masoquista, me gusta que me golpeen! ».

—¡Pudiste decir la puta palabra antes, para eso te la di! Si tú no la dices, yo considero que no estoy empujando tus límites—presionó el puente de su nariz—. Katheryne... —Trató de acercarse nuevamente, pero volví a alejarme.

—Por favor, toma el cheque y déjame ir.

Rompió el papel a la mitad y luego de nuevo y de nuevo hasta que solo quedaron pequeños trozos.

—¡No puedes dejarme! Te recuerdo que tú y yo tenemos un contrato firmado por doce meses, Katheryne —reclamó fuertemente.

—Supongo que no te quedó claro, no quiero tener ningún tipo de trato contigo. Me compraste en una subasta por una noche, compraste mi virtud y te la di. El nuevo contrato no me interesa, me quedé estos cinco meses a tu lado porque así lo quise, y no quiero tu dinero por ello. Ahora simplemente, ve a *The Chalets* y consigue otra chica. Quizá Krystal esté disponible.

Quince

Alessandro sonrió antes de darme una mirada glacial.

—Lamento desilusionarte, linda, pero las cosas conmigo no son así, lo dejé muy claro cuando te dije que este contrato solo puedo romperlo yo.

—No quiero estar contigo.

—Y yo no quiero dejarte ir —se sentó en la camilla y acarició su barba—. Aprende algo, Katheryne, algo para la vida: Siempre lee las letras pequeñas. Por lo general, las personas como yo las usamos para joder a personas como tú.

—Me importan muy poco tus letras pequeñas, Lex. He dicho basta.

Volvió a reír, como si estuviese en la cima del universo y nos observara a todos como pequeñas cucarachas.

—Eres tan infantil —se levantó y caminó hasta quedar frente a mí—. Soy consciente de que me excedí en el castigo que te impuse, soy consciente de que debes estar odiándome...

—Para odiarte, tendrías que importarme.

—Como sea, no voy a perderte, en el contrato que tú firmaste decía que yo te podía castigar como me pareciese justo, siempre y cuando me faltaras al respeto.

—También decía que podía irme, si tenías una falta grave. —Le recordé lo más ecuánime posible.

—Pero no he cometido una falta grave. —Exclamó, cuadrándose de hombros.

—¿Golpearme hasta sangrar no es una falta grave para ti? —pregunté con indignación.

—¿Era difícil para ti decir la palabra de seguridad antes? —Alzó mi barbilla y fijó su mirada en la mía—. No quiero seguir discutiendo estupideces, nos vemos esta noche en la casa, Katheryne —dijo con voz gruesa.

—¡Vete al Infierno!

—Hace años que estoy allí —respondió irónico.

—No quiero verte y no lo haré. No volveré contigo, por más puto contrato que tú tengas.

—Volverás a mi casa o te atenderás a las consecuencias —sentenció.

— ¡Já! —fue mi turno para burlarme—. ¿Me enviarás a prisión? —Arqueé una ceja, desafiándolo. Ya no éramos Amo y sumisa, ahora era Kath poniendo a un cabrón en su lugar.

—Quizá...

—¿Y que el mundo se entere que el gran CEO no es más que un maldito maltratador de mujeres que necesita infligir dolor para sentirse macho? —repliqué.

—No me provoques, Katheryne —dio media vuelta y caminó hacia la puerta, girando el picaporte—. No lo hagas, porque no te conviene. Hablaremos en la casa, tengo que irme.

—Espérame sentado, amigo.

—Escúchame bien, Katheryne Cortéz —dijo sin mirarme—, porque odio repetir las cosas dos veces... Me excedí, lo lamento, fue tu culpa por no poder decir una minúscula y jodida palabra en el momento que sentiste que excedía tus límites. ¿Qué tan difícil era para ti decir “amor” antes? Ahora vas a obedecerme por una puta vez desde que firmaste, llegarás a casa antes que anochezca y hablaremos una vez más sobre esto, mucho más calmados y menos intransigentes.

—No te tengo miedo, Alessandro. Esto se acabó —refuté rotundamente.

—No, querida —abrió la puerta—. En esta relación, el dominante soy yo, yo elijo cuándo se acaba...

—Cerró la puerta, dejándome sola en el consultorio.

No supe a ciencia cierta cuánto tiempo estuve en el consultorio, salí de ahí cuando una enfermera entró para limpiar. Alessandro no estaba en la sala de espera y me negué a hablar con Gabriel o Christian.

Riley llegó a media mañana, con un paquete que contenía comida y otra ropa, también traía las medicinas que el doctor Malinov me había recetado. Lloré en su pecho, porque, a pesar de nuestro inexistente trato, Riley se había convertido en un buen amigo.

Antonella había pasado el día estable, había entrado a verla por breves segundos durante el transcurso de la tarde. Le dije a los chicos que me quedaría con ella, que no me movería del hospital; aun así, insistieron a quedarse junto a mí. Pero estaban agotados y la noche empezaba a caer. Faltaba poco menos de media hora para que el horario de visita se acabara cuando los obligué a ir a casa. Aceptaron con la promesa de llamarlos ante cualquier eventualidad.

Acababan de ir a despedirse de Nella, que había pasado dormida casi todo el día debido a las medicinas, cuando mi celular vibró.

Alessandro.

Coloqué el celular en la silla contigua, debatiéndome en si contestar o no hacerlo. Al final lo hice.

—No volveré, Alessandro, no lo haré. Puedes denunciarme si quieres, puedes enojarte e intentar joder mi vida, pero me respeto y amo demasiado como para volver a ser tu muñeca. —Colgué sin dejarlo hablar y dejé el aparato en mis piernas antes de pasar las manos por mis cabellos, respirando profundamente. Sentí el peso de una mano en mi hombro y levanté la mirada para encontrar a Odette a mi lado,

—Venía a decirte cómo encontré a Antonella en mi primera ronda. Lo lamento, no pude evitar escuchar tu conversación con Alessandro —respiró profundamente—. Dimitri y yo nos contamos todo, sé de la práctica de Alessandro y también sé que tú llegaste a él virgen, así que es difícil que de creer que Antonella sea tu hija... —Mi corazón empezó a latir frenéticamente, mi mayor miedo se reía frente a mí—. Puedes estar tranquila, no voy a decir o usar algo que pueda ir en tu contra, no conociste a Alessandro antes...Yo sí. Él no es el mismo, pero hombres como él son difíciles de comprender —musitó y luego miró hacia sus pies—. A hombres como ellos, solo hay que darles amor aunque muchos digan que somos masoquistas, aunque los cataloguen como maltratadores —me giré, viéndola completamente—. Entre Dimitri y yo no hay secretos —me sonrojé—. Además, vi la sangre en tu vestido —tomó mis manos entre las suyas—. Si no le importase, no hubiese estado tan preocupado por curarte.

—Él se extralimitó...

—Lo sé. Afortunadamente, Dimitri y yo no llegamos hasta esos extremos. Lo de nosotros fueron peleas estúpidas. Katheryne, no tengo mucha información acerca de ese tipo de relación, pero hay algo en los ojos de Alessandro que me hace recordar mi comienzo con Dim. Conozco a ese hombre desde hace varios años, es un demonio. La primera impresión que tuve de él fue que era peligroso; de hecho, tiene un aura oscura que nunca he podido entender. No es mi amigo, pero es amigo de Dimitri y mi esposo no le entrega su amistad a cualquier persona. Sea lo que sea, piensa mucho antes de tomar una decisión. Tu niña ha superado las primeras ocho horas —cambió de tema rápidamente—. Esperemos que la noche sea tan buena para ella como el día.

Se levantó de la silla y caminó hacia el centro de enfermería.

Miré el celular apagado entre mis manos, debatiéndome si encenderlo o no.

Decidí encenderlo, aunque todo mi interior me gritaba que no lo hiciera. Ese fue el momento en el que me escuché a mí misma llamarme masoquista, inconsciente, lo llaman unos.

Tenía varias llamadas perdidas, de Antoine, Gianna y Alessandro.

También tenía un mensaje de texto:

Ya que no quieres contestar mis llamadas, te informo que debo viajar a Italia urgentemente. Tómate esos días para poner tu cabeza en orden, Riley se va conmigo, pero Benjamín queda a tu servicio. él te avisara

cuando regrese. Espero encontrarte en casa.

Alessandro.

« ¿Qué se cree ese hombre? ».

Eliminé el mensaje sin siquiera contestar.

Las semanas pasaron rápidamente sin noticia alguna de Alessandro. Ben había ido por mí cada noche, con el fin de llevarme a casa, pero había tomado una decisión por mí y por mi hija. Alessandro D'Angelo ya no formaba parte de mi vida. La última noche que Benjamín fue al hospital, le devolví el celular que él me había obsequiado, no había llevado nada a su casa, así que nada de lo que había ahí me pertenecía.

Sin embargo, a pesar de estar resulta a no verlo jamás, lo extrañaba, extrañaba su sonrisa, su mirada... la rapidez y pasión de sus besos. Era una masoquista, lo sabía, pero había algo en él que me atraía, era como un imán para mí.

Mantuve mi mente ocupada entre reorganizarme y atender las necesidades de Nella. Mientras ella estaba con los chicos en el hospital, conseguí un empleo en una cafetería, a quince minutos de la casa de los chicos. También había tomado la resolución de mudarme de casa de Gab y Chris y, aunque en un comienzo, los chicos no habían estado de acuerdo, entendieron que la Kath que salió de su casa una noche de agosto no era misma que estaba frente a ellos. Fue mucho más difícil para Gabriel aceptarlo; pero, al final y a diferencia de lo que había pensado, lo entendió, e incluso Christian me había convencido de aplicar a algunas becas universitarias, pero tendría que esperar al año siguiente, por lo que tenía algunos meses para ahorrar el dinero necesario para comenzar la universidad.

El futuro se veía bien.

El futuro no me asustaba.

Dumbo no era un gran barrio residencial, pero era tranquilo. Había un parque cerca donde podría llevar a Nella cuando estuviese más recuperada. El apartamento era pulcro e higiénico. Tenía una habitación, lo que para mí era genial, ya que solo necesitaba un lugar para mi hija y para mí. Con el pasar de los días, conocí a mi vecina, una chica loca que me había ayudado a obtener el empleo en la cafetería.

Salí del departamento, cerrando la puerta con fuerza, justo cuando mi vecina loca lo hacía.

—¡Hey, nena, mañana es el gran día! —dijo con su sonrisa característica mientras cerraba su departamento.

—Sí, estoy ansiosa —dije realmente feliz. Había pasado por mucho para poder tener a Antonella a salvo.

—Si la señora Kroutx me dejara acompañarte... —dijo frunciendo el ceño.

—¿Estarás aquí cuando llegue, no? —sonreí.

—¡Pero por supuesto! ¡Voy a ser la primera en darle un par de besos a mi nueva sobrina! —V, apelativo de Verónica, era de Argentina, había venido a Estados Unidos cuando era muy pequeña y fugado con su novio James cuando tenía dieciséis años; él se había enlistado al ejército luego del 9-11 y había muerto en combate seis meses después.

Bajamos las escaleras hablando sobre Nella hasta llegar a la calle. Ajusté el abrigo a mi cuerpo cuando el frío golpeó mis sentidos. Noviembre amenazaba con ser uno de los meses más fríos del año.

Afortunadamente, el trabajo nos quedaba cerca, giramos a la derecha antes de de que mi loca acompañante me hiciera parar en seco.

—Joder, llámame loca o paranoica, pero hay un auto que está siguiéndonos. —Anunció, señalando un

auto negro que pasaba por la calle.

—Tanta película de vampiro y tanto libro erótico te está fundiendo el cerebro, V —repliqué, retomando mi marcha.

—¡Oye!... La mayoría de mis *Porn Books* son calificados *Best Seller*. Y es verdad, anoche cuando llegué del restaurante, ese auto estaba en la esquina; y hoy cuando me desperté, aún estaba ahí. Qué casualidad que se marcha justo cuando nosotras nos vamos.

—Sugestiones tuyas. —Tomé mi bolso, sacando los guantes y colocándomelos rápidamente antes de perder los dedos.

—Debe ser la falta de sexo —bufó—. Tengo que ir esta tarde a comprar baterías para Mr. Hyde.

—¿Terminaste de leer?

—¡Oh, joder! ¡Sí! Mi pervertida mente y yo te agradecemos ese libro —se colocó el delantal—. Hemos estado de lo más entretenidos con Mr. Hyde.

—Tenemos que agradecerle a Christian, él es quien proporciona nuestra lectura.

Mi amiga suspiró.

—¿Sabes, Katheryne? A veces sueño que se me aparece mi propio demonio del mal... ¿Habrás alguno por ahí esperando por mí? —Hizo un puchero.

—No sabes de lo que hablas —dije sinceramente. Yo había tenido uno de esos...

—¡Oh, sí! Sé que quiero un *Heathcliff* en mi vida. —Iba a contestarle, pero la señora Kroutx nos avisó que habían clientes.

—Eres una loquilla —dije mientras dejaba la bandeja que tenía en las manos sobre la barra y le di un guiño a Need, el cocinero de la señora Kroutx.

La mañana pasó entre pedidos y comentarios chistosos que hacía V. Hacía pocas semanas de conocerla, pero se había convertido en una gran aliada.

—Kath —alcé la vista al ver a la señora Kroutx—. Atiende la mesa siete —sonrió dulcemente. Tomé mi libreta y caminé, escuchando *Toxic* desde mi iPod, a la mesa siete.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor? La especialidad del día de hoy es pie de manzana. Tenemos torta de chocolate también.

—Puedes ayudarme en muchas formas, Katheryne, y ninguna podríamos hacerla aquí.

Bajé la libreta, enfrentándome con los ojos verdes de Alessandro. Mi corazón se saltó un par de latidos al verlo. Tenía un traje negro de tres piezas y una corbata color vino; sus pómulos se veían hundidos y tenía grandes ojeras bajo sus párpados. Aun así, seguía viéndose tan guapo como la última vez que lo vi.

Un pequeño escalofrío recorrió mi cuerpo, hasta situarse entre mis piernas.

Él me observó de arriba abajo y yo me quedé inmóvil ante su escrutinio hasta que él habló:

—Siéntate—demandó

—¿Qué rayos haces aquí, Alessandro? —Inquirí entre dientes para no alertar a la señora Kroutx.

—Vine por lo que me pertenece —su tono de voz fue pausado y tranquilo. Unió sus dos manos por encima de la mesa y me dio una sonrisa ladeada—. No me iré hasta obtenerlo.

—Te devolví todo tu dinero y con ello terminé nuestro contrato.

—¿Todo bien, Kath? —No había visto que V se acercara.

—Perfecto, el cliente ya se va —dije con una sonrisa. Ella se alejó a la mesa once y me giré dispuesta a irme, pero Alessandro agarró mi muñeca—. Suéltame —susurré.

—Me perteneces, Katheryne.

—No le pertenezco a nadie, Alessandro. Pagaste por una noche conmigo y cumplí, devolví el resto de tu dinero, no me interesa tenerte en mi vida —me solté de su amarre con fuerza—. Ahora, si me disculpas, tengo que trabajar.

—No tienes que estar trabajando aquí, debiste quedarte con el dinero, así no tendrías que trabajar en

un lugar como este. —Miró con desdén el lugar.

—Prefiero ser una simple mesera que una puta —vi que Need y V hablaban desde la barra, nunca me habían visto socializar con un cliente y estaba segura de que la postura de mi cuerpo no era la más cordial—. Retírate.

—No sin ti —su susurro fue bajo y agónico—. Tenemos un contrato vigente.

—Creo que ese contrato quedó anulado cuando me golpeaste —dije con rabia.

—¿De cuántas formas debo pedirte disculpas por lo que pasó? Créeme, me cuesta un montón hacerlo. Si hubieses dicho tu palabra de seguridad desde un principio, no estaríamos aquí peleando por estupideces.

—Retírate o llamaré a la policía.

—¿Y qué les dirás, Katheryne? ¿Qué te exijo cumplir tu parte del contrato?

—Vete. —Exigí esa vez, viendo cómo la Sra. Kroutx se acercaba.

Alessandro se levantó, aproximándose lo suficiente a mí para murmurar en mi oído—: Siempre recupero lo que es mío.

Sacó de su chaqueta un par de dólares y se los entregó a la señora Kroutx, que se acercó con una rapidez impropia para su edad.

—¿Conoces a ese hombre, mi niña?

—No, al parecer se confundió de persona. —Mentí, porque no podía decirle a la dulce anciana que me había convertido en una prostituta y que había disfrutado siéndolo.

Entre atender a los clientes y mis pensamientos sobre Alessandro, mi turno laboral se me pasó muy rápido. Acompañé a V hasta la parada de autobús, siempre mirando a mi alrededor. No vi ninguno de los autos de Alessandro, pero sentía cómo si alguien me estuviese vigilando. Tomé un taxi hasta el hospital, encontrando a Gabriel con Antonella, que reía mientras veía dibujos animados desde la *tablet* de Christian.

No quise decirle a Gab sobre la visita de Alessandro. El último mes lo habíamos tomado para sanar y ahora nuestra relación era la misma de antes. Forcé una sonrisa cuando me preguntó si todo estaba bien, asentí, alegando que estaba cansada.

Gabriel iba a insistir en lo mismo cuando el doctor Soto entró junto con el doctor Thatcher y Odette.

Luego de revisar a Antonella, todo quedó en orden para su salida al día siguiente.

Gabriel se retiró dejándome sola con mi pequeña hasta que Christian llegó a remplazarme.

Di un último beso a Antonella, completamente feliz de llevarla el día siguiente a casa, y me despedí de Chris. Ajusté el abrigo a mi cuerpo y encendí el iPod que Chris me había obsequiado, antes de encaminarme al metro. Había gastado una cantidad considerable en el taxi y aún necesitaba dinero hasta final de mes. *Addicted*, de *Kelly Clarkson*, se coló entre mis oídos mientras esperaba la llegada del tren. La imagen de Alessandro sentado en la cafetería llegó a mí. Cerré los ojos recordando su rostro, parecía cansado, como si hubiese estado trabajando frenéticamente. Sus ojos eran dos esferas centellantes que demostraban control, poder y algo que no alcanzaba a descifrar aún. Negué con la cabeza espantando mis pensamientos y acomodé mi abrigo. Una vez el vagón se detuvo en mi parada, subí las escaleras para salir de la estación y empecé a caminar de regreso a casa. Iba entretenida en una nueva canción cuando el auto negro de la mañana pasó justo a mi lado.

Estar con V me estaba causando instintos de persecución. Suspiré mirando bien el auto, preguntándome si sería Alessandro. Deseché el pensamiento al acordarme que los autos de Alessandro eran color plata.

Entré al supermercado para comprar los víveres de la semana y luego subí a mi departamento con la sensación de ser observada. Preparé una sopa de caja para contrarrestar el frío y me cambié con un pijama cómodo. Estaba a punto de servir la sopa cuando dos golpes se escucharon desde la puerta. Miré el reloj de mi muñeca para notar que era la hora en la que V llegaba a casa y seguramente quería información sobre Nella.

—¡Suspende y empuja! No he puesto cerrojo aún —grité, dándome la vuelta para servir mi sopa. La calefacción no la arreglarían hasta el otro día mañana, y la noche amenazaba con ser despiadadamente fría—. Hice un poco de sopa, ¿quieres una taza, V? —me giré con la taza en las manos y fue imposible para mí no dejarla caer cuando vi la persona que estaba frente a mí.

Alessandro tenía el mismo traje que por la mañana, le dio una mirada despectiva al apartamento antes de centrar su mirada en mí; sus ojeras se veían aún más pronunciadas que en la mañana, tenía los labios secos y la corbata suelta.

—¿Qué haces aquí? —No importó el ardor de mi pierna debido a la sopa caliente, lo quería fuera de mi casa.

—Tú me invitaste a seguir. —Alzó una de sus cejas en un gesto de coquetería.

—¡Pues largo! —Me agaché para recoger los trozos de porcelana, tenía que cambiar el pantalón de mi pijama, ahora mojado con sopa.

—No. —Fue rotundo y no daba lugar a réplicas.

—¿Qué parte de “deja mi vida en paz” fue la que tú no entendiste, Alessandro? —bufé, girándome hacia la pequeña sala, separada de la cocina por el desayunador.

Él se quitó el saco y se sentó sobre el viejo sofá color verde que venía con el alquiler del departamento.

—Sí, claro, siéntate y ponte cómodo —dije sarcásticamente mientras rodaba los ojos.

—¿No tienes que ir a cambiarte ese pantalón?

—¿Qué quieres, Alessandro?

—Que vengas conmigo.

—¡Já! —sonreí con sarcasmo—. Sabes que no lo haré —dije cruzando mis brazos por encima de mi pecho.

—¿Quieres apostar?

—Mira, Alessandro, te lo dije una vez y te lo voy a volver a repetir: No te tengo miedo, no confío en ti y quiero que salgas de mi casa en estos momentos, o te juro por todo lo sagrado que voy a empezar a gritar como una loca y no quieres ver tu nombre en el primer titular amarillista el día de mañana. Tu empresa tiene demasiados problemas como para que quieras agregarle una demanda por invasión de propiedad, asalto, abuso de confianza y sexual. Además de otras tantas que estoy segura que Christian te daría gustoso.

Él se levantó como un resorte del sofá, la ira estaba ardiendo en sus ojos verdes. Se acercó a mi intimidante y, aunque mi primer deseo fue retroceder, no lo hice.

—¡No me amenazas, Katheryne! —respiró fuertemente—. Volverás conmigo.

—Escúchame bien —me incliné hacia delante, inhalando su aliento, nariz con nariz, ira con ira—. ¡No! —grité.

—¡Maldita sea, Katheryne! —rugió—. Te necesito. Vuelve a mí —por un momento, sus paredes cayeron. En realidad, creí cuando la palabra necesidad se coló por sus labios, estaba completamente segura de que ni siquiera se había dado cuenta de haberlo dicho.

—Vete, Alessandro. —Señalé la puerta sin apartar la mirada.

El hombre poderoso se derrumbó frente a mí, sus manos sujetaron la camisa de mi pijama y el iris de sus ojos se opacó.

—Por favor... —murmuró tan bajo que casi no le pude escuchar; era eso o estaba atónita. ¿Él me estaba suplicando?—. Vuelve a casa conmigo —deslizó sus brazos por mi torso e inhaló en mi cuello—. Duplicaré el valor del contrato... te daré lo que necesitas, lo que me pidas... solo, por favor, vuelve a mí.

Me alejé soltándome de su abrazo y me recosté en la pared, mirando sus ojos.

—No puedes darme lo que necesito. —Su boca voraz abrasó la mía y, por un momento, solo por un

momento, quise quedarme así para siempre. Hice mis manos un puño mientras una lágrima descendía por mi mejilla. Había respondido a su beso; durante un mes, estuve diciéndome a mí misma que todo había sido una ilusión, que Alessandro D'Angelo no podía ser el primer hombre al que le había entregado mi corazón. ¿Amor? Ese hombre no conocía la palabra, el sentimiento... Para él, era solo una forma de castigar. No, no podía volver a caer, volver a someterme a su juego de control y poder. Yo había dicho basta y no estaba dispuesta a regresar a él, porque él no iba a matarme, no me destruiría, no acabaría con mi amor propio. No podía dejarme llevar, por más que el corazón me implorara que lo hiciera.

Dejé de mover mi boca contra la suya, un acto que costó todo de mí, pero que era necesario.

Alessandro se detuvo, sus brazos cayeron laxos a sus costados, y levanté la barbilla sin importar las lágrimas en mis ojos.

—No, no puedes.

—Tú solo pide... —se pasó la mano por sus cabellos—. ¿Quieres más... más... más dinero? —preguntó.

Negué con la cabeza, limpié mis lágrimas y reí ante la ironía.

Alessandro me observó como si me hubiese vuelto loca. Respiré profundamente y me senté en el sofá, tomando uno de los cojines rojos para colocarlo en mi regazo.

—No entendiste nada —negué con la cabeza—. No soy una puta —declaré—. Tenía una necesidad y por eso me vendí... ¡Dios, era mi virginidad, Alessandro! Eso debió decirte que no lo era.

—¿Entonces qué diablos es lo que quieres? ¿Una casa? ¿Un auto? ¿Estudios pagos para ti? —se calló y golpeó la cabeza con la pared—. ¿Un futuro para tu hija?

—¿Quieres comprarme, Alessandro? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

—Quiero tenerte a mi lado, porque desde que te fuiste, mis demonios me están enloqueciendo... Te necesito, Katheryne. Pon una maldita cifra y dejémonos de tonterías. Mira esto —señaló el departamento—, ¿quieres vivir siempre así?

—No hay ratas, está limpio. Sí, quizá le falta pintura, pero no he tenido tiempo, y con Antonella acá, no podré pintarlo de inmediato, pero es lo que puedo pagar.

—Puedo darte lo que tú quieras.

—Mientes —me pasó la mano por el cabello—. Vete, por favor. —La voz se me quebró sin saber por qué. De un momento a otro, solo quería llorar.

« ¿En qué momento había empezado a sentir cosas por él? ¿En qué momento mi masoquista interior empezó a desear más? ».

—Pídeme lo que tú quieras y será tuyo. Vuelve a mi cama, te necesito... Te deseo...—Llegó a mí rápidamente, sentándose a mi lado.

Alcé la mano, colocándola en su mejilla rasposa, y una lágrima se escapó recorriendo el camino que ya otras habían hecho por mi mejilla.

Nuestras miradas se encontraron por unos segundos, tragué el nudo en mi garganta antes de preguntar algo que me había estado carcomiendo por semanas.

—¿Podrás amarme, Alessandro? —mi voz se cortó al final, necesitaba saberlo, a pesar de que conocía la respuesta—. ¿Podrás? —El nudo en mi garganta me impedía respirar. El hombre a mi lado se petrificó. Podía sentir su respiración y escuchar el irregular latido de su corazón bajo su traje. Los minutos se congelaron, el tiempo pareció detenerse mientras nos mirábamos—. Llámame idiota, masoquista, o lo que tú quieras, pero yo...

—Katheryne... —Su voz bajó un par de octavas.

—¡Contesta mi pregunta! ¿Podrás darme amor, Alessandro?

Se alejó de mí como si yo fuese una llamarada, como si mi sola cercanía lo asustara.

—Eso no puedo dártelo... —se sinceró, bajando la mirada.

—Entonces vete y no vuelvas. —Tiré del cojín y subí mis piernas a mi barbilla.

—*Con te mi sento confuso, cosa stai facendo con i miei sensi? Perché il mio istinto mi domina quando sei accanto a me? Non innamorarti di me, Katheryne... Non farlo, non condannarti a vivere aggrappata a me, perché non ho cuore*^[42].

—No entiendo tu idioma, me hablas en él y me abstraigo, no volveré a ti como una sumisa, Alessandro... Tú pasaste los límites entre el Amo y su esclavo, me irrespetaste al herirme. En una relación dominante-sumisa, el respeto lo es todo; y si bien sé que yo también excedí los tuyos, soy plenamente consciente de que nunca te dañé —sorbí mi nariz—. Ni siquiera cuando te golpeé con el vibrador... Sal de mi casa, Alessandro.

—Esto es lo que soy yo y solo puedo ofrecerte sexo —Caminó hasta la puerta. —Si cambias de idea, tú sabes dónde encontrarme.

Dieciséis

Me quedé observando cómo la puerta se cerraba tras él. Justo antes de irse, pareció vacilar, pero al final él se había ido. Y aunque pasaba el tiempo, no quité la mirada de la puerta deseando por un instante que él regresara, que insistiera un poco más; que, entre besos, me susurrara que me necesitaba... ¿Cuál es la diferencia entre la necesidad y el amor? Él me necesitaba y yo lo había dejado ir. Me levanté, dispuesta a buscarlo, pero no di un paso, me debatí entre el querer y el deber y, al final, el deber ganó. Me senté sobre el sofá, abrazándome a mí misma mientras lloraba por mi estúpida fantasía.

V me encontró recostada en el sofá. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que Alessandro se había ido, tampoco sabía cuánto había llorado, pero mis lágrimas se habían secado en mis mejillas mientras mi mirada estaba fija en una mancha de grasa detrás de la estufa.

—Kath —V peinó mi cabello hacia atrás, pero no la miré—. ¿Te sientes bien? —asentí—. Te ves fatal. ¿No estarás pescando un refriado? —palpó mi frente y mejillas—. No te siento calentura.

« Tengo el corazón roto, V ».

Dejé que me contara su día, me habló de su universidad, de los libros nuevos que había comprado por internet y que leería en su *tablet*. Verónica, habló, habló y habló, también calentó la sopa y me tendió una nueva taza; al final, me arrastró hacia su departamento, ya que ella sí tenía calefacción.

Me dejé guiar, porque necesitaba estar sola, pero, al mismo tiempo, no quería estarlo. No supe en qué momento me quedé dormida; al menos, los ronquidos de V eran más fuertes que los agónicos latidos de mi corazón. La mañana llegó rápidamente, hice el desayuno y acompañé a mi amiga hasta la parada del autobús. De regreso, cuando me dirigía hacia la estación del metro para ir con Nella, noté el auto negro que ella había señalado el día anterior. No había que ser demasiado listo para saber que Alessandro me observaba dentro del vehículo, por lo que me obligué a mí misma a no darle la satisfacción de verme acongojada. Sacando fuerzas de donde no las tenía, alcé la barbilla y caminé hasta la estación del metro dispuesta a centrar mi atención en la única persona importante en mi vida: Antonella.

Las semanas pasaron sin tener ninguna noticia de Alessandro. El auto negro seguía estacionado a una esquina de mi casa; sin embargo, no había acercamiento alguno. Cada vez que sonaba la campana que estaba en la cafetería, mi corazón se saltaba un latido, para luego empezar a latir frenéticamente. Sin embargo, nunca era él... Hasta esa mañana.

Lo vi entrar a la cafetería con un ejemplar del *New York Time* debajo del brazo, se sentó en la mesa siete sin siquiera darme una mirada. Yo no podía despegar la mía de él. Había perdido peso desde la última vez que lo vi; su cabello también había crecido. La señora Kroutx envió a V a atenderlo, así que me quedé en la barra, esperando a mi amiga, observando a la distancia cómo ella le sonría mientras sentía el pequeño ardor de los celos.

Negué con la cabeza, Verónica era coqueta, hacía eso con todos los clientes; ella no estaba simplemente coqueteándole porque fuese él, ella no sabía la historia que se entretejía entre los dos.

La vi caminar de regreso, mordiendo la punta de su bolígrafo; se detuvo en la mesa diez para recoger la taza de la señora Stevenson y luego dejó todo en la barra para que Jay, el nuevo ayudante de Need, recogiera.

—Hey, Kath —observó hacia Alessandro—. ¿Ese hombre no se te hace familiar?

—¿Cuál? —me hice la tonta mientras veía a Need servir los pedidos de la mesa cinco.

—El que está allá —me señaló—, en la mesa siete.

—Nunca lo había visto. —Mentí.

—No sé, me parece que ya lo he visto en algún lugar.

—Viene mucha gente aquí —sonreí a Need y tomé la bandeja que me ofrecía, Estuve tentada a ir hasta donde él y ver qué demonios quería, pero tampoco iba a ser yo la que hiciera el primer acercamiento.

Dejé los refrescos y las porciones de pie que habían pedido y sonreí. Los clientes de la mesa ocho me llamaron, por lo que pasé al lado de Alessandro para ver qué necesitaban.

Sentí la mirada de Alessandro en mi espalda mientras uno de los chicos me preguntaba si estaba libre el sábado. Negué amablemente, pero antes de irme, el chico sujetó mi mano.

—Anda, nena, es solo salir... puedo llevarte donde tú quieras... —no miré hacia él, eso era una situación normal; aun así, podía sentir las ondas de su ira emanando con fuerza.

—Teo, sabes que la señora Kroutx nos tiene prohibido intimar con los clientes.

—Pues yo solo quería una cita, preciosa, pero si tú quieres algo más... —alzó sus cejas varias veces.

—Suéltame, Teo.

—Pero, nena... —por la esquina de mi ojo, vi a Alessandro levantarse, justo cuando Need gritó desde la barra, haciendo que Teo me soltara inmediatamente.

Alessandro sacó un par de billetes de su billetera, recogió el periódico y salió de la cafetería, haciendo que la puerta se estrellara contra el marco. No pude evitar el suspiro de alivio cuando lo vi irse. Sin embargo, también me dolía el hecho que no se hubiese acercado.

El resto del día, hice mi rutina de las últimas semanas: Salí de la cafetería, acompañé a V a tomar el autobús, bajé al metro, recogí a Nella y cené con los chicos antes de volver a mi departamento. Noté que el auto negro se había ubicado frente al edificio, alcé a Antonella en brazos y subí sin darle una mirada, cuando en realidad quería ir hasta él y obligarlo a dejarme de espiar.

Al día siguiente, el auto no estaba. Cuando llegué a la cafetería, Alessandro estaba en la mesa siete con un ejemplar del periódico en sus manos. Al pasar por su lado, noté que tenía la corbata deshecha y una taza de café fría frente a él. Resistí el impulso de cambiar su bebida, se veía preocupado, tenía el ceño fruncido mientras leía atentamente una noticia en la primera plana.

Cuando volví a pasar a su lado, su mano tomó mi muñeca en una caricia suave; su dedo pulgar acarició mi pulso y luego me soltó, sus ojos no se despegaron del periódico.

Durante una semana, estuvo repitiendo la misma rutina, llegaba con el periódico, pedía una taza de café —que nunca tomaba—, dejaba casi el triple del valor de la bebida y tomaba mi brazo solo para soltarlo segundos después; un roce que estremecía mi cuerpo cada vez más. Luego se retiraba sin decir una palabra.

Estaba volviéndome loca.

Hasta que un día desapareció.

Por las noches, mientras Antonella dormía, me sentaba en el alfeizar de la ventana, miraba las estrellas y pensaba en él. Mientras recordaba sus besos y la forma en cómo sus manos moldeaban mi cuerpo como si fuera arcilla y él fuese el alfarero.

Lo imaginaba concentrado en su ordenador, jugando con sus sangrientos videojuegos y, en el peor de los casos, entregándole sus gemidos a otra. Me regañaba por estúpida, pero también me mantenía en mi sitio, no podía permitir que Alessandro siguiera guiando mi vida, a pesar de que yo no era nadie para pedirle que cambiara.

Mi vida era una contradicción, sabía que estaba haciendo lo correcto, pero cada mañana cuando él, con su aura imponente y controladora, entraba a la cafetería, tomaba todo de mí no correr a sus brazos, a su vida, a sus labios...

Las palabras que Odette Malinov me había dicho en la sala de espera del hospital seguían calándome muy dentro del pecho: « *A hombres como ellos solo hay que darles amor, aunque muchos digan que somos masoquistas...* »

Miré las desiertas calles de Brooklyn. El auto negro había vuelto en algún momento de la tarde y estaba estacionado en la esquina. Me debatí entre si debía bajar y enfrentarlo de una vez y por todas, o

dejar que continuara siguiéndome como una sombra. Antonella se removió en su cuna y caminé hacia ella, cubriéndola con el edredón que Isa había tejido para ella. Dejé un beso en el tope de su cabeza y volví a la cama, resuelta a olvidar a Alessandro D' Angelo y los autos negros, al menos por esa noche. Antes de cerrar los ojos, decidí que aceptaría la oferta de Chris y Gab, pasaría el fin de semana con ellos.

Invité a V a pasar el fin de semana con nosotros, e incluso le dije que Gab podía darle una sesión en el spa, usando solamente un bóxer, pero se negó a hacerlo alegando que tenía mucho por estudiar. Tomé un taxi hasta la vieja casa de los chicos, Gabriel aún conservaba mi habitación como la había dejado hacía un mes atrás, con la esperanza de que regresara con ellos. Pero eso era algo que no iba a suceder.

Había oscurecido rápidamente, Antonella estaba dormida y Gabriel seguía ocupado con una de sus clientas. Terminé de lavar los trastes de la cena y me acerqué abrazando a Chris por la espalda, el cual estaba de pie en el balcón.

—Hey, Chris... —Él acarició mis manos anudadas en su cintura.

—Hey, chica linda. Hacías falta por aquí.

—Mentiroso, todo está perfecto y limpio.

—Conoces a Gab, él contrata a alguien para creer que podemos vivir sin ti —sonrió—. ¿Sabes que esta es tu casa?

—Lo sé.

—Gabriel ya te ha dado un sermón durante la cena, yo solamente quiero repetirte que estoy aquí para ti, que eres mi hermana y que puedes contar conmigo. —Lo solté y me fui frente a él para volver a abrazarlo.

—Te amo, Chris.

—Te amo, chica linda... Espera —me apartó de él y se inclinó más sobre la baranda—. Ese auto negro ha estado ahí casi todo el día —me señaló el auto—. Nunca lo había visto por el sector.

—Es Alessandro... —contesté en un suspiro

—¿Sigue insistiendo con que vuelvas con él?

—Va todas las mañanas a la cafetería, y el resto del día me sigue en el auto. Pasa horas frente a mi edificio... Me está volviendo un poquito loca.

—¿Quieres que hable con él? O mejor, podemos acusarlo por acoso.

Negué con mi cabeza.

—Con todos los problemas que tiene su empresa, una demanda por acoso es lo último que necesita.

—¿Piensas volver con él?

No dije nada. ¿Qué podía decir cuando mi mente decía que no y mi corazón se moría por correr tras él?

—¿Kath? —alzó mi barbilla con sus dedos—. ¿Te enamoraste de ese hombre? Dios... cómo no vi eso antes, te enamoraste de él —asentí—. Pero, ¿cómo? Estas preguntas mías, viviste con él cerca de seis meses, es natural que te enamoraras de él. Fue tu primer hombre y ahora tu primer amor.

—Chris...

—Joder, tenerlo como una sombra no es la mejor opción, Kath. Habla con él.

—Ya lo hice. Le dije que no podíamos seguir así. Le pregunté si podía amarme.

—¿Y?

—Dijo que no. —Chris volvió a cubrirme con sus brazos mientras ambos observamos el auto negro. Escuchamos murmullos abajo y vimos a Gab salir del spa con sus dos últimas clientas. Mi amigo dio unos pasos hasta quedar en la mitad de la calle, alzó su mirada antes de empezar a caminar hacia el misterioso auto negro, pero antes de que él pudiera estar realmente cerca, las luces del *Audi* se encendieron y el conductor emprendió la huida, dejando a Gabriel atónito, y a nosotros también.

Alessandro nunca huiría.

No vimos el auto negro al despertar. El resto del día, decidimos ir a al Jardín Botánico de Brooklyn.

Cuando cayó la tarde, los chicos se empeñaron en acompañarnos a casa.

No había rastros de autos extraños o grifos^[43] en la puerta. Después de un par de horas, V se fue a su departamento y los chicos se despidieron. Noté que antes de irse, Gabriel miró a Antonella anhelante antes de dejar un beso reverencial en su frente y dármele para acostarla en su cuna, ya que estaba profundamente dormida.

La mañana siguiente, encontré a Alessandro en su mesa habitual. Había llegado a pensar que el acercamiento de Gabriel había mermado su deseo de acosarme, pero cuando llegué a la cafetería, luego de dejar a Nella con Christian, y lo vi en la mesa siete, mi corazón se detuvo, se veía incluso más desmejorado que la última vez que lo había visto, como un adicto que lleva mucho tiempo sin consumir. Cuando la señora Kroutx llamó a V para que lo atendiera, decidí que era hora de dejar de esconderme, por lo que quité el pedido a mi amiga y me encaminé hacia la mesa número siete.

—¿Vas a tomar ese café o quieres algo más? —su mirada se despegó del portátil en el que llevaba varias horas trabajando. Por primera vez, desde que había conocido a Alessandro, no pude ver más que tormento y cansancio en los ojos verdes del hombre que inexplicablemente había empezado a amar—. Lex...

—¿Qué me ofreces? —Su voz fue rasposa, aflojó el nudo en su corbata sin apartar su mirada de la mía.

—Hay té de durazno, también tenemos una variedad de tortas, malteadas y fruta picada. Need puede hacer un desayuno tardío, si tienes mucha hambre: Panqueque, huevos, tostadas...

—Ninguna de esas opciones me parece atractiva. —Podía verse como la mierda, pero su actitud seguía siendo la de un cabrón arrogante.

—¿Vas a consumir algo? Si no, tienes que desocupar la mesa. —Alessandro se irguió en toda su altura, su mirada se tornó divertida y luego observó los pocos comensales que había en el lugar.

—Pagaré lo que sea que ellos hayan pedido, si te sientas y compartes el desayuno conmigo.

—No haré eso, estoy trabajando.

—¡No tienes necesidad de trabajar aquí! —Sentenció entre dientes.

—No pienso discutir contigo.

—Entonces tráeme otro maldito café.

—Estás poniendo a la gente nerviosa, Lex. ¡¿Qué demonios haces aquí?! —

—Estoy trabajando, Katheryne.

—¡Si sigues asechándome, te demandaré por acoso! —Le advertí.

—Tráeme mi maldito café y déjame trabajar entonces. —Terminó de soltar su corbata y se concentró en golpear furiosamente el teclado de su computadora.

Me alejé de su mesa y pedí a Verónica que le llevara el nuevo café. Intenté trabajar todo el turno de manera normal; pero, a pesar de que podía escuchar el leve tintineo de las teclas de su computador, sentía su mirada de águila posada en mí.

Mientras atendía a la señora Stevenson, vi a Alessandro discutir con alguien desde su celular. Terminó la llamada, se levantó y recogió su computadora, dejando varios dólares en la mesa. Antes de que saliera de la cafetería, su mirada se encontró con la mía, el vacío en sus ojos impactó como un proyectil en mi pecho y, aunque todo mi ser me decía que corriera hacia él, no lo hice. Me mantuve de pie frente a la barra hasta que la puerta se cerró.

Por segunda vez en menos de un mes, me regañé a mí misma por haberlo dejado ir. Me giré hacia Need, que sostenía la bandeja para el pedido de la mesa once, y le di un intento de sonrisa cuando él limpió la solitaria lágrima que descendió por mi mejilla.

No pude dejar de pensar en la mirada carente de emociones de Alessandro justo en el momento que se iba del local, pero me las arreglé para terminar mi turno.

Estaba en el área de empleados con V, terminando de alistarnos para salir, cuando la señora Kroutx

nos llamó informándonos que Annie, una de las chicas del turno de la tarde, se había reportado enferma y que necesitaba que una de las dos cubriera su turno, debido a que Tina —la otra chica— no podría sola. V tenía un examen importante, al cual no podía faltar, por lo que me ofrecí a hacerlo yo. Me despedí de V y llamé a Gab para informarle que no podría ir por Nella, esperaba que la antigua niñera de Antonella pudiese cuidarla hasta que llegara Christian.

Deshice mi coleta y volví a hacerla suspirando audiblemente antes de empezar un nuevo turno.

Estaba cansada, hacía frío y había pasado toda la tarde lloviznando; por lo general, siempre amaba la lluvia, pero no cuando acababa de hacer un turno de más dieciséis horas y el frío carcomía mis huesos. Solo quería llegar a casa, darme un baño con agua caliente y recostarme en la cama; por lo que aceleré mis pasos por las casi desiertas calles de Brooklyn hasta llegar a mi edificio y subí las escaleras sin tocar la puerta de V, sentía que se me estaba congelando hasta el cabello.

Me deshice de toda mi ropa y me metí al baño, graduando el agua hasta que salió tibia. El edificio era viejo y el calentador general tardaba un poco en funcionar, pero tibio era mejor que nada, en ese momento. Quince minutos más tarde, la piel me ardía, pero me sentía humana nuevamente y no como un bloque de hielo. Me envolví en el albornoz de Chris, que había traído desde casa, y busqué entre el refrigerador un trozo de pizza de los que habían sobrado de mi cena de la noche anterior. El apartamento se sentía silencioso sin Antonella, pero ante la inminente lluvia y lo tarde que había salido de la cafetería, los chicos me habían pedido que la dejara con ellos. Acepté porque eso me daba un par de horas más de sueño por la mañana y estaba realmente agotada, pero cuando me encontré sola, extrañé a mi niñita. No me había separado de ella desde que había salido del hospital. Le di un par de mordiscos a mi cena, me cepillé los dientes, busqué algo cómodo para dormir y me tiré sobre la cama con el libro electrónico, dispuesta a sumergirme en la lectura. Llevaba el cincuenta por ciento del libro, cuando el diluvio empezó a caer sobre Nueva York. Miré el reloj en la mesa de noche y noté que eran casi las dos de la mañana y hacía más de una hora la lluvia había comenzado con mucha más fuerza; los relámpagos sacudían el cielo, mientras que los rayos iluminaban la negrura de la noche. Un trueno cayó en la distancia, causando un gran estruendo. Y dos toques en la puerta me hicieron levantar sobresaltada. Mi primer pensamiento eran los chicos, pero estaban lejos, en casa y no iban a salir de ella en medio de la tormenta. Recordé que no había visto a V desde que había salido a mediodía de la cafetería, a lo mejor, su calefacción se había descompuesto y estaba muriéndose de frío. Salí de la cama, caminé hasta la puerta y destrabé la cerradura, abriendo ligeramente.

—Se dañó tu calefacción, ¿verdad? —No pude decir más nada. Brazos fuertes y tela húmeda me arroparon, justo antes que labios voraces me sometieran a su voluntad. No me resistí, todo mi cuerpo me impelía a continuar. Mis manos se aferraron al saco mojado atrayéndolo hacia mí, perdiéndome en la vorágine de sensaciones que me asaltaban. Conocía este cuerpo. A pesar de estar mucho más delgado, conocía esos brazos, conocía esos labios que te incitaban a pecar y rezar al mismo tiempo.

Era él, Alessandro.

Lo besé con la misma fuerza con la que él me besaba. Seguí su ritmo frenético y me pegué más a su cuerpo, buscando fundirme en su pecho de la misma manera que él lo estaba haciendo; su beso era desesperado, como si necesitara respirar para subsistir, y mi mente era una completa contradicción: Por una parte, debía parar, alejarlo; por otra, quería llevarlo a mi cama, quitarle la ropa húmeda y dejar que él atara mis manos con su fina corbata y me llenara de todas las maneras que se le ocurriera.

Mi mente me gritaba ¡no! Mi corazón bombeaba un sí, y mi entrepierna lo apoyaba, alineando sus palpitations con los latidos desenfrenados que el primero emitía.

Alessandro rompió el beso con una exclamación de júbilo, y eso fue todo lo que yo necesité para salir

del trance lujurioso al que él me había inducido. Me removí entre sus brazos, alejándome de él y abrazándome a mí misma. Quería darle una bofetada. Me sentía helada y nada tenía que ver mi pijama, ahora húmedo. Pensándolo bien, sí debía darle una bofetada. Y lo hice.

—No puedes. ¡Simplemente, no puedes! ¡¿Por qué diablos no me dejas en paz?! —grité, sin importarme si el señor Richardson, el vecino del primer piso, me escuchaba

Él se acercó a mí, sus ojos no eran altivos, sus manos se levantaron en una ofrenda de paz.

—¡Aléjate de mí!

—Una noche... Solo una, Kath —murmuró.

—Vete de mi casa. —Me alejé un paso y él avanzó dos.

—Estoy agotado, Kath... No puedo sacarlos de mi cabeza —él se veía destruido—, se burlan de mí. ¡Hacia tiempo que no se burlaban de mí! —gritó, haciéndome saltar en mi puesto—. No pienso suplicarte, no lo haré. Pero necesito paz. ¡Una maldita noche de paz! —en un rápido movimiento, me tuvo entre sus brazos. Me removí, e incluso, traté de darle en la entrepierna. Uno de los brazos de Lex me apretó a él, mientras el otro acariciaba mi cabeza—. Deja de pelear, Kath. Solo déjame cerrar los ojos esta noche e intentar descansar. Ni siquiera quiero sexo, solo quiero que se callen de una maldita vez —estaba hablando incoherencias—. Tú los silenciaste todos y yo fui un maldito estúpido —no entendía nada—. Puedo conseguir otra sumisa, puedo pagar más de diez, pero ninguna de ellas va a callarlos —se escuchaba dolido y no encolerizado como al comienzo. Pasó sus manos por mi cabello como si me arrullara, mientras se mecía lentamente hacia adelante y hacia atrás—. Dame calma, nena, solo una noche... solo una.

Dejé de pelear contra él y apreté mis manos en su camisa empapada. Su amarre en mi espalda disminuyó, pero siguió balanceándose. Sabía que debería estar asustada, pero no lo estaba. Me separé de su cuerpo y subí mi mano izquierda por su mejilla rasposa. Alessandro se apoyó en ella, como un gatito arrullándose, Nunca podría comparar a este hombre con un gato, él era más como un lobo salvaje, pero ahí estaba, buscando algo que ni él ni yo sabíamos descifrar. Y en ese pequeño instante, me quebré. Me quebré de la misma manera que él lo estaba, porque sentía cosas por él que no había sentido por nadie. Amaba a Gab y a Chris, pero eran mis amigos, mis hermanos. El amor que sentía por Lex era distinto. Asfixiante, abrasador. No quería seguir luchando contra algo que me apretaba el pecho.

Mi mente y mi corazón se batían en un duelo y, esa vez, mi corazón ganó.

Perdí mi lucha y me llamé masoquista mil y una vez, pero eso no pareció detenerme. Me incliné y lo besé. Deslicé mi lengua entre sus labios y hasta ahí llegó mi control de la situación. El beso era fiero, necesitado y lascivo, todo al mismo tiempo. Sentía que me dejaba llevar, pero también había algo que tiraba de mí. Y cuando creí podía desmayarme, me retiré, y fue la primera vez que él tenía los ojos cerrados.

Lo tomé de la mano y lo llevé hasta mi cama. Sin decir nada, quité su saco mojado y seguí con la camisa. No tenía corbata y aún podía saborear el whisky en mi lengua. Solté el cinturón y continué con el botón hasta bajar la cremallera; la gravedad hizo lo suyo. Estiré mi mano hasta tomar el albornoz de Chris y lo cubrí.

Se sentó en la cama y lo vi quitarse los zapatos, las medias y retirar el pantalón por completo. Fui a la cocina y puse a calentar el agua en la tetera. Saqué una de las bolsas de té de canela.

No sabía si le gustaba, no conocía nada de él, pero quería que eso cambiara. Solo tiraría la bola y estaría deseando que él la arrojara de vuelta.

Mi cabeza era un sinfín de pensamientos, ninguno tenía sentido. Seguía contradiciéndome, seguía pensando que fue una mala idea, pero no hice nada, Miré de soslayo a Alessandro, aún sentado en mi cama; tenía sus manos en la cabeza, no me miraba. La tetera sonó, serví en un vaso el agua caliente y dejé caer la infusión.

Se la llevé con pasos vacilantes y él rehuyó mi mirada cuando lo puse en sus manos. Sin decir nada,

me subí a la cama y apagué mi libro electrónico. El apartamento se quedó en silencio, solo la lluvia repiqueteando en las ventanas.

No entendía nada, o más bien, no quería entender, aún no habíamos resuelto las cosas, lo quería, pero no quería ser su sumisa. No quería volver a sentirme como una prostituta, no quería su dinero... Lo quería a él. Solo a él.

Vi su espalda, aunque tenía el albornoz puesto, sentí que el grifo en su espalda me observaba. Dejé la taza sobre el buró y se recostó.

—Gírate. —Fue una orden, no una petición. Y aunque mi cuerpo peleó y me dijo que ese era el momento de mandarlo a la mierda, callé mis pensamientos y me giré.

Alessandro adoptó nuestra posición, él detrás de mí.

Afuera llovía. Sentí su suspiro de alivio, su brazo envolvió mi cintura acercándome más a él. Su frente se apoyó a mi espalda y respiró fuerte. Pasaron los minutos y su respiración no se sentía acompasada. No me moví. Él tampoco. No hablé, él tampoco lo hace, solo estábamos ahí. El tenso silencio lo sentía en mi piel.

Era una batalla. Lo concebí en mis sentidos, pero tenía un límite, así como él también lo tenía. Una vez no usé mi palabra de seguridad, ahora estaba dispuesta a hacerla mi estandarte de guerra.

No supe cuánto tiempo pasé divagando, pero la luz del día empezó a filtrarse por las ventanas y entonces fue cuando la respiración de Alessandro se volvió acompasada.

Estaba dormido.

Y las palabras dichas anteriormente, en medio del desespero, resonaron con fuerza en mi memoria: “¡Se burlan de mí, hacía mucho tiempo que no lo hacían!”

Respiré profundamente, inhalando su esencia varonil y el aroma que queda después de una larga tormenta; mis ojos se cerraron, estaba más allá de agotada. Acaricié sus nudillos con mis dedos y me dejé ir.

«Cuando despierte retomaremos lo que sea que tengamos que hacer».

De lo único que era consciente era que él no iba a ceder, yo tampoco.

Por esa noche, teníamos una tregua.

Él esperaba muchas cosas de mí... Cosas que intenté darle. Yo quería muchísimas cosas de él, cosas que sé que no está dispuesto a darme. había dado todo de mi. era el momento de pedir lo que quería de él.

Capítulo Extra

LEX

Llevaba una semana en Milán reunido con los directivos y socios de D'Angelo Building, buscando la manera de no liquidar la sucursal en Norte América.

Estaba harto, la sucursal me valía mierda, pero no la cerraría.

No por culpa de Frederick.

Primero muerto antes que aceptar que el maldito bastardo volviera a destruir algo que me pertenecía.

Me dejé caer en el sofá mirando las estrellas, más allá de la pared cristalizada de mi departamento en la torre más alta de la ciudad. Era más de medianoche y me sentía asfixiado. La sensación no era agradable. No lo había sido durante las últimas cinco noches.

La primera noche en Italia fue jodidamente difícil para mí, me sentía extraño, como si algo me faltara; las siguientes, habían sido peor.

Solté el nudo de mi corbata quitándomela con rudeza y mandándola lejos y removí el licor en la copa que estaba en mi mano. Sentía la ira latir en mis venas desde la odiosa gala, desde el día que todo se fue al infierno.

No era la primera vez que perdía el control, pero sí era la primera vez que le faltaba a mi sumisa. La mujer que tenía que proteger.

En la mesa frente a mí, estaba el informe que Frank había hecho sobre ella. Me reprendí mil veces por no haberlo hecho con anticipación. Donatello había hecho el trabajo meses atrás, pero lo único que me interesaba de Katherine Cortez era que se ajustara a mis necesidades.

Llevé el vaso a mi boca, dejando que el sabor amargo del brandy quitara de mi cuerpo la sensación de vacío y la necesidad por ella. Cerré los ojos y presioné el puente de mi nariz intentando olvidar el sonido de sus sollozos, intentando olvidar esa jodida noche.

Solté a Krystal tan pronto el primer baile terminó. Ella acarició mi saco, algo que hacía siempre que nos veíamos; me dio esa sonrisa que ella juraba destilaba coquetería, lo que no sabía era que yo la odiaba a ella, a todo lo que representaba. Krystal era una más entre el montón, ella satisfacía mis necesidades, yo satisfacía las de ella. Un negocio, un trueque.

Nunca había mostrado mi verdadero yo con ella, simplemente no confiaba en nadie como para mostrarme como era.

Volví a la mesa vacía. Antoine y Gigi estaban en la pista de baile, no vi a mi pequeña niña por ningún lugar. Un mesero me tendió una copa y la bebí de un solo trago, odiaba esta fiesta; para mí, era celebrar la muerte de lo único bueno que este mundo me había dado. Un hombre se acercó a mí, no lo reconocí hasta que se detuvo a mi lado. El ex senador Brandon empezó rápidamente a buscar información sobre la situación actual de la empresa, le contesté con monosílabos, volviendo a tomar otra copa cuando un mesero pasó a mi lado. Miré hacia todos los lugares prestando poca atención. ¡¿Dónde demonios estaba Katheryne?!

Después de dos canciones y diez minutos más de soportar la conversación con el ex senador, me disculpé para ir a buscarla.

No estaba en ningún rincón del salón, tampoco en el baño de damas. Volví al salón y salí por las puertas que daban hacia el jardín... dejé que el viento helado de la ciudad me sacudiera. Katheryne y su maldita mala costumbre de desobedecerme. Ya estaba enojado con ella por pasar la noche fuera de

casa, ahora me estaba retando y los retos equivalían a castigos.

Siempre he sido demasiado suave con ella. No soy un sádico, pero puedo ser bastante cruel si me lo propongo, y a ella le ha faltado eso, es una niña, una niña a la que me he acostumbrado. Ella me divierte, me reta, nunca antes una sumisa me había retado; sin embargo, ella...

Saqué mi celular y marqué a Riley. Si él la había llevado a casa sin mi consentimiento...

Riley contestó al primer timbre.

—Señor.

—¿Dónde está Katheryne?

—No conmigo...

—No estoy para bromas.

—Lo siento, señor, pero la señorita no ha salido, estoy en la recepción del hotel y no la he visto salir. ¿Quiere que la busque en el bar?

—No, lo haré yo, mantén el auto encendido, estoy harto de esto. —Colgué la llamada y deslicé mi celular en mi saco. Había evitado los azotes para ella, pero estaba ganando todos los boletos para una buena azotina.

Estaba de camino al salón cuando me tropecé con Frederick.

—Pero mira a quien tenemos aquí... Mi primito... ¿Un abrazo?

—Vete a la mierda.

—Estoy ahí, tú me mandaste, pero igual salgo algunas veces.

—Sal de mi camino, bastardo.

—¿O me golpearás? Recuerda quién golpeaba a quién.

—Ya no tengo diez años, apártate.

—Este es mi territorio, prometiste no inmiscuirte en mis asuntos.

Lo tomé de la solapa de su saco, acercándole a mí—: Jodes mi empresa con una sola cosa más y te juro que voy a matarte como llevo años deseándolo.

—Nuestra empresa... —siseó entre dientes—, tengo el 30% de las acciones aún.

—No será por mucho tiempo.

—Podrás escarbar, ratita, pero nunca encontrarás nada... En cuanto a volverme a amenazar, no pierdas el tiempo. No tienes las agallas. —Sonreí antes de empujarlo fuera de mi camino e ir por Katheryne.

La ira burbujeaba bajo mi piel, necesitaba a mi sumisa para calmar mis demonios. Pero ella no estaba ahí, no estaba en ningún maldito lugar.

Volví al salón dispuesto a decirle a Antoine que me ayudara a buscarla, y entonces la vi... La vi con él. Y mis demonios bramaron con ira, mis fantasmas me envolvieron, el grifo en mi espalda se carcajeó y solo podía ver fuego, escuchar las risas, rebobinar mi vida seis años atrás, repetir el jodido juego, y esta vez no estaba dispuesto a ser el peón.

¿Cómo llegue a casa? No lo sé, mi ira bordeaba mis poros. Ella intentó hablar, defenderse... Solo quienes hacen cosas malas se defienden.

Eso decía él cuando yo intentaba defenderme.

Yo era el culpable.

La culpa era mía.

Me estaba volviendo loco.

La até, tomé el látigo y dejé que mi furia se desatara.

Solo hasta que no vi el líquido rojo recorrer su piel, solo hasta que no inhalé el olor a cobre de la sangre, no me detuve. Yo la lastimé, yo la lastimé... Los dejé tomar el control y volví a mis épocas

oscuras, donde no tenía el control de mí mismo, de las situaciones...

Ahora ella me odiaba y eso estaba bien, el odio era bueno, era mejor que el amor. El odio te hacía caminar, mi odio reinaba.

Odiaba a Fabricio.

Odiaba a Frederick.

Odiaba a Fiorella por dejarme.

Y me odiaba a mí mismo.

Mis manos se hicieron puños al recordarla entre los brazos del maldito bastardo. Sentía la ira apoderándose nuevamente de mi cuerpo, pero una parte de mí, quizás la que aún era sensible, seguía sintiendo vacío. Tomé otro sorbo de mi bebida, dejando que el alcohol nublara mis sentidos, dándome cuenta de algo.

Extrañaba los profundos ojos marrones de la pequeña Katheryne.

No era su sexo, ni sus pechos, ni siquiera extrañaba su cuerpo... Solo sus ojos, ese marrón oscuro que parecía sumirte en un pozo.

El animal tatuado en mi espalda se burló. Recordándome una vez más que no merecía a nadie. Que no merecía nada.

Lancé la copa hacia la pared, no podía sentir nada por ella, pero el vacío, sus ojos... Busqué mi celular, marcando alguna de mis sumisas; pero la última vez que había estado aquí, fui un maldito hijo de puta con las tres y no tenía tiempo para buscar una nueva.

Tomé el saco del perchero y salí del apartamento, necesitaba un maldito, estrecho y húmedo coño para volver a sentirme bien conmigo mismo. Necesitaba olvidar lo que había dejado en Norte América, desfogar al grifo ardiente que pedía gemidos y jadeos, no importaba si eran de una puta o de una inexperta señorita, necesitaba calmar al maldito chupa vidas que estaba hambriento de dolor, y era mi obligación alimentar a ambos.

Riley estaba afuera esperándome, le pedí que me llevara a *Fetish*. Solo necesitaba una mujer que abriera sus piernas para mí, y ese era el mejor lugar. Pedí un whisky doble, seco. El pianista tocaba una pobre imitación de la canción de *Tears of love*. *Fetish* no era cualquier lugar, teníamos una membrecía, manteníamos el lugar secreto. Dominique había creado ese lugar de esa manera. Aquí, venían desde jóvenes inexpertos hasta Amos buscando presas.

Sentí al grifo rugir cuando cierta rubia apareció en nuestra periferia... Era menuda, su cabello rubio perlado llegaba hasta la mitad de su espalda, tenía unos tacones de infarto, lo único bonito en ese conjunto de grasa y huesos.

El grifo rugía de deseo, lujuria contenida. La rubia subió sus ojos y sus ojos verdes se enfocaron con los míos.

Deseo...

Levanté una ceja y brindé una de mis mejores sonrisas, la que adornaba mi rostro cuando sabía que la tortura de la noche sería malditamente placentera.

Ella sonrió... Pero algo faltaba, no era la sonrisa que yo quería ver. Batí la cabeza de un lado a otro mientras sentía al grifo rugir más fuerte. Sonreí nuevamente una sonrisa asqueada por ver la reacción de aquella mujer, que creía verse como una mujer fatal. Pedí al barman un cosmopolitan para la chica, y ordené que lo llevaran a la mesa de la chica que creía haber llamado mi atención con su estúpida sonrisa y su movimiento exagerado de pestañas. Cuando la vi anotar algo en la servilleta, sonreí...

¡Bingo!

Sexo... Era lo que yo obtenía si lo quería. Quién necesitaba a una sumisa malcriada, cuando yo podía obtener placer que quisiera con solo una sonrisa ladeada.

Pedí un cigarro y lo encendí, dejando que la nicotina pudriera mis pulmones. Si algún día iba morir,

sería porque yo lo decidiese, no porque un imbécil me dijera que había llegado mi hora. Estaba seguro de que no iría al cielo... No, yo me encontraría con Fabrizio en el maldito infierno para seguir haciendo su vida miserable. Volví a aspirar el humo mientras veía a mi grifo sonriente, y el vampiro sacaba todos sus juguetes. La bestia bramaba por sexo, pero el tiempo era excitante.

Terminé el trago y apagué el cigarro en el cenicero. Era hora de jugar.

—¿Está seguro que no quiere que me quede un poco más, señor? — Miré a la chica desnuda de rodillas frente a mí.

—¿Cómo te llamas?

—Andrea, señor —dijo con suavidad.

—¿Primera vez, Andrea?

—¿Lo hice mal, Amo? —No, de hecho, había sido demasiado experimentada para una primera vez... y muy fingida... No tenía la espontaneidad de Katheryne.

—No. Ahora vete.

—Pero, señor, puedo...

—Andrea. Me daré una ducha y no te quiero aquí cuando salga. —Saqué mi chequera y le entregué el cheque que había hecho previamente para ella.

—No lo hago por esto, señor.

—Cómprate algo bonito y desaparece... —agarré su barbilla con mis dedos.

Mientras me bañaba, rememoraba los gemidos de Andrea. Una y otra vez, intenté sacar de mi mente a Katheryne mientras follaba a la menuda chica a mi conveniencia. Al final, no pude hacer nada. No eran sus gemidos ni su olor.

Su maldito olor, tan parecido al de ella.

Una vez vestido, subí hasta el último piso de *Fetish*. Chiara estaba en su lugar habitual, parecía la maldita sombra de Dominique. No había querido llegar hasta ahí en una primera instancia. Ese lugar me asqueaba; del segundo piso para arriba, me recordaba un pasado que no quería traer a mí nuevamente, sin embargo, necesitaba eso.

—Chiara DiAminco...

—¿Tú aquí? —Me dijo sin siquiera levantarse de la silla.

—Cuánto tiempo sin saber de ti, querida Chiara.

—El mismo que yo no tengo noticias tuyas, a no ser que salgan en la prensa. ¿Qué buscas aquí?

—La necesito.

—No puede atenderte —sentenció tajante.

—Dile que estoy aquí, ella me recibirá.

—Está ocupada —escuché el grito ahogado de un chico—. Sabes cómo son las cosas, veintiséis —apreté las manos en puños ante el maldito número—. No voy a molestarla, chico.

—La esperaré.

—No.

—Mira, Chiara —dije realmente cabreado—. Me voy a sentar aquí y voy a esperar que acabe, porque yo la necesito.

Ella no me miró ni me molestó. Caminé hasta el mini bar y me serví un trago, tomándolo en un solo sorbo.

—¿No es muy temprano para beber? —miró el reloj en su muñeca. Tarde, temprano... qué diablos importaba—. Tu vida debe ser una completa mierda si estás aquí.

—Eso es algo que no te importa. —Me serví otro y me senté junto a ella, teniendo como música los gemidos ahogados del chico al que Dominique estaba entrenando. Cuando los gritos cesaron, levanté mi cabeza.

—Sabes dónde tienes que ir —Chiara sonrió—. Por tu bienestar, espero que recuerdes cómo debes estar cuando ella llegue allí. —Se levantó, y con paso lento, abandonó la sala.

Abrí la puerta de la oficina de Dominique. Estaba exactamente igual a como la recordaba, a excepción de la cama. Miré fijamente la cruz pegada en la pared norte, los arneses colgando del techo y los látigos que estaban colgados en la pared. Había remplazado el látigo que ella me había dado en nuestro último encuentro, el mismo con el que yo la había marcado a ella.

Me despojé de mi ropa y la dejé cerca a la mesa que estaba al lado de la puerta. No iba a quitar mis bóxers. No era un sumiso cualquiera.

Me arrodillé en la mullida alfombra y coloqué mis brazos sobre mis piernas, bajando la cabeza.

Sentí sus gráciles pasos acercarse, ella era en apariencia como un pequeño venado asustado, pero las apariencias engañan y a veces también matan. La puerta se abrió y me obligué a mantener la cabeza abajo, aunque mis manos estuviesen empuñadas.

—Miren a quién ha traído el viento —su voz se escuchó como el canto de una sirena.

—Señora —hablé sin moverme de mi posición de sumisión... Joder, odiaba eso, pero tenía que hacerlo.

—Alessandro D'Angelo, mi más especial sumiso. Dime qué te trae por acá —me quedé inmóvil—. Puedes levantarte y hablar. —Me levanté, quedando frente a ella.

Ella caminó hasta quedar a mi espalda.

—Extrañé este raro animal —el cuero recorrió mi espina dorsal—. Dime... —Su voz salió ronca.

—Necesito un castigo —dije en voz baja.

—Creo no haberte escuchado bien, querido. —Detestaba que hablara como si fuese mayor que yo, cuando en realidad teníamos la misma edad.

—Creo que has escuchado bien, necesito un castigo.

—Dime por qué. —Levanté la cabeza, se veía más hermosa que nunca, enfundada en un albornoz rojo de transparencias. Su cabello rojo llegaba hasta su trasero y sus piernas se veían realmente apetecibles. Movié la fusta por toda su mano como si acariciara a su más obediente amante. Conocía esa fusta mejor que cualquiera.

—Lo necesito, señora. —Bajé la vista a mis pies, ya que ella no me había dicho si podíamos hacer contacto visual.

Dio un par de vueltas a mí alrededor antes de hablar.

—¿Por qué?

—Me extralimité como dominante, mi sumisa es mucho más que eso. Me enojé y la golpeé, creo que... —no podía decirlo... ¡No! El grifo se negaba a que hablase—. Creo que ella ha entrado en mí...

Su delicado dedo alzó mi barbilla.

—Explícate —sus ojos verdes enfocados en los míos—. ¿Qué quieres decir exactamente?

—Yo estoy involucrado con ella...

—De qué forma.

—No me harás decirlo, Dominique. —La fusta que tenía en sus manos dio directamente en mi pecho.

—¿Cómo me has llamado!?

—Vuelve a golpearme y te juro que mi látigo te hará una visita. —La fusta recorrió mi pecho hasta levantar más aún mi mentón. Chasqueó su lengua.

—Eres tú el que ha venido hasta aquí, habla o vete.

—Ella me... —no podía decirlo—. Ella dice amarme. —Solté de sopetón. No me interesaba el amor de Katheryne... No cuando el sentimiento me había hecho entender que lo que para algunos es una bendición, para hombres como yo era una maldición.

Dominique bajó la fusta.

—Y tú, ¿la amas? —No respondí—. ¿Has venido como sumiso o como amigo, Veintiséis?

—Tú y yo no somos amigos. —Ella sonrió.

—Entonces has venido como sumiso.

—Deje de ser un sumiso hace mucho tiempo.

—Eres lo que yo creé —caminó hasta su sillón rojo y dobló sus piernas. No pude evitar mirar, Dominique siempre me había parecido una hermosa mujer—. ¿Sabe de nuestro mundo? —preguntó en voz baja mientras encendía un cigarrillo.

—No exactamente, ella no es una sumisa.

—¿De dónde la sacaste?

—De un bar... Eso es lo de menos. Yo iba a enseñarle a darme todo lo que un hombre como yo necesita, pero no he podido...

—¿Qué quieres decir con "no has podido"? ¿Es eso, o simplemente no has querido ser la bestia que eres con ella? Voy a hacerte una pregunta simple... ¿Qué sientes por ella?

—Nada.

—No te creo... —se levantó y llegó hasta mí, soltando todo el aire de su cigarro cerca de mi rostro. Si bien Dominique era mucho más baja que yo, sus delicados pies estaban enfundados en hermosos y altos zapatos rojos—. Respóndeme con toda la sinceridad que puedas, o con gusto recordaremos tus castigos.

—No lo sé, no quiero sentir nada.

—¿Hace cuánto no la ves?

—Hace unos días —respondí. ¡Joder, parecía que hubiesen pasado más!

—¿Cómo te sientes sin ella? —no hablé—. Responde —La fusta volvió a golpear mi pecho.

—Necesidad —dije en voz baja—. La necesito, pero no quiero su amor, quiero su cuerpo.

—Sabes perfectamente que personas como tú y yo no se enamoran, ¿verdad?

—No quiero enamorarme, no deseo su amor.

—Sientes algo por ella, querido. No puedes aceptarlo ni negarlo, por lo que veo.

—No, no entiendes... Es su maldito olor el que me hace dudar.

—¿Dudas?

—Diablos, no me confundas más. —Un nuevo golpe fue a mi pecho, justo antes del tatuaje.

—¿Cuál es su olor? ¿A qué huele esa mujer que te ha hecho dudar de tu cultura?

—caminó hasta la pared y tomó uno de sus látigos—. Esa mujer que te hace reconsiderar tu estilo de vida.

—Ella no me hace reconsiderar nada, Dominique.

—¿Te sientes mal por golpearla?

—¡Por los nueve círculos del infierno! ¡No sé qué rayos me pasa!

—¿Quieres que te zurre, Veintiséis? Porque no solo estás siendo irrespetuoso al llamarme por mi nombre, has maldecido y blasfemado en mi casa.

—No soy un sumiso, ya no —respondí mirándola.

—Entonces, ¿qué demonios quieres de mí?

—Necesito un castigo.

—Contradictorio, te llamas a ti mismo un *domine*, pero vienes aquí por un castigo... Supongo que todos tenemos un momento de debilidad.

—Dominique.

—Ya antes te habías extralimitado, ¿no? ¿Qué hace a esa chica especial?

—No lo sé.

—No puedo castigarte, Alessandro —soltó el látigo—. Como tú mismo dijiste hace muchos años que dejaste de ser un sumiso.

—Señora. —Traté de convencerla, necesitaba sentir el castigo, necesitaba sentir lo que ella había sentido.

—Vístete, voy hablarte como amiga —tomé mis vaqueros y me los coloqué—. Y como una persona que te conoce, te voy a decir algo, déjala ir o consúmela. Es la única forma que estarás bien contigo mismo. Personas como tú y como yo no amamos.

Recordé la mirada de Antoine mientras ella hacía que yo le diera placer y lo obligaba a ver. Antoine la amaba.

—Yo no puedo amar, por eso lo dejé ir. Era eso, o consumirlo por completo, y sabía perfectamente que si tú no te ibas con él, no iba a irse. Al final, todo resultó bien para él. La diferencia fue que él cambió su vida y su cultura por una mujer.

—Es diferente, él se enamoró.

—¿Y qué te hace pensar que tú no lo estás?

—No lo estoy, Domi... —Cerré el botón de mis vaqueros y tomé mi camisa, sin decir nada más me marché.

Al día siguiente, fui con Fiorella, necesitaba calma, la calma que solo el recuerdo de ella me daba. Pero una semana después, mis demonios danzaban sobre las cenizas de mi cordura.

Quince días después de ver a Dominique, entraba a la cafetería donde ella trabajaba.

Ella era mía.

Ella había firmado.

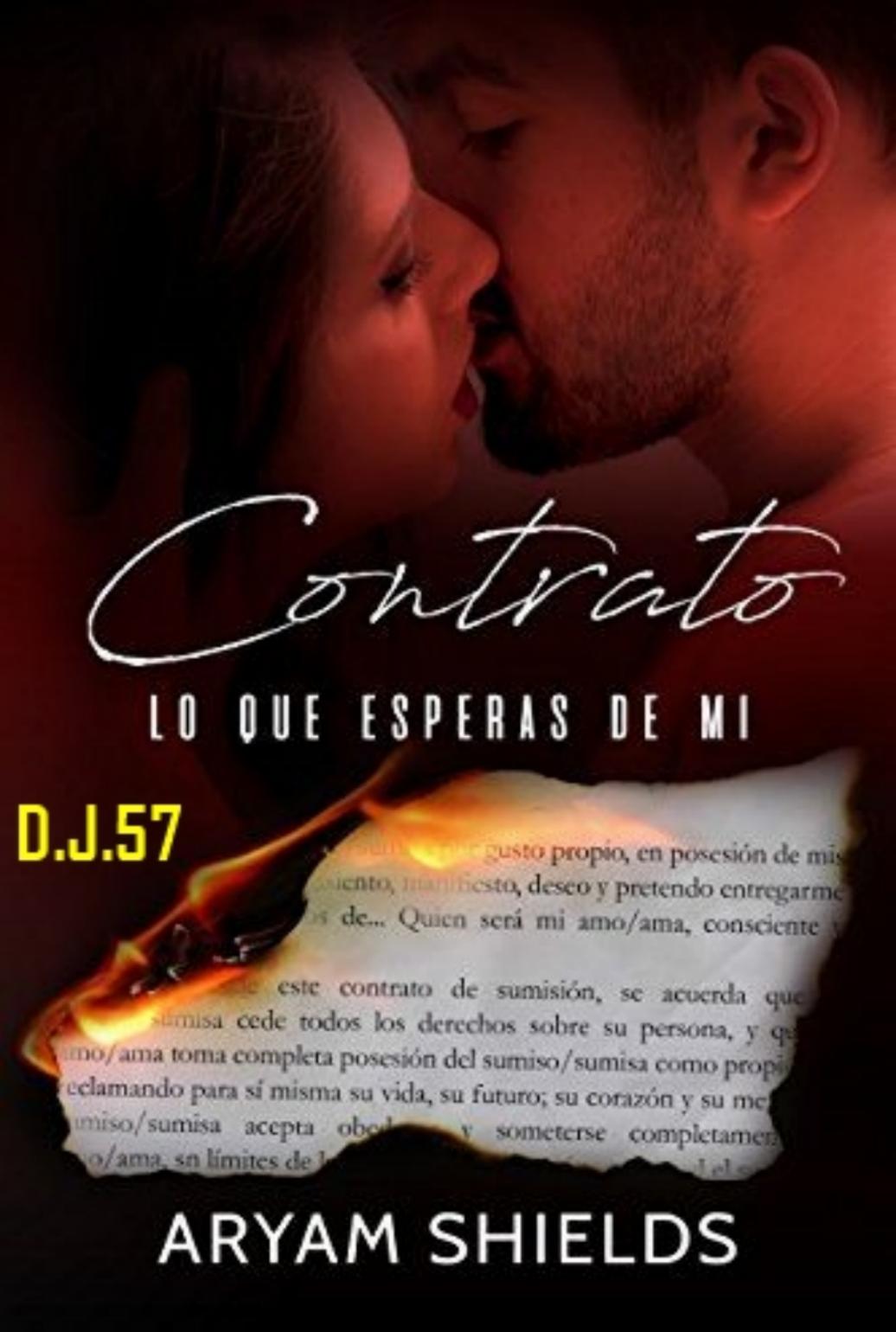
Ella iba a volver a mí.

Ambos nos consumiríamos

Al final, ella me odiaría y yo estaría lo suficientemente saciado de ella como para dejarla ir.

FINAL

LIBRO 1



Contrato

LO QUE ESPERAS DE MI

D.J.57

... con mi propio gusto propio, en posesión de mis
... consentimiento, manifiesto, deseo y pretendo entregarme
... de... Quien será mi amo/ama, consciente y
... este contrato de sumisión, se acuerda que
... sumisa cede todos los derechos sobre su persona, y que
... amo/ama toma completa posesión del sumiso/sumisa como propio
... reclamando para sí misma su vida, su futuro; su corazón y su mente
... sumiso/sumisa acepta obedecer y someterse completamente
... amo/ama, sin límites de tiempo.

ARYAM SHIELDS

Agradecimientos

Siempre que voy a empezar a escribir agradecimientos, me digo: “Por favor, Aryam, que no se te olvide nadie; luego quieres enterrar la cabeza en un hueco bajo tierra porque olvidaste a alguien importante”. Los agradecimientos no son fáciles, siempre se nos escapa alguien, así que intentaré que nadie se me olvide esta vez. “Lo juro por el osito del pan Bimbo”.

Quiero agradecer primero a Dios, a mis padres, a mi familia por la paciencia que tienen conmigo, por el apoyo continuo, por decirme... “¿Hoy no vas a escribir?”

A mis lectoras cero, Cris, Luisa Fernanda, Mariana e Isabel. Gracias por hacerme notar esos pequeños errores que a mí se me escapan. A mi correctora Flor Urdaneta, quien es la persona que corrige mis faltas. A Judith Rodríguez y Lina Perozo, por la ayuda con el italiano. A Isa Quintín por la hermosa portada de esta historia, la amé a primera vista. Isa tiene esa particularidad de captar la idea a primer chat.

A tres chicas especiales, Mayra Lucia Urzola, Salem Fabian e Ivana Martinez, las dos primeras por amar a Lex; la última por odiarlo.

A El Harem... Ustedes fueron la fuerza necesaria para continuar y no desfallecer. Quisiera poder nombrarlas a todas, pero ustedes saben quiénes son.

A mi Doc, Johana W., por dejarme abusar de su tiempo y de sus conocimientos como profesional en medicina.

A Vanessa Méndez por la oportunidad de llevar a mis niños a Argentina y México.

A esta persona la dejé de última, y no porque sea menos importante que las primeras, la dejé de última porque sin sus palabras sin su aliento y sin su cariño nunca hubiese logrado dominar a Alessandro, Mi V personal, mi querida Verónica Pereyra. Amaste a Lex antes que nadie, me sostuviste hace cuatro años cuando quería dejar todo, cuando te dije que no podía con él. A pesar de la distancia que nos separa y que nuestras vidas han tomado caminos diferentes, sabes que siempre podrás contar conmigo y que siempre podremos ver The Walking Dead juntas mientras tú me haces una video llamada. Te quiero y siempre estaré agradecida por ser esa pared de hule que me obligaba a levantarme.

Pero sobre todo, Gracias a TI. Sí, a TI que has llegado hasta aquí, que estás leyendo esto, gracias por apoyar esta locura llamada Contrato.

Gracias por apoyar mi obra y mi trabajo.

Sobre la Autora

Aryam Shields se define a sí misma como una escritora de corazón y Contadora de profesión que le gusta pasar sus días entre números y sus noches entre letras. Nació en Barranquilla, una ciudad costera de Colombia. Vive junto a sus padres, su hermana y sus dos hijos de cuatro patas.

Es una apasionada por el cine y la repostería. Su gusto por la lectura afloró a los doce años cuando, llevada por su maestra de español, se vio inmersa en el mundo de los libros y las historias de fantasía, romance y acción; pero no fue hasta hace cinco años que empezó a escribir en las plataformas virtuales con pequeños Fanfiction.

Su primera obra publicada fue la bilogía Enseñame: “Entrégate y Quédate” con la que logró ser *Best Seller* Mundial en Amazon, Siguiendo con Nueve Meses, que estuvo dos meses en el puesto número 1 de los más vendidos y Recuérdame, con quien fue participante del Concurso Indie de 2017 en la plataforma de Amazon, logrando mantenerse entre los veinte títulos más vendidos, durante todo el concurso, hoy cuatro meses después aún se mantiene en el ranking de los 100 más vendidos. Contrato, es su quinta Novela, dividida en dos partes, estima que la segunda parte de esta bilogía, sea publicada en el mes de diciembre.

[1] Nombre propio de la serie Los Pitufos.

[2] Maldición.

[3] Hijo de puta.

[4] niña

[5] Realmente eres linda, una chica hermosa. Mi chica hermosa.

[6] Mi chica Hermosa.

[7] Me quemaré en el más profundo de los infiernos

[8] ¿ Estás bromeando, cabrón?

[9] Esto es jodidamente loco .

[10] No seas cruel con la chica.

[11] Cruel es mi segundo nombre .

[12] Dulce .

[13] Achiote: especia empleada como colorante y condimento en la comida popular, en México también es conocida como Acotillo.

[14] ¿ Estás lista para mí?

[15] Tú me desquicias.

[16] La sangre canta pequeña.

[17] Mi pequeño dulce, mi pequeña muerte

[18] Joder.

[19] Contrato de confidencialidad.

[20] Cabeza de polla.

[21] Maldición, no vayas a empezar con tus interrogatorios sin sentido.

[22] Maldición.

[23] Está usted muy linda esta noche Señorita, sin duda este imbécil es un cabrón con suerte.

- [24] Cabeza de Polla.
- [25] Chupa Pollas.
- [26] ¡Quietos los dos!
- [27] Se conoce una persona no su corazón.
- [28] El Tiempo cura todas las heridas.
- [29] Párrafo del Libro Cautiva en la Oscuridad Cj Robert.
- [30] No sé qué demonios te trajo a mí, pero soy el maldito más afortunado en el mundo por tenerte.
- [31] Eres hermosa, como una rosa, suave y delicada.
- [32] Querida
- [33] Come Primavera, Il Divo
- [34] Te preparo para mí dulce.
- [35] E più ti penso: Il Volo
- [36] Podrás perdonarme algún día.
- [37] Yo nunca te he culpado, menos cuando sé que compartimos el mismo dolor.
- [38] Protagonista de la película animada “El Cadáver de la novia”
- [39] Silencio ...Eres una maldita puta
- [40] solo es dejarte sola para que salgas de tras de cualquier polla.
- [41] Vete a la mierda.
- [42] Contigo me siento confundido, ¿qué haces con mis sentidos? ¿Por qué mi instinto me domina cuando estás junto a mí? No te enamores de mí, Katheryne... No lo hagas, no te condenes a vivir a expensas de mí, porque yo no tengo corazón.
- [43] Grifo, es el animal que Alessandro tiene tatuado en su espalda por eso la referencia